

Depnt

REVISTA DE HISTORIA MILITAR



SERVICIO HISTORICO MILITAR Y MUSEO DEL EJERCITO

NUESTRA PORTADA:

Reproducción autorizada por la Comisión Internacional de Historia Militar del cartel anunciador del congreso *El Ejército y la Armada en 1898: Cuba, Puerto Rico y Filipinas*, realizado por J. Topete

SERVICIO HISTÓRICO MILITAR
Y MUSEO DEL EJÉRCITO

REVISTA
DE
HISTORIA MILITAR

Año XLI

1997

Núm. 83

**CATALOGACIÓN DEL CENTRO DE DOCUMENTACIÓN
DEL MINISTERIO DE DEFENSA**

REVISTA de historia militar / Servicio Histórico Militar y
Museo del Ejército. — (Madrid) : Ministerio de Defensa,
Secretaría General Técnica. — v. : il. ; 24 cm
Semestral. — Comenzó en: 1957. — Descripción basada en:
Año 41, n. 83 (1997)
ISSN 0482-5748



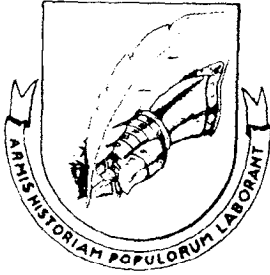
Edita: Ministerio de Defensa
Secretaría General Técnica

NIPO: 076-97-017-X

ISSN: 0482-5748

Depósito Legal: M. 7.667-1958

Imprime: Imprenta Ministerio de Defensa



Revista
de
Historia
Militar

NÚM. 83 AÑO 1997

Esta revista invita a colaborar en ella a los escritores militares y civiles españoles y extranjeros, que se interesen por los temas históricos relacionados con la institución militar y la profesión de las armas. En sus páginas encontrarán acogida los trabajos que versen sobre el pensamiento militar a lo largo de la historia, deontología y orgánica militar, instituciones, acontecimientos bélicos, personalidades militares destacadas, usos y costumbres del pasado, particularmente si contienen enseñanzas o antecedentes provechosos para el militar de hoy, el estudioso de la historia y jóvenes investigadores.

Los artículos y documentos de esta Revista no pueden ser traducidos ni reproducidos sin la autorización previa y escrita del Servicio Histórico Militar y Museo del Ejército. La Revista declina en los autores la total responsabilidad de sus opiniones.

Sumario

	<u>Páginas</u>
IN MEMORIAM.....	9
ARTÍCULOS	
<i>José Rizal: Padre de la nación filipina</i> , por Francisco MARÍN CALAHORRO , Coronel de Caballería	13
<i>Eloy Gonzalo y Cascorro</i> , por Gabriel RODRÍGUEZ PÉREZ , Coronel de Infantería	43
<i>Antecedentes filipinos del 96-98</i> , por Leandro TORMO SANZ , Investigador del C.S.I.C.	67
<i>La guerra hispano-cubana-norteamericana: los combates terrestres en el escenario oriental</i> , por Guillermo G. CALLEJA LEAL , Doctor en Geografía e Historia	91
<i>Polavieja: un general para una crisis. El polaviejismo en torno a 1898</i> , por Pablo GONZÁLEZ-POLA DE LA GRANJA , Comandante de Sanidad (Vet.)	161
<i>Diario de Operaciones en Cuba: Por el Teniente de Infantería don Enrique Piqueras Causa (1895-1897)</i> , por Enrique PÉREZ PIQUERAS , General de Brigada de Infantería	201



La guerra hispano-norteamericana en Filipinas, por Andrés **MÁS CHAO**, General de División 227

La campaña 1896-1897 en Filipinas y visión desde el campo insurrecto, por Pedro **ORTIZ ARMENGOL**, Embajador de España ... 257

El Ejército español en Cuba, por Eladio **BALDOVÍN RUIZ**, Coronel de Caballería 287

OBRAS DISPONIBLES

Obras disponibles editadas por el Servicio Histórico 345

IN MEMORIAM

El Coronel de Infantería don Longinos Criado Martínez, Redactor Jefe de esta Revista de Historia Militar, falleció el 19 de octubre de 1997.

Su imprevista desaparición entristeció el alma de cuantos disfrutamos el calor de su compañerismo.

Fue destinado a nuestro Servicio Histórico Militar en julio de 1991 y, demostrada su capacidad de trabajo, su aptitud investigadora y sus excelentes dotes de amistad, simpatía y comunicación, pasó enseguida a formar parte del Consejo de Redacción de la Revista y, cinco meses después, se le nombró Redactor Jefe de la misma.

Era vocal nato de la Comisión Española de Historia Militar.

Gracias a su dedicación y esfuerzo fue un gran impulsor de la Revista, participando en seminarios, acudiendo a congresos y dando conferencias, especialmente en los foros universitarios.

En pleno desarrollo y preparación del congreso "El Ejército y la Armada en 1898: Cuba, Puerto Rico y Filipinas" le sorprendió la muerte. Su espíritu voló hacia Dios.

Ante la muerte del Coronel Longinos

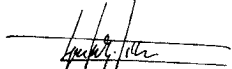
Saliste compañero en traspachada,
y dejaste al cuartel enmudecido,
no se oye de tus pasos el corrido,
ni se escucha tu voz atropellada.

Deprisa te marchaste, como huído
a los otros cuarteles de alborada,
aquí quedó el silencio, y nadie es nada,
y todo es un lamento compartido.

Allí llegaste en paz, lo suponemos,
porque santificaste tus caminos
andados de la punta a los extremos.

No quisiera decirte desatinos,
pero piensa que siempre ya tendremos
rasgado el corazón, de ti, Longinos.

Madrid octubre 1997



Enrique Gallego Gredilla. Coronel de Infantería

ARTÍCULOS

JOSÉ RIZAL: PADRE DE LA NACIÓN FILIPINA

Francisco MARÍN CALAHORRO
Coronel de Caballería
Doctor en Ciencias de la Información
Licenciado en Derecho

Martes, 30 de diciembre de 1896: el mártir

LA comitiva salió de la Fuerza de Santiago. Rizal, atado codo a codo, precedido por un corneta y un tambor. Le acompañaban dos sacerdotes, los jesuitas Vilaclara, su último confesor, y March: detrás su defensor el teniente Luis Taviel de Andrade y una escolta de Artillería.

Marcharon lentamente por el Paseo de María Cristina. Dejaban a la derecha el mar y a la izquierda la muralla de la ciudad. Frente a ellos la bahía de Manila se abría en todo su esplendor, a lo lejos hacia el sur los montes de Cavite y recortada en el horizonte, al fondo, la silueta del islote de Corregidor. Mucha gente, filipinos y españoles, habían acudido, pese a la temprana hora, para contemplar la ejecución.

El grupo llegó al final de la muralla, entró en el Paseo de La Luneta y se dirigió al campo de Bagumbayán, donde se hallaba formado el cuadro por las tropas que, según la Orden de la plaza de Manila del día anterior, estaba constituido por dos compañías del Batallón de Cazadores Expedicionario número 7, una del Batallón de Cazadores número 8, otra del Regimiento de Línea número 70 y otra del Batallón de Voluntarios, con banda y música.

Rizal entró en el cuadro, se colocó en el extremo no ocupado por los soldados y pidió ser fusilado de frente; el oficial al mando del piquete le respondió que sus órdenes eran hacerlo de espaldas. El reo argumentó: *¡Yo no*

he sido traidor a mi Patria ni a la nación española! A continuación rogó que no le disparasen a la cabeza.

Rizal se volvió hacia el mar para dar la espalda al piquete, que estaba formado por una primera línea de ocho soldados indígenas –se había decidido que sus propios paisanos le fusilaran– armados de fusiles Remington, y detrás otra de ocho soldados peninsulares con fusiles Mauser, por si los indígenas se negaban a disparar. El médico militar se aproximó, le tomó el pulso y lo encontró normal.

Sonó la descarga. Se desplomó y cayó muerto sobre el costado derecho, el rostro hacia el cielo. Había recibido ocho impactos. Eran las siete y tres minutos, todo transcurrió en apenas media hora. Se acababa de cometer uno de tantos errores –y horrores– que han ido salpicando la historia de la humanidad. A partir de ese momento la *crisis del 98* en Filipinas estaba abierta y sólo quedaba el diálogo de las armas.

El hombre

José Rizal Mercado nace, el 19 de junio de 1861, en el pueblo de Calamba, provincia de La Laguna, en la isla de Luzón. Tanto el pueblo como sus habitantes formaban parte de una hacienda, en aquel tiempo dirigida por la orden de los dominicos, que con sus rentas y beneficios sufragaba los gastos del colegio de San José. Venía de antiguo esta costumbre –no siempre tolerada de forma pacífica por los nativos–, especie de protectorado sobre grandes extensiones de terreno y sus habitantes, ejercido por las órdenes religiosas –agustinos, franciscanos, jesuitas y dominicos–, que tomaron a su cargo el proceso de evangelización e hispanización del archipiélago. De ahí su papel preponderante y que acabaran convirtiéndose, con el paso de los siglos, en uno de los poderes fácticos de Filipinas.

Sin embargo, los cambios que se producen en el mundo y en España, a lo largo del siglo XIX, pondrían en entredicho el sistema. La apertura comercial de las islas con el asentamiento paulatino de empresas de otras naciones, la llegada de españoles de ideas liberales desterrados por el Gobierno de Madrid, el advenimiento de la República, etc. pusieron a los filipinos en contacto con los nuevos vientos del pensamiento que soplaban en el mundo y debilitaron la influencia de las órdenes religiosas sobre ellos.

En este contexto, la familia Rizal (sus padres, Francisco Rizal Mercado y Teodora Alonso, y sus diez hermanos –ocho hembras y dos varones–) vivía con cierto acomodo, gracias a la posición económica que su padre había labrado con gran esfuerzo, y el respeto a la religión católica, debido

a la profunda religiosidad de la madre, lo que no iba a evitar que sufrieran en sus carnes algunos de los hechos que José expuso de forma crítica en su obra.

Desde niño, Rizal destaca por su inteligencia, sensibilidad y facilidad para el estudio. Sus aptitudes impulsan a sus padres a llevarlo a Manila para que curse el bachiller en el Ateneo Municipal, regido por los PP. Jesuitas. Es ahí donde comienza a brillar su privilegiada inteligencia y a mostrar sus dotes literarias. Al mismo tiempo empieza a aflorar su orgullo de filipino y a contemplar sucesos que van a marcar su vida y definir su pensamiento.

Obtiene el grado de bachiller en artes, con la calificación de sobresaliente en todas las asignaturas y una importante proporción de premios ganados por oposición entre sus compañeros, destacando en dibujo y escultura.

Su religiosidad, en esta época, está demostrada por los comentarios de sus profesores en el libro, editado por los jesuitas, *Rizal y su obra*, que recoge: *...dando una hermosa muestra de su devoción a la Santísima Virgen (...) talló (...) una linda imagen de Nuestra Señora, tan a gusto de los profesores de Rizal, que uno de ellos le preguntó si haría del mismo modo una imagen del Sagrado Corazón de Jesús. Prometióselo el joven artista y poco tiempo después entregaba su nueva obra al Padre. Tenía, entonces, catorce años y las circunstancias quisieron que la escultura del Corazón de Jesús le acompañase en su celda la víspera de su fusilamiento.*

Terminado el bachillerato, pasó a la universidad de Santo Tomás, dirigida por los dominicos, donde se matriculó, en junio de 1877, en Filosofía; además estudió en el Ateneo las asignaturas que daban opción al título de Perito Agrimensor, que obtuvo con sobresaliente en los exámenes de mayo de 1878, expidiéndosele el título de Perito Tasador de Terrenos el 30 de septiembre de 1881.

Los últimos meses de 1878 los dedicó a escribir las memorias de su vida de estudiante, adquiriendo así el hábito de anotar su acontecer diario, que ha permitido profundizar en el conocimiento de su personalidad. Simultaneó a partir del curso 1878–79 los estudios de filosofía con los de medicina, ésto debido, quizás, a que su madre perdió la vista el año anterior y a su deseo de ayudarla.

Los estudios no le distrajeran de sus aficiones literarias y se reveló ya como poeta. De su primera época hay una poesía poco conocida, que cuenta la salida de la flota de Magallanes para dar la vuelta al mundo, produciéndose el descubrimiento de las islas Filipinas por los españoles. La obra fue escrita en 1874 y publicada el 30 de diciembre de 1899 en Manila en el periódico *La Patria*. Titulada *El embarque*, sus dos primeras estrofas dicen:

*En bello día,
 Cuando radiante
 Febo en Levante
 Feliz brilló,
 En Barrameda
 Con gran contento
 El movimiento
 Doquier reinó*

*Es que en las playas
 Las carabelas
 Hinchán las velas
 Y a partir van;
 Y un mundo ignoto,
 Nobles guerreros
 Con sus aceros
 Conquistarán.*

La primera poesía, en la que asoma su orgullo patrio, fue premiada en un certamen celebrado en el Liceo Artístico y Literario de Manila con la pluma de plata. Dedicado *a la juventud filipina*, comienza así:

*¡Alza tu tersa frente,
 juventud filipina, en este día!
 ¡luce resplandeciente
 tu rica gallardía,
 bella esperanza de la patria mía!*

Es su primer canto a la Patria, su primer gesto público de rebeldía. Ya habían ocurrido algunos incidentes que hicieron efecto en su espíritu, que presentaron ante sus ojos las desventuras de los indígenas. El primero de ellos fue el proceso criminal contra su madre, por supuesto delito de envenenamiento. Los hechos tuvieron su origen en la infidelidad de la esposa de un primo de doña Teodora durante el viaje de éste a Europa. A su vuelta, en vez de repudiarla, la llevó a casa de la madre de Rizal, quien intentó reconciliar a los esposos. Sin embargo, la mujer acusó a su marido de intentar envenenarla con la complicidad de doña Teodora, que fue arrestada por el alférez de la Guardia Civil de Calamba y la hizo caminar a pie de pueblo en pueblo hasta la prisión.

Al poco tiempo, otro acontecimiento, los sucesos de Cavite en enero de 1872 vinieron a marcarle de nuevo. Una revuelta en el arsenal fue aprove-

chada para mandar a presidio a muchos filipinos, que mostraban su descontento con el trato recibido de los peninsulares; incluso algunos de ellos fueron condenados a muerte, como sucedió con los sacerdotes indígenas Burgos, Gómez y Zamora, a los que dedicó su novela *El filibusterismo*. Éstos pretendían la igualdad entre el clero indígena y el procedente de la metrópoli y, para Rizal, se aprovechó la sublevación de Cavite para acabar con ellos. Incluso su hermano mayor, Paciano, que vivía en casa del presbítero Burgos, tuvo problemas y muchos de sus compatriotas se exiliaron para evitar ser perseguidos y condenados.

Rizal prosigue sus estudios y también en prosa demuestra su valía literaria. Así, en 1880, se premia una composición suya, en el homenaje a Cervantes en su centenario, titulada *El Consejo de los Dioses*. El trabajo, reproducido en la revista *La solidaridad* en 1893, es una alegoría en la que los dioses del Olimpo hacen un análisis paralelo entre Homero, Virgilio y Cervantes. Los dioses debaten sobre los méritos de cada uno de ellos, analizando sus obras más representativas, *La Iliada*, *La Eneida* y *El Quijote*; felizmente para el español, Júpiter proclama que: *la Justicia los cree iguales y, por ello, demos á Homero la trompa, á Virgilio la lira y á Cervantes el lauro; mientras que la Fama publicará por el mundo la sentencia del Destino; y el cantor Apolo entonará un himno al nuevo astro, que desde hoy brillará en el cielo de la gloria y ocupará un asiento en el templo de la Inmortalidad*.

No es de extrañar que el autor se exprese así: su formación es española y ama España. Lo que no puede aceptar es la actuación de determinados españoles respecto a los que éstos consideran los *indios filipinos*. Él mismo, a poco de ganar tan destacado premio, consistente en un anillo de oro con el busto del Príncipe de los Ingenios, fue a denunciar, ante el gobernador de la colonia, en el palacio de Malacañang, *...porque fui atropellado y herido en una noche oscura por la Guardia Civil, porque pasé delante de un bulto y no saludé, y el bulto resultó ser el teniente que mandaba el destacamento: fui herido traidoramente sin que antes mediasen palabras: me presenté al Sr. Primo de Rivera; no le vi a SE... ¡ni obtuve justicia tampoco!*¹.

Todo ese conjunto de circunstancias, unido a la observación de permanentes abusos con los indígenas, le impulsarán a abandonar el Archipiélago. Así lo reconoce el propio Rizal: *Sobre la fina arena de las orillas del lago de Bay hemos pasado largas horas de nuestra niñez pensando y soñan-*

¹ RIZAL, José: "Al Excmo. Sr. D. Vicente Barrantes", en *La Solidaridad*, núm. 25, Madrid, 15 de febrero de 1890.

do en lo que había más allá al otro lado de las olas. En nuestro pueblo veíamos, todos los días casi, al teniente de la Guardia Civil, al alcalde cuando lo visitaba, apaleando é hiriendo al inerme y pacífico vecino que no se descubriría y saludaba desde lejos. En nuestro pueblo veíamos la fuerza desenfrenada, las violencias y otros excesos cometidos por los que estaban encargados de velar por la paz pública; y, fuera, el bandolerismo, los tulisanes, contra los cuales eran impotentes nuestras autoridades. Dentro teníamos la tiranía y fuera el cautiverio. Y me preguntaba entonces si en los países que había allá, al otro lado del lago, se vivía de la misma manera; si allá se atormentaba con duros y crueles azotes al campesino sobre quien recaía una simple sospecha; si allá se respetaba el hogar; si para vivir en paz había que sobornar a todos los tiranos...²

Termina 1880 representando, con ocasión de las fiestas de la Inmaculada Concepción, a requerimiento de los jesuitas, una zarzuela titulada *Junto al Pasig*. Rizal, que por entonces estudiaba en la Real y Pontificia Universidad de Santo Tomás, no había abandonado su antigua relación con ellos, pues seguía colaborando con el Ateneo Municipal en su calidad de Presidente de la Academia de Literatura Castellana de ese centro. La obra, su única pieza teatral, es una alegoría del triunfo de la Virgen María sobre Satán, que concluye con un canto:

*¡Salve!, Rosa pura,
Reina de la mar;
¡Salve!, Blanca estrella,
Fiel Iris de la Paz...
Antipolo,
Por Ti sólo
Fama y renombre tendrá;
De los males
Los mortales
Tu Imagen nos librará
Tu cariño,
Al fiel niño
Le guarda siempre del mal;
Noche y día
tú le guías
En la senda terrenal.*

² Idem: "Ingratitudes", en *La Solidaridad*, núm. 23, Madrid, 15 de enero de 1890.

El cambio, que en lo sucesivo se produce en la manera de ver y entender la religión por el autor de la zarzuela, contrasta con lo expresado en los versos anteriores. Son las circunstancias, los ejemplos que contempla en algunos religiosos –frailes, como los denomina en sus escritos– los que provocarán un giro copernicano en sus ideas religiosas. Nunca dejará de creer en Dios, lo que criticará será la utilización que de Él hacen algunos de sus representantes en la Tierra.

Dos últimos factores, unidos a los hechos antes comentados, decidirán su definitiva marcha a España: el primero, la preocupación que siente su familia de que, ante la evolución de sus ideas, pueda acabar ofendiendo a los poderes fácticos de la colonia y a sus gobernantes; el segundo, quizás la gota de agua que rebosa el vaso, es su enfrentamiento con uno de sus profesores universitarios, pues como se afirma en el número extraordinario de *La Independencia* dedicado a su persona: *Brilló en la facultad de Manila, de la que salió para la Universidad Central, quizás contra su deseo, porque un catedrático de la Real y Pontificia insultaba a diario á los alumnos menos aprovechados, y Rizal, que no fue jamás de los reprendidos, se revolvió contra aquel abuso, y el catedrático juró no aprobarle nunca*.³

No debió ser fácil al tagalo abandonar Filipinas; allí dejaba familia, amigos y novia, que no le esperaba; pero necesitaba conocer y, también, dar a conocer a España y, si fuera posible, al mundo entero, la situación en que se encontraban sus paisanos.

Rizal desembarca en Barcelona, en junio de 1882, con una personalidad bien definida. Siente un gran desacuerdo con la discriminación que sufren sus hermanos de raza y se ha convertido en un nacionalista a ultranza. Su primer artículo *El amor patrio*, escrito nada más llegar, así los confirma: *¡El amor á la patria no se borra jamás, una vez que ha entrado en el corazón!, porque lleva en sí un sello divino que le hace eterno, imperecedero*.⁴

Enseguida marcha a Madrid donde, ya en octubre, estudia al mismo tiempo las carreras de Filosofía y Letras y Medicina, que superaría con calificaciones brillantes, sobre todo la primera de ellas.

Aprovecha el tiempo y, además de estudiar, practica el dibujo, la pintura y la escultura en la Academia de San Fernando. Asiste con frecuencia a las conferencias del Ateneo y se aplica en conocer el francés, inglés y alemán. Fue polígloto, pues llegó a hablar, además de varios dialectos de su

³ “Rizal Médico”, en *La Independencia*, núm. extraordinario. Editado en el asilo de Malabón el 25 de septiembre de 1898.

⁴ RIZAL, José: “El amor patrio”, en *Diariong Tagalog*. Manila, 20 de agosto de 1882. Reproducido en *La Solidaridad*, núm. 42, con el seudónimo Laón Laang. Madrid, 31 de octubre de 1890.



José Rizal, héroe nacional de Filipinas.

país, español, latín, francés, italiano, inglés, alemán, japonés y holandés; traducía griego, hebreo, árabe y sánscrito, e incluso consiguió aprender ruso durante su destierro en Dapitan.

Pudo ser, según señala Palma, que, cuando en el verano de 1883 marchó a París para perfeccionar el idioma francés, ingresara en la masonería: *Se cree que durante esta rápida visita a la capital francesa, hizo su ingreso en la Masonería, lo cual posiblemente decidió la dirección de sus ideas religiosas. Esta institución debió atraer su simpatía por los grandes principios que proclama mucho más acorde con su manera de pensar (...) De Rizal se conserva una conferencia masónica leída en la logia 'Solidaridad' de Barcelona en 1888, que no puede colocarse entre los mejores trabajos que ha dejado; pero de todos modos revela el conocimiento y penetración del autor en los misterios de la institución*⁵.

Según otros, Rizal se inicia en la masonería en la logia *Acacia* de Madrid, perteneciente al Gran Oriente Español, en 1883. Adopta el nombre de *Dimasalang*, que puede traducirse como *El intocable*. Más tarde, en noviembre de 1890, en la logia *Solidaridad* de Madrid alcanzaría el grado de maestro masón⁶.

En Madrid, como después en el resto de Europa, encontró un mundo muy diferente al de su tierra. Pues, como reconoce Palma, *...todas las ideas circulaban como monedas legales: todos los partidos tenían su órgano y todas las aspiraciones su club o asociación, mientras en su patria se consideraba peligroso cualquier pensamiento nuevo que desentonara del impuesto por la censura oficial. Todos los partidos tanto monárquicos como republicanos tenían su representación en las Cortes, mientras que en su país no se permitía otro partido que el de los frailes. Los ateos y librepensadores se burlaban sangrientamente de la Iglesia y de sus ministros, y ninguno era molestado*⁷.

El que sus paisanos fuesen tratados de forma tan diferente le movió a denunciarlo y lo hizo mediante artículos enviados a los periódicos filipinos en los que colaboraba su hermano Paciano; en las oportunidades que tuvo de hablar públicamente en Madrid, como más tarde lo hizo desde la revista *La Solidaridad* y, sobre todo, en su primera novela, que por entonces empezó a estructurar.

Lo que podría considerarse el inicio de sus actividades públicas en la metrópoli, y donde comienza a exponer su pensamiento político, se produ-

⁵ PALMA, Rafael: *Biografía de Rizal*. Bureau of Printing, Manila, 1949, pp. 47-48.

⁶ NAVARRO DE FRANCISCO, César y otros: *Rizal y la crisis del 98*. Parteluz, Madrid, 1997, p. 94.

⁷ PALMA, Rafael: *Op. cit.*, p. 47.

ce el 25 de junio de 1884, con ocasión del homenaje que los filipinos ofrecían en Madrid al pintor Juan Luna, en reconocimiento al éxito de su obra *Spoliarum*.

Rizal, que ese día había ganado por oposición el primer premio de griego y anotado en su diario que no había comido por falta de dinero, pronunció, al iniciar los brindis, una de las pocas piezas oratorias, tal vez la única, de su vida. El auditorio estaba formado por políticos relevantes —Moret, Labra, Andrés Mellado, Morayta, etc.— y un nutrido grupo de pintores, escritores y periodistas, así como representantes de la colonia filipina.

La tesis central del discurso postulaba que Filipinas caminaba hacia la madurez y, saliendo de su letargo histórico, *...vuelve a despertarse conmovida por el choque eléctrico que le produce el contacto de los pueblos occidentales, y reclama la luz, la civilización que un tiempo les legara, confirmando así las leyes externas de la evolución constante, de las transformaciones, de la periodicidad, del progreso*. Planteado esto, y después de hacer el panegírico de los pintores Luna e Hidalgo, también homenajeado, pasó a presentar una crítica sobre la actuación de algunos españoles en la colonia: *Si la madre enseña al hijo su idioma para comprender sus alegrías, sus necesidades ó dolores, España, como madre, enseña también su idioma á Filipinas, pese á la oposición de esos miopes y pigmeos que asegurando el presente, no alcanzan á ver en el porvenir, no pesan las consecuencias; nodrizas raquílicas, corrompidas y corruptas, que tienden á apagar todo sentimiento legítimo que, pervirtiendo el corazón de los pueblos, siembran en ellos los gérmenes de las discordias para que se recoja más tarde el fruto, el anapelo, la muerte de las generaciones futuras*.

Por último, para finalizar el discurso, define su visión peculiar de la relación entre españoles y filipinos, que son *dos razas que se aman y se quieren, unidas moral, social y políticamente, en el espacio de cuatro siglos, para que formen en el futuro una sola nación en el espíritu, en sus deberes, en sus miras, en sus privilegios, y a continuación brinda, entre otras cosas, porque la madre España, solícita y atenta al bien de sus provincias, ponga pronto en práctica las reformas que largo tiempo medita; el surco está trazado y la tierra no es estéril*⁸.

Rizal no piensa en la independencia, su filosofía puede resumirse en cuatro palabras: *provincia, sí; colonia, no*. Pretende que se vuelva a la situación establecida en la Constitución de 1812, en la que Filipinas es considerada como una provincia y tiene representantes en las Cortes españolas.

⁸ RETANA, W.E.: *Vida y escritos del Dr. Rizal*. Ed. Librería General de Victoriano Suárez, Madrid, 1907, pp. 95-99.

A mediados de 1885, con sus dos títulos universitarios y algunos capítulos de su principal obra, la novela *Noli me tangere*, en la maleta, el Dr. Rizal comienza su primer periplo europeo. En París se especializa en la clínica del oftalmólogo M. Wecker. Pasa después a Alemania, donde en Heidelberg, el 22 de abril de 1886, termina de componer una poesía, en la que, aunque lleva el romántico título *A las flores de Heidelberg*, no deja de recordar su lejano país desde la primera estrofa:

*¡Id á mi patria, id, extranjeras flores,
sembradas del viajero en el camino,
y bajo su azul cielo,
que guarda mis amores,
contad del peregrino
la fe que alienta por su patrio suelo⁹.*

Dedicó el resto de aquel año a la observación de las costumbres del pueblo alemán y a completar, pulir y corregir *Noli me tangere*, como el propio Rizal reconoce: *Sin embargo, en honor a la verdad, diré que al corregir mi obra en Alemania la he retocado mucho y reducido más; pero también la he templado los arranques, suavizando muchas frases y reduciendo muchas cosas á más justas proporciones á medida que adquiriría más amplia visión de las cosas vistas desde lejos, á medida que mi imaginación se enfriaba en medio de la calma peculiar de aquel pueblo (...) Con todo, no niego que no haya podido influir en mí el medio en que vivía sobre todo al recordar mi patria en medio de aquel pueblo libre, trabajador, estudioso, bien administrado, lleno de confianza en su porvenir y dueño de sus destinos¹⁰.*

Después de pasar por Leipzig, donde practicó la oftalmología y, posiblemente, según confiesa Retana, la tipografía, para solucionar sus necesidades económicas, se trasladó a Berlín, donde fue impresa la novela. La dedicatoria está fechada en *Europa, 1886*, aunque no salió a la luz hasta marzo de 1887. Este será un momento clave en su vida, dado que, a partir de entonces, los acontecimientos se acelerarán, tendrá la enemistad de aquellos a quienes critica, será tachado de *filibustero*, es decir separatista, y él y su familia sufrirán las consecuencias de ello. Cosa que no le arredra respecto a su persona, aunque sí por los suyos.

⁹ RIZAL, José: "A las flores de Heidelberg", en *La Independencia*, número extraordinario ya citado.

¹⁰ RETANA, W.E., *Op. cit.*, pp. 105-106.

A continuación estuvo en Austria y Bohemia; visitará allí, en Leitmeritz, al profesor Blumentritt, científico, estudioso del mundo filipino, estableciéndose una fraternal amistad entre ambos. Finalmente, después de recorrer Suiza e Italia, embarcará en Marsella hacia Manila, donde arribará en agosto de 1887.

La novela precedió a su autor y con ella llegó el alboroto y la polémica. Mientras aquél pretendía pasar inadvertido y marchar a su pueblo natal enseguida, el claustro de la Real Pontificia Universidad de Santo Tomás de Manila, juzgaba la obra y la encontraba *herética, impía y escandalosa en el orden religioso y antipatriótica, subversiva del orden público, injuriosa al Gobierno de España y á su proceder en estas Islas, en el orden político*, por lo que consideraba que *si llegara á circular por Filipinas, causaría graves daños á la fé y á la moral, amortiguaría ó extinguiría el amor de estos indígenas á España, y perturbando el corazón y las pasiones de los habitantes de este país, podría ocasionar días muy tristes para la madre Patria*.

No es de extrañar que, al conocer el informe, el capitán general Emilio Terrero y Pertinat llamase a Rizal y le asignase un oficial de la Guardia Civil, el teniente José Taviel de Andrade, para que le acompañase durante su estancia en la isla, asignándole el doble papel de vigilante y escolta de su persona. A los pocos días el tagalo se había granjeado el afecto de aquél, creciendo una buena amistad entre ambos. El destino haría que, años más tarde, durante su proceso, su defensor fuese Luis Taviel de Andrade, hermano del anterior.

Rizal se dedica en Calamba a ayudar a los suyos. Abre una clínica de oftalmología y opera con éxito a su madre casi ciega y atiende a sus paisanos, pero la situación se hace insostenible ante las presiones de algunos religiosos y otros radicales españoles. La familia le aconseja su marcha, preocupada por su seguridad, y parte hacia el exilio a primeros de febrero de 1888. En esta ocasión la suerte le favorece, pues está lejos cuando se produce la manifestación del primero de marzo de 1888 en Manila, en la que participaron los principales filipinos de muchos pueblos, que presentaron un escrito al gobernador civil, José Centeno García, solicitando el destierro del arzobispo y la supresión de las órdenes religiosas en el archipiélago. Sin embargo, algunos le acusaron de hacer propaganda filibustera desde Hong Kong, ya que compuso por esas fechas, a petición de sus enemigos de Batangas, el *Himno al Trabajo*, cuya principal estrofa canta:

*¡Por la patria en la guerra,
por la patria en la paz,
velará el filipino,
vivirá y morirá!*

Año I. - Número extraordinario

Redacción y Administración:
Azul de Malabon

Corresponsales y Círculo de Administración:

Se publica los domingos

Domingo 25 de Septiembre de 1898

Subscripción en Manila . . . 2.00
Id. en Provincias . . . 2.50
Número de sueldo de este número . . . 0.10
Pago adelantado

Anuncios, esquelas mortuorias, reclamos, comunicaciones y avisos a precios corrientes.

LA INDEPENDENCIA

JOSÉ RIZAL

En el pueblo de Calamba, que parece como nido de pájaro colocado a orillas de la laguna de Iloilo, nació José Rizal el 19 de Junio de 1861.

Fueron sus padres Francisco Rizal Mercado y Olimpia Alonso y Quinsón, ricos hacendados tan laboriosos como honrados. Mientras desde niño una inteligencia grande y su precocidad era tal, que a los cuatro años comenzó sus primeros estudios.

Su padre púdico dióse a conocer cuando solo contaba 6 años de edad, con una composición poética que fué la admiración de los poetas sagrados de la provincia.

Pero en donde comenzó a formarse la privilegiada inteligencia de aquel hombre extraordinario, fué en el Ateneo Municipal de los PP. Jesuitas en donde su nombre adquirió los honores de la celebridad. Al finalizar el curso, volvió al hogar curado de modales y diplomas.

Rizal, siendo alumno del Ateneo de Manila, a la edad de catorce años y con motivo de la solemnidad de la Purísima Concepción, escribió un discurso de fama con el título de "Himno al Virgen" en un escenario construido al efecto. La espontaneidad, nobleza y distinción por ciertos, que florecía el gran niño del Ateneo, "plumado con entusiasmo aquella producción del joven del pueblo de Calamba, llamando a su autor con insistencia, quien sin preocuparse del éxito de su obra, estaba preocupado recordando recordando (preterido) es el punto del establecimiento.

En un certamen que celebró el Liceo Artístico y Literario de Manila como Rizal la *pluma de pluma primer premio* otorgado para las composiciones de los filipinos.

Aquella poesía es una verdadera invención poética dirigida a los jóvenes filipinos, a la generación rectora. Comienza así:

¡Atax tu terra fronte,
jovenil filipino, en este dial
fluce respaldacione
in rica patria.

¡Oh, esperanza de la patria mía! etc.

Después, cuando Manila celebraba el fausto acontecimiento del centenario de la muerte del príncipe de los Incas españoles, Cervantes de Souza, en certamen literario que para solemnizar dicho suceso, fué convocado entonces por el mismo Liceo, Rizal obtuvo en esa lucha de la inteligencia, con su obra el *Consejo de los Dioses* un premio de oro con el busto de Cervantes, primer premio ofrecido para la obra en prosa, que por su originalidad, fué precedida en honor del insigne autor del Quijote, y ese premio lo ganó en competencia con otros dos de reconocida como basta.

Comenzó nuevos horizontes para sus ideas, pasó a Europa en 1882, cuando de la vida mondana de Manila, herido en el alma ante todo lo que veía y observaba su corazón de patriota buscaba otras regiones



donde la justicia no fuera el atropello, otro país, donde se respirara el ambiente de la libertad.

La generosidad de Rizal era la esencia, la firmeza y su grandísima afición a los estudios.

Recibió los grados de Doctor en Medicina y Licenciado en Filosofía y Letras en Madrid en 1884, pasando luego a París, al cerebro del mundo, para estudiar sus bellas y monumentos, con el objeto también de perfeccionarse en el idioma y para dedicarse a la especialidad de estudiar viajando para ello al lado del Prof. Wecker.

En 1886, pasó Rizal a Alemania para estudiar el idioma de Schiller y más tarde, visitó el Auzara y se estableció en Bélgica, en donde en 1887, de 4 a 5 en Gante, su notabilísima novela *Noti me tangere*.

La nostalgia de la patria invadió el corazón de Rizal y volvió a Filipinas en 1888. Pero los odios, las pasiones que produjo su novela, lo obligaron a volver a Europa para evitarse una deportación arbitraria, guardando ofrecido en aquellos tiempos a la ilustración y al saber de la juventud filipina.

A su vuelta a Europa, realizó algún tiempo en el Japon y ya en Londres comenzó la publicación de la historia de Filipinas por Moros, en el que demostró su originalidad y conocimientos históricos. Su verdadero trabajo se reduce a dar a conocer y hacer aquella obra, que refleja nuestra antigua civilización. Mas tarde, daba al público *El Filibusterismo*, segunda parte del *Noti me tangere*. Su nueva producción provocó una verdadera explosión de patriotismo en todos los corazones.

Verdaderamente, el Provedente había señalado a Rizal para que fuera el redentor de su país en sus escritos, en sus poesías en sus cartas más íntimas, bello siempre la idea de la independencia de esta independencia fuertemente conquistada y el siglo hombre de voluntad, de cooperación, de grandiosos valores, amarrado del ideal necesitaba el período preparatorio de la revolución, en hombre no podía ser más que Rizal.

Vuelto a Asia para su familia, cuando fundó una escuela agrícola en Iloilo, Rizal era de palabra breve y fácil cuando hablaba, parecía meditar cuanto decía y su aspecto simpático, de rostro pensador, irritaba desde el primer momento

A propios y extraños: todo hablaba con amor pasional, con diez delirio a su país y fué el hombre que se sacrificó verdaderamente por Filipinas. Fué la imagen viva del patriota filipino y el apostol de las ideas.

Después, "Era una mañana tagala, con un cielo de plomo, con su amor tranquilo, terso, como el asno de una mujer dormida. Rizal apareció rodeado de cien baxones, llegaron conversando en voz que ciego de fatigas, le esperaba. — Qué hermosa mañana — dijo el mozo — está el tiempo. — Después, el bastión legal. Pero el río y vivirá entre nosotros: su nombre es inmortal."

En la obra de nuestra independencia, Rizal fué la idea, el ideal, la fuerza. Para Rizal y Aguinaldo se da amor patrio y los honores de la inmortalidad. Gracias a ellos podemos considerar orgullosos nuestra nacionalidad filipina.

SU LABOR POLITICA

Cuestos republicanos en Filipinas surca de libertad y cuantos sentimos palpaciones de su grandioso entusiasmo que mucho tenemos que agradecer a Rizal! A él debemos en parte la obra de nuestra redención a la que consagró la mejor de su vida a la religión santa del amor patrio. Por eso, no hay más que leer y bendiciones para su nombre.

Que ha sido todo su vida. La campaña fatigable de alto vuelo que, en un día de amor a su país, ha jurado darle días de grandeza y felicidad. Ha peregrinado siempre ideal tan sublime, sin perder jamás de vista, con la sueta fe de

un generoso y noble, con la tenacidad del que espera, en los cuarteos de la universidad, en las páginas del libro, en las columnas del periódico, en el bullicio de Europa, en la soledad de un triste desierto, en la hora de sus afanes y anhelos. ¡Pero qué importa! Todavía queda la consideración de sus altas virtudes para ejemplo de los que estamos llamados a recoger la santa herencia que nos legó.

Antes que todo, tenemos siempre presente este rasgo que imprimió carácter al aspecto político de su vida, su cifra en duración, rica en contenido histórico, en ocasión, el que no cubría, sin tener por su vida, de ejemplo de su vida, de su proposita, al lado de sus mismos amigos políticos. Conoció el valor de su vida, el que no cubría, sin tener por su vida, de ejemplo de su vida, de su proposita, al lado de sus mismos amigos políticos. Conoció el valor de su vida, el que no cubría, sin tener por su vida, de ejemplo de su vida, de su proposita, al lado de sus mismos amigos políticos.

Antes que todo, tenemos siempre presente este rasgo que imprimió carácter al aspecto político de su vida, su cifra en duración, rica en contenido histórico, en ocasión, el que no cubría, sin tener por su vida, de ejemplo de su vida, de su proposita, al lado de sus mismos amigos políticos. Conoció el valor de su vida, el que no cubría, sin tener por su vida, de ejemplo de su vida, de su proposita, al lado de sus mismos amigos políticos.

Antes que todo, tenemos siempre presente este rasgo que imprimió carácter al aspecto político de su vida, su cifra en duración, rica en contenido histórico, en ocasión, el que no cubría, sin tener por su vida, de ejemplo de su vida, de su proposita, al lado de sus mismos amigos políticos. Conoció el valor de su vida, el que no cubría, sin tener por su vida, de ejemplo de su vida, de su proposita, al lado de sus mismos amigos políticos.

Portada de "La Independencia".

A últimos de febrero estaba en Japón, donde hizo amistad con el diplomático español Alcázar, encargado de negocios de España en ese país, que quizás fue a visitarle al hotel donde se hospedaba en Yokohama para vigilarlo y le invitó a alojarse en la residencia de la delegación española. Allí se trasladó y vivió durante más de un mes. Marchará después a Estados Unidos —llega a San Francisco el 28 de abril— y lo atravesará en ferrocarril hasta llegar a Nueva York, donde embarcará hacia Londres el 16 de mayo. Las impresiones de este viaje las relata el propio Rizal en una carta dirigida a su amigo Mariano Ponce (*Naning*), exponiéndole sus impresiones sobre la nación americana: *Visité las más grandes ciudades de América, con sus grandiosos edificios, sus luces eléctricas y sus concepciones grandiosas. La América es indudablemente un gran país, pero tiene aún muchos defectos. No hay verdadera libertad civil. En algunos estados, el negro no puede casarse con una blanca, ni una negra con un blanco. El odio al chino, hace que otros extranjeros asiáticos como los japoneses sean confundidos con ellos por los ignorantes y sean también mal mirados (...)* Atravésé toda la América: vi Niágara, la majestuosa cascada. Estuve en Nueva York, gran población. Pero allí todo es nuevo. Visité algunos recuerdos de Washington, el hombre que siento no tenga un segundo en este siglo¹¹. Está presente el ideal de igualdad entre las razas y las personas, que vive permanentemente en Rizal y por ello critica la discriminación racial.

Desde Londres comienza a colaborar en *La Solidaridad*, que nace el 15 de febrero de 1889 en Barcelona como órgano de expresión de los filipinos en la Península, donde publica numerosos artículos; unos de carácter divulgativo sobre el teatro filipino, muchos de carácter crítico sobre la situación en el archipiélago y algunos donde perfila su pensamiento político.

Fruto de su estancia en Londres, donde investiga en la biblioteca del Museo Británico documentos de la historia de su país, será la reimpresión del libro *Sucesos de las Islas Filipinas*, publicado en Méjico en 1609 por Antonio de Morga, que narra los primeros tiempos de la dominación española en Filipinas. Rizal incluye en el texto numerosas notas suyas para alabar la antigua civilización filipina, intentando demostrar que su pueblo, cuando fue descubierto por los españoles, no era tan inculto como algunos manifiestan y, al mismo tiempo, intenta despertar en sus paisanos *la conciencia de nuestro pasado, borrando de la memoria, y rectificar lo que se ha falseado y calumniado*¹².

¹¹ Idem: *Op. cit.*, pp. 151–155. Carta fechada en Londres el 27 de julio de 1888.

¹² MORGA, Antonio de: *Sucesos de las Islas Filipinas*. “Obra nuevamente sacada á la luz y anotada por José Rizal”. Ed. Librería de Garnier Hermanos, París, 1890, p. VI. Dedicatoria “A los filipinos” de José Rizal.

El profesor Blumentritt, que prologa la obra, critica el que los españoles no se hayan preocupado de reeditar el libro *—la mejor crónica de Filipinas—* y que hubiese sido un inglés, Lord Stanley, quien la tradujese a ese idioma y la editase. Por ello ensalza a Rizal, afirmando: *Pero tú, mi querido amigo, tú no estabas conforme con esta resignación y modestia del mundo extranjero, con esta indiferencia y apatía del mundo peninsular. En tu corazón, verdaderamente noble é hidalgo, has sentido toda la grandeza de la ingratitud nacional, y tú, el mayor hijo de la nación tagalog: tú, el martir de un patriotismo leal y activo, tú fuiste quien ha pagado la deuda de la nación, de la misma nación cuyos hijos degenerados se burlan de tu raza y le niegan dotes intelectuales*¹³. La obra fue prohibida en Filipinas.

En febrero de 1890, se traslada a Bruselas, donde practica la medicina. A mediados de julio recibió noticias de que su familia había perdido el contencioso que mantenía sobre los impuestos que gravaban los productos agrícolas de la hacienda a la que estaban adscritos los vecinos de Calamba; su hermano Paciano había apelado al Tribunal Supremo de Madrid. Entonces, decidió ir a la capital de España para gestionar el pleito, donde llegó en agosto después de visitar la Exposición Universal de París. Recibe el apoyo de sus paisanos. H. del Pilar, que estaba al frente de *La Solidaridad* y dirigía, en cierta manera, el sentir político de la colonia filipina, le acompaña a entrevistarse con el Ministro de Ultramar, Fabié, para exponer las reivindicaciones de sus parientes de Calamba, pero no obtienen éxito alguno.

Rizal se persuade de que no puede esperar nada del gobierno de la metrópoli y el pesimismo se apodera de él. A poco se producen divergencias en el seno de la colonia filipina e incluso tiene enfrentamientos personales con algunos compañeros, entre ellos el pintor Antonio Luna, al que llega a desafiar en duelo. Recibe, además, la noticia de que Leonor, su antigua novia, se había casado con un inglés.

Tal cúmulo de contrariedades le afectan profundamente y piensa abandonar España. El hecho que le decide a dar este paso fue el conjunto de circunstancias que rodeó, a principios de 1891, la elección del responsable encargado de dirigir las actividades de la colonia filipina. Rizal apoyó la propuesta de concretar en el responsable la suprema autoridad filipina en la Península, pero se encontró con la dura oposición de la redacción de *La Solidaridad*. La elección del responsable dividió la colonia entre los partidarios de Rizal y Del Pilar; triunfó, tras varias votaciones sin obtener la mayoría necesaria, Rizal. Pero éste, que había predicado la unión de todos

¹³ Idem: *Op. cit.*, pp. VII–VIII. Prólogo de F. Blumentritt.

los filipinos, no quería ser causa de división entre ellos y abandonó el puesto de responsable, que es asumido por Del Pilar, marchando a Francia a final de enero para pasar a Bélgica y establecerse en Gante.

Deja de colaborar en *La Solidaridad*. No por resentimiento sino, como manifiesta en carta a Del Pilar, por: (1) *Que necesito tiempo para trabajar en mi libro*; (2) *que quería que otros filipinos trabajasen también*; (3) *he considerado que en el partido vale mucho que haya unidad en los trabajos y puesto que tú estás arriba y yo tengo también mis ideas, vale más dejarte dirigir sólo la política tal como la comprendes y no meterme en ella. Ésto tiene dos ventajas; nos deja a ambos en libertad y aumenta tu prestigio, lo cual es muy necesario, pues en nuestro país se necesitan hombres de prestigio. Ésto no quiere decir que no trabaje yo y siga el curso de los trabajos vuestros: yo soy como un cuerpo de ejército que en el momento necesario me veréis llegar para caer sobre los flancos del enemigo que teneis delante. Sólo pido a Dios que me de los medios para hacerlo*¹⁴.

Está claro que Rizal no ha abandonado, ni abandonará, la lucha. Combate a su manera, usa las palabras como dardos; no es un hombre de acción, al estilo de Aguinaldo y Bonifacio, pero denuncia, enseña las llagas de su pueblo y despierta en éste el ideal nacional. Su trinchera es el papel impreso y, por ello, para reiterar esfuerzos ataca de nuevo con su pluma. Nace así a la luz, en Gante, la segunda parte del *Noli me tangere, el Filibustero* y, para que no quede duda de su objetivo, lo dedica a la memoria de los tres presbíteros –Gómez, Burgos y Zamora– ejecutados en el patíbulo de Bagumbayan el 28 de febrero de 1872, denunciando lo que considera una condena injusta: *...en tanto, pues, no se demuestre claramente vuestra participación en la algarada caviteña, hayáis sido ó no patriotas, hayáis ó no abrigado sentimientos por la libertad, tengo derecho á dedicaros mi trabajo como á víctimas del mal que trato de combatir. Y mientras esperamos que España os rehabilite un día y no se haga solidaria de vuestra muerte, sirvan estas páginas como tardía corona de hojas secas sobre vuestras ignoradas tumbas...*¹⁵

La llegada de algunos ejemplares a Manila hace que arrecien los ataques contra Rizal y que, en Calamba, su familia sea acosada, se desahucie y deporte a parientes y amigos e incluso algunas de sus viviendas sean derribadas. Todo esto le impulsa a abandonar Europa y dirigirse a Hong Kong, donde llega a fines de noviembre, para estar cerca de los suyos y, si fuera posible, regresar a Manila.

¹⁴ PALMA, R.: *Op. cit.*, p. 188.

¹⁵ RIZAL, José: *El Filibusterismo*. Edit. Maucci, Barcelona, 1911.

Sus familiares, que se reúnen con él al poco tiempo, tratan de disuadirle del regreso y entonces piensa fundar una colonia agrícola en Borneo para vivir con los suyos y con aquellos tagalos que quieran seguirle. Incluso se traslada al norte de Borneo para buscar asentamientos. No obstante, sigue sintiendo la llamada de su tierra y el deseo de trabajar para ella. Así crea e imprime en Hong Kong los estatutos de la *Liga Filipina*, especie de asociación de ayuda mutua entre sus integrantes, cuyo lema era *Unus Instar Omnium* y sus fines¹⁶:

- 1.-Unir a todo el A... en un cuerpo compacto, vigoroso y homogéneo.
- 2.-Protección mutua en todo apuro y necesidad.
- 3.-Defensa contra toda violencia e injusticia.
- 4.-Fomento de la instrucción, agricultura y comercio.
- 5.-Estudio y aplicación de reformas.

Durante la preparación del proyecto de Borneo, escribe dos cartas al Gobernador General de Filipinas Despujol sobre sus intenciones de establecerse en aquel lugar con un grupo de sus paisanos; el cónsul de España en Hong Kong le informa verbalmente que no era muy patriótico sacar brazos del suelo filipino, tan falto de ellos, para ir a trabajar a tierras extranjeras. Rizal decide ir a Manila y escribe a Despujol manifestándole que vuelve, que se pone a su disposición y que se alojará en uno de los hoteles de la ciudad en espera de que le comunique sus órdenes. Al arribar a la capital filipina, el 22 de junio de 1892, es recibido con expectación por unos, con afecto por muchos de sus paisanos y con resentimiento por los que se sentían criticados y ofendidos en sus escritos.

Rizal desarrolla una frenética actividad de propaganda de la *Liga Filipina* en diversas provincias, lo que despierta preocupación en Despujol, que es presionado por los poderes fácticos para que adopte medidas. El resultado es un decreto, publicado en la *Gaceta de Manila* del 7 de julio, que dispone la deportación de José Rizal a Dapitan, en la isla de Mindanao; declara prohibida la introducción y circulación de su obra en el archipiélago y ordena que aquellos que posean algunos de sus libros o proclamas los entreguen a las autoridades locales.

Durante los años de destierro en Dapitan ejerció la medicina de forma gratuita, abrió un dispensario, fundó un hospital, construyó un embalse de agua y diversas obras de interés para la comunidad. Descubrió nuevas espe-

¹⁶ PALMA, Rafael: *Op. cit.*, p. 221.



Capitán General don Ramón Blanco y Erenas.

cies animales, que envió a Europa central para su estudio. Vivió con Jose Phine Bracken, de origen irlandés, que le dio un hijo, que murió al poco de nacer. Intentó alejarse de la política, pero al final sería acusado de mantener contactos con la sociedad denominada *Kapitunan* o Asociación de los Hijos del Pueblo, creada por Andrés Bonifacio, para pronunciar la lucha armada contra España.

Rizal, para salir del destierro, se ofreció voluntario para servir como médico de las fuerzas expedicionarias españolas en Cuba. El 30 de julio de 1896 recibió la comunicación, fechada el 1 de dicho mes, por la que el general Blanco le informaba de su destino a la Gran Antilla. El día 6 de agosto llegaba a Manila, perdiendo el correo a la Península que salió el día anterior. El destino le jugaba una mala pasada: el retraso de la carta de Blanco, la pérdida del correo y tener que esperar al siguiente vapor, el 3 de septiembre, forman una cadena de circunstancias que le atraparían sin remedio. El último eslabón sería el estallido de la revolución preparada desde el *Katipunan* y dirigida por Andrés Bonifacio. Partió hacia Barcelona en el *Isla de Panay*, donde llegó el 3 de octubre para ser reembarcado hacia Filipinas en el vapor *Colón*, que transportaba tropas españolas para sofocar la insurrección. Llegó a Manila el 3 de noviembre para ser procesado, juzgado y condenado a muerte.

La semblanza que hizo Gómez de la Serna, presenta a Rizal hombre de la siguiente manera:

La figura humana de Rizal es digna de profundo estudio. Vivió treinta y cinco años; á los veintisiete había dado la vuelta al mundo; fué médico, novelista, poeta, político, filósofo, pedagogo, agricultor, tipógrafo, políglota (hablaba más de diez lenguas), escultor, pintor, naturalista, miembro de célebres Centros científicos europeos, que dieron su nombre á especies nuevas por él descubiertas, vivió y estudió en las grandes capitales de Europa y América; el índice de sus libros y escritos varios ocupa no pocas páginas de este volumen (...)

Salió estudiante de su país el 82; cursó brillantemente en España las carreras de Medicina y Filosofía y Letras; volvió a Filipinas el 87 para marcharse el 88; tornó el 92 para ser desterrado á los pocos días, y salió del destierro el 96 para ser fusilado, no obstante haberse esclarecido que en los últimos cuatro años de su vida y destierro no se mezcló directa ni indirectamente en ningún asunto político de su país.

Caballero sin tacha, bondadoso, dulce, delicado y valiente, era tal la atracción de sus virtudes, que los oficiales de nuestro Ejército que le guardaban, se hacían sus íntimos: uno fué relevado por ello, por querer tanto a Rizal.

Yo le conocí en Madrid. Limpio y atildado; semblante triste y reflexivo; voz siempre suave; ni gritos, ni risas destempladas; poco aficionado á diversiones y devaneos, sin duda porque dejó latente, allá en su rivera del sol, ese primer amor virginal que en la ausencia, cuando no muere, hace casta toda la vida (...).

Fue un tipo engendrado para la leyenda: era un desconocido completo; salió de su país estudiante, sin que nadie se fijara en él, indiferente á todos; volvió por unos meses á los veintiseis años. Cuando fué, á los treinta y uno, era una celebridad; era ya un ídolo; todos hubieran querido conocerle; pero á los pocos días salió desterrado. Tornó para el fusilamiento, y puede decirse que la masa de sus paisanos sólo le vió un día: el de su muerte¹⁷.

El pensador y sus ideas

¿Qué ha sido toda su vida? La campaña infatigable y honrada del político de alto vuelo que, en aras del amor de su país, ha jurado darle días de grandeza y felicidad¹⁸.

Rizal persiguió siempre el ideal de exaltar a su patria, de ponerla a la altura de las naciones modernas de su época y prepararla para que asumiera su futuro con dignidad. Toda su vida y escritos los dedica a estos objetivos; su obra está pensada y escrita con ese fin. Ni siquiera el poeta puede evitar dejarse llevar por su ideal patriótico; se ve en sus versos de niño, que se han recogido más atrás, y está presente en sus poemas de hombre adulto. Su arma de guerra es la pluma, él mismo lo anuncia en su poema *A mi...* cuando invoca a la musa...

*Mas tú vendrás, inspiración sagrada,
De nuevo á caldear mi fantasía
Cuando mustia la fé, rota de espada
Morir no pueda por la patria mía;
Tu me darás la cítara enlutada
Con cuerdas que vibran la elegía.
Para endulzar de mi nación los poemas
y el amortiguar de sus cadenas¹⁹.*

¹⁷ RETANA, W.E.: *Op. cit.*, p. VII. Prólogo de Javier Gómez de la Serna.

¹⁸ *La Independencia*, número extraordinario ya citado.

¹⁹ *Ibidem*.

Rizal luchará en sus trincheras de papel por la libertad y los derechos de su pueblo. Se hace escritor y, como reconoce Unamuno, su heroísmo fue el heroísmo del escritor: *Pero entiéndase bien que no del escritor profesional, no del que piensa ó siente para escribir, sino del hombre henchido de amores que escribe porque ha pensado ó ha sentido*²⁰.

Su obra, por lo tanto, tiene un permanente fin político y se estructura según evolucionan las ideas de su autor. Así, su novela *Noli me tangere* es un primer aldabonazo para despertar la conciencia del *indio filipino* y mostrarle los abusos y humillaciones a que está sometido. El propio Rizal lo manifiesta en la presentación de los objetivos de la obra en la dedicatoria que titula *A mi patria*:

Regístrase en la historia de los padecimientos humanos un cáncer de carácter tan maligno que el menor contacto le irrita y despierta en él agudísimos dolores. Pues bien, cuantas veces en medio de las civilizaciones modernas he querido evocarte, ya para acompañarme de tus recuerdos, ya para compararte con otros países, tantas se me presentó tu querida imagen como un cáncer social parecido.

Deseando tu salud, que es la nuestra, y buscando el mejor tratamiento, haré contigo lo que con sus enfermos los antiguos: exponíanlos en las gradas del templo, para que cada persona que viniese de invocar a la Divinidad les propusiese un remedio.

Y a este fin, trataré de reproducir fielmente tu estado sin contemplaciones; levantaré parte del velo que cubre tus llagas, sacrificando a la verdad todo, hasta el mismo amor propio, pues, como hijo tuyo, adolezco también de tus defectos y flaquezas.

Los objetivos del *Noli* son claros: quiere dar a conocer los males que, a su juicio, corroen a su país y entiende que para ello tiene que exponerlos a la luz pública. Pretende lograr la movilización del pueblo filipino para que reivindique que le sean reconocidos los derechos humanos, que ya se preconizan en esa época en el mundo civilizado; quiere que deje de ser considerado una raza inferior y tratado como ciudadanos de segunda clase.

Tres años más tarde, en 1889, en la reimpresión que hace de los *Sucesos de las Islas Filipinas* de Morga su objetivo es dar a conocer su pasado a los filipinos, para que recuperen su historia, puedan juzgar mejor el pre-

²⁰ RETANA, W.E.: *Op. cit.*, p. 476. Epílogo de Miguel de Unamuno.

sente y medir el camino recorrido durante los tres siglos de dominación española. Así lo anuncia en su llamada *A los filipinos* en la introducción que hace a la obra: *Nacido y criado en el desconocimiento de nuestro Ayer, como casi todos vosotros, sin voz ni autoridad para hablar de lo que no vimos ni estudiamos, consideré necesario invocar el testimonio de un ilustre Español que rigió los destinos de Filipinas en los principios de su nueva era y presenció los últimos momentos de nuestra antigua civilización. Es, pues, la sombra de la civilización de nuestros antepasados la que ahora ante vosotros evocará el autor*²¹. Quiere que los filipinos encuentren sus raíces.

Pero será en la prensa donde escribirá su principal ensayo político y planteará sus principales reivindicaciones. Lo hará en un periódico publicado en España y presentará una prospectiva de lo que a su juicio será *Filipinas dentro de cien años*²². Es un estudio político-social sobre el porvenir de Filipinas. En él se analizan diversas hipótesis de su visión de la posible evolución histórica de la zona —la cuenca del Pacífico— y de la influencia en ésta de las naciones europeas con presencia colonial en ella —España, Francia, Inglaterra, Holanda—; de los dos colosos vecinos —China y Japón— y de dos potencias emergentes con intereses en ese área —Alemania y Estados Unidos—.

Como es su costumbre, inicia el ensayo presentando en grandes rasgos la historia de Filipinas desde su incorporación a la Corona española, ya que, según él, *para leer en el destino de los pueblos es menester abrir el libro de su pasado*. En esta lectura del pasado, Rizal ve la desaparición, ante la influencia española, de las tradiciones y de la cultura original filipina; éste es uno de los caballos de batalla del tagalo, que siente la pérdida de la identidad de su raza y desea lograr que la recupere. Enseguida plantea una serie de preguntas, que él mismo reconoce son difíciles de contestar:

¿Continuarán las Islas Filipinas como colonia española, y, en este caso, qué clase de colonia? ¿Llegarán a ser provincias españolas con o sin autonomía? Y para llegar á este estado, ¿qué clase de sacrificio tendrá que hacer?

¿Se separarán tal vez de la Madre Patria para vivir independientes, para caer en manos de otras naciones ó para aliarse con otras potencias vecinas?

²¹ MORGA, Antonio de: *Op. cit.*, p. V. Dedicatoria "A los Filipinos" de José Rizal.

²² RIZAL, José: "Filipinas dentro de cien años", en *La Solidaridad*. Madrid, septiembre de 1889—enero de 1890.

Al responder a estas preguntas y sacar sus propias conclusiones, Rizal plantea y presenta sus propias ideas, su pensamiento del presente para el futuro, y sus conclusiones son: 1) Las islas no pueden seguir en el estado en que están, deben recabar de la metrópoli más libertades; 2) Querer que se mantenga la situación actual entraña el riesgo de una revolución y una ruptura total. Por ello afirma rotundamente: *Las Filipinas, pues, ó continuarán siendo del dominio español, pero con más derechos y más libertades, ó se declararán independientes, después de ensangrentarse y ensangrentar á la Madre Patria.*

Pero, en estos momentos, Rizal no opta por la independencia: se conforma con pedir reformas que permitan que el archipiélago continúe bajo el dominio español. No considera que la ocasión para la independencia esté madura y reivindica: prensa libre en las islas y diputados filipinos en las Cortes españolas. Reconoce que: *estas son las dos reformas fundamentales que, bien interpretadas y aplicadas, podrán disipar todas las nubes, afirmar el cariño á España y hacer fructificar todas las posteriores (...)* En suma: *las Filipinas continuarán siendo españolas, si entran en la vía de la vida legal y civilizada, si se respetan los derechos de sus habitantes, si se les conceden los otros que se les deben, si la política liberal de los Gobiernos se lleva a cabo sin trabas ni mezquindades, sin subterfugios ni falsas interpretaciones.*

Es claro que propone la igualdad de trato con el resto de los territorios españoles y desea que esto suceda mediante la concesión pacífica y no aboga por la insurrección armada, ya que: *los que hoy luchamos en el terreno legal y pacífico de las discusiones, lo comprendemos así, y con la mirada fija en nuestros ideales, no cesaremos de abogar por nuestra causa, sin salir de los límites de lo legal.* Sin embargo, advierte que: *si antes la violencia nos hace callar ó tenemos la desgracia de caer (lo cual es posible, pues no somos inmortales), entonces no sabemos que camino tomarán los retoños numerosos y de mejor savia que se precipitarán para ocupar los puestos que dejemos vacíos.*

Las frases anteriores las escribe el 15 de diciembre de 1889, en paralelo casi con la publicación del libro de Morga: aún cree posible la convivencia y advierte del riesgo de llegar al enfrentamiento. La ruptura dialéctica se producirá apenas dos años después, en 1891, en su segunda novela *El Filibusterismo*. La causa es la incomprensión del gobierno español.

El Filibusterismo es un desafío desde la portada a la última página. El reto comienza al situar en portada el breve prólogo de Blumentritt: *Fácilmente se puede suponer que un filibustero ha hechizado en secreto á la liga de los fraileros y retrógrados para que, siguiendo inconscientes sus inspi-*

raciones, favorezcan y fomenten aquella política que sólo ambiciona un fin: extender las ideas del filibusterismo por todo el país y convencer al último filipino de que no existe otra salvación fuera de la separación de la Madre Patria.

Blumentritt anuncia que el filibusterismo es la única salida que le queda a un pueblo cuando la metrópoli no atiende sus reivindicaciones pacíficas y legítimas. No hay otra solución que el separatismo.

Si el *Noli me tangere* tiene mucho de denuncia crítica, pero dentro del marco de lo que puede considerarse una novela costumbrista, *El Filibusterismo* es una llamada a la revolución por parte de su protagonista Simoun. Ya nada queda en su persona del idealista e ilustrado Ibarra, protagonista de la primera novela, que predica la concordia y la convivencia pacífica entre españoles y filipinos y que rechaza dirigir un movimiento revolucionario. Simoun es la imagen de la venganza, el espíritu de la revolución que sólo piensa ya en la independencia²³: (...) *y en vez de tener aspiraciones de provincia, tenedlas de nación; en vez de pensamientos independientes, á fin de que ni por derechos, ni por costumbres, ni por lenguaje, el español se considere aquí como en su casa, ni ser considerado por el pueblo como nacional, sino siempre como invasor, como extranjero, y tarde ó temprano tendréis vuestra libertad.*

Para Retana: *El Filibusterismo es el libro más nacionalista que he leído en mi vida (...) Toda la obra es de un interés creciente. Pero en el buen entendimiento de que este interés no es el novelesco: el interés está en la doctrina que en cada momento va fluyendo en Rizal*²⁴.

El contenido de *El Filibusterismo* es uno de los cargos que aparecen en el decreto de Despujol, que le deportó a Dapitan. El haber dedicado la obra a la memoria de los tres sacerdotes condenados a muerte por traidores a la patria, el permitir que apareciera en su portada la reflexión de Blumentritt, que aconseja la separación de Filipinas de la Madre Patria, eran razones suficientes para tachar a Rizal de *filibustero* y, por ende, de separatista.

Sin embargo, Retana concreta que, según manifestó por carta al Gobernador General de Filipinas el señor Carnicero, que fue el encargado de la vigilancia de Rizal en Dapitan, el programa político de éste se resumía en los ocho párrafos siguientes:

²³ RIZAL, José: *El Filibusterismo*, p. 79.

²⁴ RETANA, W.E.: *Rizal, noticias biográficas*. Biblioteca Popular de L'avenç, Barcelona, 1910, pp. 38-40.

TRANSCRIPCIÓN LITERAL DEL MISMO

Adios, patria adorada, region del sol querida,
Pena del mar de Oriente, nuestro perdido Eden!

A darle voy alargo la triste musita vida,
Y fuera más brillante más fresca, más florida
También por ti la dieta, la dieta por tu bien.

En campos de batalla, luchando con delirio
Otras te dan sus vidas sin dudas, sin pensar;

El sitio nada importa, ciprés, laurel ó lirio,
Cadabro ó campo aliebro, combate ó cruel martirio,
Lo mismo es si lo piden la patria y el hogar.

Yo muero cuando veo que el cielo se colora
Y al fin anuncia el día tras sobrego capuz;

Si grana necesitas para lenir tu aurora,
Vierte la sangre mía, derrámala en buen hora
Y dórela un reflejo de su naciente luz.

Mis sueños cuando apenas muchacho adiescenté,

Mis sueños cuando joven ya lleno de vigor,
Fueron el verte un día, joya del mar de oriente
Secos los negros ojos, alta la terza frente,
Sin ceño, sin arrugas, sin manchas de rubor.

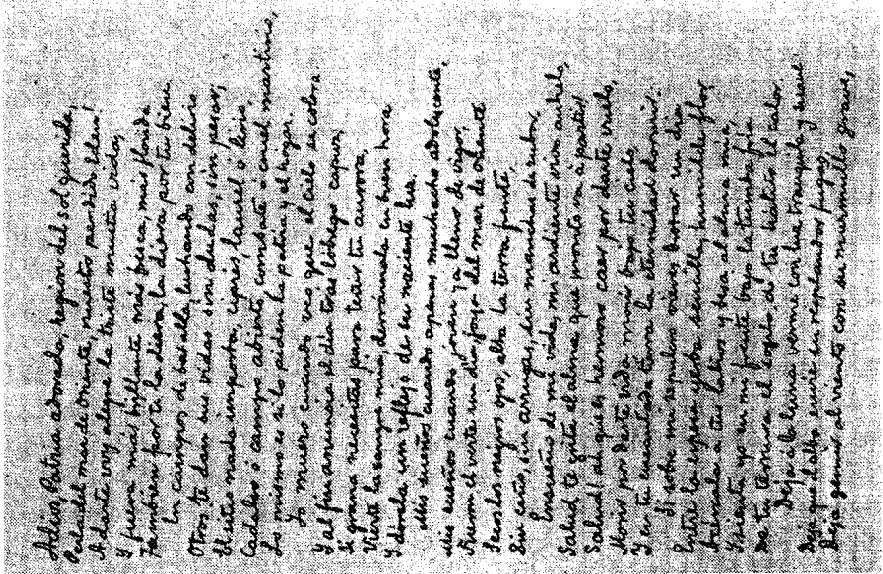
Ensueño de mi vida, mi ardiente vivo anhelo,

Salud te grita el alma que pronto va á partir!
Salud! ah que es hermoso caer por darte vuelo,
Morir por darte vida, morir bajo tu cielo,
Y en tu encantada tierra la eternidad dormir.

Si sobre mi sepulcro vieras brotar un día
Entre la espesa yerba sencilla, humilde flor,
Acércala a tus labios y besa al alma mía,
Y atenta yo en mi frente bajo la tumba fría,
De tu temura el soplo, de tu hábito el calor.

Deja á la luna verme con luz tranquila y suave;

Deja que el alba envíe su resplandor fugaz,
Deja gemir al viento con su mormullio grave,



Facsimil del "Último Adios" del Dr. Rizal

Texto

En primer término, dar al país representación en las Cortes, con lo cual cesarían los abusos que algunos cometen.

Secularizar a los frailes, haciendo cesar la tutela que sobre el Gobierno y el país ejercen estos señores, distribuir las parroquias, a medida que quedasen vacantes, entre los clérigos, que podrían ser tanto insulares como peninsulares.

Reformar la Administración en todas sus ramas.

Fomentar la instrucción primaria, evitando toda intervención de los frailes.

Repartir en partes iguales, entre peninsulares e insulares, los empleos del país.

Moralizar la Administración.

Crear, en las capitales de provincias de más de 16.000 habitantes, Escuelas de Artes y Oficios.

Libertad religiosa y libertad de imprenta²⁵.

Todo un abanico de reformas que nadie planteó al gobierno de Madrid y que, tal vez, hubieran cambiado el desarrollo histórico de aquel *noventa y ocho*.

Proceso y condena. El "Último Adiós"

La insurrección, que estalla en la última semana de agosto de 1896, va a ser fatal para Rizal. Su nombre surge en los testimonios de varios de los filipinos detenidos en los primeros días de la revuelta; incluso algunos afirman que aquél había aconsejado a los jefes revolucionarios el aplazamiento del alzamiento uno o dos años, hasta contar con más armas y municiones. Ante esto, el juez Olive solicita al Gobernador General que reclame el regreso de Rizal, que llegará a Manila el 3 de noviembre y será trasladado a la Real Fuerza de Santiago.

A partir del 20 de noviembre, Rizal comparece ante el juez Olive para responder de los cargos formulados contra su persona. Admite que conocía el inminente estallido de la rebelión por la visita que le había hecho en Dapitan el doctor Valenzuela, emisario de Katipunan, pero que él se había opuesto por estimarla prematura e inútil. También admite que conoce a varios de los detenidos o comprometidos en la revuelta. Confiesa haber

²⁵ Idem: *Op. cit.*, pp. 61-62.

creado una asociación de filipinos en Madrid, que asimismo redactó los estatutos de la *Liga Filipina*, sin fines políticos, y que durante su estancia en Manila, antes de ser deportado a Dapitan, había participado en alguna reunión hablando de la Liga y de la francmasonería. Niega conocer a Andrés Bonifacio, tener relación con el Katipunan, haber autorizado el despliegue de su retrato en los salones de esa organización y el uso de su nombre como reclamo o santo y seña de los revolucionarios.

El día 2 de diciembre, el gobernador general Blanco remite el expediente al capitán Rafael Domínguez, juez especial de la causa, para que formule los cargos pertinentes. Éste considera que hay base legal para procesar al encausado, por lo que el general Blanco da traslado de la causa al juez auditor Enrique Alcocer quien, el 9 de diciembre, presenta la acusación contra Rizal por los delitos de rebelión y de fundación de asociaciones ilegales como medio necesario para el primero. Éste, cuando el día 11 se le lee la acusación, niega haber sido el autor, ni siquiera cómplice, de la revolución y sólo admite haber redactado los estatutos de la *Liga Filipina*, con el fin de promover el comercio y la industria.

El nuevo gobernador general Camilo García de Polavieja decreta que, el día 26 de diciembre se reúna el consejo de guerra que ha de juzgar la causa. Ese mismo día, el consejo dicta sentencia de muerte que, aunque dejaba abierta la posibilidad del indulto, es confirmada por el general Polavieja el día 28, fijando como fecha del fusilamiento el inmediato día 30. Sólo su familia solicita el indulto, que no es concedido, y Rizal entra *en capilla* el 29. El ambiente que vivía Filipinas aquellos días no era el más proclive para el perdón, con una insurrección casi generalizada y los rebeldes dueños de Cavite: de ahí que los juicios sumarísimos y las sentencias a muerte estuvieran a la orden del día. Tal vez algunos pensaban que la muerte de Rizal desmoralizaría a los revolucionarios y las aguas volverían a su cauce.

En un día tan ajetreado, como la víspera de la muerte de Rizal, cuatro hechos deben ser destacados: Su vuelta al redil de la Iglesia, tras largas horas de debate con los padres jesuitas; su confesión con el padre Villaclara; su boda con su compañera Josefina Bracken y la entrega a su hermana de una lamparilla de alcohol que, según le manifiesta en inglés para no ser entendido por los españoles, esconde algo. Se trata de su poesía conocida con el nombre de *Último Adiós*.

Su obra postrera no llevaba título, ni firma. Fue su amigo M. Ponce quien, al imprimirla en Hong Kong, a mediados de enero de 1897, puso por título *Mi último pensamiento*. La poesía sería reproducida en Madrid, en julio de ese año, por la revista republicana *Germinal*. Sin embargo, en la

edición especial de *La Independencia* ya citada, de 25 de septiembre de 1898, es donde se inserta con el título de *Último Adiós*, al que se añadía la aclaración: *Poesía que, estando en capilla, escribió Rizal.*

El *Último Adiós*, además de su despedida, puede considerarse su testamento. El texto original fue recuperado de la lamparilla por su hermana Trining (Trinidad Rizal) y, aunque anduvo más de diez años sin saberse quién lo guardaba, fue recuperado en 1908 y depositado en la Biblioteca Nacional de Filipinas.

La primera y gran conclusión que se extrae de la lectura del *Último Adiós*, es el abandono de intereses personales de su autor que sólo piensa en los de su patria. Sus versos son un canto de amor patrio y reflejan que su ideal permanente ha sido el sueño de que algún día Filipinas alcance la libertad. De las catorce estrofas, trece hacen referencia a la patria y al pueblo filipino; una sólo, la última, la dedica a despedirse de sus seres más queridos —sus padres y hermanos, su compañera y sus amigos de la infancia—. Ninguna palabra de repulsa hacia España, ni contra los que le han condenado: sólo deja entrever algún reproche cuando, en la segunda estrofa, al referirse a los que dan su vida por Filipinas, habla de *cruel martirio*, tal vez refiriéndose a sí mismo. Al menos así lo intuye Veyra cuando señala que: *algún crítico español no ha visto o no quiso ver en el Adiós ningún reproche a la madre España. ¿Es caso de miopía? El cruel martirio del texto no puede referirse a otra persona o entidad*²⁶.

Si todo el poema es un mensaje dirigido al pueblo filipino, es en sus estrofas segunda y tercera donde Rizal anima y reconoce el valor de sus paisanos que luchan *con delirio* en esos momentos e incluso él se pone como ejemplo de entrega, que será enarbolado durante los futuros combates por la independencia. Es su último mensaje político, que así queda reflejado:

*En campos de batalla, luchando con delirio,
Otros te dan sus vidas, sin dudas, sin pensar.
El sitio nada importa: ciprés, laurel o lirio,
Cadalso o campo abierto, combate o cruel martirio,
Lo mismo es si lo piden la Patria y el hogar.*

*Yo muero, cuando veo que el cielo se colora
Y al fin anuncia el día, tras lóbrego capuz;
Si grana necesitas, para teñir tu aurora,
¡Vierte la sangre mía, derrámala en buena hora,
Y dórela un reflejo de su naciente luz!*

²⁶ VEYRA, Jaime C. de: *El "Último Adiós" de Rizal*. Bureau of Printing. Manila, 1946, p. 53.

No hay duda de que se trata de elevar la moral de los filipinos que luchan por la independencia del archipiélago. Por ello, en la quinta estrofa, parece recurrir al antiguo *Dulce et decorum est pro patria mori* cuando, refiriéndose a Filipinas, escribe:

*Ensueño de mi vida, mi ardiente vivo anhelo,
¡Salud! Te grita el alma, que pronto va a partir,
¡Salud! ¡ah, que es hermoso caer por darle vuelo,
Morir por darte vida, morir bajo tu cielo,
Y en tu encantadora tierra la eternidad dormir!*

El *Último Adiós* de Rizal y su ejemplo sirvió de estímulo a los filipinos para ganar su propia patria.

Epítome

Rizal, aunque no llegó a contemplar a Filipinas independiente, sentó las bases ideológicas para que su génesis como nación, en paridad con otras, fuese imparable. Como reconoce Palma: *su temperamento soñador y romántico le predisponía para servir los grandes ideales y sentir con vehemencia el deseo de lograrlos*²⁷ y todo lo puso al servicio de sus objetivos. Entre la pluma y la espada, él eligió la primera. Era luchador de ideas y no podía escoger de otra forma. Eso lo engrandece.

El fusilamiento de Rizal no favoreció en nada a la causa española. Así lo manifestó Blumentritt: *Todas las noticias de la prensa extranjera confirman lo que ya le he dicho; el fusilamiento de Rizal ha sido contraproducente. Rizal deportado, Rizal desterrado, no fue nunca ni habría podido ser peligroso a España. Pero Rizal fusilado, no sólo fanatiza a los insurrectos, sino también quita muchas simpatías en el Extranjero a la causa de España*²⁸.

También lo contempla así Maeztu que afirma: *No es la muerte lo que Rizal se merecía, sino el premio y la ayuda, porque el autor de Noli me tangere, la novela del sufrimiento filipino, fué uno de los que trabajaron con mayor ahínco por hacer compatibles la bandera de España con el despertar de su país*²⁹.

De hecho la muerte de Rizal significaría la ruptura del pueblo filipino con España. Con él moría la posibilidad del diálogo y la esperanza de que,

²⁷ PALMA, R.: *Op. cit.*, p. 351.

²⁸ RETANA, W.E.: *Vida y Escritos del Dr. Rizal*, p. 438 (cita 557).

²⁹ MAEZTU, Ramiro de: "Nozaleada y Rizal", en *Alma Española*, núm. 10, 10 de enero de 1890.

cuando el archipiélago alcanzase la madurez, se produjese la separación sin traumas. Porque, aunque tuvo como objetivos de su acción la libertad de su pueblo, fue consciente, como Palma admite, de que: *el debido ejercicio de tal libertad, exigía como condición la educación del pueblo, en su mente no existió duda de que la independencia vendría cuando el pueblo estuviese a la altura de amar la libertad hasta morir por ella*³⁰.

Pueden quedar muchas preguntas sobre la manera de ser y pensar del Gran Tagalo. Tal vez la más interesante sea: ¿Se consideraba español o filipino? Que se sentía filipino lo demostró a lo largo de su vida y en su muerte. La respuesta, respecto a su españolidad, la da un hombre próximo a él en el tiempo y que estudió en la misma Facultad –Filosofía y Letras– en Madrid, aunque Rizal estaba acabando la carrera cuando Unamuno comenzaba. Éste rotundamente afirma refiriéndose a aquél: *Español, sí, profunda e íntimamente español (...) En lengua española cantó su último y tiernísimo adiós a su patria, y este canto durará cuanto la lengua española durare; en lengua española dejó escrita para siempre la Biblia de Filipinas*³¹.

Rizal, cien años después, es el símbolo de Filipinas y su héroe nacional. Su figura se ha engrandecido con el paso de los años y se le reconoce, además, como un hombre que supo adelantarse a su tiempo, sobre todo en sus ideas en defensa de la igualdad entre los pueblos por encima de su pertenencia a una raza o del color de su piel. No quiso ser protagonista de la Historia, puesto que no le importaba caer en el olvido una vez su patria liberada. Así lo escribió en su *Último Adiós*:

*Y cuando ya mi tumba, de todos olvidada
No tenga cruz ni piedra que marquen su lugar,
Deja que la are el hombre, la esparza con la azada,
Y mis cenizas, antes que vuelvan a la nada,
el polvo de tu alfombra que vayan a formar.*

*Entonces nada importa me pongas en olvido:
Tu atmósfera, tu espacio, tus vallas cruzaré;
Vibrante y limpia nota seré para tu oído,
Aroma, luz, colores, rumor, canto, gemido,
Constante repitiendo la esencia de mi fe.*

.....

Rizal no fue olvidado y se convirtió en la memoria viva del pueblo filipino. Su figura se agiganta con el paso del tiempo.

³⁰ PALMA, Rafael: *Op. cit.*, p. 364.

³¹ RETANA, W.E.: *Vida y Escritos del Dr. Rizal*, p. 484. Epílogo de Miguel de Unamuno.

ELOY GONZALO Y CASCORRO

Gabriel RODRÍGUEZ PÉREZ
Coronel de Infantería, DEM

Introducción

EN la tarde del pasado 17 de junio una compañía de honores del Regimiento de Infantería Inmemorial del Rey nº 1, del Cuartel General del Ejército, rendía honores al soldado Eloy Gonzalo García, el héroe de Cascorro, ante el monumento que tiene dedicado en la popular plaza madrileña de este nombre, en un acto presidido por el Alcalde y el Gobernador Militar de Madrid. Se conmemoraba el centenario de la muerte del héroe en el hospital militar de Matanzas, el 18 de junio de 1897.

Ha sido frecuente la confusión entre los nombres de Eloy Gonzalo y Cascorro, es decir, el del héroe y el del lugar de la hazaña. Esta confusión queda bien patente cuando se oye decir *el monumento a Cascorro*, aludiendo al citado monumento a Eloy Gonzalo en la plaza de Cascorro, así como en el conocido dicho *más mili que Cascorro*, refiriéndose a personal de tropa con cierto tiempo de servicio. Pero en el callejero madrileño están presentes tanto el héroe, Eloy Gonzalo, cuyo nombre lleva una calle, como el lugar del hecho, Cascorro, cuyo nombre lleva la ya referida plaza, que anteriormente se llamó plaza del Rastro. La ubicación del monumento en ese lugar ha contribuido a la confusión aludida, pero ha unido los nombres del héroe y del lugar del hecho heroico, en la expresión en piedra del recuerdo de la capital de España a uno de sus héroes más populares.

También ha existido confusión en cuanto a la fecha de la muerte de Eloy Gonzalo, sobre la que se difundieron dos errores, presentes en diversas publicaciones: el de que murió en la acción y el de que murió en 1898. Ambos errores se deben al hecho de haber estado perdida, durante muchos años, la filiación del héroe, que la investigación del Servicio Histórico Militar ha descubierto unida a un expediente de solicitud de la pensión causada por su muerte. En el segundo de dichos errores, parece haber influido además la fecha de la repatriación de sus restos, ya a finales de 1898.

Eloy Gonzalo García nació el 2 de diciembre de 1868 en Madrid. Esta es la fecha que figura en su documentación militar y en su partida de nacimiento, correspondiente a la fecha en que fue depositado en la Inclusa madrileña, donde sólo permaneció unos días, pues fue adoptado por un guardia civil destinado en Chapinería (Madrid), pueblo que siempre consideró como el suyo y que siempre lo consideró a él como uno de sus hijos, pues en el mismo residió hasta que marchó al servicio militar, salvo cortas estancias en Robledo de Chavela y San Bartolomé de Pinares (Ávila), por razón de destino de su padre adoptivo. Éste le dio la instrucción primaria y una buena formación moral, que después demostró en las duras circunstancias a las que tuvo que hacer frente.

Sobre su origen y trayectoria personal, don Jesús Sánchez Mariño publicó un documentado artículo en el número 57 de esta revista. Aquí nos interesa su historial militar, la hazaña que le dio fama y el marco insurreccional cubano en que ello tuvo lugar.

De Chapinería a Cascorro

Eloy Gonzalo, residente hasta los veintiún años en Chapinería, al llegar a esta edad, que era la de iniciar el servicio militar, ingresó en la Caja de Quintos de Madrid el 14 de diciembre de 1889 y fue destinado al Regimiento de Dragones de Lusitania 12 de Caballería, al cual se incorporó el 5 de abril de 1890, pasando a formar parte del 2º Escuadrón. En dicha unidad juró bandera el día 10 de dicho mes y año, es decir a los cinco días de incorporarse, y formando parte de la misma, marchó a Alcalá de Henares el 2 de julio siguiente, fecha en que el regimiento fue trasladado a este cantón desde Madrid, donde había estado de guarnición hasta entonces.

Su comportamiento y eficiencia en el servicio fueron indudablemente muy buenos, pues, con fecha 1 de marzo de 1891, ascendió a soldado de 1ª por elección y, en la revista de comisario de 1º de octubre siguiente, ascen-

dió a cabo, también por elección, continuando en ambos casos en el 2º Escuadrón, con el que participó en las grandes maniobras de otoño, entre el 21 de octubre y el 4 de noviembre, en las cercanías de Móstoles.

En 1892, con motivo de una reorganización, el Regimiento de Dragones de Lusitania 12 de Caballería volvía a formar parte de la guarnición de Madrid, a donde se trasladó el 20 de octubre. Eloy Gonzalo estuvo ya muy poco en el nuevo acuartelamiento, pues, con fecha 17 de septiembre, había solicitado el ingreso en el Cuerpo de Carabineros, en el que fue admitido, por resolución del Inspector General del Cuerpo, de fecha 17 de octubre. En dicha resolución se hacía constar que ingresaba como carabinero de Infantería y se le destinaba a la Comandancia de Estepona, en la que debía causar alta el 1º de noviembre. Un dato curioso es que, con la misma fecha, en igual clase y en la misma comandancia, ingresaron con Eloy Gonzalo, los nuevos carabineros Mariano Crespo Plaza y Jerónimo Iguacel Gracia, también procedentes de unidades del Ejército. Los tres, filiados en el Cuerpo por cuatro años, efectuaron su presentación en la comandancia el 11 de noviembre, al cumplirse el plazo de incorporación establecido.

Eloy Gonzalo era, pues, carabinero de Caballería desde el 1 de noviembre de 1892, filiado por cuatro años. Es sabido que, en los cuerpos de la Guardia Civil y Carabineros, el empleo en propiedad no se obtenía hasta haber cumplido el número de años de servicio establecido, sin notas desfavorables. Naturalmente, al ser procedente de cabo de Caballería, lo natural es que pasara a ser carabinero de Caballería, tan pronto como tuviese vacante y cumplierse las condiciones establecidas. Así, con fecha 4 de agosto de 1893, el Inspector General de Carabineros, a solicitud suya, le concedió la anotación en el registro de pases a la fuerza de Caballería del Cuerpo, es decir, que quedaba a la espera de pasar a ser carabinero de Caballería, cuando se cumpliesen las condiciones antes expresadas. Consecuentemente, con fecha 22 de noviembre siguiente, la Inspección General ordenó a la Comandancia de Estepona la baja de Eloy Gonzalo como carabinero de Infantería y su alta como carabinero de Caballería, lo cual tuvo lugar en la revista de 1º de diciembre, continuando en la misma comandancia. Y con fecha 26 de julio de 1894, la Inspección General ordenó a la Comandancia de Estepona que lo diera de baja por pase a la Comandancia de Algeciras, como comprendido en la circular de 2 de agosto de 1890. Así fue como Eloy Gonzalo estuvo destinado en la citada Comandancia de Algeciras, con efectos de 1º de agosto de dicho año.

Con fecha 19 de julio de 1894, en la Comandancia de Estepona, se le había extendido el certificado de soltería para contraer matrimonio, que había solicitado por instancia. Sin embargo, este matrimonio no llegó a

celebrarse. El 19 de febrero de 1895, es decir a los seis meses del cambio de destino, fue arrestado en Palmones (bahía de Algeciras) por insubordinación y, al día siguiente, quedó en situación de prisión preventiva en Algeciras. Como consecuencia del parte cursado por el hecho, fue procesado en la sumaria de Algeciras nº 22 de 1895 y, el 25 de abril siguiente, fue juzgado en consejo de guerra, en el que fue condenado a la pena de doce años de prisión militar mayor por el *delito de insubordinación poniendo mano a un arma ofensiva con tendencia de ofender de obra a superior*. La sentencia fue aprobada por el Comandante en Jefe del 2º Cuerpo de Ejército, en Sevilla, con fecha 6 de mayo y, para su cumplimiento, fue trasladado a la penitenciaría de Valladolid. Fue dado de baja en el Cuerpo con fecha de final de ese mes de mayo y, en su documentación, se hizo figurar que había observado mala conducta y que, de no haber sido condenado, habría sido expulsado del Cuerpo *por no considerar conveniente su continuación en el mismo*.

Es paradójico que haya observado esa mala conducta quien por su buen comportamiento en todos los aspectos, fue elegido para soldado de 1ª y cabo, admitido en el Cuerpo de Carabineros, es decir como agente de la autoridad, y admitido también como carabinero de Caballería, lo cual suponía de hecho una situación distinguida dentro de dicho cuerpo. Pese a haberlos buscado bastante, no hemos podido encontrar documentos en que consten los detalles de la grave insubordinación que ocasionó su arresto en la tarde del citado 19 de febrero de 1895. Eloy Gonzalo era de carácter retraído y serio, muy cumplidor y poco comunicativo. Nunca quería hablar de ello pero, años después de su muerte, un compañero suyo relató que él le había contado que cuando recibió la licencia para casarse, con el permiso extraordinario de doce días, fue a ver a su novia y la encontró en compañía de un teniente de su propio Cuerpo de Carabineros, en actitud de notoria infidelidad. Relato similar hizo, también pasados muchos años, el que había sido su sargento en Cascorro, Gregorio Tropel, con el que al parecer tenía mucha confianza y que fue quien sujetó la cuerda que llevaba atada a la cintura durante la ejecución de su famosa hazaña. Es de suponer el impacto psicológico que ese inesperado encuentro debió producirle, bajo el cual arremetió contra el acompañante de su novia con el arma que llevaba. Según otro compañero, llegó incluso a decirse que a ella la había matado, lo cual no se ha considerado cierto. Sólo la natural conmoción psicológica puede explicar esa conducta, más allá de la insubordinación. En todo caso, como dicen esos versos de la conocida marcha legionaria *El Novio de la Muerte: nadie sabía su historia, mas la legión suponía que un gran dolor le mordía como un lobo el corazón*.

Llevaba Eloy Gonzalo tres meses recluso en el penal de Valladolid, cuando se publicó el real decreto de 25 de agosto de 1895, que establecía que el personal militar que estuviese cumpliendo condena, podía quedar libre si solicitaba voluntariamente destino a Cuba. No tardó Eloy Gonzalo en solicitar los beneficios del citado real decreto al comandante en jefe del 7º Cuerpo de Ejército, quien los concedió con fecha 16 de noviembre. Asimismo, los solicitó al ministro de la Guerra, quien pidió información al comandante en jefe del Cuerpo de Ejército antes citado, el cual informó, con fecha 26 de noviembre, que ya los había concedido y que el solicitante ya estaba en el depósito de embarque en La Coruña, para donde había salido conducido el día 19. En efecto, ese día salió del penal y fue alta en el Depósito de Embarque y Desembarque para Ultramar al día siguiente, quedando recluso en el calabozo de la guardia de principal de la plaza, hasta su embarque, el día 22, en el vapor *León XIII*. Desembarcado en La Habana el 9 de diciembre, fue destinado al 1º Batallón del Regimiento de Infantería María Cristina nº 63, al que se incorporó inmediatamente en Puerto Príncipe, capital de la provincia de Camagüey, que hoy lleva este mismo nombre. Dicho batallón estaba destacado en esta guarnición por necesidades de la campaña, pues el regimiento tenía su sede en Matanzas. Eloy Gonzalo García era soldado de Infantería, después de haber sido cabo de Caballería y carabinero.

Al incorporarse a su batallón, quedó de instrucción y, en la revista de 1º de enero de 1896, causó alta en la 5ª Compañía, en la que, tras la jura de bandera pasó a prestar los servicios de campaña, entonces muy movidos, dada la gran actividad guerrillera en el territorio de la Comandancia General de Puerto Príncipe, que comprendía toda la parte de la provincia de Camagüey situada al este de la famosa trocha de Júcaro a Morón. La acción más notable por entonces tuvo lugar el 15 de febrero, fecha en que la columna volante (hoy diríamos agrupación táctica móvil) de que formaba parte el batallón de Eloy Gonzalo, efectuando un reconocimiento de la sabana de Managuaco al río Najasa, tuvo un duro encuentro con una concentración de partidas, cuyos efectivos eran superiores a los de dicha columna.

Por orden general del Ejército de Operaciones de Cuba de 27 de agosto de 1895 se habían reorganizado los batallones, pasando la 6ª Compañía a ser guerrilla montada. Así estaban organizados al llegar Eloy Gonzalo y así continuaron hasta que, ante el gran número de enfermos y convalecientes no aptos para el servicio de campaña pero sí para el de guarnición, el 20 de enero de 1897, otra orden general los reorganizaría de nuevo, pasando la 5ª Compañía a ser guerrilla montada y la 6ª a estar formada por dichos enfermos y convalecientes de todo el batallón, haciéndose cargo del citado ser-



Busto de Eloy Gonzalo García.

vicio de guarnición del mismo, al efecto de que las restantes compañías pudieran dedicarse a los servicios de campaña con sus efectivos lo más completos posible. Con fecha de 11 de abril de 1896, Eloy Gonzalo fue destinado a la 1ª Compañía del citado 1º Batallón del Regimiento de Infantería María Cristina nº 63. Ignoramos la causa por la que, habiendo sido cabo de Caballería, no se le destinó a la guerrilla montada. Tal vez se eligiera a los que llevaban más tiempo en el batallón, a los que se presumía un mejor conocimiento de la manigua y de sus peligros y un mejor adiestramiento específico. Sabido es que siempre ha existido la antigüedad en la unidad como criterio para la asignación de destinos.

En Cascorro

El 28 de abril de 1896 la 1ª Compañía del 1º Batallón del Regimiento María Cristina se hizo cargo del destacamento de Cascorro, pequeño pueblo a sesenta y tres kilómetros al sureste de Puerto Príncipe, en las cercanías del río Cascorro, en terreno montuoso y cubierto de vegetación tropical. Componían la compañía ciento setenta hombres, al mando del capitán don Francisco Neila de Ciria, y estaba distribuida, según los documentos consultados, entre tres fuertes, que sería más apropiado llamar fortines, denominados Principal, de la Iglesia y de García. Fue el primer contacto de Eloy Gonzalo con Cascorro, nombres que tan unidos y hasta confundidos habían de ir a partir de entonces. Eloy Gonzalo estaba encuadrado en la 1ª Sección, mandada por el teniente don Carlos Perier, que ocupó el fortín Principal, en el que se alojaba también el capitán con su plana mayor.

El primer ataque al destacamento tuvo lugar el 17 de julio, cuando se presentó hostigándolo la partida de Peña, que tuvo que retirarse después de quemar dos casas inmediatas al pueblo. No hemos podido saber la finalidad de este ataque, que pudo ser una acción de reconocimiento o simplemente de hostigamiento. En el tiroteo murió un soldado, que fue la primera baja del destacamento. Se supo que los atacantes habían tenido tres heridos.

Durante los días 31 de julio a 3 de agosto fue llevado desde Minas a los destacamentos de Cascorro y Guáimaro un convoy de doscientas dieciséis carretas, que los dejó suministrados para tres meses. Mandó personalmente el convoy el general Godoy. En su recorrido tuvo que sostener, el día 1, un duro combate durante más de dos horas, con dos mil insurrectos de las partidas de La Rosa, Peña, López, Recio y otros; al día siguiente, otro durante una hora y media, contra unos mil de las partidas citadas, y otro, durante media hora, con la partida de Batista. En esta operación hubo cuatro solda-

dos muertos y dos oficiales y veinte soldados heridos. A los atacantes se les recogieron diecinueve muertos y un gran número de caballos heridos.

Ello indica la situación al este de la trocha de Júcaro a Morón, es decir, la mitad oriental de la isla, en la que las partidas aún dominaban prácticamente el campo y la manigua, en contraste con la parte occidental, donde las que quedaban estaban en continua huida ante las columnas volantes y sin osar acercarse a las poblaciones más que para ligeras acciones de hostigamiento. Cascorro, una vez suministrado, tuvo un periodo de tranquilidad, que no podía durar mucho. Esta tranquilidad no quiere decir falta de actividad, pues ésta era continua, dada la situación de incertidumbre sobre la posición de las partidas y la consiguiente necesidad de vigilancia, reconocimientos y acciones en general con finalidad de información y seguridad.

La acción de Cascorro

La hazaña es muy conocida, aunque no sus detalles ni el contexto en que tuvo lugar. La primera noticia de la misma que llegó al público fue la publicada el 15 de octubre por *El Imparcial*, el periódico de mayor tirada entonces. Era una reseña muy completa de los hechos, en primera página. La información la había dado por cable su corresponsal en La Habana, Domingo Blanco, con tanta urgencia que no había llegado a saber el nombre del héroe. Se nota perfectamente en la redacción de la noticia que se basa en el parte del Comandante General de Camagüey, con información resumida de todo lo ocurrido, tanto durante la defensa de Cascorro como en la actuación de la columna que había liberado el destacamento. La reseña expresa que: *El general Weyler ha felicitado con el más caluroso entusiasmo a los defensores de Cascorro y ha publicado una orden general haciendo constar su admirable comportamiento. Y termina diciendo: En cuanto recibimos el anterior telegrama, dirigimos otro a nuestro corresponsal en La Habana para que averigüe...el nombre del heroico soldado del María Cristina que llevó su valor y su abnegación a un límite sobrehumano....debe ser conocido en seguida para que el aplauso público lo honre y enaltezca.* Por cierto que, con la urgencia, se deslizaron dos errores en la información, pues pone el 24 en vez del 22 como fecha de la iniciación del ataque y, entre los heridos, cita a los tenientes Silverio y Rodríguez, en vez del teniente Silverio Rodríguez.

Seis días después llegó la ampliación de la noticia, que el corresponsal de *El Imparcial* en La Habana expresaba en los siguientes términos: *el héroe de Cascorro se llama Eloy Gonzalo García. Es madrileño e hijo de*

padre desconocido. Vino a Cuba en diciembre del 95 como voluntario. Ingresó en el Regimiento de María Cristina, que ha estado operando sin cesar. Eloy Gonzalo ha tomado parte en muchas acciones y en todas probó su valor, su sangre fría y su gran espíritu militar. Hoy se le considera por sus jefes como un verdadero y aguerrido veterano.

En los días siguientes se difundió la información por otros periódicos y se amplió con los nuevos detalles conocidos, entre los cuales llamó en forma especial en Madrid el hecho de ser natural de la villa y corte. La noticia supuso una auténtica ola de entusiasmo en toda España, y más especialmente en Madrid y en Chapinería, donde un amigo de su infancia y juventud le escribió a su regimiento en nombre de sus amigos y conocidos del pueblo. Al difundirse la noticia, hubo diferencias en los detalles según quien los contara, la fuente y la extensión que le diera, aunque en lo esencial del hecho había concordancia. En vista de estas diferencias, que se encuentran en diversas narraciones, aquí nos atenemos exclusivamente a lo que consta en el parte dado por el capitán Neila, como comandante de armas de Cascorro, al comandante general de Puerto Príncipe y al historial del Regimiento María Cristina 63.

El 22 de septiembre de 1896 el generalísimo (así se le denominaba) de la insurrección, Máximo Gómez, y su comandante general de Oriente, Calixto García, habiendo reunido todas las partidas de Camagüey y parte de las de Oriente, atacaron el destacamento de Cascorro y ocuparon las proximidades hasta cerca de Puerto Príncipe. Los efectivos totales de las partidas concentradas se estimaron en unos cinco mil hombres, frente a los cuales las compañías que guarnecían los destacamentos de Cascorro y Guáimaro sumaban ciento setenta cada una. Los insurrectos cercaron Cascorro al amanecer del citado día 22 y, a las seis de la mañana, iniciaron un ataque demostrativo con fuego de fusilería y de dos cañones Höffins contra los tres fortines.

El día 25 se presentó un parlamentario intimando a la rendición, haciéndoles ver que su situación era muy difícil y ofreciendo buenas condiciones. Rechazado el ofrecimiento, continuó el fuego hasta el día siguiente en que cesó el de cañón. En este día, al observar que los atacantes estaban empezando a atrincherarse en la casa de don Rafael Fernández, próxima al fortín, el capitán ordenó al teniente Perier, jefe de la sección de Eloy Gonzalo, que efectuara una salida con veinticinco voluntarios, con lo que consiguió que los ocupantes de la casa citada la desalojaran: uno de esos voluntarios fue Eloy Gonzalo. Durante estos días, los dos cañones de los atacantes habían hecho ciento noventa y cinco disparos. El día 27 se presentó un mensajero con una carta de Máximo Gómez intimando de nuevo a la rendición

en las mejores condiciones y, el día 28, se presentó una mujer con una carta del marqués de Santa Lucía, presidente de la república constituida en la manigua, reiterando la intimación de la rendición en las mejores condiciones, ofreciendo paso libre hasta la capital de la provincia a cambio de la entrega de los fortines. Cascorro no tenía un gran valor estratégico, pues era uno más de los puntos ocupados en la distribución de las fuerzas para el control del territorio. Esencialmente, se trataba de atraer allí la atención del capitán general Weyler y hacerle alterar su plan de campaña, que estaba acabando con la insurrección en las provincias del Pinar del Río, Matanzas y Las Villas, como ya había acabado con la misma en la de La Habana. El capitán Neila rechazó de nuevo la intimación y, a continuación, se reanudó el fuego, que continuó con intensidad variable durante los días siguientes.

El día 30 fue la fecha de la hazaña. En la madrugada de ese día, los mambises atacantes habían ocupado sigilosamente la casa de don Manuel Fernández, a unos cincuenta metros del fortín, y desde ella hacían un fuego muy efectivo sobre el mismo, comunicándolo además con los otros. La situación se hacía extremadamente grave. El parte de guerra del capitán Neila dice textualmente : *...se intentó quemar dicha casa por medio de botes de petróleo que no dieron resultado, visto lo cual, se presentó voluntario el soldado Eloy Gonzalo García para dar fuego a aquélla, con la condición de que lo atasen con una cuerda para tirar de él y no quedar en poder del enemigo en caso de morir.* El capitán aceptó el ofrecimiento de Eloy Gonzalo que, atado con una cuerda, provisto de cerillas y una lata de cuatro litros de petróleo, y apoyado por todos los fuegos del fortín, salió del mismo, se dirigió a la referida casa de don Manuel Fernández y la incendió, regresando a continuación sano y salvo. Aprovechando el fuego, el capitán ordenó al teniente Perier que hiciese una nueva salida con un cabo y veinte soldados, uno de los cuales fue Eloy Gonzalo; con ello se consiguió dispersar a los que evacuaban la casa y a los que estaban atrincherados en sus inmediaciones, los cuales tuvieron que replegarse a la manigua próxima, haciéndose menos agobiante el cerco y menos efectivo su fuego.

El día 2 de octubre el fuego de fusilería se vio de nuevo reforzado con el de los cañones. La acción por el fuego continuó, con mayor o menor intensidad, hasta la tarde del 4 de octubre, en que los atacantes quemaron sus trincheras y se retiraron. Era que venía avanzando una columna mandada personalmente por el comandante general de Camagüey, el general Jiménez Castellanos, que había salido de Minas —al noreste de Puerto Príncipe—, el día 3, sosteniendo duros encuentros en el ingenio Oriente, y forzando las sucesivas líneas de resistencia, muy bien dispuestas por Máximo Gómez, en los potreros Lugones, Delirio y Conchita, el día 4. La columna

estaba formada por los batallones expedicionarios de los regimientos Cádiz y Tarragona, un batallón del María Cristina (que no se ha podido saber si era el de Eloy Gonzalo), una compañía de Zapadores, los Tiradores de Camagüey y una sección de Artillería de Montaña; en total unos mil ochocientos hombres, trescientos caballos (de las guerrillas montadas) y dos cañones de montaña.

Parece sorprendente que una columna de mil ochocientos hombres atacase e hiciese retroceder a una fuerza de cinco mil, pero hay que tener en cuenta la superioridad en instrucción y adiestramiento, así como la superioridad de su armamento, los fusiles mauser de repetición, españoles y argentinos, contra los remington, winchester y demás armas que llevaban las partidas, armadas en forma heterogénea y menos efectiva.

Después de un nuevo combate el día 5, en las cercanías de Cascorro, por fin, al amanecer del día 6, la columna del general Jiménez Castellanos llegaba al pueblo y liberaba a su heroica guarnición, después de aquella difícil marcha, jalonada por combates desde la salida de Minas. Los tres fortines de Cascorro habían recibido doscientos diecinueve proyectiles de cañón Höffins; los daños fueron tales que uno de ellos, el llamado de García, tuvo que ser abandonado y construido de nuevo. Las bajas habían sido cuatro muertos, once heridos y seis contusos.

El mismo día 6 fue relevado el destacamento, quedando incorporada la compañía de Eloy Gonzalo a la columna del general Jiménez Castellanos. Al día siguiente emprendió la marcha de regreso a Puerto Príncipe, en la que, en la misma jornada, tuvo lugar el combate del Callejón de San Joaquín, del que hubo que desalojar a los mambises que lo habían ocupado; el del potrero Durán, otro encuentro de menor importancia cerca de Palmarito, y otro rudo combate en este último punto, en que hubo que recurrir al fuego artillero. En estos combates tomó parte Eloy Gonzalo con su compañía, integrada en la columna citada.

Desde que salió de Minas el día 3, hasta que, el día 8, llegó a Bagá, —donde el general Jiménez Castellanos transmitió su parte al Capitán General—, la columna había sostenido dieciséis combates. Todo ello figura en la aludida reseña de *El Imparcial* del 15 de octubre de 1896.

El parte del capitán Neila dice que *...toda la fuerza ha dado relevantes pruebas de disciplina, valor y resistencia...* y, a continuación, cita por su comportamiento especialmente distinguido, a los primeros tenientes Carlos Perier y Silverio Rodríguez, al segundo teniente Julio Muñoz, a los sargentos José López, Juan Marín y Gregorio Tropel (antes citado como jefe del pelotón de Eloy Gonzalo), y añade que: *merecen especial mención...el cabo Agustín Magadán Guerrero que, siendo furriel no descuidó un momento el*



Capitán don Francisco Neila Ciria, defensor de Cascorro.

suministro de toda la fuerza estando casi constantemente en la trinchera tomando parte en la primera salida ,así como el soldado Eloy Gonzalo García quien, además del hecho que arriba se menciona, fue voluntario en las dos salidas... El parte termina señalando que: se han distinguido también las clases e individuos de tropa cuya relación se adjunta.

Por la heroica defensa de Cascorro fueron concedidas varias recompensas. En concreto a Eloy Gonzalo le fue concedida la Cruz de Plata del Mérito Militar con distintivo rojo, pensionada con siete cincuenta pesetas mensuales vitalicias, por real orden de 29 de abril de 1897 (D.O. núm. 96). Esta condecoración había sido creada por decreto de 9 de diciembre de 1868 como recompensa para las clases de tropa. La única laureada se concedió, tras el preceptivo juicio contradictorio, al capitán Neila. Además de dichas recompensas oficiales, el casino español de Puerto Príncipe concedió a todos los defensores de Cascorro una medalla de plata conmemorativa, de notable valor artístico, que les fue entregada uno a uno en un emotivo acto.

Asimismo, la Junta Patriótica Española en La Guaira, sucursal de la Central en Caracas, envió a Eloy Gonzalo, junto con su felicitación, un donativo de doscientas diez pesetas, cantidad muy respetable entonces. Tanto el presidente de dicha junta, don Antonio Morales, como el cónsul, don Enrique de Pereira, en sus respectivos escritos aprovechan la oportunidad para felicitar al general Weyler por su brillante campaña en la isla. En los escritos que se cursaron con este motivo, puede verse el interés que pusieron todos los mandos que tuvieron que intervenir, pues las fechas dejan ver que todas las comunicaciones se despacharon con la mayor rapidez. Pese a ello, se ven unas tardanzas que corresponden a las del correo entre Venezuela y Cuba y especialmente entre Matanzas, sede del regimiento, y la unidad de Eloy Gonzalo, destacada en operaciones en aquel momento, en la llamada Cuarta Zona de la misma provincia de Matanzas. El donativo venía en forma de letra cursada a la orden de la casa *Salvador Güell e Hijos*, de Tarragona. Para que el héroe recibiera esa cantidad completa, sin que se le descontara la comisión correspondiente, el capitán general ordenó que su regimiento se la abonara íntegra y se endosara la letra a la Caja General de Ultramar. Todo ello hizo que, aunque la carta firmada por don Antonio Morales en nombre de la junta lleva fecha de 13 de diciembre de 1896, Eloy Gonzalo cobró tan generoso y patriótico donativo el día 14 de marzo siguiente, en el ingenio Socorro, en la citada provincia de Matanzas.

Y el Ayuntamiento de Madrid le envió un escrito de felicitación, a través del Ministerio de la Guerra.

El marco bélico

Si vis pacem para bellum. Esta vieja y sabia máxima no la tuvo en cuenta el gobierno liberal de Sagasta cuando presentó a las Cortes y consiguió que se aprobara al disponer de mayoría, el presupuesto de 1893, que llamó *Presupuesto de la Paz*, con el que trataba de conseguir una gran reducción del gasto público, reduciendo notablemente el presupuesto militar. Ello dejó al Ejército y la Armada muy reducidos tanto en efectivos como en medios y en operatividad de éstos. Cuando en septiembre de 1893 las cabillas rifeñas atacaron Melilla, la reducida guarnición apenas pudo hacer frente a masas armadas mucho más numerosas, en una difícil defensa en que abundaron los hechos individuales de sobresaliente valor y que costó la vida al general García Margallo, comandante general de la plaza. Como dice Fernández Almagro, fueron estímulos para el levantamiento en Cuba: *la reducción de las fuerzas militares que guarnecían la Gran Antilla, a consecuencia del llamado "Presupuesto de la Paz"; las deficiencias acusadas en la movilización impuesta por la azarosa campaña de Melilla y en el armamento y la formación técnica del combatiente...* Y el general Weyler señala que: *llegó el año 1894 en que se introdujeron considerables economías en el presupuesto de Cuba, reduciendo mucho su Ejército, sin contar con que el Gobierno liberal ... en el presupuesto de 1893, que se llamó "de la Paz", con optimismo tan fuera de la realidad que inmediatamente surgieron los acontecimientos de Melilla ... se conspiró descaradamente, se entraron armas y se precipitó la revolución, creyendo los conspiradores que aquel era el momento más propicio, teniendo en cuenta los sucesos de Melilla...*

La guarnición de la isla quedó reducida a siete regimientos de Infantería con mil ochocientos cincuenta hombres cada uno, un batallón de Cazadores, dos regimientos de Caballería, un batallón de Artillería a pie (así se llamaba entonces) con una batería de montaña, un batallón mixto de Ingenieros y tres tercios de la Guardia Civil. Los efectivos de la Armada eran proporcionalmente más reducidos aún y claramente insuficientes para la vigilancia de un litoral de tres mil quinientos kilómetros, mas un sinnúmero de islas e islotes que multiplicaban las dificultades de dicha vigilancia. Por último, estaba la necesidad no atendida por las deficiencias del presupuesto, de artillado de los puntos de la costa que se prestaban a desembarcos importantes, como después se vio con los grandes cargamentos que llegaban a las playas cubanas y se desembarcaban sin que nada lo impidiese o al menos lo dificultase. A quince mil novecientos hombres quedó reducida la totalidad de los efectivos militares en la isla.

Tan decisiva fue esta situación que la insurrección iba a estallar ese mismo año 1894, en que el Partido Revolucionario Cubano, fundado y dirigido por el poeta José Martí, había organizado una expedición con tres barcos cargados de material de guerra y cuatrocientos hombres armados y equipados, a las órdenes de Antonio Maceo, que una vez desembarcado en Cuba, había de entrar en contacto con otros grupos desembarcados en distintos puntos y con las partidas levantadas en otros lugares de la isla. El plan, enmascarado con el pretexto de llevar a Cuba maquinaria y trabajadores, fracasó por una información que permitió que el Ministro de España en Washington requiriera la intervención del gobierno de Estados Unidos que, cumpliendo con su deber, ordenó la detención, registro y decomiso del cargamento, que quedó confirmado que era material de guerra.

Decididos como estaban los independentistas cubanos, y sus apoyos peninsulares e internacionales a llevar a cabo la insurrección, el descubrimiento y consiguiente fracaso del plan de Fernandina sólo la aplazó y, finalmente, estalló el 24 de febrero de 1895 —aprovechando el domingo de carnaval—, con el grito de *Baire*, en esta pequeña localidad de la provincia de Oriente. El alzamiento fracasó en las provincias de La Habana y Matanzas, no llegó a estallar en la de Las Villas y ni siquiera se intentó en la de Pinar del Río; pero en las de Oriente y Camagüey se fue extendiendo, como dice Fernández Almagro, de poblado en poblado, de ingenio en ingenio y de potrero en potrero.

Pronto las partidas alzadas, que sumaban efectivos muy superiores a los de las disminuidas fuerzas españolas, y con un heterogéneo armamento norteamericano y europeo, recibido en expediciones filibusteras procedentes de Estados Unidos, emprendieron la tarea de extender la insurrección a toda la isla, llevando la guerra de guerrillas a sangre y fuego a las provincias occidentales, donde el llamada *Ejército Libertador* se presentó con el calificativo de *Ejército Invasor*, sembrando el terror, destruyendo la riqueza existente, llegando a emplear la dinamita contra las vías férreas y demás obras públicas, y haciendo que los pueblos se les sometiesen, huyendo o entregándoles las armas los voluntarios que los defendían, sin atreverse a resistir. Hubo que movilizar e ir enviando refuerzos poco a poco, en sucesivas expediciones. Como puede verse leyendo a Fernández Almagro, al general Weyler, a Gonzalo de Reparaz, etc., el *Presupuesto de la Paz* trajo la guerra y, en vez de los ahorros que se pretendieron con el mismo, hubo que hacer gastos mucho mayores.

En Cuba había surgido una guerra civil entre partidarios de la unión con España y los partidarios de la independencia. A pesar del componente racial negro con Maceo, Quintín Banderas, Juan Gualberto Gómez, etc., la guerra

no tenía en Cuba carácter de guerra colonial como en Filipinas. El principal dirigente y animador de la insurrección, el poeta José Martí, era hijo de un sargento valenciano y nació en La Habana por razón del destino de su padre. Pero, en Madrid, fue lector de la logia masónica *Armonía* y, estando cursando el doctorado en Zaragoza, desapareció de esta ciudad y, a través de Francia, marchó a Nueva York, donde empezó a actuar activamente para preparar la insurrección.

Él fue el autor del *Plan de Fernandina* y el principal impulsor de los preparativos de la insurrección cuando, a pocos años de la Paz del Zanjón y de la Guerra Chiquita, parecían muy escasas sus posibilidades. También estaba una gran parte de los grandes propietarios de la provincia de Oriente, que habían pagado un gran tributo de sangre en la insurrección anterior, la llamada Guerra Larga o de los Diez Años. También estaban el marqués de Santa Lucía, Bartolomé Masó y José Miró Argenter, los dos últimos peninsulares nacidos en Cataluña. Entre los citados hacendados de Oriente destacaban los hermanos Vicente y Calixto García Iñiguez, especialmente éste que fue el más preparado y eficaz entre los generales de la insurrección y que al estallar ésta se encontraba en Madrid, empleado en un banco en el que es presumible que tuviese intereses propios, dada su condición de gran hacendado de Cuba. Esta tardanza en incorporarse a la insurrección, no sabemos si fue porque no veía claras sus posibilidades porque estaba sometido a una vigilancia y le era difícil evadirse, o porque estaba cumpliendo una misión de apoyo a la insurrección, como otros, en Madrid; lo cierto es que, al presentarse en la provincia de Oriente, se le asignó la comandancia general de la misma, con gran decepción de José Maceo que iba a ser el designado.

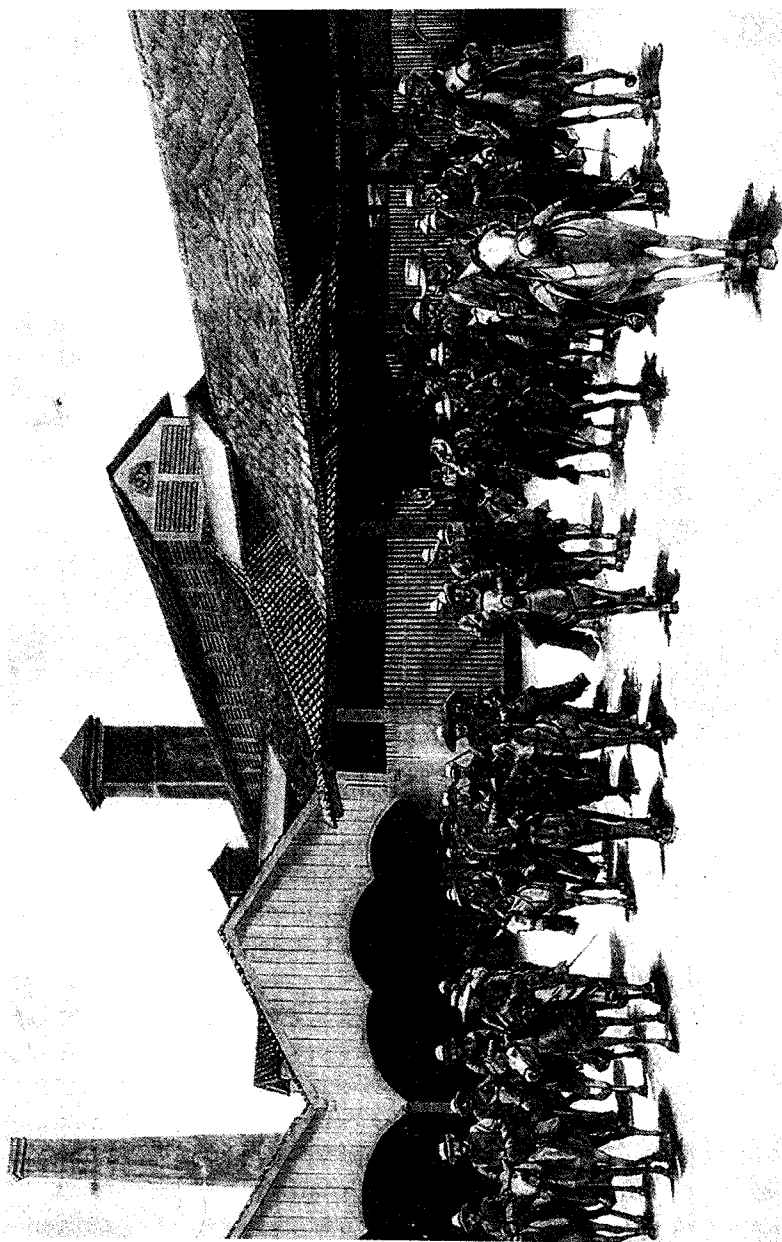
La aludida división entre los cubanos puede decirse que nació como consecuencia de aquellos tres reales decretos de 1837 que, según escritos de aquella época, produjeron gran consternación y considerable indignación, mayor aún en las clases más cultas, pues ello suponía que Cuba, hasta entonces considerada como una parte de España, pasaba a tener la consideración de colonia. En esencia, se establecía en dichos reales decretos que la constitución vigente en España no se aplicaría en Cuba ni en Puerto Rico, que quedaban sometidas a la autoridad del Capitán General y Gobernador General como en los territorios coloniales de otros países. Entonces se empezó a hablar de colonias, palabra que no se encuentra en los documentos de los siglos anteriores, cuando los territorios españoles de América eran reinos y provincias de Indias o de Ultramar, pero no colonias como los territorios ingleses y franceses. Desde entonces cundió un cierto resentimiento contra la metrópoli, cristalizó en distintas conspiraciones y sobre todo en

aquella Guerra de los Diez Años, iniciada un mes después de la revolución de 1868 por Carlos Manuel de Céspedes y López del Castillo, seguido por la mayoría de los grandes propietarios de Oriente y Camagüey.

Volviendo a la insurrección que nos ocupa, cuando aún ésta estaba casi reducida a las provincias de Oriente y Camagüey, el 19 de mayo murió Martí en un encuentro en Dos Ríos, cerca de Santiago de Cuba. Con él se fueron sus ideas de *guerra culta* y Máximo Gómez y Antonio Maceo, en su marcha a las provincias occidentales llevaron a cabo la guerra de destrucciones y represalias características de los movimientos insurreccionales revolucionarios, sobre todo Maceo, ante cuya proximidad huían atemorizados gran parte de los habitantes de los pueblos. Maceo, que inició su marcha en Mangas de Baragua, jurisdicción de Santiago de Cuba, recorrería más de mil kilómetros en la misma.

Cuando la expedición de que formaba parte Eloy Gonzalo desembarcó en La Habana, las fuerzas de Máximo Gómez recorrían su provincia y la de Matanzas sin que nadie las detuviera y las de Maceo marchaban por el sur de la primera a cumplir su objetivo, que era invadir la provincia de Pinar del Río. En La Habana, la Navidad de 1895 estuvo marcada por la tristeza y el temor, ante la proximidad de las huestes revolucionarias, que lógicamente no podían atreverse con un objetivo tan difícil como la capital. Maceo, ídolo de la población de color, seguía la marcha a su objetivo, llegando el 22 de enero al pueblo más occidental de Cuba, Mantua, donde presidió una reunión de su ayuntamiento y organizó una fiesta en el casino.

El 10 de febrero desembarcaba en La Habana el teniente general Weyler, marqués de Tenerife, nuevo capitán general, nombrado por el nuevo gobierno de Cánovas, por recomendación del prestigioso capitán general Martínez Campos, que lo consideraba como el único que tenía todas las condiciones necesarias para resolver el grave problema surgido en Cuba. Las acertadas y enérgicas medidas tomadas por el nuevo capitán general empezaron a dar su fruto inmediatamente. Entre otras, rehabilitó y reforzó la trocha de Júcaro a Morón, que había quedado casi abandonada y que había sido cruzada con facilidad, y estableció la trocha de Mariel a Majana, que dejó aislado a Maceo en Pinar del Río. Después, con los refuerzos recibidos fue atacando a las fuerzas de Máximo Gómez, que tuvo que volver a cruzar la trocha de Júcaro a Morón antes de que terminara de hacerse infranqueable, y empezó el acoso a las fuerzas de Maceo que, encerradas entre la trocha de Mariel y el mar, no tenían más apoyo que lo quebrado del terreno, sobre todo desde que, el 28 de abril, la lancha cañonera *Mensajera* apresó el vapor filibustero *Competitor*, que había llegado a aquella costa con un gran cargamento de armas y municiones.



La guerra en Cuba. Una guerrilla montada.

Así, con continuos reveses de las partidas insurrectas en las provincias occidentales llegó el mes de septiembre, en que la provincia de Camagüey vio gran parte de sus campos ocupados por partidas, en gran parte venidas de Oriente, y que sumaban unos cinco mil hombres, como ya se ha dicho.

Se trataba de atacar y ocupar algunos poblados y cortar las comunicaciones de Puerto Príncipe, para crear una situación de alarma que obligara al capitán general a modificar su despliegue, aligerando su presión sobre el apurado Maceo, en vista de que habían sido inútiles todos los intentos de cruzar la trocha para llevarle refuerzos.

El aislamiento de la capital de Camagüey por las fuerzas de Máximo Gómez fue tal, que su comandante general supo que estaban atacando Cascorro y que después pensaban atacar Guáimaro y San Miguel de Nuevitas, porque que se lo comunicó desde La Habana el capitán general, a cuyo conocimiento llegó por su servicio de información que le había hecho llegar una confidencia a través del comandante militar de Santa Cruz del Sur.

Así, cuando el ataque a Cascorro, se encontraba bastante cercano el consejo de gobierno de la insurrección con su presidente, el marqués de Santa Lucía, su vicepresidente, el catalán Bartolomé Masó, y su secretario de guerra, el polaco Roloff.

Después de Cascorro

Después del regreso a Puerto Príncipe, Eloy Gonzalo se encontró de nuevo en su regimiento, en servicio de operaciones de campaña por la provincia, en la misma situación que antes de marchar al destacamento escenario de su hazaña. Las acciones más notables en que tomó parte fueron los combates que tuvieron lugar, el 28 del mismo mes de octubre, en las fincas Sonora y San Rafael, nuevamente contra las fuerzas mandadas directamente por Máximo Gómez, que establecieron un dispositivo de aislamiento entre la capital de la provincia de Camagüey y la parte oriental de la misma, donde Calixto García, con sus partidas de Oriente repitió contra el destacamento de Guáimaro el ataque en que Máximo Gómez había fracasado ante Cascorro.

De nuevo el general Jiménez Castellanos tuvo conocimiento del ataque a Guáimaro por su servicio de información, a través del comandante militar de Santa Cruz del Sur. Sin embargo, esta vez el auxilio llegó tarde, pues el mismo día 28 en que tenían lugar los combates citados sobre las líneas establecidas por Máximo Gómez, el destacamento de Guáimaro se rendía a Calixto García, que desde entonces tendría en las filas insurrectas un pres-

tigio superior incluso al de Máximo Gómez. Ello dio lugar a un incremento de las acciones de las columnas volantes en las zonas limítrofes de las provincias de Camagüey y Oriente. De esta intensa actividad da idea la carta en que Eloy Gonzalo contestó a su amigo Mariano Rico que le había escrito desde Chapinería. En ella dice que por ser la columna volante de que formaba parte la única en aquella zona, estaba continuamente de operaciones en el campo. Ello tuvo como efecto el disminuir la actividad de las partidas en Camagüey y el desplazamiento de la mayor parte a la provincia de Oriente, volviendo en cierto modo a quedar la insurrección como en sus primeros meses.

Los últimos meses

A primeros de febrero de 1897, poco antes de cumplirse un año de que el general Weyler se hiciera cargo de la Capitanía General de Cuba, la insurrección estaba prácticamente acabada en todas las provincias al oeste de Camagüey, quedando sólo por reducir la temible Ciénaga de Zapata, zona de selva pantanosa del sur de la provincia de Matanzas, refugio seguro de muchas partidas, de difícil penetración, que exigía contar con buenos prácticos locales, además de lo terriblemente insano de su ambiente, que hizo contraer enfermedades mortales a muchos de los que permanecieron algún tiempo en élla. Dada la favorable marcha de las operaciones, por una orden general de fecha 5 de dicho mes, fue modificado el despliegue del Ejército de Operaciones de Cuba, lo que significaba oficialmente el fin de la campaña de Pinar del Río. El batallón de Eloy Gonzalo, antes destacado en Puerto Príncipe, regresaba a la provincia de Matanzas, en la que iba a participar en las operaciones de limpieza en la citada Ciénaga de Zapata y sus proximidades y en la reducción de las pequeñas partidas que quedaban dispersas por la manigua.

En cumplimiento de la orden general citada, el día 16 del mismo mes, el 1.º Batallón del Regimiento de Infantería María Cristina 63, y en su 10ª Compañía, Eloy Gonzalo, salía por ferrocarril de Puerto Príncipe para Nuevitás, en cuyo puerto embarcó a bordo del vapor *María Herrera* y desembarcó en La Habana, el día 18, continuando el viaje por ferrocarril hasta regresar a Matanzas, donde tenía la sede su regimiento, para seguir desde allí hasta la zona asignada, donde quedó prestando servicio de operaciones de campaña en las proximidades de la laguna de Macurijes, cercana a la ciénaga citada. En esa situación estaba cuando recibió, en el ingenio Socorro, el 14 de marzo, el generoso donativo de la junta patriótica de España en La

Guaira. Y en esa situación estaba al recibir la notificación de que se le había concedido la Cruz de Plata del Mérito Militar.

El 24 de abril terminaron las operaciones de limpieza de la Ciénaga de Zapata y el 26 pudo el general Weyler cursar al ministro de la Guerra un parte dando cuenta de la completa pacificación de las provincias de Pinar del Río, La Habana y Matanzas. Como dice Fernández Almagro: *prosperaba en las villas y en Matanzas, no digamos en La Habana y en Pinar del Río, una sensación de victoria española que abatía la moral del enemigo.*

Sin embargo en el norte de la provincia de Oriente, la insurrección recibía un poderoso refuerzo al desembarcar, en la playa de Banes, al norte de Holguín, un alijo de armas y municiones más importante que todos los anteriores, que había sido llevado por el polaco Roloff en una arriesgada expedición. Se trataba nada menos que de dos mil cuatrocientos ochenta rifles, un cañón de ciento veinte milímetros, otro de dinamita, un colt automático, dos millones y medio de cartuchos, tres mil para cañón, tres mil para el de dinamita, quince mil para el colt y tres toneladas de dinamita, mas ciento cuarenta cajas de medicamentos y otros suministros. Ello fue posible por no haberse construido todavía en Banes el fuerte que el general Weyler había ordenado que se construyera en un punto que dominase dicha playa.

Volviendo a la zona de la provincia de Matanzas, donde operaba la unidad de Eloy Gonzalo, podemos decir que éste poco pudo gozar del resultado victorioso a que había contribuido, pues empezó a sentirse mal, con la natural resistencia inicial a ser evacuado. Cuando al fin, el 6 de junio, ingresó en el hospital militar de la capital de aquella provincia, tenía una enterocolitis ulcerosa, de la que falleció el día 18. El héroe valiente hasta la temeridad, ejemplo de valor para todas las generaciones de soldados que le han sucedido, respetado por tantas balas que habían silbado a su alrededor, era una más de las muchas víctimas de las aguas contaminadas y los mosquitos de la temida Ciénaga de Zapata y de las zonas pantanosas próximas.

Epílogo

Como hemos dicho, Eloy Gonzalo había desembarcado en La Habana, como soldado voluntario, el 9 de diciembre de 1895, cuando toda Cuba estaba revuelta y las partidas insurrectas recorrían libremente sus campos, no existiendo orden y seguridad más que en las poblaciones. A su muerte, la situación había cambiado totalmente, gracias a la eficacia del plan de campaña del general Weyler, y se había restablecido la normalidad en toda la zona

al oeste de la trocha de Júcaro a Morón (Camagüey), en la que de nuevo había orden y seguridad, circulaban normalmente los medios de transporte y se habían reanudado todas las actividades agrícolas, industriales y comerciales.

Pero el asesinato de Cánovas dio la vuelta completa a la situación. El nuevo presidente del Gobierno, que era otra vez Sagasta, lo destituyó, cuando ya tenía todo dispuesto para la última fase de la campaña, contra los reductos de la insurrección, en Oriente y Camagüey. Y ello pese a todas las manifestaciones y protestas y peticiones por escrito, que fueron muchas, tanto en Madrid como en La Habana.

El nuevo incremento de la actividad insurreccional dio pie de nuevo a los Estados Unidos a amenazar con su intervención si España no era capaz de resolver el problema cubano. Estaba claro su interés en el comercio del azúcar, entonces llamado *oro blanco*. El enfrentamiento en Estados Unidos entre los *jingoes* intervencionistas y los contrarios a la intervención terminó finalmente predominando aquéllos sobre éstos, tras las campañas de prensa llevadas a cabo contra España. La explosión del *Maine* les dio el pretexto que necesitaban. Y después se vio, cómo con un ejército que no había sido derrotado, que había vencido a la insurrección casi totalmente y que estaba en condiciones de volver a hacerlo, España perdía la guerra, tras la irresponsable decisión de aquel gobierno que envió a Cuba unos barcos que hacía años que necesitaban reparación o sustitución y que sólo podían ir como fueron, a regalar a los norteamericanos la victoria que necesitaban y que en tierra veían imposible. En efecto, después de los combates en El Caney y Santiago de Cuba, la misma prensa que había provocado la intervención norteamericana protestaba ahora de aquella aventura ante el gran número de bajas que habían dejado diseminadas las fuerzas desembarcadas. En un escrito obrante en el Servicio Histórico Militar puede leerse una información de Washington que decía que hasta se estaba pensando en la conveniencia del reembarque. La destrucción de la flota del heroico y competente almirante Cervera, puso de nuevo la suerte en contra de España y llegó lo que se llamó *el desastre*, la pérdida de Cuba.

Cuando ya estaba decidido el abandono de Cuba, estaba claro que los restos de los héroes caídos más destacados tenían que ser trasladados a España para su inhumación en tierra española donde recibieran además el homenaje que por su heroísmo merecieron. Por real orden de 10 de noviembre de 1898, fue aprobada la repatriación de los restos de Eloy Gonzalo, junto con los de los generales Santocildes y Vara de Rey, que habían muerto en combate dando ejemplo de heroísmo a sus hombres. Ello se efectuó en el vapor *San Ignacio*, que zarpó de La Habana el 7 de diciembre de 1898 y arribó a Santander el 20 del mismo mes. Desde allí fueron trasladados por

ferrocarril a Madrid, donde fueron recibidos e inhumados, con los honores de ordenanza, en el cementerio de la Almudena y, posteriormente, trasladados al mausoleo dedicado a los caídos de Cuba y Filipinas.

En sesión de 20 de octubre de 1897, el Ayuntamiento de Madrid había acordado la construcción de un monumento en la plaza del Rastro, para el cual se eligió el proyecto del escultor Aniceto Marinas, sobre el pedestal proyectado por el arquitecto Salaverry. En esa plaza, llamada desde entonces de Cascorro, podemos ver el monumento, que fue inaugurado el 5 de mayo de 1902 por S. M. el Rey don Alfonso XIII, con enorme asistencia de público, según las reseñas periodísticas de la época. El homenaje del municipio de Madrid se completó al dar el nombre de Eloy Gonzalo a la calle que une las glorietas de Quevedo y Sorolla.

Al homenaje se adhirieron los ayuntamientos de Chapinería y San Bartolomé de Pinares, que elevaron sendos monumentos al héroe, que había residido en los mismos.

Ahora, en el centenario de su muerte, los españoles tenemos que recordar con admiración a Eloy Gonzalo como soldado ejemplar, paradigma de virtudes militares, modelo a admirar e imitar por los soldados de ahora y de siempre, y orgullo de Madrid, que le vio nacer, de Chapinería, que le vio crecer y de la Infantería española, en cuyas filas luchó y, como decía *El Imparcial* hace ciento un años: *llevó su valor y su abnegación a un límite sobrehumano.*

FUENTES

- ARCHIVO CENTRAL DE LA GUARDIA CIVIL: Documentación personal del carabiniero Eloy Gonzalo García.
- SERVICIO HISTÓRICO MILITAR: Sección Ultramar (Legajos de Cuba); recopilación de historiales de Rey Jolly; documentación personal del soldado Eloy Gonzalo García.
- HEMEROTECA MUNICIPAL: Colecciones de *El Imparcial* y *La Ilustración Española y Americana*.

BIBLIOGRAFÍA

- BOSCH, Juan: *De Cristóbal Colón a Fidel Castro*. Tomo II. Madrid, 1985.
- FERNÁNDEZ ALMAGRO, Melchor: *Historia política de la España contemporánea. 1868-1902*. Tomos II y III. Madrid, 1968.
- GUITERAS, Pedro José: *Historia de la isla de Cuba*. Tomo III. La Habana, 1928.
- ISIDRO MÉNDEZ, Manuel: *José Martí. Estudio biográfico*. Madrid, 1925.
- MENÉNDEZ CARABIA: *La Guerra de Cuba*. Madrid, 1896.
- PARDO CANALÍS, Enrique: *Eloy Gonzalo, héroe de Cascorro*. Madrid, 1984 (Ciclo de conferencias sobre Madrid en el siglo XIX).
- REVERTER DELMÁS, Emilio: *Cuba española*. Madrid, 1898.
- WEYLER, Valeriano: *Mi mando en Cuba*. Tomos I a IV. Madrid, 1910.

ANTECEDENTES FILIPINOS DEL 96-98

Leandro TORMO SANZ
Investigador del C.S.I.C.

Introducción

EN mi artículo sobre las «Repercusiones de la guerra de 1898 en Filipinas», publicado en los *Cuadernos monográficos del Instituto de Historia y Cultura Naval*¹, dejé pendiente el largo tema de la religiosidad y personalidad del pueblo filipino, que le caracterizaron como puente entre Oriente y Occidente, eslabón final de la gran utopía española, de catolicidad universal, comunidad política de príncipes y repúblicas cristianas.

Respetando sus diversas lenguas y culturas que llegan vivas hasta hoy, los capitanes españoles se hermanaron con los *cabezas de barangay* aceptando un rito propio de su gentilidad, conocido por *pacto de sangre*; a su vez los jefes indígenas, junto con su pueblo, aceptaron después de conocer el catecismo, la hermandad cristiana por medio del agua bautismal.

Nuestros frailes misioneros se enseñaron entre sí y con los niños las más diversas lenguas sintiéndose en la obligación de enseñar a los filipinos todo cuanto ellos fuesen capaces de aprender, para lo cual levantaron junto al templo y convento la escuela de leer, escribir y cantar, tanto para niños como para niñas, y llegaron a fundar colegios intermedios y universidades donde estudiaron españoles e indios. En estos estudios superiores se formó la clase dirigente de su República Indiana, finalidad que fue aceptada y protegida por los monarcas españoles de la Casa de Austria; no tanto por la de

¹ TORMO SANZ, Leandro: "Repercusiones de la guerra de 1898 en Filipinas", en *Cuadernos monográficos del Instituto de Historia y Cultura Naval*, núm. 11, p. 142.

Borbón y repudiada durante el siglo XIX por considerarla inútil y perjudicial².

La insurrección filipina de 1896, interrumpida por la paz de Byak-nabató, violada por la felonía norteamericana de 1898 y continuada la guerra por los filipinos contra los norteamericanos desde el 4 de febrero de 1899 hasta el 16 de abril de 1902, tuvo muchos antecedentes³, de los cuales solo voy a tratar su caldo próximo que fue *La Gloriosa*, y una lejana conmoción religiosa propiamente filipina denominada Cofradía de San José.

La Gloriosa y el fin de nuestra utopía

La revolución estallada en Cádiz durante septiembre de 1868 se caracterizó en nuestras últimas posesiones ultramarinas por ser el principio de su fin.

El 25 de septiembre de 1868, tres días antes de la batalla del puente de Alcolea, se insurrecciona Puerto Rico pretendiendo lograr una independencia que aún no ha podido obtener. Días después, el primero de octubre de aquel mismo año, lo hace Cuba que, tras cruenta lucha, obtendrá la separación de España y la dependencia económica de los Estados Unidos, cuya bandera de barras y estrellas aún ondea en Guantánamo. Por último, en Filipinas, tras la proclama de su gobernador general De la Gándara, acatando al nuevo gobierno español y poco después creando una asamblea de reformistas, surgen disturbios que le obligan a declarar el estado de excepción en Cavite, La Laguna, Manila, Batangas y Bulacan el 14 de enero de 1869⁴. La causa de estos alborotos, que ha sofocado el Capitán General, es que los filipinos han tomado consciencia de la discriminación que les ha hecho el gobierno español con la orden número 959 a su representante en Filipinas, el 27 de octubre de 1868, donde, al anunciar su nueva política en las provincias de Ultramar, se refiere exclusivamente a Cuba y Puerto Rico, con exclusión manifiesta de Filipinas⁵.

² Archivo Histórico Nacional (A.H.N.): Ultramar 5152. En carta de 4 de enero de 1870 el Gobernador de Filipinas dice al Ministro de Ultramar: *Exige también, el estado del País, un buen sistema de instrucción pública, puesto que el que hoy tiene está reducido a una Universidad, en la que sólo se forman teólogos y abogados, cuyas clases son aquí las menos necesarias, y que además, son el foco de los que representan el partido antiespañol.*

³ TORMO SÁNZ, Leandro: *Op. cit.*, pp. 128-130.

⁴ MOLINA, Antonio: *Historia de Filipinas*, I, p. 241.

⁵ A.H.N.: Ultramar 5218, exp. 113. Carta núm. 77 del gobernador José de la Gándara al Ministro de Ultramar contestando a la orden núm. 959.

La interpretación de *La Gloriosa*, por parte de los grupos filipinos más primitivos del archipiélago, ocasionará una escisión interna cuya versión impresa tuvo lugar el 23 de junio de 1891 en el quincenario *La política de España en Filipinas*, núm. 10, probablemente por obra de Emilio Wenceslao Retana. Aparece con estas palabras:

En el año de 1868 se recibieron telegramas en Filipinas sobre la revolución de Septiembre, que corrieron pronto por las islas y llegaron, con las más estupendas exageraciones, hasta las aldeas más remotas y hasta el fondo de las más miserables chozas. Una idea general e indeleble se apoderó del ánimo de todos los indígenas: que la revolución —creían los indios era un nuevo Emperador o un alto personaje— había decretado que todos éramos iguales y que no había diferencia entre indios y españoles; que éstos tenían que volverse a España, sustituyéndoles ellos en todos sus empleos, y que el tributo sería rebajado considerablemente. Que no habría contribución de sangre, ni polos y servicios personales; que el Papa nombraría a varios indios Obispos, y que los Padres castilas debían volverse a la Península. Que vendría un nuevo Capitán general que se casaría con una hija del país, nombrada Princesa, y que los hijos de ésta serían los Reyes y Soberanos del imperio filipino etc. etc. Y todo esto confirmado por grandes profecías, revelaciones de almas justas y patentes milagros de la Virgen de Antipolo y del Señor San José y de otros patronos de las Indias, sin que faltase el Señor San Pedro, al que los clérigos del país profesan profunda veneración, y es el patrono de una cofradía que ha dado no poco que hacer a las autoridades filipinas⁶.

Si nos detenemos en examinar este texto, es posible que no nos parezca tan disparatado como a simple vista. Así, que la revolución la identificasen con el Emperador no es tan extraño, pues la tenían como el nuevo mandatario. Que pusiese en práctica la igualdad entre indios y españoles era algo que tenían asumido desde el primer requerimiento que se les hizo⁷. El regreso a España de los conquistadores lo intentó el emperador Carlos V por escrúpulos de conciencia que procuraron quitárselos tanto el memorial de Yucay como la carta de Motolinía en contra del *Confesionario* publicado por Las Casas. Que los nativos quisiesen sustituirnos en todos los empleos era lógico, pues los habíamos preparado para que los desempeñasen.

⁶ *Las insurrecciones de Filipinas*, por un español de larga residencia en aquellas islas, p. 113.

⁷ MANZANO MANZANO, Juan: *La incorporación de las Indias a la Corona de Castilla*, p. 43, cap. I, ep. IV. El requerimiento: *Vos notifico y hago saber como mejor puedo, que Dios Nuestro Señor uno y eterno crió el cielo y la tierra y un hombre y una mujer de quien nosotros y vosotros y todos los hombres del Mundo fueron y son descendientes.*

El tema de reducir impuestos, suprimir contribuciones y servidumbres nos puede llevar a otro campo distinto y más moderno. Los gritos dados en Lares con los que los portorriqueños comenzaron su revolución fueron: *¡Viva Puerto Rico Libre!* y *¡Abajo los impuestos!* que nos recuerda este último el lanzado por los colonos norteamericanos tras su descarga en el puente de Concord.

El nombramiento papal de obispos nativos también cae dentro de la modernidad, así como el abandonar los misioneros las tierras que han evangelizado, pero en Filipinas aún les quedaban paganos por cristianizar, pueblos, templos y escuelas que levantar, caminos por abrir, enfermos que atender y colegios de misioneros que mantener en la propia España, únicos que quedaron después de las distintas exclaustraciones que tuvieron lugar durante el siglo XIX.

Carlos María de la Torre Navacerrada

El nuevo Capitán General que les envió *La Gloriosa* revolución llegó a Manila el 23 de junio de 1869, pleno de ilusiones juveniles cuando ya tenía más de sesenta años y cincuenta y ocho de vida militar. No pensaba volverse a casar y convertir a una hija del país en princesa; por más que esta creencia no era una alucinación indígena, pues su cargo tenía tal cantidad de atribuciones que era prácticamente virreinal.

Existía, además, un curioso plan que podía servir de antecedente tras haber recorrido medio mundo. Lo concibió un viejo soldado, compañero de Pedro Valdivia, en la campaña de Italia; se llamaba Francisco de Carvajal y le apodaron *El Demonio de los Andes*, uno de esos extraños demonios españoles que no ahorcó ni a un solo indio y sí a más de cuarenta españoles por *tejedores*, es decir, por cambiar de bando según sus intereses particulares. Fue maestro de campo en el ejército del rebelde Gonzalo Pizarro, a quien aconsejó casarse con una Ñusta del Perú y asegurar así su gobierno en el Tahuantinsuyo con dos legítimos títulos: el de legítima herencia incaica por su matrimonio y el de descubrimiento y conquista por él y por su hermano Francisco.

¿Cómo llegó hasta la gente sencilla de Filipinas esta partícula de la historia peruana? Lo hizo por dos vías: la oral y la escrita. El primer maestro de campo español en Filipinas, Mateo del Saz, había militado entre los rebeldes durante las guerras civiles del Perú y de él pudo surgir la versión oral contada a sus soldados, familia, servidumbre y amigos filipinos. Por la vía escrita llegó poco después cuando aprendieron a leer y el galeón de Aca-

pulco les trajo plata mejicana, familias, soldados, frailes, libros y también productos del Perú.

Todo esto: cuentos, leyendas, historias de España y de Hispanoamérica se filipinizaron y vivieron como elementos propios no sólo hasta 1898, sino incluso hasta hoy.

A Carlos María de la Torre Navacerrada le tocó cumplir la odiosa orden gubernamental de dar el cese a los funcionarios del régimen anterior a *La Gloriosa* y colocar en sus puestos a los partidarios de ésta, de lo cual nos dejó escrito en su *Memoria instructiva* lo siguiente:

El Gobierno de la revolución, bien a pesar suyo, pero obedeciendo a la fuerza de las circunstancias declaró cesantes a todos los empleados de esta administración, cambió enteramente todo el personal... El funcionario público de Filipinas tenía creído, como creen todos los empleados y no sé por qué la experiencia no les enseña otra cosa, que el destino era un patrimonio suyo y que el Gobierno, al privarlo de él y al dejarlo en suspenso el abono de su pasaje, le condenaba no solo a la miseria sino que le privaba hasta de los recursos necesarios para volver a España⁸.

Tal actuación fue considerada por Pedro Gutiérrez Salazar similar a las *Proscripciones de Sila*⁹, atribuyendo a sus disposiciones liberales y amigos de ellas la responsabilidad del motín de Cavite poco tiempo después de su regreso a España. De la Torre, saliendo en su defensa, presentó una instancia pidiendo permiso para publicar algunos documentos oficiales y reservados para probar su inculpabilidad; pero los tiempos habían cambiado y no se le concedió¹⁰. Fue afortunado en la solución de una conmoción religiosa popular que, junto con la revolucionaria, ha estudiado Reynaldo Clemeña Ilet¹¹.

La Cofradía de San José

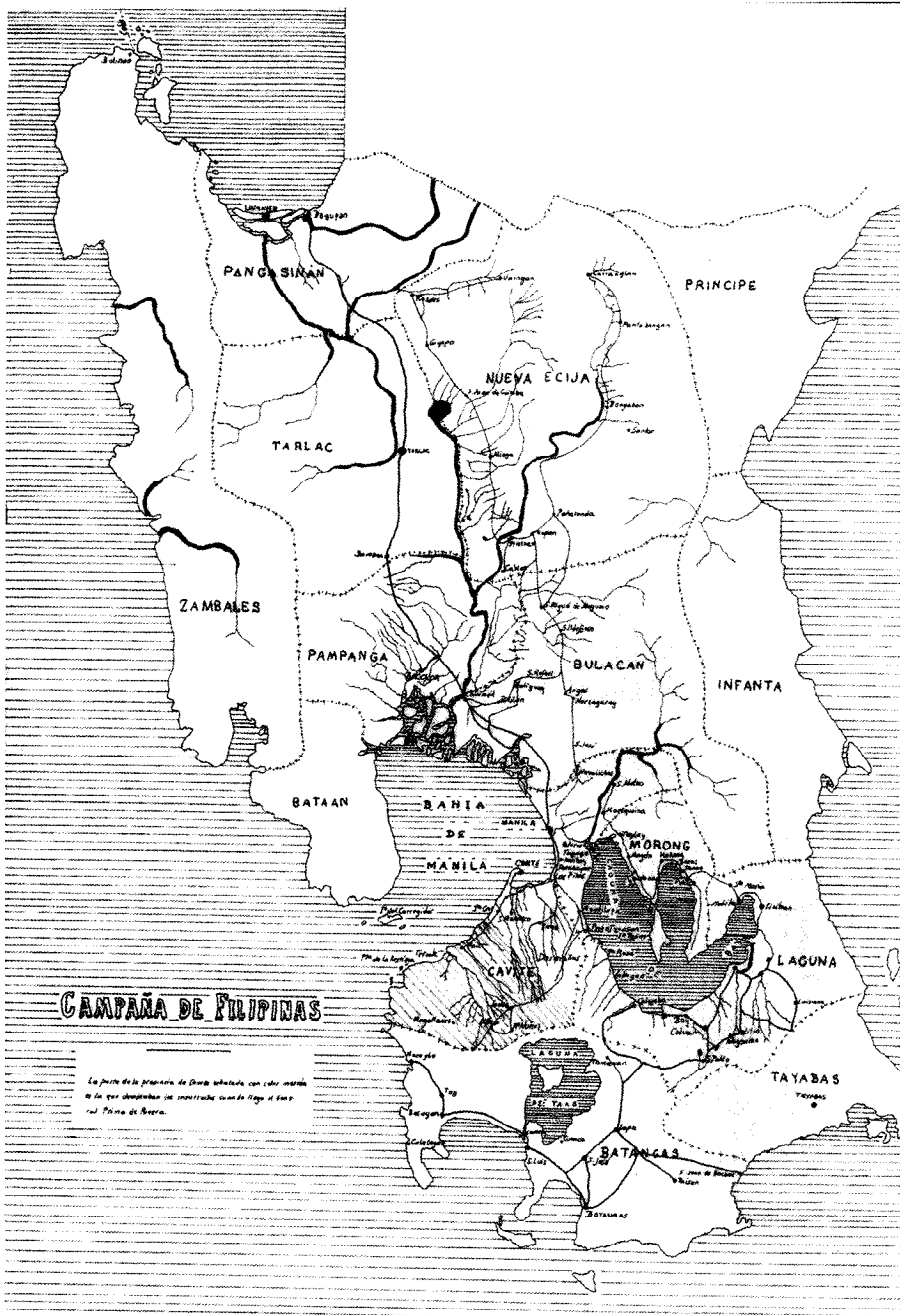
Un indio llamado Apolinario Cruz, natural del pueblo de Lucban, provincia de Tayabas en la isla de Luzón, hombre ignorante, supersticioso y

⁸ REBANAL RAS, Jeremías: "El Gobernador de Filipinas Carlos María de la Torre Navacerrada", en *Missionaria Hispánica*, núm. 113, p. 175.

⁹ Este es el título del folleto que publicó Gutiérrez Salazar en Madrid el año 1870. Sobre este autor ha elaborado una brillante tesis don Antonio Caulín Martínez.

¹⁰ REBANAL RAS, Jeremías: *Op. cit.*, p. 171.

¹¹ Luego publicó un muy interesante libro titulado *Pasyon and Revolution; Popular Movements in the Philippines, 1840-1910*, cuya tercera edición apareció en Manila el año 1989.



Campaña de Filipinas.

fanático, destituido de medios de existencia, que muchos años fue donado del convento de San Juan de Dios de Manila, a la edad de veintisiete años, en noviembre de 1841 fue despedido, según la exposición de la Audiencia de Manila, sin saber por qué motivo¹². Este es el que aparece como autor y fundador de la cofradía de San José y voto del Santísimo Rosario que de hecho comenzó a organizar nada menos que desde el año 1832.

El medio del que se valió para reunir socios fue nombrar a varios de sus paisanos y conocidos por cabecillas o principales de la hermandad, con cargo de que procurasen aumentarla con toda la gente que pudiesen atraer, concediendo mayor número de votos en las decisiones de la cofradía a los que reclutasen mayor número de personas. Estos cabecillas eran tan ignorantes como su jefe.

Al alistarse, cada cofrade pagaba un real de plata y además otro el día 19 de cada mes, en que solía celebrarse en Lucban una misa y otros oficios de devoción a San José.

Desde 1832 la cofradía fue aumentando de tal modo que en 1841 se componía de cuatro a cinco mil personas de ambos sexos y casi de todas las edades, siendo unos cuarenta cabecillas, entre ellos una mujer. Tenía su hermano mayor, que lo era Octavio Ignacio de San Jorge; capellán y depositario de fondos, el presbítero don Ciriaco de los Santos, que vivía en el pueblo de Santa Cruz inmediato a Manila y era además capellán hacía años de don Domingo de Rojas, hombre pudiente y que fomentó la riqueza del país con varias fábricas.

Si de esta tan heterogénea hermandad pudieron valerse algunos como de un instrumento para poner en ejecución planes políticos de independencia, el capellán don Ciriaco, de origen indio, y don Domingo Rojas, estarían en primer lugar.

Al principio Apolinario y los cabecillas intentaron que la cofradía se estableciese en Lucban, donde se celebraron ejercicios devotos, y después en Tayabas. No creyeron que necesitaban aprobación alguna de las autoridades porque sólo se reunían para oír misa y rezar. Pero hallando algún obstáculo, a partir de 1840, consideraron necesaria la aprobación y la solicitaron del arzobispo, obispo de Nueva Cáceres, audiencia y fiscal de ella, como protector nato de los indios. Su denegación los irritó y exaltó su imaginación hasta tal punto que llegaron a creer muchos que aquella sociedad devota no podía ser destruida por fuerzas humanas.

¹² A.H.N.: Ultramar 1264, exp. 4. Según Juan Manuel de la Matta, por vicioso, según carta núm. 25 del 16 de noviembre de 1841 dirigida al Secretario de Estado y del Despacho de Hacienda de Indias.

Desde que Apolinario encontró resistencia por parte de las autoridades, redobló sus esfuerzos a fin de aumentar el número de asociados, de asegurarlos en el buen éxito de la empresa y de prepararlos, caso necesario, para que llevasen armas a sus reuniones e hiciesen resistencia formal si eran atacados.

El 23 de junio de 1841 decía el Arzobispo de Manila al Capitán General que, según aviso del párroco de Tayabas, en esta cabecera y pueblos de inmediación había reuniones que promovía sin permiso Apolinario de la Cruz. El Gobernador General mandó al de Tayabas que procediera contra tales reuniones, haciendo cesar cualesquier derrama impuesta sin autoridad competente.

Joaquín Ortega, gobernador de Tayabas, no adoptó en tiempo las medidas eficaces que aquel incremento de la asociación y aquella tenacidad con que proseguía la obra, exigían imperiosamente. Mucho antes de recibir la orden, el vicario foráneo le había dado aviso de la instalación de la cofradía y, en lugar de haber procedido entonces con la mayor actividad a la formación de causa y prisión de los que resultaron fundadores y promovedores de ella, se limitó a mandar solamente que se pusiese a disposición de dicho vicario y a la del cura del pueblo de Lucban, los auxilios necesarios para la aprehensión y castigo de los que figuraban como cabecillas nombrados por Apolinario; que se quemasen unos retratos con los que se pretendía alucinar la credulidad de aquellos habitantes y que se distribuyesen en obras de piedad sesenta pesos que se ocuparon, absteniéndose del conocimiento de la causa por conceptuar que correspondía al juez eclesiástico.

Este funesto error acerca de la competencia del juez, hizo que en tiempo no se hubiesen tomado las medidas necesarias para contener el incremento que había tomado la cofradía y que, sin duda, hubieran impedido los tristes sucesos que sobrevinieron después. Con mejor éxito que Ortega procedió el alcalde mayor de La Laguna, el cual aprehendió a Octavio Ignacio de San Jorge y a su padre Aniceto Flores, en cuya casa tenían las reuniones los cofrades, al principio semanalmente y después los días 19 de cada mes. Poco después el alcalde mayor de Tondo aprehendió a don Ciriaco.

Estas prisiones, las que se habían hecho en 1839, la vigilancia que por parte de las autoridades experimentaba la cofradía, en vez de desalentar a los promovedores de ella produjo los efectos contrarios, pues celebraron a todo trance y peligro su fiesta religiosa mensual, aumentando su duración y el número de afiliados. En tales circunstancias, acudieron mediado octubre muchos de ellos armados a Ypsabang, donde en unos camarines hacías sus reuniones. Según Apolinario eran unos dos mil quinientos sin contar con los

aetas. Trasladados a Epilang llegaron a ser de cuatro a cinco mil miembros: algunos con flechas, éstos con pistolas, aquéllos con fusiles, otros con campilanes y machetes.

A la vista de esta turba tan impresionante, el gobernadorcillo de Tayabas y el párroco avisaron al gobernador de la provincia, que dirigió a los asociados una proclama en tagalo, convidándolos con la paz, y que de lo contrario sería fusilado todo aquel que fuera aprehendido con las armas en la mano. A esto contestaron que se habían reunido allí por haberlos perseguido en Lucban y en la cabecera de Tayabas, que si el gobernador hallaba justo perseguirlos en aquel lugar y prenderlos, esto era lo único que esperaban, pues sería la voluntad de Dios y de la Virgen.

También les escribió en el mismo sentido de paz el cura, fundando sus amonestaciones en principios de la religión, lo cual, según éste dijo, produjo tan buenos efectos que en la noche del 18 de octubre se separaron de la reunión más de quinientas personas, que se retiraron a sus casas. Sin embargo continuaron los demás reunidos sin obedecer los mandatos del gobernador, ni las amonestaciones del cura y, en vista de esta resistencia, trató el primero de sujetarlos por medio de la fuerza.

Desde esta última reunión los sucesos de la cofradía presentan un aspecto de gravedad, de importancia política y de criminalidad que, hasta entonces, no habían tenido. Habíanse reducidos los cofrades al principio a celebrar sus funciones sin que al parecer ninguna autoridad se lo estorbase. Cuando después esta misma autoridad les prohibió que se reuniesen y prendió a algunos de ellos, se limitaron a desobedecer esa prohibición, continuando con la celebración de sus funciones; pero, por último, se presentaron resistiendo a la misma autoridad, reunidos al efecto en gran número y con armas.

En todo el tiempo que medió desde 1832, en que tuvo origen la hermandad, hasta octubre de 1841, las autoridades manifestaron poco celo y muy poca previsión y dieron lugar con esto a que unos hechos, que en su origen pudieran ser fácilmente contenidos, fuesen después tan fecundos en funestos resultados. El gobernador Ortega creyó que el único remedio era el de la fuerza, pero no proveyó que en las circunstancias en las que se hallaba, sin gente bastante, era probable que se convirtiese en daño suyo. Las reflexiones para disuadirle de su empeño no bastaron para que cambiase de opinión y, como arrastrado de su mala suerte, se presentó ante ellos el 23 de octubre en Upsabang, llevando consigo ciento cincuenta hombres, entre los cuales iban dieciocho guardias y algunos artilleros con tres falconetes.

Luego que los divisó, mandó hacer fuego primero al aire, después contra los amotinados, los cuales, viendo caer muertos a cuatro o cinco de los

suos, acometieron a quien les atacaba y, desbandados éstos, el gobernador cayó herido en una zanja, donde algunos de los indios, señaladamente uno que se llamaba Celedonio, alias Purgatorio, que le titulaban general aquel día, le dieron muerte. Tal fue el desgraciado fin de este valiente y arrojado militar, víctima del cumplimiento de sus deberes. Se apoderaron entonces los indios de los tres falconetes, y bien pudieron haberse dirigido enseguida a Tayabas, pero fuese por la causa que se quicra, se contentaron con trasladar su campo a otro sitio cerca del río Alitao.

Suceso tan ruinoso y lamentable fue comunicado en el mismo día 23 al Capitán General por el goberdanorcillo de Tayabas que, al mismo tiempo, tomó las medidas para poner a cubierto aquel pueblo contra cualquier ataque de los sublevados.

En vista de aquella comunicación, don Marcelino Oráa Lecumberri dispuso que inmediatamente saliese contra los rebeldes una columna de operaciones compuesta de todas las armas, al mando del teniente coronel Joaquín Huet. Presentado éste cerca de Alitao, hizo publicar inmediatamente un bando en tagalo, del que introdujo varios ejemplares entre los sublevados. Después de anunciar en él que se le había dado comisión para castigar aquellos delitos, y de asegurar que el Superior Gobierno confirmaría sus disposiciones, se concedía en nombre de éste, perdón de todo lo cometido a los que se presentasen ante él o cualquier Justicia de aquella provincia en el término de dos días del bando, declarando que no se comprendía en el indulto a Apolinario ni a los principales cabecillas del alzamiento. Los que no se presentasen dentro de aquel término y fuesen aprehendidos con armas serían inmediatamente fusilados.

Ninguno parece que se presentó, y hay bastantes indicaciones para creer que Apolinario y los principales cabecillas no dieron publicación al bando, sino que se lo reservaron entre ellos. Pasados los dos días, Huet mandó que la tropa atacase a los sublevados, como lo hicieron el primero de noviembre en el sitio de Alitao. Dice Huet que la gente reunida por Apolinario ascendía a nueve mil personas, que pasaban de cuatro mil los hombres armados, —la mayor parte con flechas y lanzas—, y que tenían, además, como setenta armas de fuego y los tres cañones que cogieron al gobernador.

Defendieron todo el frente y flancos de su campo, opusieron una tenaz y admirable resistencia a Huet que fue atacado por ellos, se batieron con admirable arrojo manejando con destreza sus tres cañones, y todo su conato era entrar al arma blanca. Para vencerlos se necesitó de todo valor y subordinación de los soldados, los cuales, pasando por encima de cadáveres, tomaron el campo donde quedaron muertos más de cuatrocientos, sin

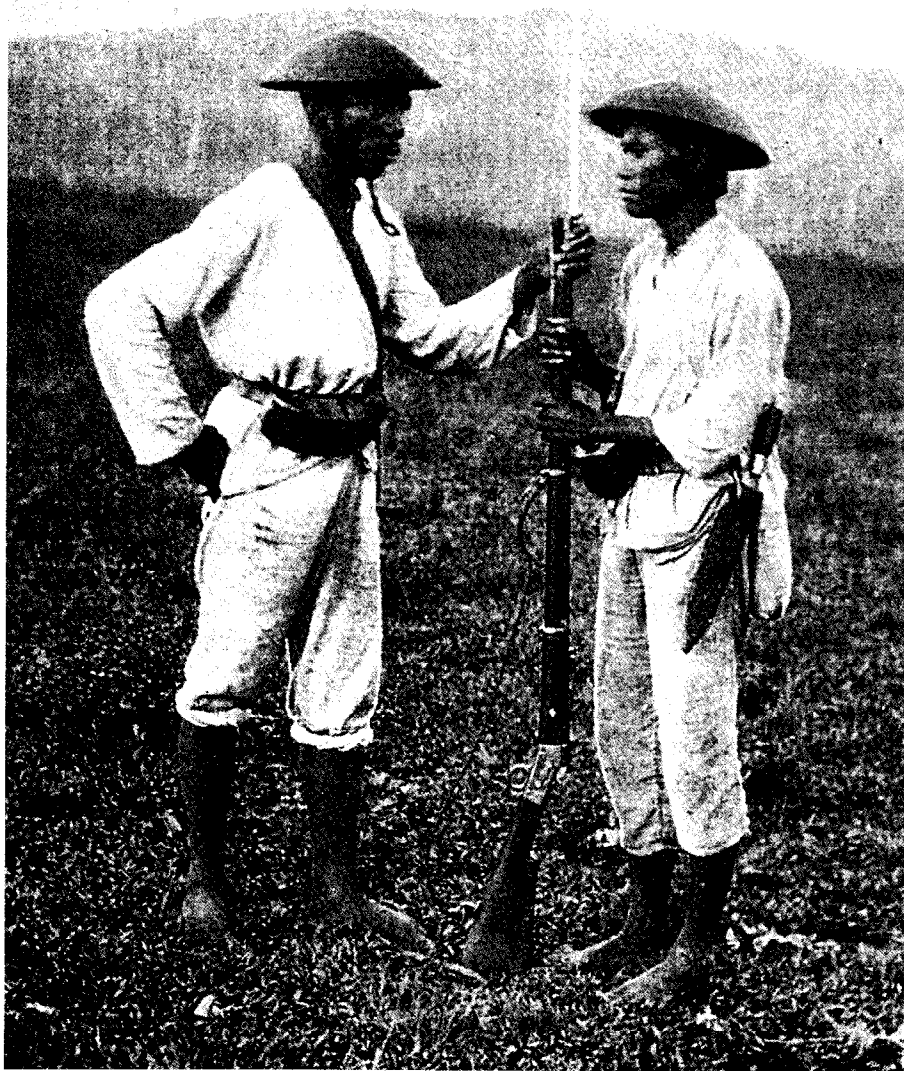
haber hecho prisionero alguno aquel día. Todo el que se pudo coger fue fusilado y sólo se arrestaron a trescientas catorce mujeres aglomeradas en un camarín que servía de capilla de campo, en donde no se las veía desde fuera, las cuales animaban a los suyos durante la pelea e insultaban a las tropas.

Combate semejante entre indios y soldados españoles no lo presenta la historia de aquellos dominios desde su descubrimiento, prescindiendo ahora de los que pudieron traer las cosas a aquel doloroso trance. El ejemplo de haber medido aquellos indígenas sus armas con las autoridades y las tropas del Gobierno, fue funestísimo para la conservación de las islas, porque si bien el terrible escarmiento que sufrió el rebelde les debió haber infundido temor y sumisión al Gobierno, también les dio conocimiento de sus propias fuerzas y de lo que podrían hacer contra la dependencia de la metrópoli unidos con los demás habitantes que, en número de más de tres millones, poblaban aquel inmenso archipiélago, casi todos indios, de unas mismas costumbres, de unas mismas ideas y de unos mismos intereses, y debió también haber dejado en muchos de ellos sentimientos de venganza que tan duraderos son en pueblos como aquéllos.

De esta disposición y de este estado tan peligroso se aprovecharon para ulteriores planes políticos más adelante algunos malcontentos y ambiciosos de los que aspiraban a la independencia, —hombres de más saber, de más riquezas y de más influjo que los indios—, y se aprovecharon sobre todo los extraños, los que veían con celos y rivalidad aquellas tan ricas y fértiles, como bien situadas, posesiones para el comercio de Oriente.

A juzgar por lo que declararon la mayor parte de los que se aprehendieron y, sobre todo por lo que manifestaron algunos de los oficiales de las compañías que componían la columna, señaladamente Ramón Goné —capitán del Regimiento de Dragones de Luzón, que es el que habló con más significación—, ni el número de los rebeldes, ni el de los que entre ellos iban armados, ni que la resistencia hubiera sido tan tenaz, es cierto, y lo prueba el hecho de que no consta que hubiese más de nueve heridos por parte de la tropa, sin que se hable de ningún muerto.

Aprehendido Apolinario por gentes, según se dijo, de su mismo bando, y habiéndosele tomado la competente declaración el 2 de noviembre, fue puesto en capilla y fusilado el día 4 por orden de Huet, no obstante las reflexiones que el capitán Goné le hizo a éste sobre la conveniencia de no fusilarlo entonces por los descubrimientos que pudiera haber hecho. Fueron fusilados por la misma orden, el día 6, Dionisio de los Reyes, Francisco Espinosa de la Cruz y Gregorio Miguel de Jesús, el



Tipos de soldados indígenas.

primero como cofrade y los otros dos como cabecillas que manejaron el alzamiento¹³.

El intendente Juan Manuel de la Matta informó el 16 de noviembre de 1841 sobre la cofradía de San José al Secretario de Estado, considerando que los seguidores de Apolinario *le veneraban como un verdadero fundador* y le dieron después de su pronunciamiento el pomposo título de Rey de los Tagalos. El negar su aprobación eclesiástica se hizo, según De la Matta: *por lo vicioso de la institución, y para evitar que el espíritu revolucionario de emancipación, común a todas las posesiones ultramarinas del mundo, y que no deja de tener en éstas muchos partidarios, se valiese de la multitud de fanáticos entregados a Apolinario, para conseguir sus depravados fines, comprometiendo, por lo menos, la tranquilidad y aun seguridad de estos habitantes*¹⁴. Enardecidos los cofrades con la negativa y animados probablemente por las sugerencias de algunos agentes del partido independiente, continuaron sus reuniones clandestinas rechazando a la gente del gobernador que fue de la mayor parte abandonado, huyendo muchos de terror, y pasándose no pocos cuadrilleros de Tayabas a los conjurados.

Respecto a una posible infiltración política escribió el 7 de noviembre de 1842 el Fiscal de la Audiencia manileña lo siguiente:

En el estado que tiene la causa puede asegurarse con alguna certeza que, cuando menos al principio y años siguientes hasta 1840, el autor o autores de aquella asociación no se propusieron ningunos planes políticos.

Pudo suceder muy bien que, cuando algunos de ellos, u otros extraños vieron que la cofradía se había aumentado prodigiosamente, y que sus principales individuos se hallaban dispuestos a sostenerla a todo trance, concibiesen el pensamiento de valerse de ella, como de un instrumento, para poner en ejecución planes de independencia o de desorden, porque sucede muchas veces que los proyectos de los particulares reunidos en corporación, que al principio no tienen ninguna tendencia política, la tomase después en su progreso, y sirven para distintos fines de los que sus autores se habían antes propuesto. Pero tampoco hay pruebas de que esto haya sucedido respecto de lo que se trata: pues ni lo que declaró Apolinario contra Rojas, ni la lista original que aquel se dice, entregó al Comandante, y no

¹³ A.H.N. Ultramar, leg. 5152. Exposición documentada de la Audiencia de Manila con motivo de la causa formada en averiguación del origen de la cofradía de San José.

¹⁴ A.H.N. Ultramar, leg. 1264, exp. 4. Carta número 25 del 15 de noviembre de 1841 del intendente general de Filipinas Juan Manuel de la Matta al Secretario de Estado.

ha aparecido después de principales cabecillas para el objeto que él designó, guardan conformidad con los papeles aprehendidos, ni con lo que han declarado multitud de personas¹⁵.

El rebrote de la Cofradía

El 19 de junio de 1870 comunicaba el alcalde mayor de Tayabas, Emilio Martín, al Gobernador General de Filipinas, Carlos María de la Torre Navacerrada, que el padre coadjutor indígena Florentino Tuason se le presentó el día del Corpus Cristi, manifestando que desde la cuaresma próxima pasada se había reconstituido la extinguida cofradía de San José, origen de la sedición de 1841 en aquella provincia. Que los cofrades, en poco número todavía, se reunían y celebraban sus ceremonias en el mismo punto del monte Banajao donde entonces se situaron, formaron pueblo con iglesia y convento y que, como entonces, también eran el foco de la cofradía los barrios de Nanca, Ypsabang, Ñotol y Maluat que pertenecen a Tayabas y se extienden por las laderas meridionales del Banajao. Que lo mismo que en aquella época, se recaudaban ahora entre los cofrades sumas semanales que se entregaban a los cabecillas en las noches de sus rezos, y que había ya comisionados en los pueblos de esta provincia y algunos en las provincias de La Laguna y Batangas, que misteriosamente buscaban prosélitos halagándolos y seduciendo sus imaginaciones con que el jefe de aquella sedición, Apolinario de la Cruz, ajusticiado en Tayabas, y su segundo, Apolonio de de la Cruz, alias Purgatorio, muerto según parece en Guinayangan, se habían aparecido en el monte con la Virgen del Rosario ordenando la reconstitución de la cofradía, prescribiendo nuevas prácticas religiosas (esta vez heréticas) y ofreciéndoles en recompensa de su perseverancia, eterna felicidad para sus almas en la otra vida, y en ésta la abolición del tributo (que era inferior al de su confraternidad) y sobre todo la independencia.

Entre esas prescripciones figuraban no oír misa, no asistir a la iglesia por ningún concepto pues su santuario estaba en el monte, no casarse ante los sacerdotes de nuestro culto sino ante el pontífice elegido por ellos y siempre en el monte. El pontífice, según la revelación, era Juanario Labios, del barrio de Ypsabang, al cual, según otro mandato terminante de los aparecidos, debían rendir homenaje y prestar una obediencia ciega en todo y

¹⁵ A.H.N. Ultramar 5152. Exposición documentada de la Audiencia de Manila.

por todo. Con misterio se reunían los cofrades de cada barrio en las casas de sus cabecillas donde recibían estampas, escapularios, *antig antig* o amuletos, que pagaban a dichos cabecillas, importe que, como el de la oferta semanal, les estaba absolutamente vedado el averiguar ni aun preguntar por su destino¹⁶.

Hechos

Según el alcalde mayor, la credulidad de los indios y la maldad de los cabecillas que los explotaban, habían ya producido sus frutos, pues en el mes pasado se había celebrado un casamiento en el monte Banajao entre una sobrina del titulado pontífice, llamada Saturnina Labios, y un desconocido del pueblo de Pagbilao, practicándose todas las formalidades con arreglo al nuevo rito, quedándose desde entonces unidos los desposados y haciendo vida común con consentimiento de sus padres. Estos hechos se los había revelado al padre Florentino, si no en confesión sí en confidencia reservadísima, una cofrade arrepentida desde que supo el casamiento del monte. Opinando Emilio Martín que esta reaparición de la cofradía era grave, sobre todo cuando tenía a su vista los antecedentes, marchó enseguida con dos españoles y el sargento de la Guardia Civil a la residencia de Juanario en Ypsabang, donde sólo encontró a su mujer y a un anciano que dejó en libertad afectando no dar importancia a los sucesos y aconsejándoles que no se ocultasen y se presentasen a la mañana siguiente en Tayabas, pues su objeto no era otro que llevarlos a todos ante el cura párroco a fin de desbaratar aquel casamiento, oyesen misa y se confesasen. Y para más seducir su credulidad les manifestó que, no pudiendo dejar impune la falta cometida, imponía a Juanario y al padre de la desposada veinticinco pesos de multa que habían de pagar en persona en la alcaldía en la mañana siguiente.

Viendo en la tarde del viernes que nadie se había presentado, se dirigió a Ypsabang y, pudo lograr, si no la captura de Juanario y su sobrina la desposada, sí la de la madre de ésta y la de todos los hermanos de aquél, con las de otros cofrades muy comprometidos. De regreso, registró la casa de Pascual Enríquez, vecino de Tayabas, persona tan comprometida en los sucesos de 1841 que le impusieron y cumplió diez años de presidio, capturando en ella a Feliciano, alias Caballero, vecino de Pagbilao, a quien seña-

¹⁶ A.H.N. Ultramar 5152. Carta del alcalde mayor de Tayabas, Emilio Martín, al Gobernador General de Filipinas con motivo de la reaparición de la cofradía de San José.

lan como uno de los principales corifeos, siendo él el desposado en el monte con Saturnina Labios y, como confesara entre otros hechos interesantes los nombres de los cabecillas de los barrios, se dirigió inmediatamente a ellos con el sargento de la Guardia Civil y alguna fuerza de este Cuerpo que, divididos en tres secciones, capturaron en la madrugada todos los cabecillas y las cabecillas de los barrios, con multitud de cofrades —hasta cuarenta—, figurando entre ellos todos los que asistieron al extraño casamiento del monte, un yerno de Pascual Enríquez, de cuya casa salió el cortejo para celebrarlo y en la cual pasó otra noche al regreso, y también el hermano y la esposa de Apolonio de la Cruz, alias Purgatorio.

En el registro de las casas, sobre todo en las de Juanario y Pascual Enríquez, encontró muchos amuletos o *anting anting*, un Cristo sin brazos y en extremo grotesco metido en un cuerno, santos extraños —uno de los cuales parece ser San Apolinario—, libros de rezos no menos extraños, algunos mezclados de trozos latinos intraducibles y misteriosos.

Regresando a Tayabas escribió Martín a los jefes de las provincias vecinas notificándoles la reaparición de la cofradía de San José con nuevas tendencias y solicitando de ellos la captura de Juanario. Asimismo, rogó a los curas de su provincia que estuvieran a la mira de los trabajos que en sus feligresías pudiesen hacer los agentes de aquella asociación. El 27 de junio tenía ya detenidos a casi todos los componentes de la misma, faltando solamente aprehender a Juanario y a dos o tres más. Este éxito lo debió en primer término al citado padre Tuason y a la cooperación que le prestaron los principales y no principales de los pueblos y barrios de su jurisdicción. El 30 de aquel mes regresó de una incursión al Banajao, donde creía poder capturar a Labios, pero sólo se enfrentó con la partida de malhechores capitaneados por Jerónimo Villanueva, cuyo segundo halló la muerte en el tiroteo sostenido. El 2 de julio notificó al Gobernador General que habían visto a Juanario dirigiéndose de Majayjay a Nacarlang y que habían capturado a seis cofrades más. Por último, el día 9, hallándose la provincia tranquila, se dispuso a visitar los pueblos de la costa donde se habían visto pancos moros y suponía que podían existir miembros de la cofradía, pues se sabía que los habían recorrido sus emisarios en busca de prosélitos¹⁷.

Recibidas todas estas noticias en Manila, el Gobernador Superior Carlos María de la Torre, antes de obrar remitió todo el expediente al magistrado Salvador Elio para que le informase. Le respondió, recomendando como medidas, la separación entre cabecillas y simples afiliados, destierro

¹⁷ A.H.N. Ultramar 5152. Carta de 2 de julio de 1870 del alcalde mayor de Tayabas al Gobernador Superior de Filipinas y que éste envió al Ministro de Ultramar.

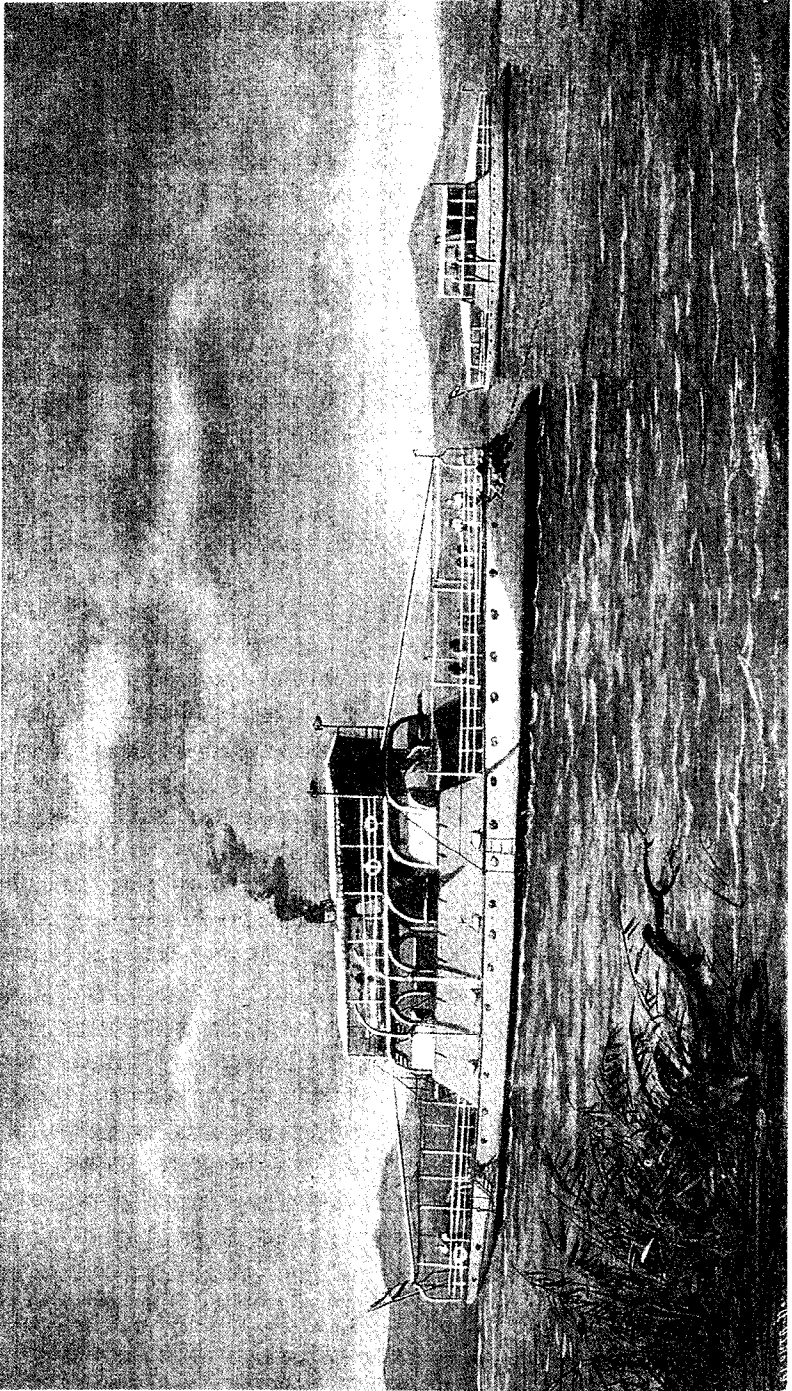
de los primeros y puesta en libertad de los segundos previa explicación del engaño, estafa y carácter herético que había tomado la asociación. Al párroco de la provincia le recomendaba que gozase de mayor prestigio entre los nativos por sus virtudes. El teniente general De la Torre actuó a tenor de esta recomendación, desarraigando con la espada de la palabra divina en boca de hombres virtuosos lo que no había podido extirpar su antecesor en el cargo Marcelino Orúa.

Comparaciones

La cofradía de San José, fundada por Apolinario de la Cruz, fue una asociación religioso-cristiana-ortodoxa que no obtuvo de la jerarquía católica su necesaria autorización, por haber sido, según el intendente general Juan Manuel de la Matta, *viciosa*, en el sentido de abundante económicamente, esto es, según Sinibaldo de Mas, una socaliña, secreta en materias crematísticas y discriminatoria respecto a chinos, hindúes, españoles y sus mestizos, no por motivos racistas sino por temor a que estos descubrieran la parte fraudulenta de Apolinario y sus cabecillas¹⁸. Sociológicamente pudo ser un intento de mantener sus jerarquías prehispánicas por vía de una asociación cristiana con visos cismáticos, en la cual pervivía la principalía y los cabezas con el diminutivo de cabecillas, elegidos directamente por Apolinario, sin intervención popular, eclesiástica o política.

En su reaparición por obra de Labios, la cofradía deja de ser ortodoxa. Se da en ella un rebrote de viejas hierofanías de las cuales –y de su extirpación– informó el alcalde Martín al Gobernador Superior lo siguiente: *he practicado una exploración en el monte Banajao y sitios frecuentados por los supersticiosos de los barrios de Ypsabang, Nanca y Potol, encontrando en el bosque un baño llamado Santa Lucía, el que destruí, como las toscas cruces que le guarecían. Proseguida la ascensión hallé un árbol en cuyo tronco se leía Primer Cielo y sucesivamente otros seis que fueron cortados. Mucho más arriba y ya por un terreno escabroso se encontró una piedra grande ennegrecida con muchas manchas de cera y, según los guías, era la que la superstición consideraba milagrosa y en donde se celebró el casamiento del Feliciano y la Saturnina, dispuse echarle un barreno quedando*

¹⁸ A.H.N. Ultramar 5152. Exposición documentada de la Audiencia de Manila: *Sólo debe notarse que en una de dichas cartas encarga Apolinario que no se admitiesen en la Asociación los mestizos, esto es, los procedentes de raza china e india, que generalmente son más entendidos, y los que poseen mayores riquezas.*



Lanchas cañoneras destinadas a la vigilancia y defensa de la laguna LANAQ.

en una gran parte despedazada, a tal piedra llamar los cofrades Iglesia Mayor. Continué y no encontré camarines ningunos construidos, ni casas, ni iglesias, adquiriendo de lo que llaman los naturales templos, ermitas y lugares santos, están representados únicamente por piedras, árboles y arroyos... los puntos que la ignorancia de ciertas gentes de esta provincia considera santos no permiten ni aun a la naturaleza más fuerte una permanencia de tres días sin sucumbir. Por consiguiente me cabe una seguridad completa de que en ellos no es posible que se congreguen ninguna clase de personas; y como que solo pudieran verificarlo en el mismo lugar de Sta. Lucía en que allá en el 41 constituyeron pueblo los cofrades de San José, este punto se presta a una fiscalización facilísima¹⁹.

La primera represión se cargó casi tanto sobre los explotados como sobre sus explotadores. Las propias fuentes españolas nos dicen, en un informe fiscal, que antes de la desgraciada muerte del gobernador Ortega se hallaban muchos cofrades dispuestos a sujetarse a las autoridades a quienes pedían los oyesen como a criaturas de Dios. De lo íntimo de su corazón rogaban a su autoridad se compadeciese de ellos, para que supiesen el motivo, porque sin ser gente mala los tenían por malvados y herejes, sin saber por qué causa habían sido castigados la primera vez, suspendiendo su deseo y ansia de corazón (aludían sin duda a la prohibición que se las impuso en Lucban); que, además, eran cristianos y sumamente pobres; que no les negase la entrada al pueblo, y que si esto no le agradaba, determinase como juez, pues eran vasallos suyos todos los que se hallaban en Ypsabang. Continuando por este estilo, concluían diciéndole que sobre todo él era la justicia que debía sufrir las faltas de sus vasallos.

A estas expresiones de los nativos el fiscal añadió el siguiente comentario:

Aquí está retratado el carácter político del Indio Filipino, que en sus palabras y en sus acciones no respira en general sino sumisión, respeto y aun cierta adoración hacia el Gobierno Español y sus autoridades; bien que mezclados estos sentimientos con muchas ideas falsas y supersticiosas en que están inbuídos, y ciertamente ellos no tienen la culpa. No podían creer según estas ideas, que se les persiguiese por actos, que en su creencia son los más loables y gloriosos. Por eso pensaban que se les tenía por

¹⁹ A.H.N. Ultramar 5152. Carta de 2 de julio de 1870 del alcalde mayor de Tayabas al Gobernador Superior de Filipinas.

herejes, que era para ellos lo peor del mundo. Así viene formado el Indio, y es harto lamentable que ni el Gobernador de Tayabas ni el Superior de la Isla se aprovecharan de estas tan ventajosas disposiciones, para haber hecho que los confederados se hubiesen disuelto, sin necesidad de acudir al último remedio de las armas²⁰.

Estas opiniones fueron muy útiles, tanto para el gobernador de Tayabas como para el capitán general Carlos María de la Torre, para resolver el problema que les planteó la reaparición de la cofradía de San José que era más difícil por sus distintas ideas y su apasionamiento. Ambos actuaron de inmediato sin sentirse ajenos a las cuestiones religiosas ni aplicar, como único método, la superioridad de las bocas de fuego, logrando erradicar aquella asociación sin derramar ni una gota de sangre. Esto fue un gran mérito del teniente general Carlos María de la Torre Navacerrada, que apenas se le menciona y se le reconoce.

Secuela

El 6 de julio de 1870 el Gobernador de Filipinas retransmitía al Ministro de Ultramar la carta del alcalde mayor de Tayabas, diciéndole:

Tengo el honor de elevar a V.E. el expediente reservado instruido con motivo de la reorganización de la cofradía de San José con dos legajos de papeles secuestrados a los individuos que en las carpetas se expresan quedando de aquél un testimonio en este gobierno.

Como observará V.E. las tres familias, Labios, Enríquez y Cordero son los iniciadores de los rezos, de las excursiones al monte Banajao y en una palabra de la reconstitución de la cofradía de San José disfrazada hoy con los nombres de otros Santos. Estas tres familias tuvieron una participación muy activa en los sucesos del 41 probada respecto a las de Cordero y Enríquez y muy fuertemente presumida en cuanto a la de Labios.

En esta última figura el Jefe Juanario, hombre no ha mucho tiempo dedicado sólo a su trabajo, y en el día exclusivamente a los rezos y a vagar por el monte. Tal transformación según la voz pública refiere, se debe a las sugerencias y consejos del anciano Andrés Labios, a quien siempre se ha considerado en esta población muy comprometido en los acontecimientos del 41. Este viejo ya en el período de la decrepitud, pasa entre las gentes

²⁰ A.H.N. Ultramar 5152. Exposición documentada de la Audiencia de Manila.

sencillos de su barrio y de los que le confinan por un oráculo, entreteniendo a los que le visitan con cuentos disparatados, apariciones de la Virgen y de los Santos en el monte, conversación que con ellos tuviera cuando su edad le permitía el recorrerlo, oraciones que le enseñaran para hacerse invisibles e invulnerables y otros mil disparates parecidos, suponiendo todos que este cerebro iluso es el que ha contagiado el de su yerno Juanario Labios de la manera que se advierte, cooperando sin duda alguna a esta obra según también refiere el público, su parienta la Matandang Joaquina y la viuda de Purgatorio cabecilla de Nanca y Potol.

Observará también V.E. cuando en tan poco tiempo, han conseguido los autores de este pensamiento destruir una gran parte de las creencias religiosas de los simples afiliados, haciéndoles creer en su lugar en esas apariciones de Santos, en las voces misteriosas que salen de las piedras del monte y de la santidad de un matrimonio celebrado en una espesura, a donde no se llega sin mil mortificaciones, su influencia debe ser mucha, y que en el día de mañana aumentada la falange de los fanáticos divorciados de la religión verdadera y con el antagonismo que surgirá indudablemente entre ella y la supersticiosa y herética que establecen, graves serían los males que sobrevendrían sobre todo en esta provincia, no sólo para la Religión y el orden público sino para la dominación Española en estos puntos.

Aun cuando las averiguaciones no han ofrecido la prueba de que Juanario ofreciera la independencia y la redención del tributo, es sin embargo un hecho que posee la conciencia pública, negándolo los detenidos como en un principio lo negaron todo también, siendo preciso el que el Feliciano, alias Caballero, y la madre de la desposada se expontaneasen en su presencia y en la de varios curas y españoles de esta Cabecera, para que con raras excepciones declarasen ellos también lo que aparece de sus testimonios.

Sea de ello que fuere el caso es que con sólo el carácter que hoy presenta la asociación basta para que se la considere peligrosa. No con tan alarmantes auspicios se inició en la otra época y conocidos son por desgracia sus consecuencias. Comenzaron por afiliarse para rezar, por sacar procesiones, por hechar derramas y por subir al Banajao para sus devociones. Lo mismo pasa hoy con la circunstancia significativa de que los cabezas son de las familias entonces comprometidas y con la agravante de haber comenzado por emanciparse de la Religión Católica en una parte esencial de lo que ella prescribe y enseña.

El que habla considera pues que todos los detenidos con algunas excepciones respecto a las mujeres, son ya aquí un obstáculo para el orden y la tranquilidad de las conciencias sobre todo los que llevan el apellido

*Labios; la Matandang Joaquina y sus hijos; la viuda de Purgatorio, su cuñado Sesario y su hermano y sobrinos varones los Cordero; Pascual Enríquez y su yerno Cabezang Cudio, igualmente Feliciano, alias Caballero, los cuales en mi sentir es hasta urgente sacarlos de esta provincia*²¹.

El Katipunan

La cofradía creada por Apolinario de la Cruz nació en un medio urbano y de allí se trasladó al rural donde, tras su derrota militar, reapareció para adentrarse en un ambiente montés y silvestre. Así, denominaron bíblicamente varios de sus parajes como la fuente del Jordán, el monte del Calvario, el Purgatorio... a la vez que admitieron ritos precristianos.

Los justificados temores del alcalde Martín pudieron dar lugar al destierro de algunos cofrades que volvieron al ambiente capitalino donde se originó su pía asociación. Allí se encontrarían sus sucesores con otras asociaciones de tipo político, secreto, revolucionario o independentista donde se pudieron incorporar con más corazón que cabeza como sus progenitores. Una de las primeras fue la que en 1888 fundó el escultor Romualdo Teodoro de Jesús, cuyo objetivo era conseguir la independencia de Filipinas mediante una revolución, pero la más conocida nació en julio de 1892 bajo el nombre de *Kataaslaasang Kagalanggalang Katipunan ng mga Anak ng Bayan* (Soberana y Venerable Asociación de los Hijos del Pueblo).

Miguel Morayta nos dice sobre Isabelo de los Reyes lo siguiente:

*Su larga estancia en la prisión le puso en contacto con un número considerable de filipinos, tan inocentes como él los más, como también de algunos partícipes de la insurrección y de tal cual culpable de haberla preparado por medio de la conspiración. Sus conversaciones con unos y con otros le permiten conocer los secretos del plebeyo Katipunan y la irresponsabilidad absoluta de la Masonería y de la Liga filipina en el movimiento revolucionario de Agosto de 1896*²².

A este respecto la doctora María del Carmen Molina Gómez-Arnau nos dice en su tesis:

²¹ A.H.N. Ultramar 5152. Carta de 6 de julio de 1870 del alcalde mayor de Tayabas al Gobernador Superior de Filipinas.

²² Prólogo a *La sensacional Memoria de Isabelo de los Reyes sobre la Revolución de Filipinas de 1896-97*, Madrid, 1899, p. IV.

Hay variedad de opiniones y bastante confusión en torno a la masonería y su relación con la revolución filipina. Sin embargo, es fácil apreciar su influencia en el Katipunan, no solamente desde el punto de vista organizativo, sino también en el hecho de que sus miembros eran al mismo tiempo masones²³.

En el *Dramatis personae* de esa misma tesis sobre el Katipunan figuran unos posibles descendientes de las familias comprometidas con las cofradías de Apolinario y Labios, tales como Francisco Cordero, afiliado a la logia Modestia con el pseudónimo Huasate; José Eneo Enríquez, afiliado a la logia Patria con el pseudónimo Sumpak; Julián Enríquez, que figura en la relación de declarantes; Antonio Roxas, protector del Katipunan como lo fue Domingo Rojas de la cofradía; Baldomero Roxas, condenado en rebeldía; Francisco Roxas, ejecutado en Bagumbayan el 11 de enero de 1897 y Pedro Roxas, que figura en la relación de declarantes²⁴.

Tanto en el Katipunan como en la cofradía de San José hubo abundancia de amuletos (*anting anting*), escapularios, estampas, láminas, intromisiones sacramentales (como el bautizo de la hija de un katipuncro cuya madrina a lo que se comprometió fue a educar a su ahijada en los cánones del Katipunan²⁵), culto a nuevos santos canonizados por ellos²⁶.

También nos dice Caro y Mora que:

A pesar de que los promovedores del nefasto Katipunan alardeaban de no hacer caso de los dogmas de la Iglesia, de no oír misa y de hablar mal de las prácticas religiosas, esa parte del pueblo que les ha seguido en la rebelión, se ha conservado fiel al Catolicismo, ha practicado todos los deberes religiosos, ha invocado los auxilios divinos y se ha mostrado hasta devota con sus ribetes de fanática, no sólo en los pueblos del cantón rebelde, sino hasta en los bosques, manglares, montes y vericuetos... Recuérdese

²³ MOLINA GÓMEZ-ARNÁU, María del Carmen: *Los movimientos emancipadores en Filipinas durante el período español. El Katipunan*, tomo I, p. 57.

²⁴ *Ibidem*, tomo II, *Dramatis Personae*, pp. 18, 31 y 67. En los "Documentos políticos de actualidad", publicados por Retana en el tomo III de su *Archivo del bibliófilo filipino* se encuentran: Eusebio Enríquez, Bernardo Caballero (p. 118) y Francisco Cordero, dependiente del almacén de don Manuel Genato (p. 166).

²⁵ *Ibidem*, tomo II, p. 279.

²⁶ *Ibidem*, tomo II, p. 249. *La celebración del aniversario de la muerte de los padres Gómez, Burgos y Zamora el día 28 de febrero, en señal de luto, se acordó: cada pueblo, en donde haya un grupo, se encargarían de levantar un catafalco ese día; todos los hermanos, por turno, harían guardia ante dicho catafalco ese día; ante el catafalco figurará un juramento de vengar la muerte de los tres mártires; a lo largo del día, los hermanos desfilarían ante el catafalco, harían dicho juramento, y dejarían una contribución a los fondos del Katipunan.*

se respecto a este punto las prácticas religiosas que se seguían en el campamento del titulado generalísimo Eusebio, de Bulacan, en los montes de Norzagaray y San José: trisagio al romper el día, rosario por la tarde, e infinidad de novenas y otras devociones que diariamente llevaban a cabo. Otro tanto ocurriría en los pueblos de Cavite, donde es sabido que celebraban los rebeldes funciones de Iglesia con gran pompa. No deben olvidarse los casos de hallarse las iglesias de Silang e Imus, al ser ocupados dichos pueblos por nuestras fuerzas, muy iluminadas, averiguándose luego que, mientras el ataque nuestro, esos templos estaban llenos de gente orando y pidiendo la victoria de Katipunan²⁷.

Esa escisión de ideales entre dirigentes y dirigidos tanto en Filipinas como en España al finalizar el siglo XIX, nos muestra la ruptura con nuestra vieja utopía de universalidad acaecida así en las aguas orientales de Cavite como lo había sido siglos ha en las tierras europeas de Rocroy.

²⁷ CARO Y MORA, Juan José: *La situación del país*. Manila, 1897, pp. 28-29.

LA GUERRA HISPANO-CUBANA-NORTEAMERICANA: LOS COMBATES TERRESTRES EN EL ESCENARIO ORIENTAL

Guillermo G. CALLEJA LEAL
Doctor en Geografía e Historia
Profesor de la Universidad Europea de
Madrid - CEES

El Ejército español en Cuba

LA inmensa ceguera de la política colonial fue empujando paulatinamente a España hacia el Desastre del 98. Hubo figuras militares clarividentes que habían aconsejado otorgar poderes autonómicos a Cuba (política seguida por el general Martínez Campos después del Pacto de Zanjón), y ya en 1879 el futuro general Polavieja escribía que España: *está obligada por su propia honra, por los destinos de su raza y por sus propios intereses a dejar tras sí una fuerte nacionalidad en Cuba*¹.

Conviene destacar que ningún general español (recuérdese a Cheste, Martínez Campos, Salamanca, Polavieja o incluso al propio Weyler) deseó ni aplaudió una guerra remota y difícil. Lo mismo pensaban políticos españoles, como Francisco Silvela, quien llegó a afirmar que *la colonia que no se puede defender y sostener con la acción de sus propios hijos, no se puede conservar mucho tiempo*². Pero también hubo políticos como Práxedes Mateo Sagasta, quien prometió gastar en Cuba *hasta la última peseta* y

¹ PABÓN, Jesús: *Cambó, 1876-1947*. Edic. Alpha, Barcelona, 1952, vol. I, p. 181. El general Arsenio Martínez Campos también creía que el autonomismo conduciría de forma inevitable a reforzar la conciencia nacional cubana.

² SILVELA, Francisco: *Artículos, discursos, conferencias y cartas*. Madrid, 1923, vol. III, pp. 401-402.

derramar hasta la última gota de sangre. Ante tal afirmación, hay que señalar que en Cuba murieron por ambas partes más de cien mil hombres y según el cálculo que hizo el Conde de Romanones, España gastó más de mil novecientos sesenta y nueve millones en la guerra³.

Por otra parte, se dio la circunstancia de que los trece ministros que ocuparon la cartera de Ultramar desde el 28 de noviembre de 1885 hasta el 5 de marzo de 1899 (esto es, desde Germán Gamazo a Raimundo Fernández Villaverde), todos fueron hombres civiles muy ligados a las oligarquías habaneras y sumisos a los intereses de sus partidos. En cuanto al Ejército, éste fue utilizado por dichas oligarquías durante prácticamente todo el siglo XIX, y la tenaz resistencia de la generalidad de la clase política a toda evolución política en Cuba, tal como señala con acierto Raymond Carr: *hizo que el Ejército defendiera, sin saberlo, teorías de absurdo centralismo, sostenidas por unos de buena fe y por los demás como eje necesario de sus egoísmos y monopolios comerciales*⁴.

En el Gobierno español se dio la curiosa circunstancia que cuando sólo pensaba en acabar con la guerra, envió a un general conciliador (Martínez Campos), y cuando precisamente se inclinaba por la negociación conciliadora, destinó a un general enérgico en extremo (Weyler); lo cual refleja una actitud contradictoria que sólo puede explicarse dentro del contexto político de aquella época⁵.

La última guerra de Cuba en sus inicios (24 de febrero de 1895) no provocó ni entusiasmo ni pesimismo en España, pues se creía que sería muy breve, y la campaña militar quedó en manos del capitán general Arsenio Martínez Campos por su gran prestigio al haber sido el artífice de la firma del Pacto de Zanjón que puso fin a la terrible Guerra de los Diez Años (1868-78). Pero el curso de la nueva guerra fue desfavorable y Martínez Campos con gran sinceridad aseguraba en sus informes al Gobierno: *Los pocos españoles que hay en la isla sólo se atreven a proclamarse como tales en las ciudades. El resto de los habitantes odia a España*⁶.

La revolución cubana resultaba imparable durante el mando de Martínez Campos. En efecto, la llamada *Campaña de Invasión* por los insurrec-

³ Tal cifra equivalía en 1895 a veinte presupuestos del Ministerio de la Guerra.

⁴ CARR, Raymond: *España, 1808-1939*. Ariel, Barcelona, 1968, p. 364.

⁵ ALONSO, José Ramón: *Historia Política del Ejército Español*. Editora Nacional. Madrid, 1974, p. 426.

⁶ Carta del capitán general Martínez Campos al presidente de Gobierno, Antonio Cánovas del Castillo.

Duque de Tetuán: *Apuntes del ex-ministro de Estado...para la defensa de la política internacional y gestión del gobierno desde el 28 de marzo de 1895 a 29 de septiembre de 1897*. Paul Peant, Madrid, 1902, vol. II, pp.114-115.

tos, conducida de forma magistral y con extraordinaria habilidad por Máximo Gómez, general en jefe del Ejército cubano, y el general Antonio Maceo, logró atravesar la isla de Cuba de un extremo a otro. Ante el empuje del *Ejército Invasor* cubano, de poco sirvieron los esfuerzos de las tropas españolas para impedirlo, ya sea evitando o intentando batir a todas las columnas mambisas que enviaron contra ellas, pues sólo pudieron cosecharse algunas victorias locales.

En enero de 1896 quedó bien patente el estrepitoso fracaso de Martínez Campos, quien a pesar de contar con casi cien mil hombres, demostraba su incapacidad en la dirección de las operaciones militares, no sólo para aplastar la insurrección, sino también para impedir que ésta alcanzara unas proporciones muy superiores a las que ya tenía cuando llegó a Cuba. Él mismo lo reconoció en comunicación al Gobierno, afirmando de forma exagerada que los mambises ya eran cuarenta mil y que quizás hiciera falta alguien como el general Weyler para sofocar la creciente rebeldía de los cubanos. Así lo entendieron sus interlocutores, produciéndose el relevo de Martínez Campos por Weyler el 17 de enero de 1896.

El general Valeriano Weyler y Nicolau, que tanto se había distinguido combatiendo en Cuba y en Santo Domingo, llegó a La Habana el 16 de febrero. La guerra experimentó entonces un brusco giro a favor de las armas españolas, pues Weyler abandonó de inmediato la táctica errónea de su antecesor que consistía en adoptar una actitud pasiva de simple respuesta. Este enérgico general logró arrebatarse la iniciativa a los *mambises*, a quienes acosó sin tregua, y transformó por completo a sus tropas dándoles una movilidad parecida a la del enemigo y las capacitó para que pudieran vivir sobre el terreno. En consecuencia, los insurrectos tuvieron que combatir a la defensiva en una guerra de desgaste aniquiladora.

No obstante, a pesar de estos éxitos militares, el ejército español tuvo que luchar con una enorme escasez de medios, y Francisco Silvela afirmaría que: *los jefes de columna viven perdiendo aquella satisfacción interior que es condición precisa para toda acción militar*⁷.

En marzo de 1897, una vez cerrada la trocha de Júcaro a Morón, la isla de Cuba quedó dividida en dos partes: la parte oriental, donde el general Calixto García lograba mantener la insurrección al contar con recursos y municiones; y la parte occidental, donde las tropas mambisas habían quedado prácticamente aniquiladas y sin recursos ni medios para salvar sus desembarcos, aunque continuara Máximo Gómez al frente.

⁷ SILVELA, Francisco: *Op. cit.*, vol. III, p. 368.

Los propios mambises aseguraban que *el año 1897 fue el más crítico para la revolución*⁸ y no era para menos. La política de reconcentración emprendida por Weyler, consistente en trasladar las familias campesinas a ciudades y pueblos con guarnición española, supuso un rudo golpe para la guerra de guerrillas practicada por los mambises al quedar éstos sin el necesario apoyo entre el campesinado cubano.

En julio, el general Weyler empieza a concentrar sus tropas, preparándose para iniciar lo que ya considera *la campaña definitiva*. Según él, ya estaban pacificadas Pinar del Río, La Habana y Las Villas; quedando tan sólo Camagüey y Oriente. La campaña de Weyler está a punto de triunfar por completo ante un ejército cubano deshecho, agotado y que no cuenta con Antonio Maceo, su general de mayor prestigio, muerto el año anterior en el combate de Punta Brava; ni tampoco con José Martí, el alma de la revolución cubana, que murió el 19 de mayo de 1895 en el combate de Dos Ríos. Sin embargo, contra toda previsión, el ejército español sufrió en agosto un descalabro en Oriente al ser derrotado en el combate de Victoria de las Tunas, lo cual sorprendió con desagrado al Gobierno y a la opinión pública española, puesto que habían considerado que la insurrección cubana estaba al borde de la derrota y tenía sus días contados.

Por otra parte, unos días antes, el 8 de este mes, el presidente Antonio Cánovas, el más firme valedor de Weyler, caía asesinado en el balneario de Santa Águeda, lo que transformaría toda la política española y el curso de la guerra. Tras un gobierno puente del general Azcárraga, que sólo duró dos meses, Sagasta formaba gobierno el 4 de octubre.

El gobierno liberal de Sagasta comenzó proclamando, en nota oficial, que el Ejército había logrado en territorio cubano: *no sólo cuanto puede exigir el honor de las armas, sino todo lo que racionalmente cabe esperar del empleo de la fuerza*; como también: *esta nueva era debe de inaugurarse con nuevos procedimientos y que nada tengan que ver con los antiguos*. Esto último hacía referencia a la *guerra total* que Weyler había emprendido durante su mando en Cuba, y muy en especial, a su política de reconcentración para eliminar la guerrilla mambisa, lo que le había valido muy duros ataques desde algunos sectores españoles, y sobre todo, desde los Estados Unidos⁹.

⁸ GUERRERO VARONA, Miguel Ángel: *La Guerra de la Independencia de Cuba*. La Habana, 1946, vol. I, p. 1454.

⁹ En términos estrictamente militares, puede afirmarse que la estrategia del general Weyler fue irrefutable. Los mismos ingleses no tardarían en imitarla en la Guerra Boer, y se ha venido empleando hasta nuestros días, como por los propios norteamericanos en Vietnam. Hoy nadie discute la necesidad de impedir el apoyo de la población civil a la guerrilla, aunque sólo sea para impedir que ésta se mueva entre aquella *"como pez en el agua"*, tal como aconsejaba Mao Tsé-Tung.

Con el cese fulminante del general Weyler puede afirmarse que termina la fase hispano-cubana de la guerra. Según Emilio Reverter, que emplea fuentes militares españolas, el ejército español disponía entonces en Cuba de ciento catorce mil novecientos sesenta y un hombres, de los casi doscientos mil que habían sido enviados desde España. De ellos, unos veinticinco mil estaban hospitalizados por enfermedades o heridas en combate y treinta y cinco mil en destacamentos; luego quedaban más de cincuenta mil hombres para realizar operaciones militares. Para Weyler, estos últimos eran más que suficientes para enfrentarse a sólo unos centenares de mambises y acabar la guerra.

El propio general Calixto García, que era quien disponía de más soldados mambises a sus órdenes, envió una carta muy esclarecedora al general en jefe Máximo Gómez, reflejando cuál era el estado de ánimo de los insurrectos cubanos ante los ataques demoledores del general Weyler: *¿Cuándo podré intentar un nuevo avance y cuál será el resultado? Las fuerzas que quedan, estropeadas ya por las continuas y largas marchas y por los combates, se aniquilan ahora sacando esta expedición (se refiere a la que planeaba en abril de 1897 y que luego suspendió) y es indispensable concederles algún descanso...; no creo que ni el mismo Antonio Maceo, el jefe de más prestigio, el que ya una vez arrastrara de Oriente dos o tres mil hombres, pudiera mover hoy hasta Las Villas ni quinientos...; (es) imposible, a mi juicio, llevar nuevamente orientales a Occidente, y el intentarlo y disponerlo puede traer el mayor desorden y las más deplorables consecuencias¹⁰.*

El Gobierno de Sagasta sustituyó al discutido general Valeriano Weyler, en la Capitanía General de Cuba, por el general Ramón Blanco, conocido por su carácter conciliador, y el 25 de noviembre concedió una amplia autonomía a la isla, derogando los Decretos de Concentración. El 1 de enero de 1898, se implantó el primer gobierno autonómico en Cuba, pretendiéndose además con ello dar satisfacción a las exigencias de Washington: *“El Carnicero Weyler”*, relevado; la concentración, abolida; y la concesión de autogobierno. Se trataba de un régimen autonómico copiado del tardío sistema colonial británico, que quizás hubiera podido tener éxito en Cuba si se hubiera promulgado en el momento oportuno y no ahora, cuando ya era demasiado tarde. Si realmente el presidente norteamericano William McKinley y su Gobierno perseguían el bienestar del pueblo cubano, España demostraba estar de acuerdo. Pero, naturalmente, no opinaban así, como

¹⁰ FERNÁNDEZ ALMAGRO, Melchor: *Historia política de la España Contemporánea*. Madrid, 1959, vol. II, p. 238.

declaró Mr. Woodford, ministro de la embajada de los EEUU en Madrid: *un solo poder y una sola bandera puede asegurar e imponer la paz en Cuba. Ese poder es Estados Unidos, y esa bandera, nuestra bandera*¹¹. Ante semejante actitud, poco podía hacer España a pesar de sus sinceros intentos por la paz.

Desde el 30 de octubre de 1897, José Canalejas recorría los EEUU y veía en el puerto de Nueva York los grandes acorazados de la escuadra estadounidense —*uno de esos barcos basta para deshacer toda nuestra Marina*— y proclamaba desde *El Herald* que *el Ejército español sufre las consecuencias de abandonos y de miserias*¹². Un cronista también de *El Herald*, se preguntaba si puesto que se habían enviado a Cuba doscientos mil hombres y había en revista ciento catorce mil, los restantes debían ser muertos, heridos, enfermos o desaparecidos. El Gobierno no dio respuesta alguna al negarse a comunicar la lista, y la verdad exacta nunca se supo, aunque la cifra de setenta y cinco mil españoles muertos parece la más probable según José Ramón Alonso¹³.

El 25 de enero llegó el buque acorazado *Maine* al puerto de La Habana en supuesta “visita de cortesía”, y después de tres semanas de estancia, se produjo su voladura el 15 de febrero. Tras el hundimiento del acorazado, España reiteró su actitud conciliadora y ofreció la posibilidad de crear una comisión mixta hispano-norteamericana o bien que una neutral investigase la causa del siniestro; pero el secretario de Marina, John Long, en nombre de su Gobierno, rechazó tan razonable ofrecimiento.

Días después, el 9 de marzo, Sagasta daría la prueba incuestionable de su deseo sincero de evitar una ruptura de relaciones. España declaró unilateralmente un armisticio, cuando sólo cinco meses antes la insurrección cubana estaba acorralada. Con razón, el representante norteamericano en Madrid, Mr. Woodford, afirmó: *me consta que la Reina, sus ministros y el pueblo español desean la paz*. Pero quienes no la querían eran: el Presidente, el Congreso y el pueblo de los EEUU. El día 11, McKinley en su mensaje al Congreso ofreció una versión muy discutible de los hechos: *he agotado todos los esfuerzos para aliviar la situación intolerable que existe en*

¹¹ ALLENDESALAZAR, José M.: *El 98 de los americanos*. EDICUSA, Madrid, 1974, p. 107.

¹² FRANCO RODRÍGUEZ: *La vida de Canalejas*. Cita de José Ramón Alonso: *Op. cit.* p. 427.

¹³ ALONSO, José Ramón: *Op. cit.*, p. 434. La cifra más exacta es la que ofrece Federico de Madañaga en su obra *Cuestiones militares* (Madrid, 1903, p. 166 y ss.). Dicho autor afirma que las bajas españolas en combate fueron: cincuenta y cuatro mil seiscientos ochenta y dos soldados y oficiales muertos y catorce mil ochocientos cuarenta y dos heridos en Cuba; veintidós muertos, sesenta y seis heridos y doscientos trece desaparecidos en Puerto Rico; y dos mil cuatrocientos treinta muertos y tres mil doscientos treinta y nueve heridos en Filipinas. Así, en el Ejército Regular hubo setenta y cinco mil doscientos ochenta y una bajas entre muertos y heridos; sin embargo, faltan por calcular las fuerzas irregulares y las contrapartidas, que eran muy numerosas en Cuba y Filipinas.

nuestras puertas. El día 19, ambas Cámaras aprobaron una resolución conjunta que equivalía a un ultimátum y que el Presidente hizo suya el día 20. En ella, se pide a España *la renuncia a toda autoridad y gobierno en la isla de Cuba*, dando de plazo hasta el día 23 para tomar entonces las medidas pertinentes. El día 21 se rompen las relaciones diplomáticas y el día 25 se produce la declaración de guerra de los EEUU al Reino de España, con efectos retroactivos al día 21.

Lo que aquí más nos interesa es poner de manifiesto algo que desde nuestra perspectiva actual pudiera parecer inconcebible. Sólo la marina de guerra norteamericana era superior a la de España, pero no así su ejército. Sin lugar a dudas, en el momento en que estalla la guerra entre España y los EEUU, el ejército español era muy superior en número, armamento, disciplina y entrenamiento en campaña. Si el ejército norteamericano tenía entonces unos veintiocho mil hombres (dos mil ciento cuarenta y tres oficiales y veintiséis mil cuarenta alistados), el ejército español sobrepasaba los trescientos mil hombres, distribuidos de la forma siguiente: ciento cincuenta y dos mil en la metrópoli, cincuenta y un mil trescientos treinta y uno en Filipinas, diez mil en Puerto Rico y ciento noventa y seis mil ochocientos veinte en Cuba. De estos ciento noventa y seis mil ochocientos veinte hombres que había en Cuba, ciento cincuenta y dos mil trescientos dos eran regulares y el resto, voluntarios y guerrilleros¹⁴. En este contingente de tropas, como Cuerpos especiales, había: cinco mil guardias civiles y dos mil quinientos de Infantería de Marina. Por otra parte, en Cuba se hallaban las mejores unidades regulares del ejército español con regimientos de Infantería de Línea escogidos: San Quintín, Wad-Ras, Talavera...; así como también magníficas unidades de Caballería: Princesa, Pizarro, etc.

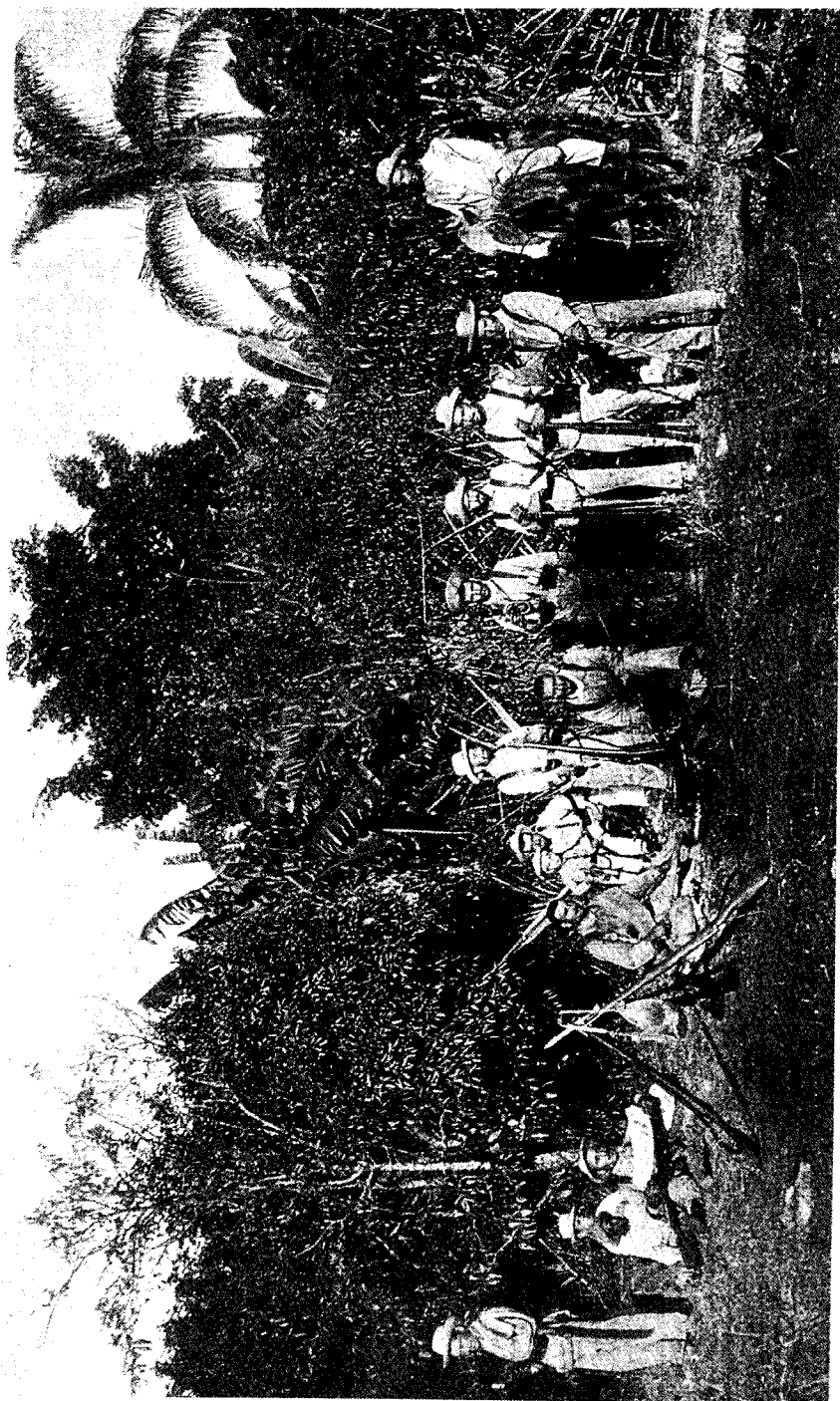
Como veremos a continuación, el ejército norteamericano no estaba en modo alguno preparado para la guerra contra España, lo cual nos obliga a hacer aquí algunas consideraciones importantes en lo referente a los combates terrestres:

Primero. Las tropas españolas que combatieron contra las norteamericanas estaban escasas de municiones y no podían mantener demasiados combates.

Segundo. Si no combatieron a los norteamericanos al realizarse el desembarco, antes de que éstos pudieran consolidar sus posiciones en tierra firme, fue porque los españoles carecían de condiciones en la zona donde se produjo.

Tercero. Los efectivos españoles que hicieron frente a los norteamericanos estaban en gran desventaja. El almirante Pascual Cervera, al refugiarse

¹⁴ SARGENT, Herbert H.: *The Campaign of Santiago de Cuba*. Chicago, 1907. Apéndice K (basado en fuentes militares españolas).



La guerra en Cuba. Preparación del rancho en un puesto avanzado.

su escuadra en la bahía de Santiago de Cuba por no tener otra opción, provocó el desplazamiento del punto de gravedad de la guerra al lugar menos favorable para los españoles; y, por tanto, al más favorable para los mambises y sus aliados norteamericanos. Precisamente, Santiago se encuentra en Oriente, foco de las dos grandes insurrecciones contra España (1868-78 y 1895-98), y donde precisamente la fuerza de los mambises era mayor. Además, de acuerdo con la estrategia de Weyler, Oriente era la parte de la isla menos guarnecida por los españoles al ser el último reducto de los insurrectos que iba a ser atacado. Por tal circunstancia, de los casi doscientos mil hombres que España disponía en Cuba, tan sólo una pequeña parte se hallaba en la región oriental: treinta y seis mil quinientos ochenta y dos hombres. Tan sólo veintiocho mil doscientos dieciocho hombres estaban a las órdenes directas de Linares, quien disponía únicamente de trece mil noventa y seis hombres en la ciudad de Santiago de Cuba y sus alrededores, pues el resto estaban distribuidos entre las diferentes guarniciones de Oriente. Por desgracia para los españoles, el general Linares no supo sacar el máximo partido a unos efectivos tan menguados, ya que de haberlos empleado bien, podrían quizás haber frenado el avance del ejército estadounidense¹⁵.

El Ejército norteamericano no estaba preparado para la guerra

Relación de fuerzas de los ejércitos contendientes

Aunque para algunos pudiera parecer sorprendente, los EEUU no estaban realmente preparados para la guerra contra España. Tan sólo la Armada norteamericana era muy superior a la Armada española¹⁶. Pero su ejército

¹⁵ ALBI, Julio y STAMPA, Leopoldo: *Campañas de la Caballería Española en el siglo XIX*. Servicio Histórico Militar. Madrid, 1985, tomo II, pp. 541-542.

¹⁶ La Armada estadounidense no era gran cosa, pero por supuesto era muy superior a la Armada de España. Consistía en: cuatro acorazados de primera, un acorazado de segunda, dos cruceros acorazados de primera, seis buques monitores, once cruceros protegidos, veinte cruceros no protegidos, un dinamitero, ocho torpederos y un submarino experimental. Todos ellos eran de acero.

Por parte de la Armada española, sólo contaban como buques de alguna utilidad inmediatamente disponibles: cuatro cruceros acorazados, todos ellos defectuosos, y tres destructores modernos; un acorazado, un gran crucero protegido y otros tres destructores que no estaban aún listos para operar al comienzo de la contienda, y otros varios buques que estaban en construcción desde hacía largos años, sin que ésta se hubiera acelerado en previsión de los acontecimientos. Otros muchos buques figuraban en las listas de la Armada, pero la mayoría eran anticuados o inútiles. Los de mayor tonelaje eran los seis cruceros, la mitad de ellos de madera, todos sin protección, de los que sólo uno estaba en condiciones de navegar.

DÍEZ ALEGRÍA, Manuel: "La espléndida guerrita de los americanos". *Revue Internationale d'Histoire Militaire*. Commission Internationale d'Histoire Militaire, nº 56, Madrid, 1984, p. 20.

regular era insignificante cuando estalló la guerra: dos mil ciento cuarenta y tres oficiales y veintiséis mil cuarenta alistados. No tenía servicios técnicos eficaces de cuartelmaestre, ni tampoco comisarios. Dicho ejército carecía de un Estado Mayor técnico, de un verdadero servicio médico y de servicio veterinario. Más adelante veremos el terrible estado de confusión y desorden en el que se encontró el Cuerpo expedicionario estadounidense en Tampa como resultado de su falta de preparación.

Por otra parte, el ejército norteamericano teóricamente disponía entonces de unos cien mil hombres supuestamente armados y entrenados: la Guardia Nacional. Pero ésta no dependía ni del Presidente ni del Gobierno Federal, sino de los respectivos Estados de la Unión, siempre muy celosos de su autoridad sobre estas unidades. En realidad, no eran tropas eficaces ni tenían buen armamento, y en cuanto a su disciplina, era muy curiosa: los hombres elegían a sus jefes por votación y tenían el derecho para decidir si iban o no a la guerra¹⁷. En definitiva, una institución como ésta, fruto de la visceral desconfianza anglosajona hacia los ejércitos permanentes¹⁸, no era precisamente muy útil en una guerra. Por tal motivo, el Congreso autorizó al presidente McKinley a incrementar las fuerzas regulares, *sólo mientras duraran las hostilidades*, hasta sesenta y un mil hombres, y a reclutar unidades de voluntarios, en que las unidades de la Guardia Nacional que estuvieran al completo se integrarían como un todo en el ejército que se estaba reuniendo, y desde luego sin incorporar a ningún oficial de West Point. En tales condiciones, sólo tres unidades no profesionales entraron en acción en la Guerra de Cuba, de las que una tuvo un comportamiento lamentable.

El día 23, McKinley pidió un alistamiento voluntario por toda la duración de la guerra contra España, para llenar un cupo de ciento veinticinco mil hombres. Este cupo se llenó rápidamente y dos días después hizo una nueva demanda, esta vez de setenta y cinco mil hombres; lo que resultó un contingente de doscientos veintiocho mil ciento ochenta y tres hombres entre oficiales y soldados. De dicho contingente, sólo noventa mil partieron hacia Cuba, Puerto Rico y Filipinas.

¹⁷ MILLIS, Walter: *The Martial Spirit: A Study of Our War with Spain*. Houghton Mifflin Co, Boston, 1931, p. 52 y ss; ALBI, Julio y STAMPA, Leopoldo: *Op. cit.* vol. II, pp. 538-539. Uno de los regimientos más prestigiosos, el 7º Regimiento de Nueva York, votó en contra y no pudo ser movilizado en la guerra contra España.

¹⁸ Históricamente, Gran Bretaña y los Estados Unidos se han distinguido por tener ejércitos permanentes muy reducidos, en términos relativos, así como por la rapidez singular con que al término de cada guerra han desmovilizado los organizados con motivo de la misma.

Veamos ahora en estos cuadros la relación de las fuerzas contendientes:

CUADRO 1
FUERZAS ESPAÑOLAS EN CUBA

Infantería Regular	134.919	
Infantería Irregular (Voluntarios).....	63.760	
Total de Infantería.....		198.679
Caballería Regular	7.752	
Caballería Irregular (Voluntarios).....	14.796	
Total de Caballería.....		22.548
Artillería Regular	5.308	
Artillería Irregular (Voluntarios).....	4.123	
Total de Artillería.....		9.431
Ingenieros Regulares.....	4.905	
Ingenieros Irregulares (Voluntarios).....	1.441	
Total de Ingenieros.....		6.346
Sanitarios.....	1.975	
Acemileros.....	1.930	
Guardias Civiles.....	4.446	
Guerrillas.....	30.584	
Infantería de Marina	2.508	
Total de Misceláneos		41.443
TOTAL		278.447

Fuente: *Anuario Militar de 1898.*

CUADRO 2
EFFECTIVOS DEL EJÉRCITO NORTEAMERICANO EN ABRIL DE 1898
(DESDE MAINE HASTA ALASKA)

	OFICIALES	ALISTADOS
Generales y Estados Mayores	532	2.026
Caballería	437	6.047
Artillería	288	4.486
Infantería	866	12.828
Misceláneos		653
TOTAL	2.123	26.040

Carencia de un plan definido

El ejército norteamericano no tenía un alto mando, ni jamás lo había tenido, a pesar de que era una práctica común en Europa, donde no había fronteras desorbitadas ni tampoco indios. En consecuencia, no había realmente un verdadero plan de campaña.

El oficial de mayor graduación, el mayor general Nelson Appleton Miles, General en Jefe del Ejército¹⁹, tenía su propio plan; pero no era un plan organizado con antelación por especialistas, ni tampoco un plan con posibles alternativas o para el cual se hubieran hecho preparativos financieros o aprovisionamiento. Consistía en organizar y entrenar a los voluntarios durante el verano con la ayuda de los regulares, y comenzar la campaña militar en invierno, basándose en el clima fatal de Cuba durante el verano.

El general Miles pretendía llevar una fuerza invasora a la costa oriental de Puerto Rico y avanzar desde allí hacia el oeste, pues sabía que las fuerzas regulares españolas no eran poderosas y que no hallaría gran resistencia. Así, el ejército expedicionario podía tomarse su tiempo y aclimatarse al trópico; y luego, a mediados de septiembre, terminada la mortal estación de las lluvias en Cuba, las tropas estarían preparadas para pasar al extremo oriental de esta isla. Entonces, podrían proseguir en dirección oeste hasta llegar a La Habana. Una vez tomada esta plaza, la guerra habría concluido.

El general Miles explicaba su plan de campaña como si se tratara de una mera caminata por un sendero arbolado. Y, por supuesto, pedía la cooperación total de la Armada, a pesar de que ésta se hallaba por entonces demasiado preocupada con las andanzas de la escuadra del almirante Pascual Cervera como para escuchar al Ejército²⁰.

Lo primero que se hizo fue reconcentrar unos quince mil regulares en Nueva Orleans, Mobile y Tampa, y enviar voluntarios a los distintos campos de entrenamiento. Al ser La Habana la capital de Cuba, y por tanto, la ciudad más importante política y militarmente, se pensó dirigir la campaña contra ella; sin embargo, el temor que se tenía a la escuadra de Cervera impidió cualquier movimiento previo a la obtención del control del mar.

¹⁹ PLAZA, José Antonio: *El maldito verano del 98*. Ediciones Temas de Hoy, Madrid, pp. 87-89; KELLER, Allan: *The Spanish-American War: a compact History*. Hawthorn Books Inc., Nueva York, 1969, pp. 52-53; DíEZ ALEGRÍA, Manuel: *Art. cit.* pp. 20, 21 y 24.

El general en jefe del Ejército norteamericano, Nelson Appleton Miles, tenía entonces cincuenta y nueve años. Débil de carácter y vanidoso, se había casado bien y contaba con amigos poderosos en el Congreso y entre militares influyentes. Durante la pasada Guerra Civil Americana luchó como voluntario en el Ejército confederado, siendo herido cuatro veces y acabó siendo, por méritos de guerra, mayor general de la Fuerza de Voluntarios, con mando sobre veintiséis mil hombres. En los últimos veinte años había dirigido casi todas las campañas contra los indios en los territorios del Oeste, hasta obtener la Medalla del Congreso, la máxima condecoración al valor. En 1875 derrotó a los cheyenes, a los kiowas y a los comanches. Desde 1876 a 1880 derrotó a los sioux de *Sitting Bull* (*Toro Sentado*) y *Crazy Horse* (*Caballo Loco*). En 1888 derrotó a los apaches y capturó a su jefe, Gerónimo.

²⁰ BARR CHIDSEY, Donald: *La Guerra Hispano-Americana, 1896-1898*. Ediciones Grijalbo, Barcelona-México D.F., 1973, pp. 125-126.

Por encima del general Miles estaba el secretario de Defensa, Mr. Alger, con quien nunca estaba de acuerdo. Alger no creía que el plan de Miles fuera algo extraordinario, pero no se opuso públicamente. El pueblo de los EEUU pedía la inmediata intervención militar y Alger prefería invadir directamente Cuba empleando las fuerzas de la *Campaña de la Mecedora*. Por otra parte, aunque Alger se había arrepentido de haberse gastado dieciséis millones de dólares en la compra de cañones para la guardia costera, el Congreso se había apropiado de treinta y dos millones setecientos veinte mil novecientos cuarenta y cinco dólares adicionales para un ejército invasor de Cuba (la Armada iba a recibir treinta y cinco buques de guerra nuevos, pero eso formaba parte de otra apropiación del Congreso), que se emplearían en las fuerzas del general Miles y en las de Tampa.

La última palabra en cualquier decisión la tenía McKinley. No interfería muy a menudo, pero seguía estrechamente los movimientos militares y navales. Cuenta Chidsey que junto a su despacho en la Casa Blanca había un *recinto bélico* en el que el Presidente pasaba una buena parte del día en compañía de expertos militares o navales que señalaban puntos en mapas y cambiaban las posiciones de los alfileres colorados²¹.

El 7 de junio había unos veinte mil hombres en Tampa. El general William Rufus Shafter asumió el mando por antigüedad y este contingente expedicionario se denominó *Quinto Cuerpo de Ejército*²². Sus únicos superiores eran: McKinley, Alger y Miles, y ninguno de ellos podría calificarse de “genio militar”.

El 26 de mayo había ya treinta y seis transportes en Tampa, y el día 30, la escuadra de Sampson zarpó rumbo a Cuba. Resultó que mientras se discutían los planes de campaña y los posibles desembarcos en los lugares más idóneos, el almirante Pascual Cervera provocó el que sería el plan definitivo a seguir al entrar con su escuadra en Santiago de Cuba.

El mismo día 30 de mayo, Día de Recuerdo de los Caídos, Shafter recibió un telegrama de Washington por el que se le ordenaba que se preparase

²¹ BARR CHIDSEY, Donald: *Op. cit.* p. 127.

²² William Rufus Shafter era un militar veterano de la pasada Guerra Civil Americana y tenía entonces sesenta y tres años. Su aspecto era ridículo con un peso de ciento veinte kg., por lo que necesitaba la ayuda de dos soldados para subirse al caballo: pero era muy listo. Sufría gota y asma, y con frecuencia, debido a su obesidad, aparecía en las caricaturas de la prensa de Nueva York. Fue nombrado teniente del 7º de Voluntarios de Michigan en la pasada Guerra Civil del 61. Herido en la célebre batalla de Fair Oaks, fue ascendido a comandante tras su curación. Prisionero de Van Dorn en 1863, tras seis meses de cautiverio, fue canjeado y ascendido a coronel del 17º Regimiento de Infantería de Color. Se licenció en 1865 al disolverse el llamado *Gran Ejército de la República*, siendo nombrado de nuevo coronel. Participó en la conquista del Oeste y vengó la muerte de Custer y la aniquilación del 7º Regimiento de Caballería al batir a los sioux vencedores de Little Big Horn. Finalmente, con motivo de la guerra contra España fue nombrado mayor general de Voluntarios en 1898.

para partir hacia Santiago de Cuba. También se le comunicaba que debería cooperar con la Armada y con los insurrectos cubanos para que los utilizase de la forma más apropiada en su plan de campaña, ya que el delegado de los cubanos en los EEUU, Tomás Estrada Palma, había conferenciado con el presidente McKinley sobre la campaña y enviado órdenes al general en jefe del Ejército cubano, Máximo Gómez. Además, tenía que tomar Santiago en el menor tiempo posible y con el menor coste, para reembarcar luego sus tropas victoriosas y marchar hacia Banes (en la provincia de La Habana)²³ a esperar nuevas órdenes. Con lo dicho basta para demostrar la carencia de un Estado Mayor competente en el Ejército norteamericano.

Por otra parte, el general Nelson Appleton Miles no fue enviado con el 5º Cuerpo de Ejército a Santiago. Se debió a que los norteamericanos jamás pensaron que allí se decidiría la guerra, como así paradójicamente ocurrió. Creían, con buen criterio, que la batalla decisiva se daría en La Habana, por eso se ordenó a Shafter que se dirigiera a Banes para esperar nuevas órdenes una vez que se produjera la capitulación de Santiago. En definitiva, el verdadero plan consistía en tomar La Habana con el grueso del Ejército norteamericano a las órdenes del general en jefe, Nelson A. Miles, apoyado convenientemente por la escuadra de Sampson y el llamado *Ejército Libertador* de Cuba.

La situación caótica del 5º Cuerpo de Ejército en Tampa

La situación del 5º Cuerpo de Ejército en Tampa era caótica, puesto que allí no había organización alguna. Se puso de manifiesto la falta total de experiencia y capacidad del aparato militar para poner a punto una expedición en tierras tropicales que involucraba más de veinticinco mil hombres. Aquellas tropas acampadas carecían de uniformes, fusiles, munición, calzados y mantas, la comida escaseaba y el material era muy deficiente y escaso. En menos de dos meses el Gobierno tuvo que improvisar planes de equipamiento y avituallamiento, desbordándose todos los intentos organizativos; mientras tanto, los fabricantes oportunistas y sin escrúpulos hacían grandes negocios.

La elección de Tampa como punto de partida de la fuerza expedicionaria fue otra de las dificultades más graves. La ciudad no estaba ni remotamente preparada para recibir a un ejército tan numeroso. El puerto era

²³ Esta localidad se encuentra en la provincia de La Habana, no lejos de la capital. Hay otra localidad cubana que también se llama Banes y que se encuentra en la provincia de Oriente.

amplio, pero para llegar a él sólo había una línea de ferrocarril, con lo que el embotellamiento de trenes y vagones era continuo. Cientos de carros y vagones se amontonaban en espera de ser tramitados. De este modo, cuando empezaron a llegar a diario miles de vagones cargados con todo lo necesario para el ejército, se amontonaban en los muelles y en el puerto; además, las facturas nunca llegaban a tiempo, por lo que los oficiales se veían obligados a ir vagón por vagón rompiendo los sellos para averiguar qué contenían.

Solían faltar elementos para la ración del soldado (como por ejemplo, patatas y cebollas), e incluso a veces llegó a faltar la carne, a pesar de que todos estos alimentos se hallaban en diez o doce vagones o bien pudriéndose en algún almacén cercano. Además, las conservas de carne, deshechos de los mataderos de Chicago y Kansas, enlatados para la guerra chino-japonesa de 1894 y llamados *vaca embalsamada* por los soldados, no aguantaron las altas temperaturas de Cuba y no pudieron consumirse.

En cierta ocasión, llegó por la mañana un enorme tren abarrotado de carne junto a otro de quince vagones cargado de uniformes caquis que habían sido llevados a un desviadero situado a más de ciento cincuenta kilómetros y olvidados junto a cinco mil fusiles y su munición. Mientras tanto, las tropas habían tenido que soportar el llevar uniformes de lana azul de los empleados en los estados del Norte y Noroeste, e incluso algunos regimientos seguirían llevando en Cuba esta ropa especial que se usaba en Alaska. En realidad, esas tropas ¡no tuvieron otra clase de ropa hasta julio o agosto!

Se dio el caso inaudito de la llegada de los cañones, ruedas, cureñas, avantrenes y demás material de artillería ligera; pero como llegaron con varios días de retraso, durante estos días hubo que romper numerosos sellos de carros y buscar en vano a lo largo de las vías de la estación.

En Washington el enfado era mayúsculo y el propio general en jefe del Ejército, Nelson Miles, fue enviado para intentar poner algo en orden y a duras penas lo consiguió. Todo esto demuestra que el Ejército norteamericano carecía de una organización adecuada y de un buen Estado Mayor, aunque la voluntad inquebrantable de sus jefes y oficiales, así como el entusiasmo de sus tropas, hicieran posible que se llevara adelante la expedición.

El día 31 de mayo, los transportes habían terminado de cargar el agua y el carbón necesarios. Lentamente y con gran confusión, también iban cargando el material de guerra, las raciones, el forraje para la caballería y toda clase de pertrechos. La primera disposición fue la de cargar raciones para veinte mil hombres y para un período de seis meses, aunque luego se dio la contraorden de que fuera para sólo dos meses, y finalmente se cargaron raciones para cien mil hombres en varios transportes de reserva.



Almirante Sampson



General W. R. Shafter



Comodoro Winfield Scott Schley



General John M. Schofield,
comandante general
de las Reservas de Voluntarios

Jefes norteamericanos de las escuadras y de las tropas que operan en Cuba.

El embarque de pertrechos continuó hasta el día 7 de junio, y al día siguiente se procedió al de las tropas. Si el embarque del material fue muy lento y desordenado, el de las tropas fue aún peor. Nadie sabía absolutamente nada. Ningún regimiento sabía realmente cuándo, dónde y cómo había que embarcar. Y por si fuera poco el embrollo y la precipitación, se corrió el rumor —confirmado más tarde— que una vez cargado el material en los transportes, no podrían acomodarse más que dieciocho mil hombres en lugar de los veintisiete mil que se había pensado; por tanto, algunos regimientos tendrían que permanecer forzosamente en Tampa.

Cada unidad y regimiento trataba de resolver a su manera el problema del caos existente en la organización de la expedición. Theodore Roosevelt describe a la perfección esta situación con su estilo personal y tan gráfico en su *Informe: Cuando nosotros marchamos para Tampa, pensé nuevamente que todo estaba enmarañado y que toda la confusión no se debía a la congestión en las vías férreas. Nos dijeron que marcháramos a determinada vía férrea y que allí habría vagones esperándonos, pero, en efecto, no había nada. El Coronel Wood y yo nos cansamos de explorar distintas vías sin encontrar ningún tren. Finalmente tropezamos con un tren de carros de carbón vacíos, nos lo apropiamos y en él metimos nuestras tropas e hicimos el viaje. Sin embargo, estoy seguro que dicho tren no estaba destinado ni mucho menos para nosotros.* Sucedió que Roosevelt tuvo que “secuestrar” el tren a punta de revólver para que su regimiento, los *Rough Riders*, pudiera llegar al puerto y embarcar a tiempo.

En otro lugar de su *Informe*, Roosevelt afirma: *Finalmente el General Shafter nos dijo a Wood y a mí que el Coronel Humphrey, Cuartelmaestre, nos acomodaría. Nos pusimos Wood y yo a “cazar” a Humphrey, pero nadie sabía dónde estaba. Al final pudimos casi a la vez los dos localizarle tras una búsqueda tenaz. Humphrey nos atendió y nos asignó el transporte “YUCATÁN”. Más adelante señala: Accidentalmente me enteré que el transporte “YUCATÁN” había sido también asignado a los Regimientos 2º y 71º de Voluntarios de Nueva York. En vista de ello, organicé una fuerte guardia armada que rechazó a la fuerza al Segundo de Infantería y al 71 de Nueva York de la escala del barco. Mientras tanto, reuní a todo prisa el Regimiento y lo embarqué a la carrera mientras la guardia mantenía el camino abierto. Una vez embarcada nuestra gente, dejé subir elementos del Segundo de Infantería, pero sólo pudieron acomodarse cuatro Compañías de la Agrupación²⁴.*

²⁴ MEDEL, José A.: *La Guerra Hispano-Americana*. 1.ª Habana, 1929, pp. 20-21; DIERKS, James Cameron: *A leap to arms: the Cuban Campaign of 1898*. Nueva York, 1970, pp. 49-50.

Pero la odisea de Roosevelt y Wood no acabó una vez embarcaron a su regimiento. Resultó que los caballos no pudieron ser transportados por falta de espacio, de ahí que el Regimiento 1° de Caballería Voluntaria, formada por excelentes jinetes (indios, cazadores de las praderas, *sheriffs*, pistoleros, ganaderos, terratenientes, deportistas, universitarios, financieros de Wall Street e hijos de millonarios) tuvo que ir a la guerra a pie, como unidad de caballería “desmontada”. Se trataba de tropa de élite organizada por Theodore Roosevelt para su lucimiento, especialmente equipada y tan pintoresca como él que, habiendo sido subsecretario de Marina, había pasado a teniente coronel de una fuerza de Caballería.

A todos estos problemas de organización se unieron las quejas de la Marina. Sus jefes alegaban que ellos solos estaban haciendo la guerra y que las operaciones terrestres deberían comenzar cuanto antes para aliviar el esfuerzo desgastador de los marinos.

Por fin, el día 9 de junio, la primera oleada de la fuerza expedicionaria con treinta y dos transportes y dieciséis mil hombres, mas una legión de ochenta y nueve periodistas como corresponsales de guerra (veinte eran fotógrafos y seis dibujantes) y dos operadores de cine²⁵, zarpó de Tampa hacia las costas del sur de Cuba; pero a las pocas horas, la expedición recibió la orden de regresar a Tampa y refugiarse en el puerto. Resultó que jóvenes marinos inexpertos de dos buques de guerra, el *Resolute* y el *Eagle*, confundieron una flotilla de barcos propios con la flota auxiliar del almirante Cámara que por entonces había partido de Cádiz hacia Filipinas.

Durante seis días se buscó en vano a la llamada *flota fantasma* que, por no existir en aquellas aguas, nunca apareció. Pero el Gobierno de Washington no quería correr riesgos, ya que los mercantes viajaban sin una poderosa escuadra que los defendiera ante un posible ataque naval español, ya que las principales unidades de la Armada se hallaban ocupadas y comprometidas en las acciones de bloqueo de La Habana, Santiago y otros puertos cubanos.

El 14 de junio, a las diecinueve horas, tras una semana de espera en la que los dieciséis mil soldados tuvieron que vivir hacinados en las cubiertas de los barcos soportando terribles temperaturas, la expedición recibió la orden de zarpar. El convoy se componía de treinta y dos transportes de tropas y material de guerra; además de dos mil doscientos noventa y cinco animales entre mulos y caballos, ciento noventa y cinco vagones de varias clases y siete ambulancias. Acompañando al 5° Cuerpo de Ejército iban once agregados militares de diversas naciones.

²⁵ También iban dos operadores de cinematógrafo con varias cámaras. Se llamaban Albert E. Smith y Jim Blackton, pertenecientes a la empresa Vitagraph Company de Nueva York.

CUADRO 3
PERSONAL Y MATERIAL DE GUERRA

PERSONAL		MATERIAL DE GUERRA	
Oficiales	815	Baterías ligeras de 4 cañones cada una	4
Alistados	16.072	Cañón automático <i>Hotchkiss</i>	1
Empleados civiles	30	Cañón automático de dinamita	1
Carreros y empacadores	272	Ametralladoras <i>Gatling</i>	4
Estivadores	107	Cañones de sitio 5"	4
		Cañones <i>Howitzers</i> de 7"	4
Total	17.296	Morteros de campaña de 8"	8

CUADRO 4
AGREGADOS MILITARES

Coronel	Yermolov	Rusia
Comandante	Grandpe	Francia
Comandante	Shiba	Japón
Teniente	Saneyuki	Japón
Capitán	Werster	Suecia y Noruega
Capitán	Abildgard	Suecia y Noruega
Cap. de corbeta	Dahlgren	Suecia y Noruega
Cap. de Navío	Lee	Reino Unido
Conde	Von Goetzen	Alemania
Teniente de Navío	Von Reuber	Alemania
Teniente	Roedler	Austria-Hungría

Los buques que custodiaron el convoy fueron: *Indiana*, *Detroit*, *Castine*, *Manning*, *Wasp*, *Eagle*, *Wompstock*, *Osseola*, y los torpederos *Ericsson* y *Rodgers*. La expedición estuvo pésimamente planeada y se realizó en medio de un gran desorden. Ni el secretario de Defensa, Alger, ni los generales Miles o Shafter hicieron caso a las múltiples observaciones y consejos del Departamento de Marina, que recomendó el que cada transporte del convoy estuviera a las órdenes de un oficial de la Armada. Así, debido a que los capitanes mercantes no tenían costumbre de navegar en forma de convoy, y mucho menos en intervalos de cuatrocientos metros entre uno y otro barco, se retrasaban y solían separarse del convoy huyendo de la proximidad de los otros barcos por temor a colisionar. En definitiva, cada capitán mercante condujo su barco como le vino en gana e hizo caso omiso de las órdenes que había recibido al zarpar de Tampa.

En la mañana del día 20, el convoy estadounidense llegó frente a Santiago con bastante retraso y no pocas dificultades. Los buques de transporte *City of Washington* y *Yucatán* no llegaron hasta la tarde, pues desde la

noche del día 18 se habían separado del convoy y habían navegado por su cuenta, de ahí que el yate armado *Wasp* tuvo que salir en su búsqueda y conducirlos al lugar debido.

Cómo el plan de campaña norteamericano se sustituyó por el cubano

El general Shafter conferenció inmediatamente con el entonces capitán de navío French Ensor Chadwick, jefe del Estado Mayor del almirante Sampson. Chadwick tenía un plan de Sampson para someterlo a la consideración de Shafter. A grandes rasgos, consistía en que Shafter atacaría el Castillo del Morro y la Batería de Socapa por tierra, mientras la escuadra con este apoyo terrestre y con sus flancos libres, entraría en el canal, limpiándolo de minas y torpedos; luego, una vez dentro de la bahía de Santiago, hundiría la escuadra española ayudando así desde allí a la toma de la ciudad, que capitularía sin remedio.

El Plan Sampson, expuesto por Chadwick a Shafter, pudiera parecer sencillo y efectivo, con resultados inmediatos y magníficos. No obstante, Shafter y Sampson no conocían la topografía del terreno, ni la situación estratégica, como tampoco el valor de las tropas españolas de la guarnición. Por eso, aunque en un principio Shafter aceptó dicho plan, propuso a Sampson no hacer nada sin entrevistarse antes con el lugarteniente general del Ejército cubano, el general Calixto García²⁶.

El día 20, muy de mañana, el brigadier cubano Demetrio Castillo Duany llegó con su Estado Mayor al Aserradero y se entrevistó con el general Calixto García para informarle sobre la situación de las fuerzas españolas y sus preparativos de defensa. Según el teniente Lino Dou, jefe del Estado Mayor de Castillo, éste conocía a la perfección los alrededores de Santiago y fue quien aconsejó a Calixto García el desembarco de las tropas norteamericanas al este de la ciudad. Esta idea convenció a Calixto García y no podemos dudar este aserto de Lino Dou, ya que el propio lugarteniente general había escrito el día 13 de junio, en Mejía (jurisdicción de Holguín), una carta al almirante Sampson que comenzaba así: *Mi opinión, conforme a la de mis subalternos que Ud. me dice, es que el Oeste es el mejor sitio para el desembarco*. En consecuencia, Calixto García

²⁶ El día anterior, 19 de junio, Sampson se había entrevistado con Calixto García a bordo del crucero acorazado *New York*. En aquella entrevista, ambos hablaron sobre el plan de campaña, pero prefirieron abordar nuevamente el asunto en profundidad en cuanto llegase Shafter con el 5º Cuerpo de Ejército.

marchó con sus fuerzas sobre la parte oeste de Santiago y acampó en el Aserradero²⁷.

El mismo día 20, a las catorce horas, el general Shafter y el almirante Sampson, con sus respectivos ayudantes y estados mayores, desembarcaron en el Aserradero y se entrevistaron allí con Calixto García. En esta ocasión, el general cubano pudo demostrar una vez más su gran talla como militar, exponiendo a Shafter y a Sampson un nuevo plan de campaña para el ataque y la toma de Santiago.

El plan de Calixto García, a grandes rasgos, fue el siguiente: desembarcar todo el 5° Cuerpo de Ejército en Daiquirí y atacar Santiago por el este, enviar fuerzas del 5° Cuerpo por el oeste al general Rabí para completar el cerco, e impedir al mismo tiempo la llegada de cualquier refuerzo español proveniente del interior; y mientras, la escuadra de Sampson mantendría el control del mar. Se trataba, pues, de un plan sencillo, sólido, trazado con el sentido común y el aplomo del genio militar de Calixto García, así como la seguridad que le proporcionaba el perfecto conocimiento del terreno y de las fuerzas españolas. Sampson y Shafter quedaron impresionados y convencidos de que aquel plan era el idóneo, por lo que inmediatamente se procedió a ultimar los detalles de su ejecución.

Al día siguiente, el día 21 de junio, se puso en práctica el plan de Calixto García de la forma siguiente:

Primero. El general Agustín Cebreco con su división mambisa, marchó al amanecer sobre el noroeste de Santiago para tomar posiciones sobre los caminos al interior y evitar la llegada de tropas de refuerzo españolas a Santiago de Cuba.

Segundo. Por la noche, unos cuatrocientos soldados mambises de las brigadas de Bayamo y Jiguaní, a las órdenes directas del coronel Carlos González Clavel, embarcaron rumbo a Sigua, donde se hallaba la brigada de Demetrio Castillo Duany (quien acompañaba a González Clavel) para incorporarse a ella y reforzarla, y luego proceder a la ocupación del poblado de Daiquirí.

Tercero. La escuadra de Sampson bombardearía toda la costa, sobre todo Cabañas, Aguadores, Daiquirí y Siboney. Luego, una vez tomado Daiquirí, los cubanos desplegarían una bandera cubana para que la escuadra suspendiera el fuego artillero.

Cuarto. Al mismo tiempo, y para confundir aún más al ejército español, diez transportes con tropas apoyados por tres buques de guerra, deberían efectuar un simulacro de desembarco frente a Cabañas; y mientras tanto, el general cubano Jesús Rabí atacaría esta posición por la retaguardia.

²⁷ CASTELLANOS GARCÍA, Gerardo: *Lino Dou*. Asociación Cultural Femenina, La Habana, 1944, pp. 33-36. (folleto).

El desembarco del 5º Cuerpo de Ejército en Daiquirí y el de Shafter en Siboney

El plan de Calixto García tuvo un éxito completo. Las fuerzas mambisas con el brigadier Castillo Duany y el coronel González Clavel al frente avanzaron y tomaron Daiquirí, y su guarnición evacuó sin presentar combate.

Un hecho histórico poco conocido ocurrió en la toma de Daiquirí. Al entrar los mambises, unas mujeres del poblado salieron a recibirlos y una de ellas entregó al teniente Remigio Castañeda varios objetos abandonados por los españoles, entre ellos una bandera. El teniente Castañeda, llevado por el entusiasmo, tremoló imprudentemente aquella bandera española para que pudieran contemplarla sus compañeros. Los norteamericanos, al divisar con sus prismáticos la bandera, lanzaron una andanada creyendo que se trataba de alguna fuerza española. Allí cayeron varios cubanos heridos y muertos, y entre estos últimos, Castañeda, quien irónicamente murió cubierto por la bandera que había estado combatiendo durante cuatro años y a causa de proyectiles aliados²⁸. El brigadier Castillo, ante el peligro que corrían sus tropas por el error de la escuadra de Sampson, ordenó que inmediatamente fuera izada la bandera cubana en lo alto de la torre del heliógrafo, que había sido abandonado intacto por los españoles. Acto seguido, cesó el terrible fuego naval.

Una vez ocupado Daiquirí, se inició el desembarco norteamericano con absoluta tranquilidad y seguridad, tal como si se tratara de unas meras maniobras en tiempo de paz. Las tropas desembarcaron por el siguiente orden: primero, la División Lawton; segundo, la Brigada Bates; tercero, la División de Caballería desmontada de Wheeler; cuarto, la División Kent; y quinto, el Tercio de Caballería del coronel Rafferty.

Al caer la noche, habían desembarcado seis mil hombres; no obstante, la operación continuó hasta el día 26, en que terminó el desembarque de toda la artillería de campaña. El día 29, el general Shafter dejó sólo el vapor *Securança* en Daiquirí, en el que había embarcado.

El desembarco fue tan caótico como el embarque de las tropas y del material. Las baterías de las distintas divisiones fueron desembarcadas, pero los caballos y los mulos iban en otro transporte y las municiones en otro. Incluso hubo un transporte que se alejó hasta doce o quince millas de la costa, por lo que fue preciso enviar a un buque de guerra para “cazarlo” literalmente. Aquella enorme confusión que reinaba en el desembarco se debió a las mismas causas del desorden que hubo en la conducción del convoy:

²⁸ MEDEL, José A.: *Op. cit.*, p. 26.

los transportes no estaban a las órdenes de oficiales de la Armada y los capitanes mercantes actuaban por su cuenta. En fin, un desembarco desastroso; no obstante, los norteamericanos tuvieron la suerte de contar entonces con el apoyo de Calixto García. En efecto, si aquel desembarco caótico fue un éxito, se debió a que miles de soldados mambises cubrieron las espaldas a los norteamericanos ante un posible ataque español, lo que hubiera provocado un descalabro de enormes proporciones. Debe destacarse que durante todo el desembarco las fuerzas cubanas de Castillo Duany y de González Clavel no dejaron de hostigar a las tropas españolas para que no hicieran un ataque en Daiquirí durante el desembarco.

El día 29, el general Shafter decidió dejar el *Securança* y desembarcar en Siboney para ponerse al frente del ejército, y se entrevistó con Calixto García para ultimar el plan de ataque a Santiago de Cuba. Al día siguiente, Shafter llegó a El Salado, estableciendo allí su primer Cuartel General. A continuación, celebró un Consejo de Guerra del que formaron parte la mayoría de los generales norteamericanos y al que asistieron además los brigadieres cubanos Demetrio Castillo Duany y Carlos García Vélez, y también el jefe de Estado Mayor de Calixto García, el coronel Tomás Collazo.

El día 23, la División Lawton, la primera en desembarcar en Daiquirí, avanzó sobre Siboney a través de un pésimo camino. Se trataba de un trillo muy malo, no sólo para los bisoños voluntarios, sino también para los veteranos del ejército regular que estaban acostumbrados a las guerras indias sobre desiertos arenosos y rocosas montañas desprovistas de vegetación. Los hombres de Lawton tuvieron que marchar penosamente en columna de a dos, y resultó imposible el empleo de franqueadores en aquellas impenetrables maniguas tropicales. En vanguardia marchaban las fuerzas mambisas de Castillo y González Clavel, que tras la ocupación de Siboney, y tras un breve ataque con las tropas españolas por la retaguardia que duró sólo unos minutos, las persiguieron en su repliegue hasta hallarlas nuevamente pero parapetadas y dispuestas a combatir en las alturas de Las Guásimas²⁹. Allí se libraría la segunda batalla terrestre entre las tropas aliadas cubano-norteamericanas y las españolas, tras la anterior batalla de Guantánamo, que expondremos a continuación.

Antes de proseguir con la exposición y análisis de los combates terrestres que culminaron con el asedio y la capitulación de Santiago de Cuba, veamos ahora cómo era la organización del 5º Cuerpo de Ejército que desembarcó en Daiquirí, la del ejército cubano en la isla y la del ejército cubano en la provincia de Santiago de Cuba.

²⁹ En aquel breve combate, los insurrectos cubanos tuvieron veinte muertos y numerosos heridos, mientras que las bajas españolas fueron muy inferiores.



El escuadrón "Rough Riders".

CUADRO 5
ORGANIZACIÓN DEL 5º CUERPO
DE EJÉRCITO NORTEAMERICANO
 William Shafter.- Mayor General de Voluntarios.

PRIMERA DIVISIÓN:
 Brigadier J.F. Kent.- Jefe.

- Primera Brigada.- Brigadier H.S. Hawkings.
 6º Rgto. de Infantería.- Teniente coronel Egbert.
 16º Rgto. de Infantería.- Coronel Theaker.
 71º Rgto. de Voluntarios de Nueva York.- Coronel Downs.
- Segunda Brigada.- Coronel E.P. Pearson.
 2º Rgto. de Infantería.- Teniente coronel Whearry.
 10º Rgto. de Infantería.- Teniente coronel Kellog.
 21º Rgto. de Infantería.- Teniente coronel Mc. Kibbin.
- Tercera Brigada.- Coronel C.A. Wikoff.
 9º Rgto. de Infantería.- Teniente coronel Ewers.
 13º Rgto. de Infantería.- Teniente coronel Worth.
 24º Rgto. de Infantería.- Teniente Coronel Liscum.

SEGUNDA DIVISION:
 Brigadier H.W. Lawton.- Jefe.

- Primera Brigada.- Coronel J.J. Van Horn.
 8º Rgto. de Infantería.- Comandante Conrad.
 22º Rgto. de Infantería.- Teniente coronel Patterson.
 2º Rgto. de Voluntarios de Massachussets.- Coronel Clark.
- Segunda Brigada.- Coronel E. Miles.
 1º Rgto. de Infantería. Teniente coronel Bisbee.
 4º Rgto. de Infantería.- Teniente coronel Brainbridge.
 25º Rgto. de Infantería.- Teniente coronel Daggett.
- Tercera Brigada.- Brigadier A.R. Chaffee.
 7º Rgto. de Infantería.- Coronel Benham.
 12º Rgto. de Infantería.- Teniente coronel Comba.
 17º Rgto. de Infantería.- Teniente coronel Haskett.

DIVISION DE CABALLERÍA:
 Mayor general .- J. Wheeler.- Jefe.

- Primera Brigada.- Brigadier S.S. Sumner.
 3º Rgto. de Caballería.- Comandante Wessells.
 6º Rgto. de Caballería.- Teniente coronel Carroll.
 9º Rgto. de Caballería.- Teniente coronel Hamilton.
- Segunda Brigada.- Brigadier S.B. Young.
 1º Rgto. de Caballería.- Teniente coronel Viele.
 10º Rgto. de Caballería.- Comandante Norvell.
 1º Rgto. de Caballería Voluntaria (*Rough Riders*).- Coronel Wood.

BRIGADA INDEPENDIENTE:
 Brigadier.- J.C. Bates.- Jefe.

- 3º Rgto. de Infantería.- Coronel Page.
 20º Rgto. de Infantería.- Comandante Mc. Caskey.
 1 Tercio del 2º Rgto. de Caballería.- Comandante Rafferty.

CUADRO 6
ORGANIZACIÓN DEL EJÉRCITO
DE LA REPÚBLICA DE CUBA EN ARMAS
Generalísimo.- Máximo Gómez
Lugarteniente General.- Calixto García

Seis Cuerpos de Ejército distribuidos de la forma siguiente: Primer y Segundo Cuerpo (Provincia de Santiago de Cuba).- Tercer Cuerpo (Provincia de Camagüey).- Cuarto Cuerpo (Provincia de Santa Clara).- Quinto Cuerpo (Provincia de Matanzas).- Sexto Cuerpo (Provincia de Pinar del Río).

Cada cuerpo tenía su Cuartel General y Estado Mayor. Había un Departamento de Inspección General y un Departamento de Sanidad General para todo el Ejército cubano.

Existía además un Departamento para el envío de expediciones (llamadas *filibusteras* por los españoles) desde los Estados Unidos. Como también el Departamento de Administración Militar, dividido en Prefecturas y sub-Prefecturas.

El estado del Ejército cubano al finalizar la guerra en 1898 era el siguiente:

Cuerpo	Vivos	Muertos	Total
Primer Cuerpo	13.965	2.185	16.150
Segundo Cuerpo	11.737	1.569	13.306
Tercer Cuerpo	3.960	436	4.396
Cuarto Cuerpo	6.980	2.559	9.539
Quinto Cuerpo	3.537	2.398	5.935
Sexto Cuerpo	2.960	1.518	4.478
TOTAL	43.139	10.665	53.804

De las muertes, cuatro mil quinientas sesenta fueron causadas por herida de bala y seiscientos veinte por arma blanca. Por enfermedades cinco mil doscientas setenta y las restantes doscientas quince ocurrieron a manos españolas.

Al finalizar la guerra, en el Ejército cubano había: quince mayores generales, veintiún generales de división y cincuenta y dos brigadieres.

Durante la guerra murieron:	
Mayores generales	4
Generales de división	2
Brigadieres	16
Coroneles	40
Tenientes coroneles	73
Comandantes	151
Capitanes	205
Tenientes	203
Alféreces	241
Sargentos de primera	137
Sargentos de segunda	129
Cabos	147
Soldados	9.317
TOTAL	10.665

CUADRO 7
ORGANIZACIÓN DEL EJÉRCITO CUBANO
EN LA PROVINCIA DE SANTIAGO DE CUBA
 Lugarteniente General.- Calixto García Iñiguez
 Jefe de Estado Mayor.- Coronel Tomás Collazo

<p>PRIMER CUERPO DE EJÉRCITO: (Después de la muerte del general Antonio Maceo, no se nombró sustituto)</p> <p>Primera División: General de División Pedro A. Pérez. Segunda División: General de División Agustín Cebreco.</p>
<p>SEGUNDO CUERPO DE EJÉRCITO: Mayor General Jesús Sablón Moreno (Rabí).- Jefe.</p> <p>Primera División: General de División Salvador Hernández Ríos. Segunda División: General de División Saturnino Lora. Tercera División: General de División J.M. Capote. Cuarta División: General de División Luis de Feria³⁰.</p>

El ejército cubano en la provincia de Santiago de Cuba en 1898, que es el que más nos interesa, contaba con unos treinta mil hombres divididos como vemos en dos Cuerpos de Ejército. Ambos estaban a las órdenes del lugarteniente general del ejército cubano, el general Calixto García Iñiguez.

La batalla de Guantánamo

La batalla de Guantánamo fue la primera que libró el Ejército de los EEUU en suelo cubano y le proporcionó la posesión de la estratégica bahía exterior de Guantánamo que formó parte de una operación militar que concluiría el día 25 de junio con el mencionado desembarco del 5º Cuerpo de Ejército en Daiquirí.

La bahía exterior de Guantánamo, situada a cuarenta y cinco millas al este de Santiago de Cuba, se hallaba defendida débilmente por un fuerte y varios blocaos de madera contruidos en el pueblo de Caimanera. Al otro lado de la bahía se encontraba la ciudad de Guantánamo, y en sus afueras, el poblado de Santa Catalina de Guantánamo, donde el general Pareja tenía su cuartel general con una guarnición de algo más de cinco mil hombres, en su mayoría voluntarios.

Los jefes de la escuadra estadounidense estaban muy preocupados por la proximidad de la estación de los huracanes y creyeron conveniente la conquista de la bahía exterior al pensar que esto permitiría: refugiar sus buques antes de que los fuertes vientos les causaran estragos, establecer una base para carbonear y realizar pequeñas reparaciones a los barcos que hacían el bloqueo de Guantánamo y, también, la posibilidad de establecer allí una cabeza de playa para el desembarco del grueso de las tropas del 5º Cuerpo de Ejército.

³⁰ MEDEL, José A.: *Op. cit.*, Cuadros V, VI y VII, pp. 87-90.

En la noche del 9 de junio, el crucero *Marblehead*, al mando del comandante Bowman McKeala, se aproximó a la costa aprovechando la oscuridad. Al amanecer, el *Marblehead* inició un bombardeo intenso sobre las fortificaciones de Caimanera, obligando a las tropas españolas a replegarse de inmediato a posiciones más seguras en el interior de la bahía y lejanas del alcance de sus proyectiles. Por si fuera poco, hizo su aparición un acorazado de primera, el *Oregon*, que apoyó aquel terrible bombardeo³¹.

Una hora después de comenzar el combate, varias lanchas desembarcaron treinta hombres pertenecientes al Batallón de Marines, cuerpo especial recién creado y entrenado para misiones arriesgadas. Tras un rápido reconocimiento, los marines regresaron al *Marblehead* e informaron sobre el abandono de las fortificaciones por parte de la guarnición y su repliegue hacia posiciones más seguras, fuera del alcance de la artillería naval.

Por la tarde apareció frente a la bahía el buque *Panther*, sobre cuya cubierta iban cuatrocientos marines preparados para desembarcar. Luego, ya entrada la tarde, se produjo el desembarco de ochocientos marines al mando del coronel Huntington. Dicha fuerza invasora se dirigió a la sierra del Cuzco, que domina la bahía de Guantánamo, y de forma un tanto precipitada estableció su campamento en una colina, resultando ser un lugar fácilmente abatible desde las posiciones españolas más próximas.

Al anochecer, avanzadillas españolas se aproximaron a las posiciones enemigas y pudieron comprobar su precaria defensa. Acto seguido se produjeron continuos tiroteos en un intento inútil de desalojar a los marines. Mientras tanto, el general Pareja se dispuso a preparar a sus tropas en Santa Catalina para emprender un contraataque al día siguiente.

Por entonces, unos treinta buques de la armada estadounidense patrullaban por las costas próximas a Santiago, donde se esperaba un próximo desembarco en algún lugar costero. Por ello, la guarnición, al mando del general Arsenio Linares Pombo (aquel mismo día 10 logró su ascenso), compuesta por poco más de diez mil hombres, en su mayoría pertenecientes a regimientos de voluntarios, tomó posiciones en los lugares más estratégicos a lo largo de la costa circular que rodea la ciudad y el puerto, de más de veinte kilómetros. El general Linares envió emisarios al cuartel general de Santa Catalina, con la orden tajante de resistir a toda costa el ataque de los marines.

³¹ BACARDÍ Y MOREAU, Emilio: *Crónicas de Santiago de Cuba*. Imprenta Brocán, Torrejón de Ardoz (Madrid), 1973, 2ª edición, tomo IX, p. 356.

El día 6, ambos buques habían bombardeado las fortificaciones de Caimanera. Al día siguiente, los norteamericanos lograron cortar el cable que unía esta localidad con Santiago de Cuba, quedando incomunicada.

En la mañana del día 11, los marines incendiaron los fortines abandonados por las tropas españolas el día anterior. Las ropas y efectos dejados por los españoles fueron quemados por temor a que estuvieran infectados, ya que aquella fuerza desembarcada sentía verdadero pánico a las enfermedades tropicales, como la generalidad de los militares de los EEUU. Después del mediodía, los marines completaron el desembarco bajando a tierra las piezas de artillería y pertrechos traídos en varios transportes.

Por la tarde se reinició la lucha. Las tropas españolas realizaron sucesivos contraataques contra el campamento norteamericano y en los primeros tiroteos cayeron muertos dos marines, que fueron los primeros muertos en combate de la fuerza expedicionaria estadounidense. Al caer la noche, los españoles llegaron a lanzar cinco ataques sucesivos, pero los marines lograron resistir en sus posiciones.

El domingo día 12 se reiniciaron los combates con mayor dureza. Tropas españolas de refuerzo enviadas por el general Pareja desde Santa Catalina sitiaron la colina y lanzaron un formidable ataque contra el campamento norteamericano. Los marines tuvieron que abandonar sus posiciones y fueron empujados hacia la Playa del Este por el incontenible avance español. Al anochecer, se llegó a la lucha cuerpo a cuerpo y la situación se volvió desesperada para los marines. Hubieran perecido a no ser por la providencial aparición del coronel Enrique Thomas al frente de unos cien mambises. Aquellos combatientes, conocedores a la perfección del terreno y terriblemente eficaces en la guerra de guerrillas, emprendieron una serie de contraataques por sorpresa que lograron salvar a los marines.

Cuando la batalla duraba ya casi cien horas de lucha encarnizada, varios buques de guerra, entre ellos el *Texas*, entraron en la bahía dispuestos a resolver la situación comprometida de sus tropas. El cañoneo fue enorme y obligó a los mandos españoles a tener que dar la orden de repliegue general para ponerse a salvo del bombardeo. Por desgracia para los españoles, las minas colocadas a la entrada de la bahía no funcionaron, pues los cascos de los buques chocaron contra ellas y no estallaron.

Así pues, el 15 de junio, cuatro días después del desembarco de los marines, las tropas de Caimanera se acuartelaron en Santa Catalina, engrosando así la guarnición de Guantánamo; todos los campos y maniguas que rodeaban la ciudad quedaron en poder de los mambises; y en cuanto al batallón de marines, el coronel Huntington ordenó que cavaran

³⁷ FERNÁNDEZ DE LA REGUERA, Ricardo y MARCH, Susana: *Héroes de Cuba*, Planeta, Barcelona, 1981, 10ª edición, p. 395. PLAZA, José Antonio: *Op. cit.* pp. 161-167.

trincheras para asegurar sus posiciones, obteniendo el dominio de la bahía exterior de Guantánamo³². La pequeña base de los marines se mantuvo con dificultad en los días sucesivos, pues a diario fue sometida a continuos tiroteos por parte de partidas españolas que salían de Santa Catalina y de Caimanera. Por esta razón y también por hallarse esta base muy alejada de Santiago de Cuba, el lugar fue finalmente desechado como cabeza de playa para el desembarco del 5º Cuerpo de Ejército, eligiéndose Daiquirí³³ en su lugar.

Los EEUU acababan de ganar su primera batalla en Cuba y la bandera de las barras y estrellas ondeaba por vez primera en suelo cubano, precisamente no lejos de donde aún flamea en nuestros días.

Comentario a la batalla de Guantánamo

El almirante McKeala reconocería en un discurso que los cubanos habían ido a salvarlos del pánico en que se encontraban ellos desde su llegada, que no los dejaba respirar y que no sabía cómo agradecer en nombre del gobierno norteamericano a los cubanos que como una bendición del cielo llegaron en momentos precisos para evitar un desastre a las fuerzas norteamericanas de desembarco³⁴.

Las bajas por ambos bandos contendientes no fueron elevadas, pero la batalla fue realmente de gran importancia a pesar de no ser mencionada en la mayoría de los textos de historia y de la poca importancia que le dio Stephen Crane, que estuvo allí como corresponsal del *World* de Nueva York. En esta primera batalla terrestre, los militares españoles y norteamericanos tuvieron la ocasión de conocerse mejor en combate. Hasta entonces, la opinión general de los estadounidenses era que los soldados españoles eran unos pésimos tiradores; sin embargo, aunque se trataban de voluntarios, los marines pudieron comprobar todo lo contrario en la sierra del Cuzco. En cuanto a los militares españoles, también pudieron observar que aquellos infantes de Marina combatían con un estilo muy peculiar y que no era otro que el que su Ejército había aprendido en la guerra contra los pieles rojas: tomar ventaja en cualquier árbol, roca o maleza; permanecer invisibles en el campo de batalla y, elegir con cuidado cada blanco enemigo³⁵.

³² ALLENDESALAZAR, José Manuel: *Op. cit.* pp. 176-177.

³⁴ *Historia de Cuba*. Dirección Política de las FAR, La Habana, 1973, 3ª edición, p. 498.

³⁵ BARR CHIDSEY, Donald: *Op. cit.* pp. 131-132.

El combate de Las Guásimas

El 20 de junio, para dar cumplimiento al plan estratégico del general Calixto García, fuerzas mambisas al mando del general Agustín Cebreco comenzaron a ocupar posiciones al oeste y noroeste de Santiago de Cuba, con el fin de interceptar cualquier tropa de refuerzo y simular además una operación destinada a distraer a las fuerzas españolas.

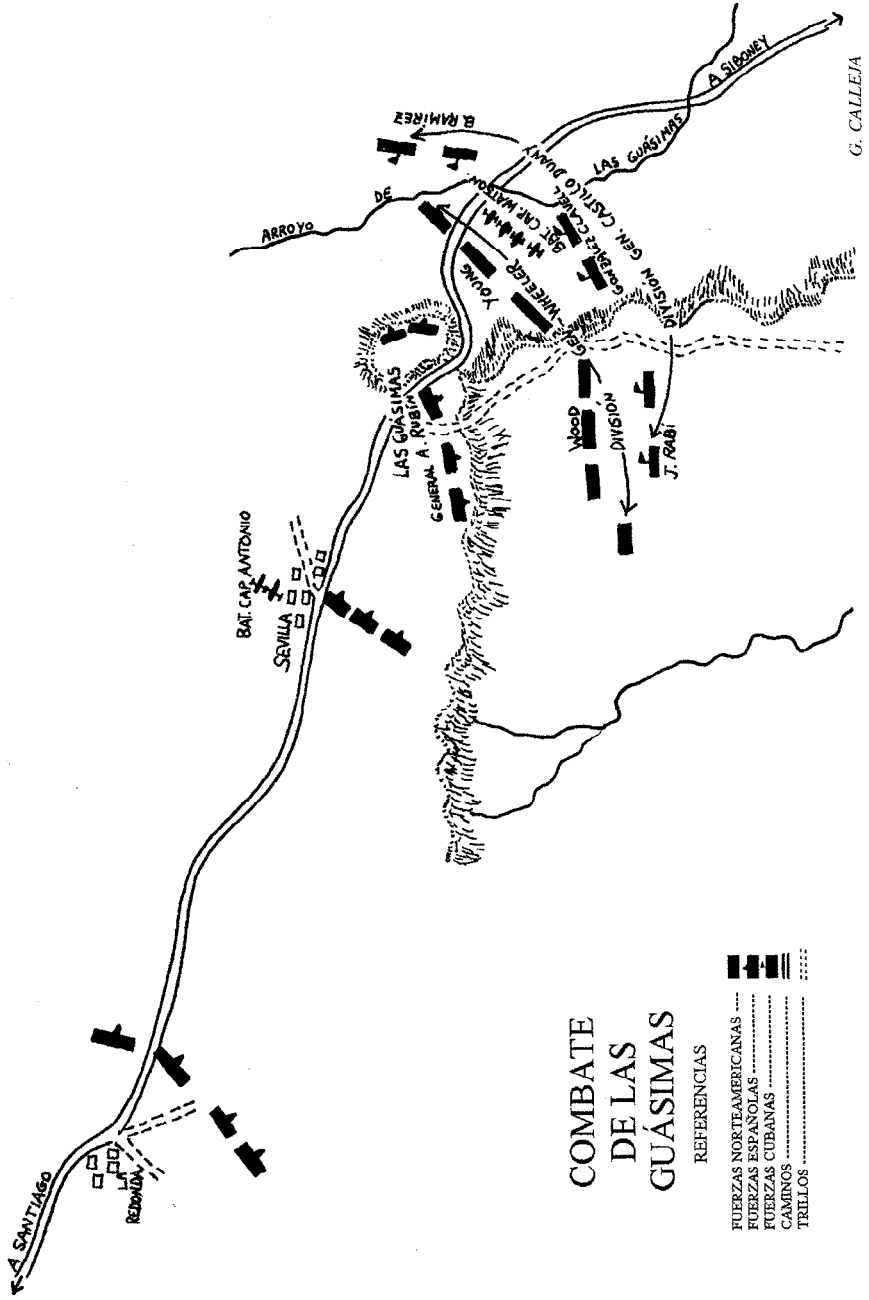
Al día siguiente, un contingente de tropas cubanas se situaba cerca de Guantánamo para cooperar con los marines e impedir la salida de cualquier fuerza de Santa Catalina. Mientras tanto, otro contingente de tropas cubanas formado por quinientos treinta hombres de la brigada de Demetrio Castillo Duany y de las fuerzas del coronel Carlos González Clavel, partieron de Aserradero a bordo del buque norteamericano *Leone* con la misión de emprender una operación de limpieza de las costas, desde Sagua a Daiquirí y, finalmente, desembarcaron y tomaron el caserío de Daiquirí.

Como ya hemos reseñado anteriormente, el día 23, tras la toma de Siboney, las tropas cubanas de Castillo y González Clavel, siempre en vanguardia de la División Lawton, atacaron por la retaguardia a las tropas de Siboney, que se habían repliegado y hecho fuertes en las alturas de Las Guásimas. Allí se unieron además a unos trescientos hombres de la guarnición de Daiquirí, que también habían sufrido el acoso de las mismas fuerzas mambisas.

Las Guásimas era un lugar desolado en un desfiladero con varios caseríos abandonados, donde se cruzaban dos caminos que conducían desde Siboney a Santiago de Cuba. Dominado por los altos de Sevilla y por La Redonda, tomaba su nombre de un árbol típico de la región (guásima) y bajo, pero muy tupido de ramas y hojas, y por tanto propicio para las emboscadas³⁶.

Las tropas mambisas de Castillo y González Clavel fueron detenidas en su avance por el nutrido fuego de las fuerzas españolas parapetadas en Las Guásimas. En ausencia de Castillo, que al mediodía había partido hacia Siboney al ser llamado por el mayor general Wheeler, González Clavel quedó al mando de las tropas cubanas y se limitó a sostener tiroteos sin avanzar ante la fuerte posición de los españoles. Para evitar un posible contraataque, González Clavel envió a los oficiales Jesús Rabí por el flanco derecho y a Belisario Rodríguez por la izquierda, mientras él permanecía en el centro con el resto de las fuerzas. Los mambises mantuvieron esta posición durante toda la noche.

³⁶ BARR CHIDSEY, Donald: *Op. cit.* p.140.



Croquis de la batalla de Las Guásimas.

Aquella misma noche del día 23, el general Linares concentró en Las Guásimas mil quinientos hombres a las órdenes directas del general Rubín, que se parapetaron tras trincheras y cercas de piedra; en Sevilla había además unos quinientos soldados españoles y en La Redonda otros tantos. Por ello, con las fuerzas de Siboney y Daiquirí pudo crearse un contingente de unos tres mil soldados. Dichas fuerzas disponían además de una batería de cañones Krupp cal. 75.

El general Linares ordenó tender alambradas y preparó con cuidado una emboscada. Las fuerzas españolas estaban formadas por tres compañías del Batallón Puerto Rico al mando del comandante Alcañiz, dos compañías del Batallón Talavera y una formada por los soldados de Daiquirí, Siboney y Jaragua.

El plan de Linares era seguir la táctica de los mambises, esto es, atacar por sorpresa y oponer cierta resistencia en el desfiladero de Las Guásimas a las fuerzas invasoras para así facilitar el repliegue ordenado al grueso de las fuerzas del ejército español hacia Santiago de Cuba. En cuanto al general Shafter, todo parecía irle demasiado bien antes del combate del día 24: la complicada operación de desembarco, un auténtico caos de organización, tuvo toda clase de facilidades; y ahora, prácticamente sin lucha, sus tropas se hallaban cerca de Santiago. De ahí que no es de extrañar que pensara en que la victoria estaba muy cerca³⁷.

Una vez localizada la concentración de tropas españolas en Las Guásimas, los norteamericanos consideraron que sería importante batirla, lo que resultó un error táctico.

Severo Gómez Núñez cuenta en su obra sobre la guerra de Cuba que Wheeler se encontró en el camino de Siboney: *al titulado general Castillo y al general Lawton, que le dieron noticias de la presencia de los españoles hacia Sevilla, y sin atender las órdenes de Shafter decidió marchar sobre ellos*³⁸. Sin embargo, las órdenes de Shafter eran muy claras: mantenerse en posición sobre el camino real Daiquirí-Siboney y no avanzar mientras no estuviesen asegurados los abastecimientos de las tropas.

El general Wheeler, un hombre temerario e impulsivo en extremo, decidió desobedecer a Shafter y lanzar un ataque de inmediato con la cooperación de las fuerzas mambisas. No obstante, González Clavel, que había combatido el día anterior contra los españoles en Las Guásimas, se negó a obedecer a Wheeler por haberle ordenado Calixto García que obe-

³⁷ ALLENDESALAZAR, José Manuel: *Op. cit.*, pp. 177-178.

³⁸ GÓMEZ NÚÑEZ, Severo (capitán de Artillería): *La Guerra Hispano-Americana*. Imprenta del Cuerpo de Artillería, Madrid, 1901, tomo IV.

deciera sólo al general Lawton, jefe del desembarco y en cuya división marchaba en vanguardia. Por consiguiente, la actitud del coronel cubano fue correcta.

Wheeler no quiso entonces esperar nuevas órdenes de Shafter, y sin contar con las fuerzas mambisas, preparó su división para atacar al día siguiente; y al efecto, hizo avanzar la Brigada Young por la noche hasta Siboney, a donde llegó a medianoche. A las seis horas del día 24, Wheeler ordenó avanzar hacia Las Guásimas por el camino real Siboney-Sevilla a la Brigada Young con cuatro cañones ligeros y unos cuatrocientos sesenta hombres, y al coronel Leonard Wood con los *Rough Riders*, cuatro cañones ligeros y dos cañones automáticos, sobre el trillo que cruzando el valle de Las Guásimas se une en las alturas con el camino real.

Poco después, el coronel González Clavel –se sorprendió al ver aparecer la vanguardia de la Brigada Young por la derecha, mientras que por la izquierda aparecía el coronel Wood–, les proporcionó informes y guías, y luego partió a Siboney para dar cuenta al brigadier Castillo Duany de lo difícil y arriesgada que sería la operación de asalto a las posiciones españolas por parte de las tropas que había enviado Wheeler³⁹.

Hacia las ocho horas, dos exploradores cubanos aparecieron por el camino. Los escuchas españoles avisaron la presencia del enemigo mediante el consabido canto del cuco⁴⁰. En ese momento, el general Rubín ordenó la primera descarga cerrada de la fusilería española, ocasionando numerosos heridos y una enorme confusión en el enemigo.

El ataque español sorprendió a la unidad de voluntarios que encabezaba la penetración y que se trataba de los *Rough Riders*, con el coronel Wood y el teniente coronel Roosevelt al mando. Las avanzadas de ambas columnas, la de Young y la de Wood, abrieron fuego casi al mismo tiempo, iniciando su repliegue; sin embargo, una lluvia de disparos bien dirigidos les hicieron retroceder. Una vez superado el factor sorpresa de la emboscada, lucharon con gran decisión y firmeza.

³⁹ Antes de que los jefes cubanos pudieran decidir nada, se produciría la retirada de las fuerzas españolas y con ello el final del combate de Las Guásimas.

⁴⁰ PLAZA, José Manuel: *Op. cit.* p. 181.

Tras el desembarco de los marines en Guantánamo (10 de junio), los españoles utilizaron el canto del cuco y los ruidos de diversas aves autóctonas desconocidas por los norteamericanos para transmitir avisos y mensajes de una posición a otra. En Las Guásimas, los norteamericanos estuvieron a punto de descubrir esta argucia por un explorador indio cherokee. Serían los exploradores indios quienes lograron descubrirla.

Entre los primeros heridos hubo un corresponsal que fue retirado por los soldados norteamericanos.

La acometida norteamericana fue duramente castigada por las tropas españolas. Éstas no cejaban y su fuego, por descargas cerradas y con precisión matemática, llegó a ser tan certero y voluminoso que Wheeler, desesperado, tuvo que enviar emisarios a Siboney en busca de refuerzos de Lawton. El general Lawton envió como refuerzos al 9º de Caballería y a la Brigada Chaffee: pero no fue necesario. Antes de que llegaran los refuerzos, el general Rubín, siguiendo instrucciones del general Linares, ordenó la retirada de las tropas españolas, llevándose sus muertos, heridos y bagajes. Esta retirada inexplicable fue considerada por los norteamericanos como parte de un plan estratégico del general Linares.

Cuenta Chidsey que de las tropas norteamericanas que allí combatieron (combate que considera un fracaso e inútil), los únicos no regulares fueron los *Rough Riders* (su primera experiencia en combate): *Su coronel Leonard Wood, un oficial de carrera, permaneció impassible como una estatua de un indio en una tienda de tabaco; pero el teniente coronel Teodoro Roosevelt, saltó de un lado a otro como un niño con ganas de ir al lavabo. Otro que sucumbió a la excitación fue el general "Fighting Joe" Wheeler⁴¹ que, cuando vio a los españoles que se retiraban, se golpeó la rodilla con el sombrero y gritó:*

-¡Vamos muchachos!. ¡Los yankis de mierda están huyendo!⁴²

El coronel González Clavel al frente de sus tropas y las de Castillo, persiguió a las fuerzas españolas en su repliegue y se apoderó de muchos equipos abandonados al producirse la retirada; no obstante, pese al acoso, el contingente español logró llegar a Santiago de Cuba sin dificultad. En cuanto a los soldados de Wheeler, estaban tan extenuados por el calor y el combate que ya no podían más, por lo que no se sumaron a los mambises en la persecución y se contentaron con la conquista de Las Guásimas, Sevilla y La Redonda. El parte de bajas viene reflejado en el siguiente cuadro:

⁴¹ Joseph Wheeler, Mayor General de la División de Caballería del 5º Cuerpo de Ejército, tenía entonces sesenta y dos años. Durante la pasada Guerra de Secesión dirigió, con el grado de coronel, la Caballería del Ejército confederado. Medía metro y medio y pesaba sólo cuarenta y cinco kilos. Por su valor en los combates se ganó el apodo de "Fighting Joe" (*Joe el Peleón*). En los últimos diez años había sido elegido senador, distinguiéndose por promover la reconciliación entre el Norte y el Sur. Fue rescatado de su retiro y nombrado Mayor General de Voluntarios del Ejército como último movimiento político para disipar de una vez los rencores dejados por la Guerra de Secesión y cohesionar la amalgama diversa de tropas que tras la guerra formaba el Ejército Regular norteamericano.

⁴² BARR CHIDSEY, Donald: *Op. cit.*, p. 141.



El Teniente Coronel Roosevelt, Jefe del escuadrón de "Rough Riders".

CUADRO 8
PARTE DE BAJAS DEL COMBATE DE LAS GUÁSIMAS

	Ejército norteamericano	Ejército español
Oficiales muertos	1	3
Alistados muertos	15	7
Total muertos	16	10
Oficiales heridos	6	
Alistados heridos	46	
Total heridos	52	25
Total de bajas	68	35

Entre tanto se realizaban estos encuentros, el general Calixto García embarcaba en Aserradero con tropas cubanas al mando del general Jesús Rabí rumbo a Siboney. Tres días después, el general Shafter también desembarcaba en Siboney para asumir el mando supremo de las operaciones terrestres.

Comentario al combate de Las Guásimas

El innecesario combate de Las Guásimas fue a nuestro juicio el más inútil de toda la campaña militar del ejército aliado cubano-norteamericano. Solo la impetuosidad y el ardiente deseo de combatir de Wheeler lo explica, pero en modo alguno lo justifica. Los propios historiadores norteamericanos afirman que fue un verdadero fracaso, ya que Wheeler no ganó absolutamente nada, ni ventajas estratégicas ni tampoco unas posiciones que no hubiera podido obtener sin combatir y sin bajas.

Por parte española, Linares se limitó a seguir la táctica de los insurrectos cubanos: concentró un contingente de tropas en Las Guásimas, atacó por sorpresa y se replegó. No obstante, resulta indiscutible que si el general Rubín hubiera imitado la conducta del brigadier Joaquín Vara del Rey en El Caney, el resultado hubiera sido desastroso para el ejército invasor. Las fuerzas de Wheeler eran sólo novecientos quince hombres, mientras que los españoles contaban con unos tres mil entre Las Guásimas, Sevilla y La Redonda; además, las fuerzas españolas estaban perfectamente parapetadas en posición muy ventajosa.

Aunque las tropas españolas finalmente fueron flanqueadas y vencidas por las numerosas tropas de Lawton, hay que precisar que estos refuerzos

llegaron de Siboney en pequeños grupos y agotados, por lo que las bajas norteamericanas hubieran sido enormes y también un golpe moral para el 5º Cuerpo de Ejército.

Las fuerzas del general Rubín se retiraron por orden del general Linares, quien dispuso que marcharan sobre Santiago: *por escalones y con todas las precauciones necesarias para rechazar cualquier ataque enemigo*. Sin embargo, la orden debió ser la de resistir en Las Guásimas por ser la posición española más firme entre Siboney y Santiago de Cuba. A partir de este combate, las cosas serían más difíciles para los españoles, ya que sus enemigos se aproximaban a las posiciones escogidas por Linares para presentar batalla; y también, al ceder Las Guásimas, los españoles habían ampliado con gran peligro la línea a defender (dado sus escasos efectivos), que se prolongaba ahora a la izquierda para cubrir la línea de ferrocarril y los suministros de agua a Santiago.

Chadwick tiene razón al afirmar que el mayor error del general Linares consistió en adoptar un dispositivo que: *intentaba cubrir todos los puntos imaginables de ataque en lugar de concentrarse contra el avance de un enemigo que, como estaba claro, iba a atacar desde el Este*⁴³. Aunque Linares tenía que tomar medidas de precaución contra los mambises que infestaban la región oriental, en los siguientes combates contra el 5º Cuerpo de Ejército - su principal enemigo - sólo emplearía el trece por ciento de los hombres inmediatamente disponibles en Santiago y sus alrededores, y menos del seis por ciento de los que tenía a su mando en su jurisdicción. En cambio, Shafter acumularía contra él un ochenta y seis por ciento de sus efectivos⁴⁴. Este desprecio de Linares al lógico principio de concentración lo pagaría muy caro.

En otro orden de cosas, veamos la situación de los mambises. González Clavel fue acusado por Wheeler de cobarde, pero ni él ni los historiadores norteamericanos han querido explicar que Wheeler desobedeció al general Shafter al decidir por su cuenta atacar a los cubanos en Las Guásimas, mientras que el coronel cubano se limitó a acatar las órdenes del general Lawton, jefe de las fuerzas norteamericanas desembarcadas, por orden expresa del general Calixto García. Además, González Clavel y Castillo Duany aconsejaron a los norteamericanos que no combatieran en Las Guásimas por tratarse de una posición desfavorable, pero Wheeler no hizo caso y su avance improvisado resultó desastroso.

⁴³ CHADWICK, French Ensor: *The Relations of the United States and Spain: The Spanish-American War*. Charles Scribner's Sons, Nueva York, 1911, vol. II, p. 72.

⁴⁴ ALBI, Julio y STAMPA, Leopoldo: *Op. cit.* vol. II, p. 542.

Por otra parte, las relaciones entre los mambises y los norteamericanos eran muy malas, aunque combatesen juntos. El día 23 se produjo un grave incidente por la insolente actitud del alto mando norteamericano, al ordenar éste que se ocupara una casa que servía de cuartel general del brigadier Demetrio Castillo Duany y se arriara la bandera cubana para izar la de los EEUU. A duras penas los mambises pudieron contener su justa indignación, llegándose a plantear la reconquista del local. Además, los mambises no estaban contentos con que se les intentara relegar a meras labores de explotación y acarreo de abastecimientos.

El ejército de Calixto García, lejos del lugar de invasión y de Santiago, tuvo que permanecer embarcado en dos vapores norteamericanos durante días, esperando recibir órdenes para saltar a tierra. Calixto García estaba furioso por sentirse relegado en los momentos decisivos. Así pues, los mambises no tuvieron más remedio que soportar aquel maltrato que consideraban humillante para poder continuar luchando junto a los norteamericanos y evitando en lo posible que no les quitaran el protagonismo.

La decisión de Shafter: atacar las alturas de San Juan y El Caney

Shafter quería marchar directamente desde su cuartel general en Siboney a Santiago de Cuba. Tenía que atravesar una cordillera, lo que hizo la expedición que combatió en Las Guásimas, y que pese a su fracaso militar innecesario, había servido para abrir un camino. Desde un punto al norte de Las Guásimas podía verse Santiago. Al norte de este territorio la topografía volvía a nivelarse por un trecho y el terreno intermedio a recorrer, de más de ocho kilómetros de largo, era ondulado y cortado por numerosos riachuelos y lleno de malezas. Además, sobre casi todos los promontorios algo elevados se erigía una casamata⁴⁵.

⁴⁵ Las casamatas eran pequeños fuertes donde se agrupaban las fuerzas españolas y fueron un elemento importante en la guerra de Cuba. En su origen, habían sido construidas por el ejército español como lugares de protección para las tropas. Eran cuadradas y de dos pisos: la planta baja, por lo general de piedra, y la de arriba de madera. En algunos casos, la parte superior sobresalía por encima de la inferior, como en los fuertes coloniales americanos; y en otros tenían los costados rectos. A menudo estaban rodeadas por trincheras profundas y alambre de púa. El alambre de púa solía atarse a los árboles y a los arbustos fuertes, y no a los postes que podía ser arrancado. Los norteamericanos carecían de tenazas para cortar el alambre de púa, por lo que les ocasionó muchos problemas.

Una pieza de artillería moderna de entonces podía destruir con facilidad una casamata española, pero el ejército norteamericano carecía de cañones modernos (la Artillería era el Arma más abandonada del servicio), y era invulnerable ante las pequeñas armas de fuego.

Durante la noche del 30 de junio, los centinelas de los puestos de guardia de Fuerte Canosa habían dado voces de alarma. A lo largo del frente, los movimientos de las tropas norteamericanas se hicieron incesantes y evidentes. Las tropas del general Linares apenas pudieron dormir. A las seis horas del día siguiente, 1 de julio, los soldados españoles ya habían desayunado en sus posiciones de las trincheras, fuertes y blocaos. Los artilleros habían hecho la última limpieza de sus cañones; y los francotiradores de mejor puntería se habían acomodado en las copas de las palmeras, camuflados entre sus hojas, para observar desde la altura la actividad de las fuerzas enemigas.

El general Linares y su Estado Mayor habían conferenciado durante toda la noche en Fuerte Canosa, defendido por marinos de la escuadra del almirante Cervera al mando del capitán de navío Joaquín Bustamante, jefe de Estado Mayor de la escuadra de Cervera, que estuvo recorriendo a caballo los puestos arengando a sus hombres y recordándoles el plan de retirada y reembarque en caso de que dicha orden fuera cursada por Linares y Cervera.

Aquella noche, barcos norteamericanos se acercaron a las costas que rodean la bahía por el lado de Aguadores. Su desplazamiento fue detectado y seguido por los artilleros de las fortalezas de El Morro y La Socapa, pero se situaron lejos del alcance de los cañones.

El general Linares, frente a los mapas del amplio frente que tenía que defender, ignoraba cuál sería el eje del ataque enemigo. Pensó que los movimientos de los barcos de Sampson podrían significar que el enemigo intentaba romper la defensa por la costa de Aguadores, donde fueron observados grandes movimientos de tropas norteamericanas toda la noche. Linares disponía de dos mil hombres para reforzar las posiciones más castigadas.

Así pues, el día 1 de julio, las fuerzas norteamericanas, tras una marcha fatigosa y complicada aún más por graves problemas logísticos (la intendencia fue incapaz de seguir el avance de las tropas), se encontraron frente a la línea defensiva española. El único eje posible para el avance contra Santiago era el estrecho camino de Siboney, que discurría entre una densa manigua, hasta unos quinientos metros de las Lomas de San Juan (situadas entre Siboney y Santiago, a medio camino), cuando la vegetación desaparecía casi por completo, formándose una llanura sembrada sólo de matorrales. Al noroeste de ellas, se hallaba el poblado de El Caney. El general Shafter quería atacar El Caney y las alturas de San Juan, al considerar ambas posiciones como obstáculos en su marcha hacia Santiago; sin embargo, El Caney no lo era, ya que se trataba de un puesto avanzado al nordeste de la ciudad.

El día anterior, Shafter fue informado por los mambises que una fuerte columna española al mando del coronel Escario se dirigía a marchas forza-

das desde Manzanillo a Santiago, lo que le decidió a iniciar de inmediato los combates antes de que la guarnición se reforzara con estas tropas. Una vez que reconoció el terreno y fue informado por los mambises sobre las posiciones y fuerzas españolas, tomó las siguientes disposiciones:

Primera. La División Lawton, apoyada por la Batería de Capron, atacaría El Caney al romper el alba. El general Lawton ya había estudiado el terreno con unos binoculares y le había asegurado que podría tomar El Caney en dos horas.

Segunda. Tan pronto como se abriera fuego contra El Caney, la División de Caballería de Wheeler y la de Infantería de Kent, apoyadas por la Batería de Grimes, situada en el monte de El Pozo, avanzarían y se desplegarían frente a San Juan. Al llegar al claro, la caballería atacaría por la derecha y la infantería lo haría por la izquierda.

Tercera. Una vez tomado El Caney, Lawton volvería sobre Santiago y ocuparía el flanco derecho de Wheeler con el apoyo de una batería, y entonces las tres divisiones unidas atacarían las alturas de San Juan.

Cuarta. La Brigada Independiente de Bates y dos baterías quedarían en reserva. Como el mayor general Wheeler se hallaba enfermo, su División de Caballería estaría a cargo del brigadier Sumner, con lo que el coronel Wood pasaría a mandar la 1ª Brigada de Caballería en su lugar, y el teniente coronel Roosevelt quedaría al mando del Regimiento 1º de Caballería Voluntaria (*Rough Riders*).

Las fuerzas mambisas de las brigadas del Ramón de las Yaguas, pertenecientes a Carlos González Clavel, ahora ascendido a general, ocuparon el flanco izquierdo de la Brigada Chaffee sobre el camino de Santiago y la finca Santo Tomás. Dichas fuerzas compuestas por cuatrocientos soldados cubanos estaban a las órdenes de los comandantes Duany e Izaguirre, ya que el general González Clavel se hallaba protegiendo a la Batería Grimes con el resto de la División Castillo, las brigadas de Jiguaní y Bayamo, y el resto de la División del Ramón de las Yaguas.

Una vez terminada la batalla de San Juan, el general Calixto García desde Marianaje enviará a González Clavel la orden de marchar con todas sus fuerzas a El Caney para cooperar en la toma del poblado. Así, el general González Clavel pasará a ocupar el flanco derecho de la Batería Bates e izquierdo de Chaffee.

La batalla de El Caney

La guarnición de El Caney estaba a las órdenes del brigadier Joaquín Vara del Rey Rubio y constaba de las siguientes fuerzas: tres compañías del

Regimiento Constitución⁴⁶, cuarenta y un hombres del Regimiento Cuba, cuarenta y cinco guerrilleros y cincuenta movilizados. En total, quinientos veintisiete hombres, de los que cuarenta ocupaban un fortín de piedra llamado El Viso. Las fuerzas españolas carecían de ametralladoras y de artillería; sin embargo, tuvieron que resistir el ataque de quince regimientos norteamericanos con poderosa artillería y ametralladoras.

Las defensas de El Caney se reducían a El Viso y cuatro blocaos o fortines de madera, conectados entre sí por trincheras y alambradas. Por otra parte, en previsión del ataque del enemigo, fueron aspilladas las casas de mampostería y la iglesia del pueblo.

Shafer pretendía que Lawton envolviera el poblado para cortar la retirada española sobre Santiago. Con este objeto, la Brigada Ludlow se situó sobre el flanco derecho español, la Brigada Miles en el centro y la Brigada Chaffee con los mambises sobre el flanco izquierdo, que era donde precisamente se encontraba el fuerte de El Viso. La Brigada Bates actuaba como reserva y la Batería Capron se situó a más de un kilómetro y medio a retaguardia de Bates sobre el lado sudeste del poblado, apoyada por el batallón cubano del comandante Vicente Castillo, perteneciente al Regimiento Maceo.

El día 1 de julio de 1898, a las seis horas, se inició el combate con el primer cañonazo. La Batería Capron, emplazada durante la noche en el monte de El Pozo frente a El Caney, abrió fuego y las nubes que salían de las bocas de los cañones descubrían su posición, al tiempo que indicaban a los españoles lo antiguas que eran sus piezas de artillería. El bombardeo intentaba concentrarse en los blocaos de madera y las edificaciones de la vieja iglesia del poblado; pero, unos disparos caían largos y otros cortos, y muy pocos dentro del recinto, rodeado por trincheras y alambradas.

Al mismo tiempo, los españoles abrieron fuego sobre las avanzadas de la Brigada Chaffee, que comprendió que el núcleo principal de la resistencia era El Viso, por lo que intentó tomarlo cuanto antes. El avance de las tropas norteamericanas se produjo a las siete. Oleadas de soldados, en movimientos coordinados de ataque, empezaron a disparar sus fusiles a menos de cuatrocientos metros. Al poco rato, los norteamericanos intentaron un avance, pero fue rechazado por el formidable fuego de los quinientos *Mau-ser* de tiro rápido de la fusilería española, que por descargas cerradas y muy rasantes, producían numerosas bajas. Mientras tanto, la Batería Capron no cesaba de disparar sobre El Viso, el pueblo y las trincheras.

⁴⁶ Por el combate de El Caney se concedió a su Bandera la Corbata de la Real y Militar Orden de San Fernando.

El combate era desesperado. Lawton creyó haber tomado el poblado a las ocho, pero se equivocó. Estaba frenético por aquella resistencia inesperada y decidió aumentar su ataque en todo lo posible. Sin embargo, la defensa de los hombres de Vara del Rey era excelente, no dejando de disparar sobre las sucesivas oleadas de la infantería enemiga.

A las nueve se interrumpió el combate, pues los generales norteamericanos decidieron pedir refuerzos. Vara del Rey aprovechó este descanso para hacer recuento de sus bajas: medio centenar entre muertos y heridos. Pero el combate no había hecho más que comenzar.

El asalto a El Caney se reanudó a las once al llegar los refuerzos solicitados. La Brigada Bates entró en acción incrementando los efectivos norteamericanos a seis mil seiscientos hombres. Al mediodía, El Caney resistía y los bravos defensores españoles combatían heroicamente frenando el poderoso ataque de la División Lawton. El general Linares comprendió que Shafter, por alguna razón que desconocía, había supeditado el avance de sus fuerzas (quince mil hombres en un frente de más de ocho kilómetros) a la toma del fuerte de El Viso, lo que constituía un grave error estratégico.

A las trece horas, las brigadas de Miles y Bates recibieron la orden de avanzar por el espacio que quedaba entre los generales Chaffee y Ludlow, siendo este avance rechazado con grandes pérdidas por el terrible fuego español. Una hora después, la Batería Capron avanzó su posición a cerca de un kilómetro de El Viso y su fuego se hizo ya efectivo. Las granadas Shrapuell reventaban sobre el fuerte de piedra y las trincheras con gran efectividad. Algunas agujereaban el techo de El Viso y traspasaban los fortines de madera como si fueran de papel: sin embargo, la defensa española continuaba enconada. El brigadier Vara del Rey, héroe de esta acción, estaba dispuesto a morir antes de rendirse y, siguiendo la tradición de la oficialidad española en los combates, se paseaba sable en mano entre el fuerte y las trincheras arengando y alentando a sus hombres y desafiando las balas enemigas.

Hacia las quince horas, Lawton recibió la orden terminante de abandonar El Caney y marchar sobre San Juan. Sin embargo, desobedeció a Shafter y furioso decidió continuar el combate aún con mayor ardor; mientras, el general González Clavel se incorporaba con el resto de sus fuerzas⁴⁷. A esa misma hora, la artillería norteamericana, cada vez más cerca de las posiciones españolas, comenzó a barrer los muros y las trincheras de El Caney. La infantería

⁴⁷ El general Lawton, que había pretendido tomar El Caney en dos horas, tardaría casi trece (once de combate). En tales circunstancias, se vio precisado a pedir refuerzos urgentes a Calixto García y a la Brigada Miles (2ª Brigada de la División de Lawton). Los dos batallones enviados por E. Miles fueron reforzados por batallones de Infantería cubanos enviados por Calixto García.

lanzó un fuerte ataque, llegando al combate cuerpo a cuerpo con la bayoneta calada ante las alambradas. Vara del Rey, herido de bala en una pierna y con un torniquete improvisado en el muslo, seguía arengando a sus hombres a no retroceder un palmo de terreno ante el enemigo. De sus quinientos veintisiete hombres, la mitad de ellos habían muerto o estaban malheridos.

Hacia las dieciséis treinta horas, las fuerzas de Chaffee y la División González Clavel, protegidas por un violento fuego de artillería, se lanzaron al asalto sobre El Viso, casi demolido, y las trincheras. Este avance fue detenido una vez más y esta vez al pie del fuerte, por el terrible fuego de los Mauser, a pesar de contar con un efectivo seis veces superior a los defensores. Vara del Rey, ahora herido de bala en ambas piernas, siguió dirigiendo la defensa desde una camilla llena de sangre; pero una nueva cometida tiene éxito. A las diecisiete horas, once horas después de iniciarse el combate, cuando los españoles tenían ya dos centenares de heridos y escasas municiones, los asaltantes, con soldados cubanos del batallón Caonao al frente⁴⁸, coronaron por fin la altura y entraron en El Viso en ruinas, donde hallaron siete supervivientes, diez muertos y once heridos. En este combate falleció el heroico teniente mambí Franco.

Los españoles se retiraron lentamente sobre el pueblo combatiendo y se hicieron fuertes en la iglesia y en las casas de mampostería. Tomado El Viso, el fuego norteamericano se concentró sobre El Caney, siendo rechazadas las columnas atacantes. Pero, una vez consolidada la artillería norteamericana en El Viso, numerosos proyectiles cayeron sobre el poblado, imposibilitando toda eficaz resistencia. En su retirada, las fuerzas invasoras tuvieron que tomar con gran dificultad la iglesia y las casas fueron conquistadas una a una. Entre las ruinas de El Caney vibraba el alma de los soldados españoles, destacándose la figura de Vara del Rey, que se agigantaba aún más.

Sintiendo que se debilitaba, Vara del Rey hizo entrega del mando al teniente coronel Puñet, quien con ochenta hombres organizó la retirada. El Caney fue ocupado a las dieciocho cincuenta horas, marchando los cubanos siempre en vanguardia, por lo que fueron los primeros en entrar tanto aquí como en El Viso⁴⁹.

⁴⁸ *Historia de Cuba*. Dirección Política de las FAR. La Habana, 1973, p. 503. Cita la obra del capitán Aníbal Escalante Beatón (*Calixto García: su campaña en el 95*. La Habana, 1946) en la que dice que Lawton tuvo que aceptar las indicaciones de Calixto García: *Los consejos de nuestro jefe son aceptados por el general Lawton y la táctica a seguir para el segundo ataque, había de dar fructíferos resultados. Aquella manera de avasallar fortificaciones empleada por los mambises en Guáimaro, Tunas, Guisa y Jiguaní, había de servir de norma a Lawton para capturar no sólo El Viso, sino también el pueblo del Caney.*

⁴⁹ El Estado Mayor del general González Clavel se componía del teniente coronel Ramiro Céspedes, jefe de Estado Mayor; el comandante Juan Mapons, jefe del Despacho; el capitán ayudante Alberto Plochot; tenientes ayudantes Pablo Torres y Rafael Estévez (muerto éste en acción); y los tenientes Antonio Sagaró y José Baldoquín.

La retaguardia española, compuesta por unos cien hombres al mando del comandante Juan Puñet, defendió heroicamente los escasos supervivientes que trataron de escapar, entre los que iba el propio general Vara del Rey y un grupo de heridos montados en acémilas que tomaron por el callejón que va de El Caney a San Miguel de Lajas, y de ahí a Santiago. Este grupo daba la apariencia de tropas en retirada, y por ello, al ser descubierto por las fuerzas cubanas y norteamericanas, éstas concentraron sobre él un fuego certero. Vara del Rey iba en camilla y ante el fuego enemigo cayeron muertos sus cuatro camilleros, poco después los cuatro que les sucedieron, y la misma suerte corrieron los relevos posteriores. Finalmente, el general Vara del Rey recibió un disparo mortal en la cabeza, y los heridos montados también murieron acibillados; entre estos últimos halló la muerte el valeroso teniente Domínguez. Ninguno de ellos escapó con vida.

Tras la conquista de la posición española, el cadáver de Joaquín Vara del Rey recibió todos los homenajes de admiración y respeto por parte de los norteamericanos y cubanos. En su entierro, sus propios enemigos le tributaron los más altos honores militares.

El comandante Puñet mantuvo la retaguardia con gran valor, llegando por la noche a Santiago con menos de sesenta hombres. En El Caney los españoles perdieron: un general, dos comandantes y cuatro tenientes muertos; y cuatro capitanes y seis tenientes segundos heridos. El total de bajas fue trescientos cinco hombres de un efectivo de cuatrocientos treinta y seis; es decir, casi el noventa por ciento.

Por parte norteamericana: cuatro oficiales y setenta y siete alistados muertos; y veinticinco oficiales y trescientos cincuenta y cinco alistados heridos. De ahí que el total de bajas fue de cuatrocientos cuarenta y siete hombres, lo que equivalía al siete por ciento de sus tropas.

Aquel día 1 de julio de 1898, la guarnición de El Caney con el heroico general Vara del Rey al frente, escribió una de las páginas más gloriosas de la historia militar de España. La defensa de El Caney quedará siempre unida a la gesta del general de brigada Joaquín Vara del Rey, muerto en combate a los cincuenta y ocho años de edad⁵⁰.

⁵⁰ GARCÍA PÉREZ (Teniente Coronel): *Patria*. Imprenta del Colegio de M^a Cristina, Toledo, 1923, 3^a edición, p. 51. Joaquín Vara del Rey y Rubio nació en Ibiza el 14 de agosto de 1841. El 2 de enero de 1857 ingresó como cadete en el Colegio de Infantería. El 1 de junio de 1859 fue promovido a subteniente. En 12 de agosto de 1860 ascendió a teniente. El 22 de junio de 1866 mereció el grado de capitán. En 24 de septiembre de 1868 obtuvo el grado de comandante. En 30 de abril de 1871 ascendió a capitán. En 4 de agosto de 1872 obtuvo el nombramiento de teniente coronel. En 13 de enero de 1876 ascendió a comandante. En 22 de enero de 1878 mereció el grado de coronel; en 9 de mayo de 1891 a coronel; y en 30 de junio de 1897 a general de brigada. Por su comportamiento heroico en El Caney, donde murió, obtuvo la cruz de 4^a clase de San Fernando, según real orden de 19 de agosto de 1900 (D.O. núm. 180).

Comentario a la batalla de El Caney

Este combate ha sido muy discutido en términos de estrategia militar por hallarse El Caney muy alejado de la ruta a Santiago. Sin duda, pudo ser flanqueado por las fuerzas norteamericanas sin producirse ninguna baja.

El Caney nunca debió ser atacado a fondo, sino emplear tan sólo un regimiento o a lo sumo una brigada para evitar la salida de su guarnición mientras se producía el ataque a San Juan. Lo que hizo Shafter fue dividir su ejército y enviar casi la mitad contra este puesto avanzado, regularmente fortificado y no bien guarnecido. Siendo la posición eje San Juan, tenía que haber concentrado sus fuerzas y dirigir allí todo su ataque para terminar cuanto antes su ocupación y tener libre el camino hacia Santiago de Cuba.

Conviene que insistamos en que la toma de San Juan dejaba El Caney aislado por completo. Fue un grave error táctico el que Lawton no hubiera situado desde un principio los cañones de la Batería Capron a una distancia adecuada de El Viso para batirlo con más eficacia, ya que el general Vara del Rey carecía de artillería para responder al bombardeo⁵¹.

También Lawton debió haber cargado mucho antes y con un mayor número de hombres. Los hombres de Chaffee y los cubanos no eran suficientes, por lo que tuvieron que ir los de Bates, apoyados unos y otros por el resto de la división, pero nunca tan tarde. Por supuesto, ninguna fuerza abandona las trincheras donde se siente relativamente segura bajo el fuego de la fusilería y cañones de bajo calibre; por ello, debió haber cargado a fondo para desalojarla. En vez de hacer esto, estuvo haciendo fuego de fusil durante casi ocho horas, y cuando se decidió por ordenar la carga, fue el lógico final de la resistencia de los hombres de Vara del Rey.

Al planear el ataque a San Juan y a El Caney, Shafter dispuso que las divisiones de Wheeler y Kent, apoyadas por la Batería Grimes y las fuerzas mambisas de Bayamo, Jiguaní y parte de las del Ramón de las Yaguas, a las órdenes directas de González Clavel, atacaran San Juan tan pronto como se rompiese el fuego en El Caney. Luego, una vez tomado El Caney, la División Lawton debería marchar sobre Santiago y situarse sobre el flanco derecho de Wheeler para completar el cerco, atacando la División Kent

⁵¹ BARR CHIDSEY, Donald: *Op. cit.*, p. 145.

Chidsey afirma que la Batería Capron fue más un estorbo que una ayuda. Aun cuando fueron debidamente colocados los cañones, nada pudieron hacer para sacar a los españoles de sus trincheras. Además, los norteamericanos disponían de pólvora negra anticuada, la cual producía grandes humaredas de color blanco azulado que delataban la posición exacta de la batería. Esta desventaja de la Batería Capron fue rápidamente aprovechada por los españoles.

por el flanco derecho español y Wheeler por el centro. Así, las tres divisiones unidas deberían atacar San Juan. Pero el problema ocurrió al no poder tomar Lawton El Caney en dos horas como había asegurado a Shafter, y por ello, fue preciso movilizar tropas sobre el flanco izquierdo español, lo que produjo una gran confusión de unidades como veremos más adelante.

La batalla de San Juan

En San Juan tan sólo había una compañía del Regimiento Puerto Rico. Por ello, el general Linares decidió reforzar esta tropa el día 1 con: dos compañías del Regimiento Talavera y una sección de artillería Krupp cal. 75 de fuego rápido, cincuenta artilleros para estas piezas y unos sesenta o setenta voluntarios cubanos leales a la causa española pertenecientes al Cuerpo de Bomberos de Santiago de Cuba que llegaron a las once. Conviene destacar que las fuerzas españolas en las alturas de San Juan jamás tuvieron más de cuatrocientos cincuenta hombres, antes de la llegada de los cuatrocientos cincuenta infantes de Marina con el capitán Bustamante al frente, y no mil quinientos hombres como mencionan los historiadores norteamericanos.

Linares tenía tropas parapetadas en posiciones elevadas del camino que tenían que recorrer las tropas enemigas para alcanzar la base de las colinas. Además, en el campo que llevaba a la falda de las colinas había elegantes casas de recreo y mansiones de familias adineradas de Santiago que habían sido fortificadas y convertidas en reductos militares llenos de trincheras, casamatas de troncos y alambradas.

La Batería Grimes, usando la anticuada pólvora negra (lo que descubría su posición), rompió fuego sobre San Juan hacia las seis. La sección de Artillería española contestó al fuego artillero estadounidense con gran puntería, obligando al enemigo a abandonar dos veces sus cañones y a tener que moverlos después en distintos lugares.

Shafter no lograba comprender cómo no se producía la ocupación de El Caney cuando la proporción de fuerzas respecto a las españolas era de diez a uno; pero, a pesar de ello, casi a la misma hora, hizo avanzar a las divisiones de Kent y de Sumner desde El Pozo hacia San Juan. Sólo había una forma de llegar al río Aguadores y a las lomas de San Juan: un camino selvático sin pavimentar, al borde de la manigua y cuyo estado era un lodazal por la lluvia incesante.

Las fuerzas de Sumner fueron las primeras en vadear el río Aguadores, iniciando su despliegue a la izquierda de las fuerzas españolas. Al iniciarse

este despliegue, las fuerzas de González Clavel, que marchaban a vanguardia de las de Kent, llegaron al vado, produciéndose una gran congestión de tropas tanto en el vado y como en el camino debido a la manigua espesa que impedía el fácil despliegue de estas tropas dispuestas también a cruzar el río.

Los norteamericanos tuvieron entonces la fatal idea de izar un globo cautivo de seda amarilla sobre este lugar congestionado de tropas. Dicho globo, orgullo del Cuerpo de Señales, llevaba dos oficiales y era manejado desde tierra por cuatro soldados. Los españoles decidieron derribar el globo cautivo concentrando el fuego de sus rifles y cañones; sin embargo, inmediatamente se dieron cuenta de que había tropas debajo el globo por los gritos e insultos que proferían los soldados, de ahí que cesaran por el momento en su fuego de fusil sobre este objetivo y dirigieran sus descargas, cerradas y muy rasantes, sobre la espesa manigua, causando numerosas bajas en aquellas tropas apiñadas en el camino y el vado, y que recibían indefensas esta mortífera lluvia de plomo sin poderse defender. Una vez derribado el globo, que cayó lentamente y del que salieron ilesos los dos oficiales, el fuego artillero se unió al de los fusiles, aumentando la mortandad en las filas asaltantes. Aquel fuego español resultaba mortífero, pues las trincheras españolas estaban a distancias que variaban entre cuatrocientos cincuenta y setecientos treinta metros del enemigo.

Ante el número de bajas, fue preciso instalar un hospital de campaña en la ribera del Aguadores y los improvisados "cirujanos" hicieron cuanto pudieron con el escaso material que poseían, aunque los heridos capaces de caminar regresaron a Siboney. El caos reinaba como en Tampa y en el desembarco, pero esta vez bajo el fuego de las armas españolas.

Mientras tanto, la batería española tuvo que cesar su fuego sobre la manigua para poder contestar al fuego de la Batería Grimes, y así la infantería norteamericana pudo avanzar con mayor libertad, comenzar el repliegue y disparar a su vez sobre las trincheras españolas.

Las tropas mambisas marchaban ahora a retaguardia del Regimiento 71 de Voluntarios de Nueva York. Los dos batallones de vanguardia de este regimiento, con sus anticuados fusiles Springfield, que acababan de sufrir mucho bajo el fuego español, se desorganizaron al desplegarse y cayeron de lleno bajo las descargas cerradas españolas, realizadas ahora a menos de trescientos metros. Así, el Regimiento 71 de Voluntarios de Nueva York rompió su cohesión, y aunque unos se refugiaron en la espesura de la manigua cercana, la mayoría se echó cuerpo a tierra aprovechando los accidentes del terreno para protegerse. Por momentos, la situación se hizo muy comprometida y, lo que era aún peor, aquel desorden podía extenderse en

las filas atacantes. No obstante, el general González Clavel, con una serenidad y un valor extraordinarios, hizo avanzar a sus mambises y logró restablecer la línea de fuego hasta la llegada de los refuerzos norteamericanos. Precisamente por esta acción, el general Wood le felicitó efusivamente sobre el mismo campo de batalla.

Los refuerzos norteamericanos no pudieron ser más providenciales y consistieron en los regimientos 9, 13 y 24 de Infantería regular. Debemos señalar con justicia que el Regimiento 71 de Voluntarios de Nueva York, pasado el mencionado momento de indecisión, se portaría admirablemente en el resto de la campaña. El coronel Wikoff, que mandaba la brigada, cayó muerto inmediatamente; asumió el mando el teniente coronel Worth del 13° de Infantería, que también murió cinco minutos después; el mando recayó entonces en el coronel Liscum del 24° de Infantería, que pronto cayó mortalmente herido; y, finalmente, tomó el mando el teniente coronel Evans, del 9° de Infantería, quien por fin pudo restablecer la línea de fuego con grandes pérdidas.

En el ala izquierda, los *Rough Riders* de Roosevelt y un regimiento regular compuesto por negros, el 9° de Caballería, cargaron contra la loma de la Caldera. Se llamaba así porque en su cima había una gran caldera para la caña de azúcar, contra la que sonaban los disparos que provenían de las alturas. En esta fase de la batalla fueron llevadas las cuatro ametralladoras Gatling, tres de ellas a cargo del teniente John H. Parker, que aterrorizaron a los españoles pues nunca habían visto unas ametralladoras de fuego tan rápido⁵². Desalojados los españoles, los norteamericanos se quedaron detrás de la gran caldera. Los *Rough Riders* de Roosevelt no recibieron la orden de tomar la cima de la loma de San Juan. Lo que hizo Roosevelt, empuñando su sable y su revólver, fue escalar la sierra un poco más tarde, ya que ese día se estuvo moviendo por todas partes⁵³.

⁵² Los norteamericanos llamaban "*coffee-grinders*" (*molinillos de café*) a sus ametralladoras Gatling por su sonido característico.

⁵³ CHIDSEY, Donald Barr: *Op. cit.* p. 146. CHADWICK, Frech Ensor: *Op. cit.* vol. II, p. 81.

La batalla de San Juan se convirtió en una leyenda norteamericana, según la cual, Theodore Roosevelt encabezó la carga contra la loma de San Juan, algo que no hizo. Tomó la Loma de la Caldera, un excelente hecho de armas, aunque con él hubo otros oficiales que él maliciosamente no cita en su obra *The Rough Riders*, la obra más leída por los norteamericanos de las muchas que se escribieron sobre el tema y que viene a ser su visión de la campaña militar. Donald Barr Chidsey afirma que los lectores de este *best seller* pensaban que este libro debería titularse "Sólo en Cuba".

Roosevelt, ahora coronel (Leonard Wood había ascendido a brigadier) a cargo del regimiento, no participó en la carga con la que se conquistó la cima de la loma de San Juan, sino que llegó después. Sin embargo, lo cierto es que jamás dijo que lo hiciera.

Aquello era un verdadero infierno. Los españoles combatían en firme; no obstante, llegaron a tiempo nuevas tropas norteamericanas: el 10° de Caballería desmontada del Ejército Regular y el 20° de Infantería Regular. Ante tal contrariedad, los españoles arreciaron su fuego todo cuanto pudieron, pero éste era ya contestado voluminosamente por norteamericanos y cubanos, ya que la División Wheeler, al mando del general Sumner, una vez asaltada la loma de la Caldera, desbordaban la loma de San Juan bajo el ejemplo de sus jefes Hawkings, Wood, González Clavel, Sumner y otros muchos jefes de brigadas, regimientos, compañías y hasta sargentos, que cargaron al frente de sus unidades agitando sus sombreros, apoyados por los cañones de la Batería Grimes y las tres ametralladoras Gatling del teniente Parker. En sólo nueve minutos, las ametralladoras vomitaron diez mil proyectiles.

Este avance fue realmente imponente. Las unidades estaban muy mezcladas. Allí los mambises, los regimientos de Infantería y los de Caballería regular se mezclaban con los voluntarios. Aquella carga impetuosa ascendía las laderas de San Juan como algo incontenible, como una marea que subía rápidamente. Los soldados llevaban sus fusiles en la posición de porten y las cortas bayonetas Kraggs brillaban como chispas de luz.

Ante los disparos de las Gatling, se produjo la espontánea retirada de jóvenes soldados españoles y los oficiales intentaron en vano detenerles. Por su parte, los españoles veían subir aquella oleada y disparaban con desesperación sus mausers, que chisporroteaban como un brasero agitado por el viento. Se trataba de una lucha desigual; además, los dos cañones ya no podían disparar por falta de munición, por lo que nada pudo contener el avance del enemigo y es cuando se decidió una retirada ordenada de las posiciones.

La cima fue tomada por el 10° Regimiento de Caballería desmontada, unidad formada por negros, que al rebasar las trincheras y fuertes de San Juan, pudieron ver las trincheras abandonadas donde quedaron muchos heridos que no podían caminar agarrados a sus fusiles y los muertos, en su mayoría jóvenes con apenas dieciséis años. Aquel siniestro espectáculo impresionó a las fuerzas que intervinieron en el asalto⁵⁴.

⁵⁴ La prensa norteamericana glorificó la actuación del ahora coronel Theodore Roosevelt convirtiéndole en héroe nacional. Fue la responsable de que apareciera en la toma de la cima de la loma de San Juan, aunque realmente fue obra del 10° Regimiento de Caballería desmontada. Esto le propiciaría para llegar a ser el 26° presidente de los Estados Unidos en 1901, tras el asesinato de McKinley por un anarquista, aunque no la tan preciada Medalla de Honor del Congreso, máxima distinción militar al valor.

Mientras todo esto sucedía, la lucha continuaba en El Caney. Desde El Pozo, Shafter envió una nota a Lawton sugiriéndole que no se distrajera con esas *pequeñas casuchas cuadradas* y que se uniera a la fuerza principal. Pero, como explicamos, las fuerzas de Lawton estaban preparadas para el ataque y éste decidió atacar.

El general Linares, que dirigía la acción desde el Fuerte Canosa, cayó gravemente herido, por lo que pidió que localizasen al general Toral para entregarle el mando de Santiago. Murieron el coronel Vaquero y el teniente coronel Lamadrid; fue herido de gravedad el comandante Arráez, ayudante de Linares, y murió el capitán Antonio. Al aparecer los primeros asaltantes sobre la meseta de la loma, los españoles se relegaron, pero al quedar al descubierto, cayeron de lleno bajo el terrible fuego norteamericano, pues su línea de apoyo se hallaba a unos setecientos veinte metros de distancia sin cubierta que los protegiera. Más de las tres cuartas partes de los supervivientes cayeron allí, y los artilleros, con su capitán Antonio al mando, murieron hasta el último sin rendirse al enemigo.

Cuando los norteamericanos izaron su bandera sobre las ruinas del bloqueo, apareció en escena la guerrilla de Puerto Rico, enviada por Linares para apoyar la retirada. Al cargar contra los asaltantes, dicha guerrilla quedó exterminada, salvándose sólo seis o siete hombres. Los pocos supervivientes lograron llegar a Canosa y de allí a Santiago de Cuba con grandes esfuerzos y no pocas dificultades, ya que en su mayoría iban heridos. Una de las piezas de artillería cargada a lomo de mulo logró ser rescatada, la otra quedó encima del mulo que la llevaba al caer la pobre bestia acribillada a balazos. Poco después, el capitán del destructor-torpedero *Plutón*, Joaquín Bustamante, con cuatrocientos cincuenta hombres de Infantería de Marina trató de recuperar la posición perdida y esta fuerza fue rechazada con enormes pérdidas. Cuando salió de las trincheras encabezando a caballo el valiente contraataque de los marinos, recibió una descarga de plomo en el abdomen⁵⁵.

Los norteamericanos, victoriosos en el combate, tuvieron que descansar sobre el terreno —como en Las Guásimas—, ya que estaban extenuados y no podían avanzar más. Podemos afirmar que la batalla de San Juan terminó sobre las quince horas, aunque el fuego de fusilería continuaría por la tarde y toda la noche hasta la madrugada del día siguiente.

Respecto a las bajas producidas en el combate, las pérdidas cubanas no se saben con seguridad, aunque entre El Caney y San Juan fueron numero-

⁵⁵ El capitán de navío Joaquín Bustamante, jefe de Estado Mayor de la escuadra de Cervera, falleció poco después en el hospital militar de Santiago de Cuba, lamentando no poder estar junto a Cervera y su escuadra en la batalla naval que creía ya muy cercana.

sas, pasando de doscientos entre muertos y heridos. Los norteamericanos tuvieron muchas bajas en San Juan: dieciocho oficiales y ciento diecisiete alistados muertos; sesenta y un oficiales y setecientos cuarenta y ocho alistados heridos; y sesenta y ocho desaparecidos (muertos con toda seguridad, puesto que no hubo prisioneros). Luego hubo mil doce bajas norteamericanas: es decir, el ocho por ciento del total. Por otra parte, se dio el caso de un regimiento, como el 6° de Infantería, que al desplegarse frente a San Juan perdió trescientos veinte hombres entre muertos y heridos en unos diez minutos, o sea una cuarta parte de su total.

Las bajas españolas fueron realmente terribles, pues los españoles perdieron unos trescientos cincuenta y ocho hombres entre los cuatrocientos cincuenta que tenían al inicio del combate, por lo que sólo se salvaron noventa y dos.

Comentario a la batalla de San Juan

Si los norteamericanos no hubieran tenido la idea desafortunada de lanzar el globo cautivo, es indudable que el combate no hubiera sido tan sangriento y hubieran podido efectuar su despliegue con muchas menos pérdidas. El resultado fue una congestión enorme y una mezcla de unidades que produjo una muerte alarmante de jefes, oficiales y alistados.

Además, si Shafter hubiera reunido todo su ejército frente a San Juan, con el apoyo de Calixto García y las dos baterías, y hubiera atacado a fondo, parece más que probable que hubiera podido tomar Santiago aquel mismo día: pero no lo hizo.

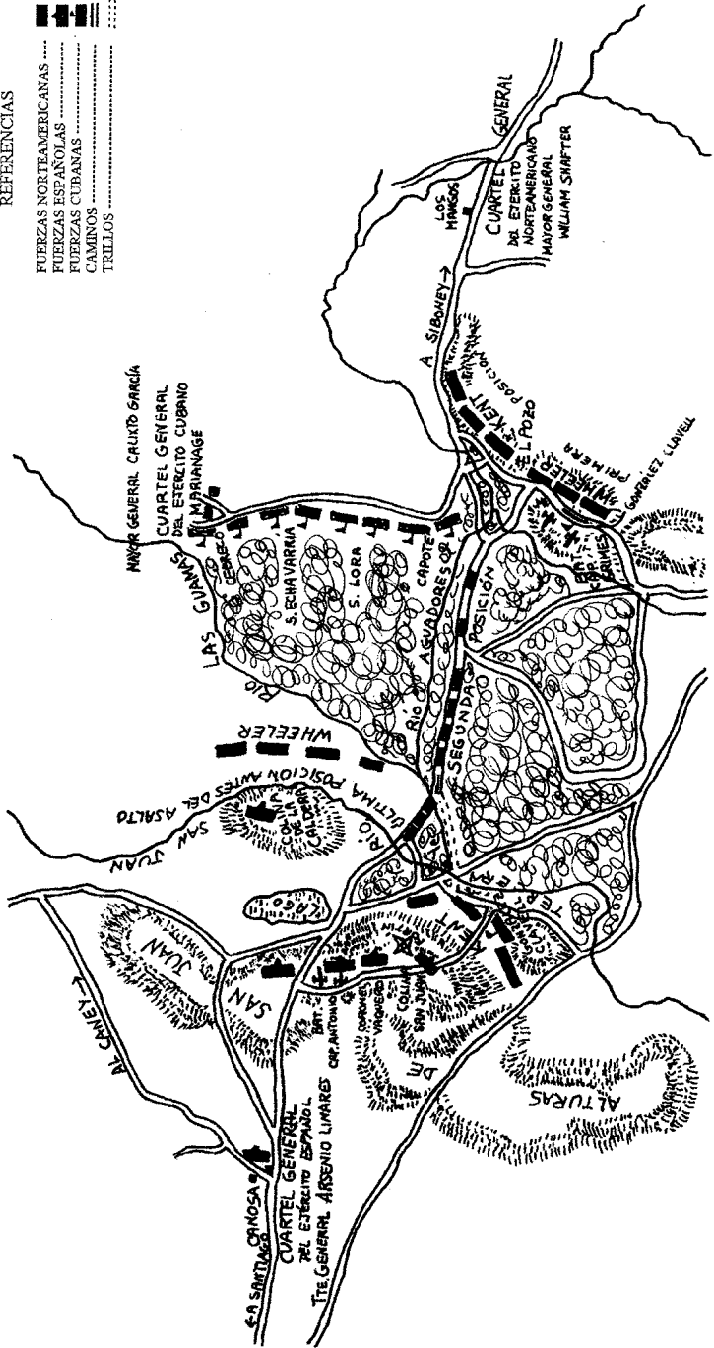
Por otra parte, el combate fue conducido en realidad por los jefes de unidades. A veces era un sargento quien daba órdenes, como en el caso del heroico sargento abanderado George Berry, del 10° de Caballería, quien al caer herido el abanderado del 3° de Infantería, cogió ambas banderas y al frente del regimiento gritaba desesperadamente: *Alinearse por las banderas, muchachos, adelante como guía centro*. El capitán Ayres, del 3° de Infantería, se puso entonces delante del sargento Berry y con su sombrero en la punta del sable continuó el impetuoso avance. Precisamente, esta confusión de tropas y la falta de cohesión en el mando, fueron debidas, más que nada, a la densa manigua que no permitía a los jefes de brigadas y divisiones controlar los mandos. A pesar de todo, el espíritu y la voluntad de vencer fueron tales que la carga pudo efectuarse y como si un único jefe la dirigiera.

Otro hecho destacable es que mientras las divisiones de Kent y Sumner estaban sin órdenes, su ala izquierda estaba "en el aire"; y, todo ello, a pesar de que estaban siendo atacadas por disparos bien dirigidos desde las cimas

BATALLA DE SAN JUAN

DE REFERENCIAS

- FUERZAS NORTEAMERICANAS
- FUERZAS ESPAÑOLAS
- FUERZAS CUBANAS
- CAMINOS
- ⋯ TRILLOS



G. CALLEJA

Croquis de la batalla de San Juan.

de las lomas por tiradores que no se dejaban ver. Los norteamericanos cargaron contra la colina, pero no lo hicieron corriendo tras banderas flameantes y espadas brillantes, tal como lo han representado tantos pintores que no estuvieron allí. En realidad, se movieron con gran lentitud y los rifles apuntando hacia lo alto. Cuando la artillería española comenzó a disparar, detuvieron el ascenso; luego, cuando la artillería cambió la dirección de sus disparos, el 10º Regimiento de Caballería desmontada logró llegar a la cima de la loma de San Juan.

Valoración de la actuación de las fuerzas mambisas

La actuación de las fuerzas mambisas del general Calixto García en los combates terrestres, que tras la batalla naval de Santiago culminarán con la capitulación de dicha plaza, merece una valoración, especialmente por todo cuanto los historiadores norteamericanos han escrito y omitido.

1º.- Iniciada la guerra, Washington decidió invadir Cuba por la parte oriental, que era donde los españoles resultaban más débiles y los mambises más fuertes. Un oficial, el teniente Rowan, a quien la estimulante literatura norteamericana ha glorificado como el héroe del *Mensaje a García*, fue enviado a Cuba, por medio del Departamento de Expediciones cubano, a solicitar del general Calixto García la colaboración indispensable.

2º.- En la batalla de Guantánamo, las tropas del coronel Enrique Thomas, formadas por unos cien mambises, salvaron a los marines desembarcados cuando estaban a punto de perecer, el 12 de junio, en la Playa del Este.

3º.- El plan militar de Calixto García fue el adoptado y desechado el norteamericano.

4º.- Fuerzas cubanas ocuparon Daiquirí y Siboney haciendo seguro el desembarco del 5º Cuerpo de Ejército norteamericano.

5º.- Fueron también las fuerzas del brigadier Castillo Duany y del coronel González Clavel las que empujaron a las fuerzas españolas del general Rubín hasta encontrarlas parapetadas en Las Guásimas, Sevilla y La Redonda, sosteniendo fuego todo el día e impidiendo así el contraataque español.

6º.- Fuerzas mambisas apoyaron a las baterías de Grimes y de Capron el 1 de julio.

7º.- En la batalla de las lomas de San Juan, fueron las fuerzas del ya entonces general González Clavel las que condujeron por el trillo salvador a la división de Kent, en el vado del río Aguadores.

8°.- Las fuerzas de González Clavel fueron las que restablecieron la línea de fuego por varios minutos en el flanco izquierdo de San Juan hasta la llegada de las tropas de refuerzo norteamericanas debido al desorden del Regimiento 71° de Voluntarios de Nueva York, que además amenazaba con extenderse.

9°.- Una vez finalizada la batalla de San Juan, estas mismas fuerzas marcharon hasta El Caney, donde el general Lawton se encontraba combatiendo al general Vara del Rey. Allí se completó la división mambisa al reunirse las brigadas de Bayamo, Jiguaní y Ramón de las Yaguas, ocupando el flanco izquierdo de Chaffee y el derecho de Bates, y cuando se dio el asalto final, los cubanos fueron los primeros en ocupar El Viso y el poblado de El Caney al marchar en vanguardia.

10°.- Las fuerzas cubanas perdieron en El Caney y en San Juan más de doscientos hombres entre heridos y muertos en combate; esto es, casi la cuarta parte de sus efectivos. Si los norteamericanos tuvieron más de un millar de bajas, proporcionalmente, las bajas cubanas fueron mayores a las del 5° Cuerpo de Ejército de los EEUU.

11°.- Los mambises distrajeron la atención de los españoles ocupando todos los desfiladeros por donde Santiago se comunicaba con el interior. Según el ilustre capitán de navío español Víctor Concas: *El mismo día del desembarco...quedó Santiago privado de todo recurso que recibía de su zona de cultivo, recrudeciéndose el hambre; quedaron cortadas las comunicaciones; bosques, avenidas y alturas, todo cubierto por los cubanos....* Sólo una columna de refuerzo, la del coronel Escario, logró entrar en Santiago durante el sitio. Los insurrectos cubanos, aunque no lograron detenerla, consiguieron retardar su marcha para que no llegara antes del día 1 de julio, el de los combates de El Caney y San Juan.

12°.- Una vez terminados los combates del día 1 de julio, fueron los mambises quienes construirían kilómetros de trincheras que serían ocupadas por las fuerzas norteamericanas. Mientras tanto, el grueso de las fuerzas de Calixto García terminarían el cerco de Santiago de Cuba ocupando posiciones estratégicas en el noroeste de la ciudad.

Desmoralización del mando norteamericano

Después de los combates de El Caney y de San Juan, el general de división José Toral asumió inmediatamente el mando de Santiago de Cuba en sustitución del general Linares. Pudo comprobar aliviado que el avance enemigo se había detenido en las cimas de las colinas de San Juan a media

tarde, y tanto él como su Estado Mayor creyeron que esto se debía a las numerosas bajas que habían tenido los norteamericanos. Luego, recibieron informes de que Shafter se hallaba enfermo y que ni siquiera había podido dirigir los combates, así como que el general Wheeler y varios oficiales se encontraban hospitalizados con fiebres tropicales.

Por la tarde, todos los efectivos españoles que habían quedado en disposición de seguir combatiendo tras los intensos combates se posicionaron en nueve fortificaciones y cientos de trincheras y alambradas; y poco más de cinco mil hombres ocuparon posiciones defensivas en la ciudad (muchos de ellos eran heridos que salieron de los hospitales).

Al caer la noche, todo el ejército, bajo el mando del general Toral, quedó replegado hacia la última línea de defensa situada en torno a la ciudad, a tan sólo dos kilómetros de ella. Lo primero que hizo Toral fue supervisar las líneas defensivas que Linares había preparado y más tarde se preocupará en ayudar al coronel Escario y a su columna de refuerzo, rompiendo el acoso al que fue sometido a lo largo de doscientos kilómetros de su heroica marcha a través de tierras que estaban bajo el control de los mambises.

Tras la toma de San Juan y de El Caney, el ejército aliado cubano-norteamericano empleó unos siete u ocho días en terminar el cerco de Santiago, formando un círculo perfecto alrededor de la ciudad. La mayoría de las fuerzas de González Clavel fueron empleadas en la labor de hacer los kilómetros de trincheras necesarios y que serían ocupadas por los norteamericanos.

Durante estos días, Calixto García completó el cerco de la ciudad por el norte. El mismo día 2 de julio inició una ofensiva general en el sector oeste de Santiago, ocupando el poblado de Dos Caminos de El Cobre, la línea de ferrocarril de San Luis a Santiago, los poblados de San Vicente, Cuabitas (su presa suministraba el agua a la ciudad) y Boniato, las estratégicas alturas de la Loma de Quintero desde las que se dominaba por completo la ciudad y, finalmente, todos los fuertes y trincheras españolas en los alrededores de Yarayó hasta las aguas de la bahía y el cementerio de Santiago.

Por otra parte, a pesar de las derrotas de los españoles en Las Guásimas, El Caney y San Juan, y de las acciones cubanas que completaron el cerco de Santiago, el general Shafter se hallaba preocupado en exceso por las enormes pérdidas que habían sufrido sus fuerzas, la inesperada resistencia española, las enfermedades tropicales y el clima agotador. Había pedido la rendición a Toral; sin embargo, éste había rehusado y su negativa coincidió con la entrada de la Columna Escario en Santiago.

El día 27 de junio, la columna del coronel Federico Escario, compuesta por tres mil setecientos hombres, partió de Manzanillo para reforzar la guarnición de la sitiada ciudad de Santiago de Cuba, en una marcha heroica de doscientos kilómetros. Según el propio general Miles, esta columna sostuvo cerca de cuarenta combates con tropas mambisas, sufriendo la pérdida de más de cincuenta hombres en el combate que libró frente a un contingente cubano de ochocientos hombres al mando de Federico Estrada, en el poblado de Aguacate.

Shafter, enfermo y preso de derrotismo, escribía el día 3 de julio al almirante Sampson demandando una urgente acción naval y, entre otras cosas, le decía: *Por negligencia de nuestros aliados cubanos, Pando (en realidad se refiere al coronel Escario) con 5.000 hombres ha entrado en la ciudad, esto casi duplica los efectivos españoles, los he conminado a rendirse y han rehusado. Más adelante, añade: Mi presente situación me ha costado mil hombres y no estoy dispuesto a perder más (...) Si usted fuerza su entrada en la bahía, podremos tomar la ciudad sin mayores pérdidas de vidas.*

Ese mismo día, Shafter telegrafiaba al Secretario de Guerra, Mr. Alger, en los siguientes términos: *Nosotros tenemos cercada la posición por el Norte y por el Este, pero con una línea muy débil. Al acercarnos, nos hemos encontrado con que las defensas son de tal clase y tal fuerza, que será imposible tomarlas por asalto con las fuerzas que dispongo. Estoy considerando seriamente retirarme a unas cinco millas de mi actual posición y tomar una nueva entre el río San Juan y Jardinerero.* El Secretario de Guerra le contestó horas después recomendándole que actuara según su criterio, pero advirtiéndole que el efecto de dicha retirada sería desastroso para la opinión pública en los Estados Unidos.

Totalmente desmoralizado, Shafter planteó en un Consejo de Guerra el retirarse de la lucha y pedir refuerzos a Washington. Sin embargo, su propuesta de retirada fue enérgicamente rechazada por la oficialidad, *por considerarla peligrosa en extremo, ya que tal maniobra podría aumentar la moral del enemigo, sembrando el desconcierto en el cuerpo expedicionario.* Ante ello, Shafter se vio obligado a presentar la renuncia, entregando el mando a su segundo, el general Lawton. El Alto Mando norteamericano, tras la renuncia de Shafter, se sintió hasta tal punto desorientado y desvalido, que la joven oficialidad llegó a proponerle al general Calixto García la dirección de las operaciones militares.

Por otra parte, Calixto García, al notar la indecisión de Shafter, le indicó las ventajas de no interrumpir el ataque a Santiago, ni por el sur ni por el este, y que él se comprometía a asaltar la ciudad desde la estratégica Loma de Quintero.

Comentario sobre la situación

La situación norteamericana era la siguiente: el general Shafter se hallaba enfermo, abatido por el calor y desmoralizado; Wheeler estaba también enfermo; y Hawkings, herido. En tal situación, Shafter pensaba seriamente en retirarse y, en su estado físico y mental, sumido en una profunda depresión, llegó incluso a acusar de forma precipitada al general Calixto García de haber dejado entrar al coronel Escario con su columna en Santiago de Cuba⁵⁶.

La realidad fue que Calixto García, al saber que la Columna Escario había partido de Manzanillo el día 27 de junio, dispuso la preparación de dos mil hombres al mando del general Jesús Rabí para abatirla. Sin embargo, Shafter se negó y manifestó al brigadier Castillo Duany y al coronel Carlos García Vélez, enviados a su cuartel general por Calixto García, que él no mandaría a ninguna tropa a encontrarse con el refuerzo (español), que necesitaba a todos los cubanos con sus tropas dado que ellos eran una ayuda valiosa para él; que no era prudente dividir las fuerzas ahora, que si el refuerzo llegaba a Santiago él tendría treinta y un mil hombres para embotellarlos en la ciudad y que él, decididamente, no movería un solo hombre del ejército. Así, Shafter fue el único responsable de haber impedido el envío del general Rabí con los dos mil mambises; aunque, a pesar de todo, Calixto García ordenó a Francisco Estrada, al mando de ochocientos hombres, que hostilizara a la columna de Escario todo cuanto pudiera.

Parece indudable que si Shafter se hubiera retirado hacia la costa en espera de refuerzos, esta decisión hubiera comprometido seriamente el éxito de la campaña militar cubano-norteamericana, ya que el efecto moral de esta injustificada retirada hubiera sido demoledor tras haberse cosechado tres victorias consecutivas en Las Guásimas, El Caney y San Juan. Además,

⁵⁶ *Historia de Cuba*. Dirección Política de las F.A.R. La Habana, 1973, pp. 503-504.

El general Shafter—con toda mala fe—culpó al ejército mambí de no haber sabido detener esta columna española en su recorrido. Según Shafter, el general García, con cuatro o cinco mil hombres, había sido instruido en su deber de velar por este esfuerzo, para interceptarlo, pero por algunas razones, él había dejado de hacer eso, y el coronel Escario, entró en la ciudad por mi extrema derecha, cerca de la bahía.

Esta imputación la recogió también Wheeler en su obra *The Santiago Campaign*, donde sólo hace referencia a la participación de los mambises para acusar injustamente a González Clavel de cobardía en la acción de Las Guásimas.

Tanto Shafter como Wheeler pretendieron en todo momento desacreditar a las fuerzas cubanas, negándoles el papel decisivo que jugaron en el sitio de Santiago. Su propósito era evidente: presentar al 5º Cuerpo de Ejército como el único artífice de la victoria sobre el ejército español. Dentro de esta perspectiva tan peculiar norteamericana cabe explicarse la profunda humillación que recibieron los combatientes cubanos cuando se les prohibió entrar en la ciudad de Santiago una vez producida la capitulación.

la paralización de las operaciones que recomendaba Shafter podría haber dado a los españoles la oportunidad de organizarse y enviar a Santiago refuerzos muy considerables; y esto, unido a la escasez de los abastecimientos y las penurias del trópico, hubieran llegado a convertirse en una terrible calamidad para las tropas norteamericanas en un sitio prolongado a la plaza.

La situación de Santiago de Cuba

La realidad de la situación de Santiago de Cuba era desesperante, la comida escaseaba de forma alarmante y la ración de la tropa consistía casi exclusivamente en arroz⁵⁷. Los hospitales estaban abarrotados de heridos y enfermos, cundía la fiebre entre las tropas en las trincheras. El agua era mala y muy escasa, pues el acueducto de Cuabitas estaba en manos del enemigo y se reducía en la ciudad a la de los pozos y cisternas. Así pues, la situación del soldado era muy mala: su ración reducida a pan de arroz y arroz hervido, casi sin agua (de mala calidad) y con un retraso en pagas de once meses; sin embargo, estaba dispuesto a morir antes de rendirse. A la vista de tal situación, Toral autorizó la salida de las mujeres y niños extranjeros y de los no combatientes, con lo que una gran cantidad de personas abandonaron la ciudad y marcharon a Cuabitas y El Caney.

Las defensas de la ciudad eran casi inexistentes para una plaza de su importancia. Los gobiernos no se habían preocupado de proteger debidamente sus posesiones contra un ataque serio de un enemigo poderoso; y, como en realidad, los mambises carecían de todo y no podían aventurarse a tomar ciudades como ésta, sus defensas eran las siguientes:

Por el lado oeste: la Batería de Socapa, artillada con dos cañones Honoria de 16 cms. y tres morteros Elorza de 21 cms.; la Batería Baja de Socapa, artillada con un cañón Nordenfelt de 57 mms., cuatro cañones Hotchkiss de 37 mms. y una ametralladora de 11 mms. Estas piezas fueron sacadas del crucero Reina Mercedes, surto en el puerto.

⁵⁷ Las últimas provisiones que entraron en Santiago fueron llevadas por el vapor *Mortera* el día 25 de abril y consistieron en: ciento cincuenta cabezas de ganado, ciento ochenta mil raciones de harina de trigo, ciento cuarenta y nueve mil de garbanzos, ciento noventa y siete mil de arroz, setenta y nueve mil de judías y noventa y seis mil de vino. Además de esto, el buque alemán *Polaria* había dejado con alguna anterioridad mil setecientos sacos de arroz. Si tenemos en cuenta que las tropas de la guarnición consumían unas trescientas sesenta mil raciones completas al mes, en la ciudad no había comida para más que unos quince días a ración completa. Además, la llegada de la columna del coronel Escario el día 3, a las quince horas, con cerca de tres mil hombres y sin convoy, pues tuvo que abandonar todo su bagaje e impedimenta, agravó aún más la situación.

Al sur y suroeste se encontraba el Castillo del Morro, de mampostería, muy antiguo e inútil como fortaleza ofensiva o defensiva; la Batería del Faro, con cinco cañones de 16 cms., dos morteros de 21 cms., que eran piezas de bronce y hierro y de avancarga, de muy escasa efectividad; y la Batería Punta Gorda, con dos cañones Krupp de 9 cms., dos morteros Mata de 15 cms. y dos cañones Hontoria de 16 cms. Dicha batería era interior y dominaba la entrada y parte del puerto.

La parte este de la ciudad estaba defendida por una alambrada y diez fuertes de tabla y piedra unidos entre sí por trincheras. En estas defensas se montaron quince cañones de diversos calibres, la mayoría tomados de la flota.

Como estas defensas se hicieron para contener a los norteamericanos eran muy defectuosas y sin cubierta, el emplazamiento de los cañones era deficiente, y en general, la línea de defensa era muy débil y defendida por tropas cansadas y enfermas.

Por otra parte, el general Shafter aunque se desmoralizó aún más al conocer la llegada a Santiago de la columna de Escario, al conocer el desastre naval de la escuadra de Cervera⁵⁸ cobró nuevos ánimos y abandonó la idea de retirarse en espera de refuerzos. Pero, a pesar de las débiles defensas de la plaza, no se atrevía a lanzar sus tropas al asalto y pedía al almirante Sampson que su escuadra forzara la entrada de la bahía. Sampson le había explicado que esto le resultaba imposible sin grandes pérdidas, por lo que lo creía costoso e innecesario.

El día 4 de julio, Shafter envió cinco cables a la Secretaría de Guerra y a la de Marina pidiendo de forma desesperada que se le ordenara a Sampson que entrara en la bahía. El último de ellos decía: *La Escuadra debe de entrar en Santiago a toda costa. Si lo hace así, ella puede capturar la ciudad y todas las fuerzas de la guarnición; si no lo hace, el país debe de prepararse para esperar grandes pérdidas entre nuestras tropas. Después de conferenciar con el Cónsul francés y con otras personas, he decidido no bombardear la población hasta recibir refuerzos, mientras tanto continuaré hostilizando la plaza desde nuestras trincheras. Yo desearía saber vuestra opinión*⁵⁹.

⁵⁸ El día 2 de julio, a las cinco horas, el capitán general Ramón Blanco ordenó al almirante Cervera que saliera con su escuadra a combatir contra la escuadra de Sampson, y así lo hizo Cervera a las nueve treinta horas del día siguiente. Tratándose de un combate naval, no vamos a abordar este asunto, tan sólo reseñar que la escuadra española fue destruida por completo en menos de cuatro horas, con un saldo de trescientos cincuenta muertos, ciento sesenta heridos y mil seiscientos setenta prisioneros; mientras que por parte norteamericana se contabilizó un muerto y dos heridos.

⁵⁹ MEDEL, José A.: *Op. cit.* pp. 62-63.

Estos cables impresionaron a los secretarios de Guerra y de Marina, por lo que consultaron con el Presidente. Finalmente, Long ordenó a Sampson que se pusiera de acuerdo con Shafter, llegándose al siguiente acuerdo: los cubanos del general Jesús Rabí tomarían la Batería Socapa y los norteamericanos la del Morro; luego, con sus flancos en firme, la escuadra podría maniobrar sin el triple peligro de las baterías a flancos y las minas y torpedos al frente. Mientras tanto, se ideó un canje de prisioneros el día 5 y después bombardear la ciudad en caso de no rendirse, para así poder esperar nuevos refuerzos que Shafter pediría con urgencia.

Comentario

Sampson actuó con gran juicio y serenidad. Forzar la entrada de la bahía defendida por torpedos Bustamante y minas submarinas, con las baterías del Faro y Socapa en ambos flancos, sin contar la batería interior de Punta Gorda, era algo muy arriesgado y que supondría la pérdida de algunos barcos. El canal tenía que ser barrido de minas y limpiado de los cascos del *Merrimac* y del *Reina Mercedes*, este último hundido el día 4 en el canal por los españoles y el fuego artillero enemigo. Ante tal perspectiva, Sampson titubeaba y no quería perder barcos en una acción innecesaria y que sólo la imaginación de Shafter, enfermo y decaído, había concebido como única solución.

Toda guerra es una empresa que supone la pérdida de material mecánico y de hombres. Pero cuando uno escasea y el otro abunda, lo lógico es que se emplee el más abundante. Shafter no quería perder más hombres, había tenido unas dos mil bajas y le quedaban aún quince mil hombres y más de cinco mil mambises. Sampson no había perdido ningún buque de guerra, pero con razón no quería perder ninguno, pues tenía pocos; además, existía la amenaza (aunque infundada) de la posible llegada de la escuadra del almirante Cámara tan difundida por la prensa, el Gobierno español y la prensa europea. Así pues, Sampson no podía permitirse el perder un solo barco, mientras que Shafter podía aún perder muchos hombres. La actitud de Sampson fue justa y meditada, mientras que la de Shafter no lo fue.

El final de la guerra: la capitulación de Santiago

Toral anunció a Shafter que, tras el canje de prisioneros, quedaría rota la tregua acordada, a lo que Shafter le respondió: *Nuestra Escuadra está*



Campamento del general Caixio García.

pronta a actuar, y, a menos que capituléis el 9, antes del mediodía, nuestros cañones de gran calibre, bombardearán la plaza. El día 6, Toral consultó con Blanco, y éste le propuso la entrega de Santiago, si se les aseguraba la retirada a Holguín con armas y bagajes; en caso contrario, debería mantener la plaza hasta el último hombre y el último cartucho.

Shafter comunicó a Washington la propuesta española y el Secretario de la Guerra le contestó que la rendición sería incondicional, que destruyera al enemigo y tomara la ciudad; y si no tenía fuerzas suficientes, en breve plazo recibiría refuerzos. En efecto, al poco tiempo llegaba a Siboney el general Nelson A. Miles con mil quinientos hombres, para asegurarse del cumplimiento de las órdenes dadas a Shafter.

Mientras tanto, en Santiago, la mayoría de los defensores apenas podían ponerse de pie, pues a las penalidades del asedio se unían la falta de víveres y especialmente de medicinas, cuando la mayor parte de los soldados y de la población civil estaban enfermos. Las trincheras estaban semidestruidas, donde permanecían los soldados enterrados en el barro por la lluvia incesante. Para mayor desgracia, la ciudad quedaba a oscuras de noche y el hedor de los cadáveres insepultos y de los caballos y animales descompuestos que yacían por las calles resultaba insoportable. El espectáculo era dantesco y se temía una epidemia que agravase aún más la situación.

Los días 10 y 11, la ciudad y sus defensas fueron sometidas a un intenso bombardeo por mar y por tierra, que aunque causó poco daño, demostró a los valientes defensores que estaban a merced de una flota que disponía de cañones de largo alcance, capaces de barrer la ciudad en poco tiempo y destruir todas las fortificaciones.

El día 12 llegó al campamento de Shafter el mayor general Nelson A. Miles, jefe del Ejército Regular de los EEUU, que iba a Puerto Rico. Miles venía con la orden de no relevar a Shafter, a no ser que estuviera físicamente incapacitado. Luego, inspeccionó el sitio, dejó tropas de refuerzo y partió a la conquista de Puerto Rico.

Los días 13, 14 y 15 fueron de espera mientras el general Toral consultaba al Capitán General en La Habana y éste a Su Majestad en Madrid sobre la rendición de Santiago. Finalmente, el día 16, la ciudad y provincia de Santiago de Cuba se rindió a las tropas de 5º Cuerpo de Ejército de los EEUU. El acta fue firmada de parte norteamericana por el general Joseph Wheeler, el general H.W. Lawton y el teniente Miley, ayudante del general Shafter; y por parte española, el brigadier Federico Escario (recién ascendido), el comandante Ventura Fontán y Roberto Mason. Los términos de la capitulación comprendían: la rendición de todas las fuerzas españolas de la provincia de Santiago; el embarque de los españoles por cuenta de los nor-

teamericanos; los oficiales conservarían sus armas, y tanto ellos como los alistados, sus propiedades personales; las tropas marcharían fuera de la ciudad con honores de guerra, depositando luego las armas donde dispusiera el Alto Mando norteamericano.

De acuerdo con la capitulación, los norteamericanos habían hecho unos treinta mil prisioneros con sus armas en toda la provincia, y unos ochenta cañones (casi todos muy malos y viejos). En Santiago había unos diez mil hombres (dos mil cien heridos y enfermos en los hospitales), más de nueve mil mausers y unos siete mil remingtons; y las municiones consistían en un millón y medio de cartuchos de Mauser en buen estado, y un millón de cartuchos de Remington.

Un día después, las fuerzas norteamericanas entraron en Fuerte Canosa.

Comentario sobre la rendición de Santiago de Cuba

Ante la caída de Santiago de Cuba surge una pregunta inevitable: ¿por qué los españoles no enviaron refuerzos? Se han dado varias interpretaciones: según los agregados militares extranjeros y los informes oficiales norteamericanos, se debió a un error táctico y estratégico del mando español; y para los españoles, fue debido a la falta de víveres y a los caminos pésimos que había entonces. Las razones fueron realmente otras:

Primera. Los españoles disponían en Holguín un contingente de doce mil hombres para reforzar Santiago. Al frente de estas tropas estaba el enérgico y excelente general Luque, y procedían de Auras, Sagua de Tánamo y Mayarí.

Sin embargo, el general Calixto García ordenó al general Luis de Feria que con sus tres mil hombres contuviera las tropas del general Luque. Si Luque rompía el cerco tendido por los mambises y trataba de salir por Camagüey, Calixto García había dispuesto también una división camagüeyana con el general Lope Recio al frente, en Victoria de las Tunas, para cerrarle el paso. Luis de Feria logró detener el avance de las tropas de Luque, compuestas por mil hombres, y sus tropas de refuerzo procedentes de Sagua y Mayarí llegaron destrozadas a Holguín tras ser derrotadas por el general Luis Martí, que además les quitó dos cañones Krupp.

Segunda. El general Pareja tenía la orden de partir de Santa Catalina de Guantánamo con seis mil hombres y entrar en la plaza. No obstante, el general Pedro A. Pérez le cerró el paso con dos mil hombres y no pudo avanzar.

Tercera. En Manzanillo había seis mil hombres y de allí salió la columna del coronel Escario, tres mil setecientos hombres, que fue la única que llegó a Santiago. El general Salvador Ríos salió a su encuentro con mil

hombres, siendo duramente derrotado por Escario; sin embargo, la columna fue hostigada de continuo, sosteniendo cerca de cuarenta combates y escaramuzas con los mambises, teniendo numerosas bajas, y que reorganizarse dos veces. Los generales Francisco Estrada y Mariano Lora y el coronel Carlos Martín Poey la hostilizaron de tal forma que llegó a Santiago con unos tres mil hombres, sin víveres y casi sin munición. Además, recordemos que el general Shafter se opuso a que el general Jesús Rabí la atacara con dos mil hombres el día 27 de junio, el día de su llegada a Santiago⁶⁰.

Por otra parte, tenemos que añadir que Toral estuvo más que justificado al rendir la ciudad que tan heroicamente habían defendido los admirables soldados de su guarnición. Sin embargo, también opinamos que hubo falta de agresividad en los jefes españoles, especialmente por parte del general Linares, en los combates de Las Guásimas y San Juan, y aún después, cuando con seis u ocho mil hombres, Toral debió de haber efectuado una contraofensiva para, por lo menos, tratar de romper el cerco.

Por último, sólo añadir que, una vez tomada la ciudad, Shafter entró en ella con sus jefes de divisiones y estados mayores, escoltados por un escuadrón de Caballería Regular, tomando posesión oficial de la plaza. Paradójicamente, Shafter no permitió entrar en Santiago de Cuba ni al general Calixto García, ni tampoco a los jefes y fuerzas mambisas.

Epílogo

España, tras las derrotas navales de Manila (1 de mayo) y Santiago (3 de julio), quedaba aislada de sus colonias y con sus propias costas expuestas al ataque de las flotas norteamericanas. La pérdida de Santiago y las invasiones de Puerto Rico y Filipinas decidieron al Gobierno español a solicitar las condiciones de paz al Gobierno norteamericano. El 11 de agosto se hizo público el protocolo preliminar, que conllevaba la suspensión de las hostilidades. En seguida empezó a tramitarse la evacuación de Cuba, exigencia primordial de los vencedores. Luego, el 10 de diciembre de 1898 se firmó el *Tratado de París*, que puso término definitivo a la guerra y a la soberanía española en Cuba, Puerto Rico, Filipinas y Guam.

El 1 de enero de 1899, el capitán general de Cuba, Jiménez Castellanos, hizo entrega oficial de la isla, reembarcando muchos miles de soldados

⁶⁰ PORTUONDO DEL PRADO, Fernando: *Historia de Cuba, 1492-1898*. Editorial Pueblo y Educación. La Habana, 1975, p. 574; MEDEL, José A.: *Op. cit.* pp. 54-55.

españoles para llevarlos de regreso a España. En España quedaba la amargura y la humillación sufrida. En cuanto al Ejército, existía el sentimiento de que había sido abandonado por los políticos que se habían negado a escuchar las voces autorizadas que vaticinaban el desastre, teniendo que soportar, injustamente, el ser presentado como el culpable del desastre anunciado. Sin embargo, a pesar de los juicios que se realizaron sobre posibles responsabilidades, el pueblo español nunca olvidó a sus héroes y los sacrificios del Ejército por la Patria.

CUADRO 9
PARTE DE BAJAS DEL EJÉRCITO DE LOS ESTADOS UNIDOS

	OFICIALES			TROPA		
	Muertos en acción	Muertos por heridas	Muertos por enfermedad	Muertos en acción	Muertos por heridas	Muertos por enfermedad
Ejército Regular	24	7	51	250	114	1.524
Voluntarios	17	3	114	188	78	3.820
TOTAL	38*	10	165	438	192	5.344

(*) Tres oficiales del Ejército Regular tuvieron también misiones en los Regimientos de Voluntarios, siendo descontados del total.

CUADRO 10
PARTE DE BAJAS DEL EJÉRCITO ESPAÑOL EN CUBA⁶¹

	Muertos en acción	Muertos por heridas	Muertos por fiebre amarilla	Muertos por otras enfermedades
Generales	1	—	—	—
Oficiales	81	463	313	127
Soldados	704	8.164	13.000	40.000
TOTAL	786	8.627	13.313	40.127

⁶¹ CALLEJA I.F.A.I., Guillermo G.: "Carlos Finlay" en *Historia* 16, n.º 202, año XVIII, Madrid, febrero 1993, p. 119. Los cuadros 9 y 10 fueron publicados en dicho trabajo.

BIBLIOGRAFÍA

- ALBI, Julio y STAMPA, Leopoldo: *Campañas de la Caballería Española en el siglo XIX*. Servicio Histórico Militar, Madrid, 1985.
- ALONSO, José Ramón: *Historia Política del Ejército Español*. Editora Nacional, Madrid, 1974.
- AZCÁRATE, Pablo de: *La guerra de los americanos*. Alianza Editorial, Madrid, 1968.
- ALLENDESALAZAR, José Manuel: *El 98 de los Americanos*. EDICUSA, Madrid, 1974.
- BACARDÍ Y MOREAU, Emilio: *Crónicas de Santiago de Cuba*. Imprenta Breogán, Torrejón de Ardoz (Madrid), 1973, 2ª edición. (1ª edición, Barcelona, 1908).
- CALLEJA LEAL, Guillermo: «Carlos Finlay» en *Historia 16*, Año XVIII, nº 202. Madrid. Febrero 1993.
- CARR, Raymond: *España, 1808-1939*. Ariel, Barcelona, 1968.
- CASTELLANOS GARCÍA, Gerardo: *Lino Dou*. Asociación Cultural Femenina, La Habana, 1944.
- COLLAZO Y TEJADA, Enrique: *Los americanos en Cuba*. Imprenta C. Martínez, La Habana, 1910. (1ª edición, 1905).
- *Crónicas de la guerra de Cuba*. Academia de la Historia de Cuba, La Habana, 1957.
- CHADWICK, French Ensor: *The Relations of the United States and Spain: The Spanish-American War*. Charles Scribner's Sons, Nueva York, 1909-1911.
- CHIDSEY, Donald Barr: *La Guerra Hispano-Americana, 1896-1898*. Ediciones Grijalbo, Barcelona-México D.F., 1973. (1ª edición, Nueva York, 1971).
- DíEZ ALEGRÍA, Manuel: «La espléndida guerrita de los americanos» en *Revue Internationale d'Histoire Militaire*. Commission Internationale d'Histoire Militaire, nº 56, Madrid, 1984.
- DIERKS, James Cameron: *A leap to arms: the Cuban Campaign of 1898*. Nueva York, 1970.
- FERNÁNDEZ ALMAGRO: *Historia política de la España Contemporánea*. Ediciones Pegaso, Madrid, 1959.
- FERNÁNDEZ BASTERRECHE, Fernando: *El Ejército español en el siglo XIX*. Madrid, 1978.
- FERNÁNDEZ DE LA REGUERA, Ricardo, y MARCH, Susana: «Héroes de Cuba». Planeta, Barcelona, 1981, 10ª edición. (1ª edición, 1973).
- FONER, Philip S. Foner: *La guerra hispano-cubana-norteamericana*. Akal editor, Madrid, 1975. (1ª edición, Nueva York, 1972).

- FUNSTON, Frederick: *Memories of Two Wars*. Scribner's Sons, Nueva York, 1914.
- *Fuerzas Armadas Españolas*. Alhambra, Madrid, 1987, 4ª edición. (1ª edición, 1986).
- GALINDO HERRERO, Santiago: *El 98 de los que se fueron a la guerra*. Editora Nacional, Madrid, 1952.
- GARCÍA PÉREZ, Teniente Coronel: *Patria*. Imprenta del Colegio de M^a Cristina, Toledo, 1923, 3ª edición.
- GÓMEZ NÚÑEZ, Severo (Capitán de Artillería): *La Guerra Hispano-Americana*. Imprenta del Cuerpo de Artillería, Madrid, 1899-1902.
- GUERRERO VARONA, Miguel Ángel: *La Guerra de la Independencia de Cuba*. La Habana, 1946.
- *Historia de Cuba*. Dirección Política de las FAR, La Habana, 1973, 3ª edición.
- *Historia de las Fuerzas Armadas*. Ediciones Palafox y Editorial Planeta, Zaragoza y Barcelona, 1984.
- KELLER, Alan: *The Spanish-American War: a compact History*. Hawthorn Books Inc., Nueva York, 1969.
- KENNAN, George: *Campaigning in Santiago*. The Century Co., Nueva York, 1899.
- MEDEL, José A.: *La Guerra Hispano-Americana*. La Habana, 1929.
- MILLIS, Walter: *The Martial Spirit: A Study of Our War with Spain*. Houghton Mifflin Co., Boston, 1931.
- PABÓN, Jesús: *Cambó, 1876-1918*. Editorial Alpha, Barcelona, 1952.
- *Días de ayer. Historias e historiadores contemporáneos*. Editorial Alpha, Barcelona, 1963.
- PLAZA, José Antonio: *El maldito verano del 98*. Ediciones Temas de Hoy, Madrid, 1997.
- PORTUONDO DEL PRADO, Fernando: *Historia de Cuba, 1492-1898*. Editorial Pueblo y Educación, La Habana, 1975.
- ROOSEVELT, Theodor: *The Rough Riders*. Charles Scribner's Son, Nueva York, 1899.
- *The letters of Theodore Roosevelt*, Cambridge, Massachusetts, 1951.
- SARGENT, Herbert H. *The Campaign of Santiago de Cuba*. A. C. Mc. Clurg & Co. Chicago, 1907.
- SILVELA Y DE LA VIELLENZE, Francisco: *Artículos, discursos, conferencias y cartas*. Madrid, 1923.
- TETUÁN, Duque de: *Apuntes del ex-ministro de Estado...para la defensa de la política internacional y gestión del gobierno desde el 28 de marzo de 1895 a 29 de septiembre de 1897*. Paul Peant, Madrid, 1902.

- *The American-Spanish War. A History by the war leaders.* Chas. C. Haskell and Son, Norwich, Conn., 1899.
- THOMAS, Hugh: *Cuba or the Pursuit of Freedom.* Eyre and Spottiswoode, Londres, 1971.
- WEIGLEY, Russell F.: *The American Way of War. A History of United States Military Strategy and Policy.* Macmillan Publishing Co., Nueva York, 1973.
- WHEELER, Joseph: *The Santiago Campaign of 1898.* Lawson, Wolffe and Co. Boston-Nueva York-Londres, 1898.

POLAVIEJA: UN GENERAL PARA UNA CRISIS. EL POLAVIEJISMO EN TORNO A 1898

Pablo GONZÁLEZ-POLA DE LA GRANJA
Comandante de Sanidad (Vet.)

INTRODUCCIÓN

EL presente estudio pretende una aproximación a un episodio de la historia política española en la que una vez más un militar de alta graduación acapara el protagonismo de un período histórico concreto.

Don Camilo García de Polavieja no fue un militar político al uso de los generales de los períodos fernandino e isabelino. Se trata de un típico producto de la restauración o, más bien, de la obra de Cánovas. No aceptó servir de cabeza en ninguno de los partidos turnistas tradicionales. Sin embargo, su vocación política le llevó a relacionarse con los hombres más importantes de su época, en dramática lucha por mantener la independencia y desarrollar su programa. En el fondo no es más que un soldado de talante moderado que se deja convencer sobre la oportunidad de servir a su patria desde un sitio distinto al que le es habitual. Y en ello, eso sí, pone el mismo empeño que el empleado al frente de sus tropas.

El término polaviejismo hace referencia al movimiento político que, en torno al General, se organizó y en el que participaron una serie de personajes de muy variada procedencia. Tiene su origen a finales de 1896 con la llegada del General a Filipinas y termina con su dimisión del Gobierno Silveira, a los pocos meses de su constitución el 4 de marzo de 1899.

Ni el polaviejismo —como tendencia política—, ni su inspirador —el general Polavieja— han sido hasta ahora objeto de estudios monográficos com-

pletos. Lo cual resulta un tanto incomprensible teniendo en cuenta no solo su importancia histórica, sino la riqueza de los archivos del General, si bien un tanto dispersos¹.

ETAPAS DEL POLAVIEJISMO

Con objeto de sistematizar el estudio de este período, podemos dividirlo en tres etapas sucesivas en el tiempo:

La etapa filipina.—Comprende los orígenes del movimiento y coincide con la estancia del General en el archipiélago.

La sucesión canovista.—Caracterizada por las maniobras de una serie de personas que pretenden una solución Polavieja a la situación creada por las guerras coloniales. Va desde la llegada del General, procedente de Filipinas, hasta el desastre ultramarino.

El proyecto regeneracionista.—Durante este período, el General intenta sacar adelante su propuesta de regeneración nacional, sin ceder en sus principios, para acabar formando parte del primer Gobierno Silvela.

La etapa filipina

En el último trimestre de 1896 España vivía pendiente de las insurrecciones ultramarinas. En Cuba, el general Weyler había sustituido a Martínez Campos en enero del 96 y se esforzaba en controlar la revuelta, para lo que había pedido dos años de plazo. En Filipinas, el general Ramón Blanco no conseguía dominar el reciente levantamiento, siendo el centro de numerosas críticas provenientes fundamentalmente de las órdenes religiosas —de gran influencia en el archipiélago— y de la sociedad *españolista*. Los problemas también afectaban al partido conservador en el Gobierno centrados en las disidencias que personas influyentes como Francisco Silvela, mostraban ante la política seguida por Antonio Cánovas.

Como bien ha demostrado el profesor Andrés Gallego², el *desembarco* del general Polavieja en la escena política se debe a las inquietudes del entonces prelado de Valladolid, Antonio María de Cascajares y Azara.

¹ Para el estudio del polaviejismo hay tres libros fundamentales cuyos títulos nada dicen al respecto. Se trata de *La política religiosa en España* de José Andrés Gallego, *Epistolari polític de Manuel Duran i Bas* de Borja de Riquer i Permanyer y *La rosa de fuego* de Joaquín Romero Maura.

² ANDRÉS GALLEGO, J.: *La política Religiosa en España. 1899-1913*. Madrid 1975.

Con gran influencia en la corte, Monseñor Cascajares llevaba tiempo impulsando la presencia de los católicos en la vida pública, siguiendo las sugerencias del Papa León XIII. Fracasados sus intentos, tanto de la creación de un partido católico como sus gestiones en torno a un pacto de familia –mediante el casamiento de la entonces Princesa de Asturias con don Jaime de Borbón, heredero de la rama carlista– el incansable Cascajares afrontaba el último trimestre de 1896 con la idea de establecer una corriente católica que, dentro del partido conservador, actuase a modo de cuña, desplazando a Cánovas. Esta pieza de presión, debía tener dos ramas convergentes: en una de ellas se hacía imprescindible un hombre fuerte de la derecha que no podía ser otro que Francisco Silvela y en la otra, Cascajares veía a un general de prestigio. Habiéndolo intentado antes con Martínez Campos y con Azcárraga³, a la sazón Ministro de la Guerra, el inquieto prelado se fijó en alguien que unía a su prestigio personal, la confianza de la Reina regente: el Jefe de su Cuarto Militar, el teniente general Marqués de Polavieja.

Don Camilo García de Polavieja y del Castillo, tenía detrás una brillante hoja de servicios iniciada desde soldado en 1858. Tan solo un ascenso, el de teniente, le fue concedido por antigüedad: el resto le fueron otorgados por méritos de guerra⁴. Su trayectoria profesional se vio marcada por la influencia del general Martínez Campos, de quien fue ayudante de campo, siendo aquél brigadier en La Habana en 1871 y Polavieja capitán. Con Martínez Campos consiguió los inmediatos ascensos y a su lado luchó contra carlistas y cantonalistas en Cataluña, Levante y Cartagena.

Pero, sin duda, los mayores éxitos profesionales los consiguió siendo ya general y en la isla de Cuba. Entre 1876 y 1882, desarrolló una excelente campaña dominando la insurrección en las provincias de Puerto Príncipe y Santiago de Cuba sucesivamente, realizando la última campaña, conocida como la guerra Chiquita, siendo comandante general y gobernador civil de Santiago, con el general Ramón Blanco como Capitán General de Cuba.

Aparte de las dotes bien probadas en el campo bélico, don Camilo demostró una gran capacidad de diálogo y tacto político que determinó la rendición de los principales cabecillas de la insurrección. No pasando desapercibido para el gobierno, fue nombrado en julio de 1890 Gobernador y Capitán General de Cuba. Sin duda conocía el ejecutivo sus opiniones sobre la presencia de España en el Caribe:

³ Ibídem: *Op.cit.*, p. 98.

⁴ Un buen resumen de la hoja de servicios en *Homenaje póstumo dedicado al glorioso soldado español Marqués de Polavieja*, de A. Villar y Amigo. Madrid 1914.

...debemos en mi opinión, en vez de querer impedir a todo trance y en todo tiempo la independencia de Cuba, que empeño vano sería, prepararnos para ella, permanecer en la isla sólo el tiempo que en ella racionalmente podamos estar y tomar las medidas convenientes para no ser arrojados violentamente, con perjuicio de nuestros intereses y mengua de nuestra honra⁵.

Estas reflexiones las hacía el general en carta dirigida al Capitán General Blanco el 4 de junio de 1879, en los prolegómenos de la guerra Chiquita. Y desde luego denotan un talante bastante moderado.

Por ello el nuevo gobernador fue encargado de tantear el alcance de las reformas de carácter autonómico que se pensaban aplicar a la isla. Polavieja, sin variar su criterio anteriormente expuesto, estaba convencido de que el proceso político que debía desembocar en la separación de Cuba debía tutelarse desde la máxima autoridad de la isla. Por eso cuando desde Madrid se redujeron las atribuciones del Gobernador Civil y Capitán General, en beneficio de organismos locales dependientes directamente de la metrópoli, presentó la dimisión:

...la autonomía será para nosotros tabla de salvación de más pronta y segura muerte acompañada ahí y aquí de ruinas en la fortuna pública y en la privada, y de deshonra para todos⁶.

Dimisión, por cierto, alegando motivos de salud. Su estado de salud estaba bastante quebrantado, probablemente desde que siendo subteniente del Batallón de Cazadores de Isabel II, en 1864, se vio aquejado presumiblemente de malaria o de unas fiebres palúdicas. Así lo indica el director del hospital de La Habana al solicitar un mes de convalecencia para el subteniente Polavieja al Capitán General:

...por el estado delicado en que ha quedado de las fiebres intermitentes con infarto al hígado que ha sufrido, contraídas en Santo Domingo⁷.

Esta referencia es importante porque, como veremos más adelante, el recurso a su mala salud para presentar la dimisión de un determinado cargo es utilizado por Polavieja con cierta frecuencia.

⁵ MARQUÉS DE POLAVIEJA: *Relación documentada de mi política en Cuba*. Madrid, 1898, p. 34.

⁶ *Ibidem*: *Op.cit.*, p.352.

⁷ ARCHIVO GENERAL MILITAR DE SEGOVIA (en adelante AGMS): *Expediente General Camilo García de Polavieja*. Sección Célebres, G-5.

A la vuelta de Cuba, donde demostró un fino olfato político y una extraordinaria capacidad moderadora, ante los dos partidos legales cubanos –el denominado español y el autonomista–, fue nombrado Capitán General de Burgos, Navarra y Vascongadas, a finales de noviembre de 1893. Cargo que tan solo ejerció durante un año, pues el 2 de diciembre del 94 fue nombrado Jefe del Cuarto Militar de S.M. la Reina Regente.

La operación Cascajares

Nos dejamos al intrigante prelado de Valladolid preparando el *asalto católico* al partido conservador, a costa de Cánovas, en el último trimestre de 1896.

Don Antonio María, que había sido oficial de Artillería –antes que al parecer un desengaño amoroso lo inclinara al servicio de Dios⁸– pensaba que en la bélica situación en la que España se encontraba, un militar de prestigio debía acompañar a Silvela en la maniobra de desplazamiento de Cánovas. Esto aparte de atraer a las masas –muy proclives a sensibilizarse ante generales victoriosos– contribuiría al agrupamiento de las distintas facciones de la derecha, desde las más extremas a las más moderadas.

Cascajares, inteligente y bien aconsejado por un buen número de influyentes amigos –no todos conservadores– como Canalejas o Gamazo, sabía que su operación no tendría éxito si Cánovas, con un gran ascendente sobre la Reina, no perdía la confianza de ésta. ¿Cómo conseguirlo?

En aquellos momentos, octubre de 1896, el Gabinete Cánovas se enfrentaba a dos problemas fundamentales: por una parte las dificultades económicas generadas por los dos frentes ultramarinos requerían un empréstito de difícil consecución; por otra, el desgaste de la guerra de Cuba. Weyler, sin apoyos en la metrópoli que contrarrestasen las críticas ante la opinión pública, era la gran vulnerabilidad de Cánovas.

Si Weyler sale bien y no pretende alzarse con el santo y la limosna no hay nada que decir: Cánovas a perpetuidad, y es lo mejor que puede pasar-nos. Si Cánovas con Weyler sale mal, ¿qué será de nosotros? El país tendrá que optar por la República o por D. Carlos. Para la República no hay nada preparado; para D. Carlos está todo preparado⁹.

⁸ ANDRÉS GALLEGO, J.: *Op.cit.*, p.55.

⁹ Idem: *Op. cit.*, p. 78. Carta de Canalejas a Adolfo Calzado de 21 de octubre de 1896.

Esta opinión de Canalejas, que sin duda conocía Cascajares, decidió a éste, tal y como demuestra el profesor Andrés Gallego, a intentar la dimisión de Cánovas, publicando un suelto, el 22 de octubre, en *El Imparcial*. El artículo titulado *Justicia y Patriotismo* pretendía que el Presidente del Consejo debía proponer la crisis al perder la confianza de la Regente. Ésta, según el suelto inspirado por el prelado, había expresado su preocupación por la política ultramarina.

Doña María Cristina recibió información de la operación de mano del propio arzobispo, en carta fechada el día anterior a la publicación del artículo. En ella le anunciaba los presumibles resultados, proponiendo a su candidato militar que entonces aún no era don Camilo.

*Cánovas dejará inmediatamente el poder, pudiendo entonces V.M. formar el Ministerio Azcárraga-Silvela, que sería recibido con aplauso unánime de todos, y único que parece podría salvar la difícil situación que se atraviesa*¹⁰.

Pero a la vez era importante actuar contra Weyler. Se trataba de iniciar una campaña, que volvería con más intensidad al año siguiente, cuya *idea fuerza* consistía, en sentido figurado, en golpear a Cánovas en la cabeza del general Weyler. Este había sustituido a Martínez Campos a propuesta del segundo, en carta a Cánovas¹¹ de enero del mismo 96.

La campaña debía obtener dos objetivos; desprestigiar a Weyler y potenciar al candidato Azcárraga. *El Movimiento Católico*, órgano de Cascajares, se hacía eco el 7 de octubre de la supuesta opinión de los militares, recogida en *La Correspondencia Militar*, diario ligado al partido conservador, en el sentido de que Azcárraga debía sustituir a Weyler al mando de las fuerzas que operaban en la isla de Cuba. Era muy importante hacer creer que el Ejército prefería al entonces ministro, cosa bastante dudosa desde nuestro punto de vista.

*Como españoles, como patriotas, como competentes ¿por qué no decirlo? en las cuestiones propias de nuestra carrera, opinamos que el general Azcárraga, dirigiendo las operaciones de campaña en Cuba, la guerra acabaría en abril próximo*¹².

¹⁰ Idem: *Op. cit.*, p. 76. Carta de Cascajares a la Reina de 21 de octubre de 1896.

¹¹ PANDO DESPIERTO, J.: "Cartas a la Reina", en *Historia* 16, núm. 243, junio de 1996.

¹² *El Movimiento Católico*, 7 de octubre de 1896.

El artículo continuaba advirtiendo que, de seguir Weyler, la guerra no estaría terminada antes de 1898.

La operación de Cascajares se frustró, por el momento, al conseguir el Gobierno el dinero que precisaba y probablemente porque la Reina no podía fácilmente desprenderse de un hombre al que respetaba profundamente.

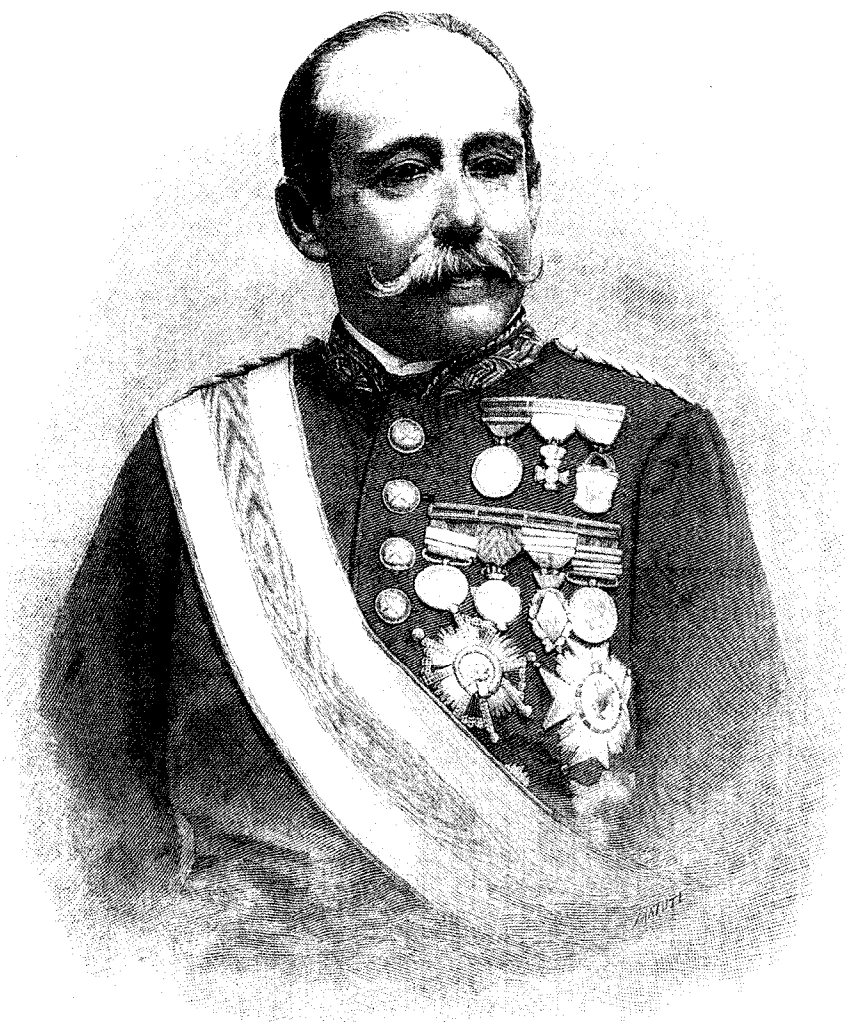
Convencido de que Cánovas no estaba dispuesto a abandonar las esperanzas que tenía depositadas en los métodos de Weyler en Cuba, el inquieto prelado volvió la vista del lado del Jefe del Cuarto Militar. Necesitaba un buen general y una guerra donde ganara prestigio. Polavieja y la insurrección filipina eran su nueva baza y a ella se dedicó con ahínco.

La situación en el archipiélago era bastante alarmante. Desde que el 26 de agosto se produjo el levantamiento en la provincia de Manila, la revuelta se extendía rápidamente, alcanzando a los pocos días la de Cavite. Los insurrectos dirigidos por Emilio Aguinaldo y Andrés Bonifacio, cogieron por sorpresa a una desorganizada defensa a la que se unía la falta de previsión de su máxima autoridad, el general Ramón Blanco, marqués de Peñaplata.

Por otra parte, Blanco había conseguido granjearse la enemistad de la poderosa iglesia filipina, con el influyente arzobispo de Manila, fray Bernardino de Nozaleda, a la cabeza. Según las órdenes religiosas el Capitán General era demasiado blando con la masonería filipina, a quien achacaban no solo el desapego de los indígenas por la iglesia católica, sino el germen y la dirección del propio movimiento separatista. En este sentido llegaron a acusar al propio Blanco de masón, según puede apreciarse en este oficio de Nozaleda en el que impresiona el temple con el que el fraile elevado a la púrpura acusa al Capitán General y Gobernador del archipiélago de pertenecer a la secta:

Y debemos denunciar una maniobra de eficaces resultados que vemos empleada por los seductores: es esta la de hacer creer o divulgar entre el pueblo que la Masonería es cosa inocente y que como tal está permitida por las autoridades. Y llegan a más todavía en su descaro, que es asegurar, que las mismas autoridades, sin excluir la Superior del Archipiélago, pertenecen a la secta¹³.

¹³ ARCHIVO GENERAL DE INDIAS (en lo sucesivo AGI). Sección Diversos. Legado Polavieja, legajo 27. El subrayado es del autor de la carta. En la primera página del documento puede leerse lo siguiente: *Documento interesante, Copia del famoso oficio dirigido por el Sr. Arzobispo Fr. Bernardino Nozaleda al General D. Ramón Blanco el 9 de Abril de 1896 (Reservado).*



Excmo. Sr. D. Camilo García-Polavieja y del Castillo, Marqués de Polavieja.

Probablemente Blanco no fuera masón¹⁴. Pero lo que parece evidente es que no actuó contra la secta. Tal y como podemos comprobar en el siguiente escrito incautado por la policía al masón Juan Merchán.

... ahora estamos en descanso, estamos escamados por la persecución que se nos hace por el general Echaluze, hasta que no venga el general Blanco de Mindanao, no hacemos nada, pues él al menos no nos inquieta y hasta nos apoya. Hay una nota en el mismo papel de otra mano que dice lo siguiente: Se ignora la exactitud de lo que dice esta carta; pero las palabras sobre Blanco, son auténticas¹⁵.

No podía tenerlo mejor el inquieto Cascajares. Blanco en el punto de mira de la iglesia filipina y de la sociedad *españolista* del archipiélago. Tan solo había que proponer a la Reina el nombre del sustituto. De todas formas la operación para *mover la silla* de Blanco se inició incluso antes de que el Arzobispo de Valladolid pensase en Polavieja. *El Movimiento Católico* del 15 de septiembre se hace eco del rumor sobre la sustitución del Capitán General de Filipinas, en base al cumplimiento del plazo máximo de permanencia en el destino y apunta una serie de sustitutos entre los que no figura Polavieja.

... el Gobierno encontrará dificultades para designar el sucesor; pues a heredar al Marques de Peñaplata en el mando superior de Filipinas, aspiran efectivamente los generales Borrero, Seriñá, Moltó y algún otro, y cada uno de estos generales tiene sus defensores en el Gobierno y fuera del mismo¹⁶.

A finales de septiembre *El Imparcial* publica un telegrama de un grupo de españoles, residentes en Filipinas, que piden la sustitución de Blanco, calificando de insostenible la situación de la insurrección en el archipiélago. En este mismo sentido se expresa Nozaleda en carta a los dominicos de Madrid¹⁷. Es el momento esperado por Cascajares para influir en la sustitución de Blanco por Polavieja al frente de la capitanía antillana. Sin embar-

¹⁴ RETANA, W.: *Vida y escritos del Dr. José Rizal*. Madrid, 1907, p.301.

¹⁵ AGI. Sección Diversos. Legado Polavieja, legajo 27. Una carta muy similar del mismo Merchán publicada en *La Ciudad de Dios*, 45-46 (1898), la recoge M^a Teresa Gutiérrez Rodríguez en "Antecedentes de la Independencia de Filipinas: La influencia de la Masonería y de los Estados Unidos", en *actas del congreso Antes del desastre. Orígenes y antecedentes de la crisis del 98*. J. Fusi y A. Niño (Edit). Madrid 1996.

¹⁶ *El Movimiento Católico*. 15 de septiembre de 1896.

¹⁷ ANDRÉS GALLEGO, J.: *Op. cit.*, p. 127.

go el asunto no debía ser nada fácil. Pese a todo, Blanco tenía buenos apoyos. El más importante debía ser el de la propia Reina, quien recibía frecuentes y afectuosas cartas del general¹⁸ no en vano Blanco había sido primer ayudante de Alfonso XII, pasando a ocupar el cargo de Jefe del Cuarto Militar de la Reina Regente, a la muerte del joven monarca. En cualquier caso se trataba del relevo de un prestigioso Capitán General con una hoja de servicios impecable, marcada por numerosos ascensos por méritos de guerra. Pero lo más importante es que todo apunta a que Cánovas no veía con buenos ojos el nombramiento de Polavieja, probablemente por los *amigos* que le apoyaban; Cascajares, Nozaleda, Canalejas, los hermanos Pidal y Silvela con quien el general mantenía, desde al menos su época al frente de la Capitanía de Cuba, una interesante correspondencia.

Al final Cascajares programó una extraña maniobra, que merece ser estudiada con cierto detenimiento. Aprovechando la enfermedad del general Echaluze, Segundo Cabo de la capitanía de Filipinas, consiguió de la Reina este puesto para Don Camilo. La única posibilidad de que éste aceptase una vacante de evidente inferior categoría, es que contase con la promesa de ocupar al poco de llegar a Manila el puesto correspondiente a la máxima autoridad.

El intrigante prelado, en cuyos planes era fundamental ver pronto a Polavieja al mando del archipiélago, confiaba en que una adecuada campaña de prensa contra Blanco, unida a las presiones de personas influyentes tanto de las islas como de la corte, obligarían a Cánovas a plegarse a sus deseos forzando el cese de Blanco, o bien que éste, no soportando la presión de la opinión pública hábilmente dirigida, presentase la dimisión.

El nombramiento de Segundo Cabo se publicó el 22 de octubre de 1896, especificando que se destinaba al general en calidad de comisión de servicios, conservando el cargo de Jefe del Cuarto Militar de S.M. De esta forma, por una parte no descendía de categoría y por otra dejaba la puerta entera-bierta, por si las cosas no salían como el prelado pretendía. Podemos deducir estas suspicacias de Polavieja, gracias a un documento que se conserva en el Archivo de Indias¹⁹ y que recoge una serie de mensajes con su correspondiente frase críptica, de modo que únicamente el transmisor y el receptor podían conocer el significado del mensaje enviado por telégrafo. Esta clave²⁰ fue elaborada entre Polavieja y probablemente el general Azcárraga,

¹⁸ PANDO DESPIERTO, J.: *Art. cit.*

¹⁹ AGI. Sección Diversos. Legado Polavieja, legajo 26.

²⁰ GONZÁLEZ-POLA DE LA GRANJA, P.: "Las claves cifradas del general Polavieja en Filipinas", en *VII Jornadas Nacionales de Historia Militar*. Sevilla, 5-9 de mayo de 1997. Actas en prensa.

antes de salir aquél para Filipinas, recogiendo todas las posibles informaciones que pensaron podrían tener que transmitirse.

En lo referente a la postura de Blanco, ambos interlocutores, por medio de las claves, pensaban más en la negativa de Blanco a marcharse que en el caso contrario. Así encontramos seis posibilidades distintas de expresar lo primero frente a tan solo dos posibles referencias a la salida de Blanco hacia la metrópoli.

Por ejemplo, si Blanco no cedía y persistía en quedarse, Polavieja podía transmitir lo siguiente:

He hablado con el Gral. Blanco y está resuelto a permanecer aquí, y mi impresión es, que el choque es inevitable y quizás mi inmediato regreso de continuar así las cosas.

En caso de que se cumpliese lo previsto se transmitiría en clave lo siguiente:

Mándame agua Mondariz.

Que una vez traducida, mediante la clave pactada, quería decir:

Gral. Blanco se resigna y presenta su dimisión.

Probablemente un tanto preocupado, marcha Polavieja a Filipinas con todo un auténtico Estado Mayor: tres generales —de la categoría de Zappino, Galbis y Lachambre—, cinco coroneles, dos tenientes coroneles, diez capitanes además de los ayudantes y otros oficiales a sus órdenes. El séquito lo completaban dos médicos. Demasiado para atender las misiones de un segundo cabo de capitanía.

Entre las numerosas personas que se acercan a la estación a despedir al general que marcha a Barcelona para embarcarse en el vapor *Alfonso XIII*, merece la pena destacar a: el duque de Medina Sidonia, jefe superior de Palacio, en nombre de la Reina Regente; el duque de Sotomayor, mayordomo mayor de S.M.; los ministros de la Guerra y de Marina; el director general de Hacienda de Ultramar en representación del Sr. Castellano; el general Primo de Rivera, comandante general del Primer Cuerpo de Ejército; el capitán general Martínez Campos; el obispo de Sión; los señores Silvela, Canalejas y Villaverde²¹. Quién le diría al general que con el tiempo este

²¹ *El Imparcial*, 5 de noviembre de 1896.

último sería el causante inmediato del fracaso de su proyecto regeneracionista y el final de sus esperanzas políticas.

En general podemos decir que el nombramiento de Polavieja como segundo cabo fue muy bien recibido por la prensa con rara unanimidad. Algunos insinuaban la posibilidad de que no pasaría mucho tiempo antes de que el general se hiciera cargo del poder general en el archipiélago. Como es lógico el más explícito es *El Movimiento Católico*. Quien, como vimos, un mes antes no lo incluía entre los posibles sustitutos de Blanco termina la información muy favorable a Polavieja con la siguiente coletilla:

*Suponemos que no estará muchos días a las órdenes del general Blanco*²².

A partir del nombramiento, se inicia la campaña de prensa, en la que se aprecia perfectamente una evolución que va desde el elogio a Polavieja y la insinuación de la sustitución de Blanco, hasta el ataque directo a éste, para terminar a los pocos días de llegar Polavieja a Manila con un auténtico clamor pro relevo que sirvió, de rebote, para censurar duramente a Cánovas.

Como era de esperar, en esta campaña en la que vemos a *La Correspondencia de España*, *El Imparcial*, *El Herald*, incluso en algunos aspectos a *La Época*, es el órgano de Cascajares, *El Movimiento Católico*, quien de una manera sistemática encara la campaña contra Blanco y a favor de Polavieja. Así, tan solo a seis días del nombramiento, decía lo siguiente:

*... en tanto se realiza este relevo (el de Blanco por Polavieja), no puede haber tranquilidad en la población pacífica de Filipinas porque falta lo principal, que es confianza en la autoridad superior*²³.

Por otra parte el ambiente que se respiraba en Filipinas era claramente favorable a Polavieja. De modo que al hacer escala en Singapur el vapor *Alfonso XIII*, recibe una carta de un antiguo oficial y viejo amigo:

Con satisfacción inmensa supe de su destino en estas islas, si aparentemente de segundo cabo, en realidad con el mando superior de las mismas, y si yo he tenido tal satisfacción, ha sido no menor la de los españoles aquí residentes ansiosos todos de un general que salve la difícil situación política y militar del archipiélago.

²² *El Movimiento Católico*, 22 de octubre de 1896.

²³ *El Movimiento Católico*, 28 de octubre de 1896.

En otra recibida a la vez le dice lo siguiente:

... en la conciencia de todos está que el General Blanco regresará a la península en el Alfonso XIII²⁴.

Tras casi un mes de travesía, desembarca el general Polavieja en Filipinas el 2 de diciembre del 96. ¿Qué le esperaba?

Sobre las relaciones anteriores de ambos altos mandos hay que decir que aunque pudieran parecer satisfactorias, sobre todo por el tono y las muestras de afecto que Polavieja emplea en sus cartas a Blanco durante la etapa en que aquel era subordinado de éste en Cuba²⁵, parece que Polavieja le reprochaba ciertas actitudes en relación con su actuación en la guerra Chiquita, según podemos deducir por uno de los mensajes que incluye las claves cifradas antes aludidas:

El Gral. Blanco se queda aquí y prepara una situación semejante a la de 1880 intentando llevarse las glorias más.

Por parte de Blanco, la verdad es que no hemos podido encontrar ninguna censura a Polavieja. Ni siquiera en la memoria dirigida al Senado que, para hacer frente a las campañas de opinión en su contra, publicó en 1897²⁶.

Tal y como había previsto Polavieja antes de salir de Madrid, Blanco no estaba dispuesto a marcharse en el mismo barco en que llegaba su Segundo Cabo. Quizá pesaba en su ánimo el relevo en Cuba de principio de año en el que un desacreditado Martínez Campos era sustituido por el duro Weyler. Seguramente por esto endureció la persecución de los insurrectos fusilando a los más comprometidos.

Para aproximarnos a lo que realmente pasó en esos primeros días de la llegada a Manila, tenemos únicamente la versión de Polavieja en carta a Silvela de febrero de 1897, es decir, cuando ya se había producido el relevo. En ella se queja de la desastrosa campaña que estaba desarrollando Blanco contra la insurrección y dice:

Blanco, con más inteligencia, pudo haberme comprometido a servir a sus órdenes; para ello no había necesitado más que el haber variado de

²⁴ AGI, Sección Diversos. Legado Polavieja, legajo 27.

²⁵ MARQUÉS DE POLAVIEJA: *Op.cit.*, p.57.

²⁶ GENERAL BLANCO: *Memoria que al Senado dirige el General Blanco acerca de los últimos sucesos ocurridos en la isla de Luzón*. Madrid 1897. En la p.18, incluye a Polavieja en una lista de generales bizarros e inteligentes.

política y haberme nombrado su Jefe de Estado Mayor General. Otra segunda campaña de Cuba.

En vez de esto desde mi llegada me encerró y muy estrechamente en mi cargo de Segundo Cabo, no dándome conocimiento de nada de cuanto se relacionaba con guerra y política y alejando de su confianza a cuantos vinieron conmigo²⁷.

Sea como fuere el caso es que a los pocos días de llegar a Manila comenzaba a dar pruebas de intranquilidad, si no de claro nerviosismo.

Entonces comienza la ofensiva en prensa a favor del relevo, en la que puede apreciarse perfectamente cómo el asunto es aprovechado para atacar a Cánovas. Todo parece indicar que se le fue de las manos al jefe del ejecutivo y sufrió un serio desgaste.

Todos los medios se preguntan lo mismo; si no se pensaba relevar inmediatamente al general Blanco, ¿por qué se envió a Polavieja? Dejando al margen a *El Movimiento Católico*, cuyo clamor raya en el histerismo, son *El Heraldo* y *El Imparcial* los que desarrollan una campaña más contundente y sistemática.

El liberal *El Imparcial*, dirigido por Eduardo Gasset, insiste en el cambio, y el 5 de diciembre, con el título “Rodeos Peligrosos” dice:

Al presidente del Consejo le suponen sus enemigos despechado por no ser suya la iniciativa del nombramiento del general Polavieja y resuelto a crear a éste una situación imposible.

El *Heraldo de Madrid*, además de dedicar el editorial a pedir el relevo, introduce una serie de matizaciones en torno a Polavieja que van más allá del asunto filipino. Así, en el artículo de fondo titulado “Jugar con fuego” puede apreciarse el interés en resaltar la independencia de Polavieja sobre los partidos políticos que con el tiempo será la base de su lanzamiento político:

El general Polavieja es hombre poco o nada simpático a los políticos... Ni en el partido conservador ni el partido liberal encontrará el general Polavieja quien le sostenga con sinceridad y con calor²⁸.

²⁷ AGI, Sección Diversos, Legado Polavieja, legajo 29. Borrador de carta de Polavieja a Silvela de febrero de 1897 (sin especificar día).

²⁸ *Heraldo de Madrid*, 3 de diciembre de 1896.

Por su parte el gubernamental *La Época*, seguía a esas alturas intentando dar apariencia de normalidad:

... se ha fantaseado mucho sobre la actitud del general Polavieja, diciendo algunos que había telegrafiado a Madrid manifestando haber hallado las cosas mucho peor de lo que suponía y expresando la necesidad de más refuerzos. Otros haciendo grave ofensa a un general tan pundonoroso y disciplinado como lo es el segundo cabo de Filipinas, le suponían dispuesto a regresar a España inmediatamente. En honor a la verdad a estos rumores casi nadie les dió crédito²⁹.

Pues bien, lo que el rotativo conservador considera un simple rumor, es precisamente lo que ocurrió. En telegrama que Polavieja envió a su buen amigo Flores, colaborador precisamente de *La Época*, seguramente para que lo comunicara a los compañeros de intriga, le dice lo siguiente:

Situación insostenible. Blanco decidido continuar aquí saliendo de campaña.

Insurrección importancia grande organización nuestra detestable todos conceptos opinión irritada, temo conflictos graves.

Si gobierno no resuelve inmediatamente conflicto embarcaré para España. Hoy telegrafío Comillas remitiéndole telegrama cifrado para Ministro de la Guerra pidiendo admita dimisión mía³⁰. La fecha del telegrama es de 6 de diciembre.

Pero si estaba nervioso, también preocupado debía estar el Gobierno, con Cánovas al frente, viendo el cariz que estaba tomando la cuestión. El día 7, recibe Polavieja en Manila un telegrama del Ministro de la Guerra, que en duros términos le insiste en que por medio de una declaración intente parar la campaña de prensa:

V.E. sabe que ni la Reyna ni el Gobierno le han enviado para destituir al Gral Blanco como aquí se dice, sino para auxiliarle y reemplazarle oportunamente. Los adversarios del gobierno dirigen a V.E. unos telegramas que han hecho publicar haciéndole preguntas capciosas: llamo su atención sobre perversas intenciones de estas preguntas, para que advertido y con su

²⁹ *La Época*. "La cuestión Blanco-Polavieja". 5 de diciembre de 1896.

³⁰ AGI, Sección Diversos, Legado Polavieja, legajo 27.



Excmo. Sr. A. Antonio María Cascajares y Azara. Arzobispo de Valladolid.

*lealtad reconocidas pueda contestar explícitamente anulando propósitos malévolos y evitando aumente escitación que se quiere producir dando motivos a mayores algaradas de la prensa que las ya originadas*³¹.

Polavieja, visiblemente molesto por los términos del telegrama anterior, presenta su dimisión aludiendo problemas de salud, no sin antes negar cualquier clase de contactos con la prensa. Este telegrama desde Manila está fechado el 9 de diciembre³². Pues bien, cuando llegó la renuncia del segundo cabo a Madrid, la Reina ya le había nombrado Gobernador General y Capitán General de Filipinas³³.

Según le dice Polavieja a Silvela, es el propio Blanco quien presenta la dimisión solicitando el puesto de Jefe del Cuarto Militar. Pero este borrador de carta es un tanto sospechoso, porque tiene fecha de 26 de diciembre del 96 y los términos en los que Polavieja se expresa son de los momentos previos al relevo³⁴. Lo que sabemos ahora, gracias a Juan Pando, es que en los momentos previos al relevo, la Reina y Blanco mantuvieron una interesante correspondencia, en torno al cambio en la capitanía filipina. Incluso Blanco llega a ofrecerse para sustituir a Weyler en Cuba, en carta escrita en Manila de contestación a otra de la Regente de 5 de diciembre del 96:

*Las noticias que de Cuba se reciben, contristan (sic) profundamente el ánimo y comprendo las amarguras por las que está V.M. pasando en estos momentos. ¡Qué situación, y qué horribles gastos! ¡Dios se apiade de España y mejore sus horas, dándole pronta y completa victoria! Sé cuán poco valgo, pero si de algo sirvo, disponga V.M. de mí, dispuesto como estoy siempre a sacrificarme por mi Reina y por mi Patria, do quiera me necesiten*³⁵.

Una bien ganada sensación de alivio recorre las redacciones de los periódicos, plasmándose en descriptivos editoriales. Como siempre, atendiendo las intenciones de Cascajares, es *El Movimiento Católico* el más efusivo *¡Al fin! Blanco relevado*³⁶, titula. La campaña de explotación del éxito

³¹ AGI, Sección Diversos, Legado Polavieja, legajo 26.

³² *Ibidem*.

³³ AGMS. Sección Célebres. Expediente General Polavieja, G-5. En escrito de 8 de diciembre, Cánovas traslada al Ministro de la Guerra el escrito en el que la Reina le comunica el nombramiento de *Gobernador General y Capitán General de la isla de Filipinas al Teniente General del Ejército D. Camilo Polavieja del Castillo, jefe de mi Cuarto Militar*.

³⁴ AGI, Sección Diversos, Legado Polavieja, legajo 29.

³⁵ PANDO DESPIERTO, J.: *Art. cit.*

³⁶ *El Movimiento Católico*, 9 de diciembre 1896.

en prensa hubiera seguido de no haber ocurrido en Cuba la muerte en combate de Maceo, que supuso para Weyler un gran éxito y un importante *balón de oxígeno* para Antonio Cánovas.

Mucho debió contrariar al marqués de Peña-Plata su cese en beneficio de Polavieja, sin embargo la Reina le concedió uno de los destinos más dignos, el de Jefe de su Cuarto Militar, que como antes vimos ocuparía por segunda vez. De modo que se produjo una permuta de cargos. El mismo día 8 de diciembre, se nombraba a Polavieja Capitán General de Filipinas en sustitución de Blanco y a éste Jefe del Cuarto Militar, para relevar a aquél. Sin embargo no duraría mucho Blanco en tan honorable destino, puesto que presentó su dimisión desde Barcelona a finales de enero de 1897³⁷.

Nos resulta un tanto extraña esta renuncia. ¿Intentaba Blanco presionar a la Soberana? Es interesante que la tramitase desde Barcelona donde, sin duda, debía tener muy buenos amigos, probablemente desde los sucesivos períodos en los que fue Capitán General de Cataluña, nada menos que en tres ocasiones³⁸. Lo cierto es que algo debía de haber cuando, al salir de la ciudad condal camino de Madrid para entrevistarse con la Reina, el Capitán General de Cataluña envía al Ministro de la Guerra un elocuente telegrama:

*Acaba de salir en el expreso para esa corte general Blanco siendo afectuosamente despedido por todo elemento militar autoridades civiles y numerosa concurrencia personas distinguidas y todas clases sociales que hasta le han vitoreado*³⁹.

Blanco quedó sin destino desde finales de enero del 97 a el 19 de octubre del mismo año, hasta que el Gobierno Sagasta lo envió a Cuba en sustitución de un Weyler cada vez más censurado y que había perdido a su mentor en trágicas circunstancias.

Pero volvamos a Polavieja. Una vez ocupado el ansiado despacho de Capitán General en Manila comienza la reorganización tanto política como militar del archipiélago y las primeras medidas verdaderamente duras contra los insurrectos.

³⁷ AGMS, Sección Célebres, expediente general D.Ramón Blanco, B-11. Telegrama de Ministro de la Guerra a General Blanco, en Barcelona, de 27 de enero de 1897: *Aceptada por SM la Reina la renuncia que ha hecho VD de Jefe de su Cuarto Militar, queda Vd autorizado para venir a esta corte donde sm tendrá mucho gusto en verle.*

³⁸ AGMS, doc. cit. De 9 de octubre de 1876 a el 10 de marzo de 1879; de 17 de octubre de 1881 a 19 de enero de 1883 y de 4 de octubre de 1886 hasta el 8 de marzo de 1893.

³⁹ AGMS, doc.cit. Telegrama de 30 de enero de 1897. El subrayado es del redactor.

En este momento inicia una interesante correspondencia por carta, fundamentalmente con dos figuras disidentes importantes del partido conservador: Silvela y Dato. Si nos fijamos tanto en esta documentación⁴⁰ como en los mensajes pactados en las claves cifradas, referentes a información que requería de Madrid sobre el criterio de partidos políticos, estados de opinión, colocación de personas en puestos determinados etc. podríamos pensar que Polavieja es en estos momentos algo más que una espada en manos de un inteligente prelado con ganas de enredar en el partido conservador. Parece como si, utilizado el trampolín que Cascajares le prestó para llegar al mando de Filipinas, comenzara a sembrar, cuidando las relaciones con hombres de futuro para recoger a su tiempo una oportunidad política de interés.

Lo primero que llama la atención de la citada correspondencia es la auténtica obsesión, patente en todas las cartas, por desacreditar a Blanco. No solo criticando el planteamiento estratégico de la lucha contra la insurrección y la propia organización militar, sino que yendo más allá le acusa directamente de masón y conspirador:

¿Es Blanco masón?

Siéndolo es como únicamente puede explicarse su conducta... Temo que Blanco por medio de sus amigos, abra una campaña pública contra las órdenes religiosas, mientras la hace privada; y temo también sea creído y apoyado en dicha campaña.

Mucho daño puede hacer al Rey y a la Reina restándoles apoyos en Roma y en el alto clero español.

¿Persiguen ciertas personalidades y determinados elementos políticos muera con ellos la obra de la restauración? Creo que sean esta sus intenciones, pero sin tenerlas, es fácil, por los caminos que vamos, que nos lleven a la catástrofe⁴¹.

Este último interrogante parece buscar la respuesta en Cánovas, persiguiendo la aceptación del receptor de la misiva: Silvela. En cuanto a las críticas a Blanco, quizá buscara neutralizar de algún modo su influencia sobre la Regente y sobre todo apartarlo de toda actividad política. Hay que tener

⁴⁰ AGI, Legado Polavieja, legajo 29; SECO SERRANO: *Viñetas históricas*. Cita la de 13 de diciembre de 1897 del archivo de D. Eduardo Dato que se conserva en la Real Academia de la Historia.

⁴¹ AGI, Sección Diversos, Legado Polavieja, legajo 29. Borrador de carta de Polavieja a Silvela, febrero de 1897 sin fecha de día.

en cuenta que las simpatías de Blanco en Cataluña eran conocidas y la baza descentralizadora era algo que Polavieja se guardaba para en su momento poder jugarla en exclusiva.

Como decíamos antes, al poco de hacerse con la máxima autoridad del archipiélago, Polavieja acometió una serie de reformas. En el terreno político inició una campaña contra la corrupción. Los gobernadores civiles de todas las provincias recibieron, el 25 de diciembre del 96, una circular en la que el Capitán General y Gobernador General se expresaba en los siguientes términos:

Nada hay tan eficaz para mantener los prestigios de la autoridad como la práctica constante de purísima moralidad en todos los órdenes de la administración pública, razón por la cual este Gobierno General está resuelto a ser inexorable con todos los que siquiera vacilen en esta materia⁴².

En cuanto al control de la insurrección, Polavieja tenía como primera tarea la resolución de los procesos contra destacados insurrectos incoados en tiempo de su antecesor. El más importante de ellos era el seguido contra José Rizal.

Sobre el fusilamiento, el 30 de diciembre de 1896, del doctor Rizal, también hay ciertos aspectos que nos permiten elucubrar sobre la personalidad del general Polavieja. Verdaderamente, cuando éste llegó a Filipinas, el ambiente estaba dominado por la presión que la iglesia filipina y la sociedad *españolista*, fundamentalmente, habían ejercido contra el general Blanco al que acusaban de blando cuando no condescendiente con los insurrectos. En este caso, ¿podía Polavieja indultar a alguien tan significativo como Rizal? Pensamos que era un gran riesgo para su autoridad recién estrenada. Pero desde luego lo que no parece cierto es que hiciera lo más mínimo por impedir la ejecución del joven independentista, tal y como afirma el panegirista de Polavieja e ilustre regeneracionista Damián Isern⁴³. Y esto lo deducimos de lo que el mismo Polavieja escribe a Silvela en carta fechada en 31 de diciembre del 96:

Ayer se fusiló a Rizal, alma y vida de la presente insurrección. Se creía por muchos que no me atrevería con él, como si yo tuviese que hacer otra

⁴² AGI, Legado Polavieja, legajo 27.

⁴³ ISERN MARCO, Damián: *Las Capitanías Generales Vacantes*. Madrid, 1907. *El único que trabajó para obtener el indulto de Rizal, fue el General Polavieja*; VILLAR Y AMIGO, A.: "El fusilamiento de Rizal", en *Op. cit.*, pp. 138-144.

cosa que sujetarme a cumplir el fallo de la Justicia. Rizal era el principal causante de la rebelión y tenía que caer. Si hubiese sido inocente nada hubiese podido temer de mí⁴⁴.

Tras Rizal otros veintiséis insurrectos fueron ejecutados. Como dice con acierto Fernández Almagro: *El criterio de la guerra sin cuartel alcanzaba a los Tribunales de Justicia⁴⁵.*

Pero es en las operaciones militares donde Polavieja muestra su auténtica medida. Estudiando al enemigo, comprobó la importancia que estos otorgaban a las fortificaciones y actuó en consecuencia organizando tres parques de ingenieros bien dotados antes de cumplirse el mes, a cargo del mando supremo del archipiélago.

Lo que destaca sobremanera de los planeamientos estratégicos de Polavieja en la campaña filipina, es precisamente esta preocupación por el apoyo logístico a la fuerza. Precaución, que solo puede encontrarse en los buenos generales, capaces de distraer hombres de la línea de fuego, en contacto con el enemigo, en beneficio de los servicios de abastecimiento a esas fuerzas combatientes. La historia militar está llena de grandes fracasos debidos a esta falta de previsión tanto en el suministro al frente de equipo, alimentación, repuestos, munición, etc, como en el apoyo táctico a la maniobra. El pensamiento del general en esta materia, sorprendido por el trabajo de fortificación de los insurgentes, se lo explica en carta, cómo no, a Silvela:

Todos los ejércitos llevan para muchos fusiles, pocas herramientas de trabajo; para muchos combatientes, un número escaso de zapadores. Los rebeldes filipinos llevan por el contrario, cuatro veces más hombres de trabajo que hombres con fusil⁴⁶.

La combinación de la logística y la movilidad y contundencia de las operaciones bien ejecutadas por el excelente plantel de generales y coroneles que Polavieja se llevó de la Península⁴⁷, cambió por completo el pano-

⁴⁴ AGI, Legado Polavieja, legajo 29. Carta de Polavieja a Silvela de 31 de diciembre de 1896. La ejecución se cumplió el 26 de diciembre. La carta, o este párrafo, pudo escribirlo el 27 y enviarla con fecha de 31.

⁴⁵ FERNÁNDEZ ALMAGRO, M.: *Historia Política de la España Contemporánea*. Madrid, 1959, p. 351.

⁴⁶ AGI. Sección Diversos, Legado Polavieja, legajo 29. Carta de Polavieja a Silvela de 24 de enero de 1897.

⁴⁷ MONTEVERDE Y SEDANO, F.: *Campaña de Filipinas: La división Lachambre, 1897*. Madrid, 1898. Es de destacar la actuación de las dos brigadas al mando del general Lachambre.

rama. Esto unido a las medidas de gracia, dictadas por el Capitán General, a las que se acogieron nada menos que dos mil rebeldes⁴⁸, permitió el diseño de una ofensiva que poco a poco iba barriendo el territorio ocupado por los insurgentes.

Pese a todo Polavieja se queja a Silvela de la indiferencia del gobierno de Madrid, mientras le tiene al tanto de todas y cada una de las operaciones bélicas:

El Gobierno está muy seco conmigo. De él no he recibido la menor frase que pueda satisfacerme y alentarme; se calla y me espera con el palo levantado esperando el menor revés. Tampoco me ha hecho el menor ofrecimiento en hombres y recursos⁴⁹.

Muestra Polavieja, ante el opositor a Cánovas en el partido conservador, su interés en que nadie le dispute el éxito en el dominio de la revuelta filipina.

Polavieja, tal y como hiciera años antes en Cuba, se muestra como un hábil político que combina la negociación a todos los niveles con la fuerza de las armas. Un interesante ejemplo lo tenemos cuando, en marzo del 97, ante la planificación del ataque al reducto más importante de los rebeldes, la provincia de Cavite, se pregunta por la causa de este especial empeño por defender esta provincia. La explicación se la cuenta a Silvela:

La provincia de Cavite pertenece casi por completo a las órdenes religiosas y en ellas apenas se conoce la propiedad particular. Al constituirse en cantón independiente, los caviteños se han repartido las grandes haciendas de los frailes y hoy defienden su propiedad; el antiguo colono o bracero hoy propietario, no quiere volver a ser lo que fue antes de la insurrección. Lo que era una cuestión política se ha hecho una cuestión social⁵⁰.

Ante esto Polavieja comienza una serie de contactos con el arzobispo Nozaleda, tendentes a que los frailes consideren el asunto, advirtiéndoles de una posible desamortización por parte del gobierno de Madrid en el caso que se supiera que las provincias más conflictivas coincidían con las de mayor acumulación de tierras en manos de la Iglesia.

⁴⁸ FERNÁNDEZ ALMAGRO: *Op.cit.*, p.353.

⁴⁹ AGI, Sección Diversos, Legado Polavieja, legajo 29. Carta de Polavieja a Silvela de febrero del 97.

⁵⁰ AGI, Sección Diversos, Legado Polavieja, legajo 29. Carta de Polavieja a Silvela desde Parañaque en marzo de 1897.

La rápida explotación del éxito requería más hombres y el general solicitó veinte batallones que le fueron negados por el Gobierno. Alegando problemas de salud, que en verdad sufría y así se lo hace constar a Silvela en otro párrafo de la carta anterior, Polavieja presenta su dimisión. Cánovas la aceptó tras comprobar los resultados de una junta médica presidida por el inspector general de Sanidad⁵¹ y envió para sustituirle al general Primo de Rivera.

Pronostica así el fracaso de su sucesor:

Cuando ya no pueda resistir más (se refiere a su enfermedad hepática) vendrá mi sucesor y tengo la seguridad de que a él le darán los refuerzos que no me quisieron dar a mí; lo malo es que entonces ya no servirán; se habrá perdido la oportunidad y esta guerra entrará por el mismo camino que la de Cuba y con caracteres más graves⁵².

Polavieja embarcó para la metrópoli el 15 de abril. Le esperaba un gran recibimiento cuidadosamente preparado por sus amigos. Volvía vencedor y enfermo en cumplimiento con el deber patrio, dos ingredientes capaces de conmover a una sociedad poco acostumbrada a ilusionarse con el éxito de sus banderas.

El General había elegido el momento justo para regresar a la corte. La negativa al envío de más refuerzos y la pronta llegada de la estación lluviosa⁵³, podía interferir en los objetivos marcados y hacer peligrar su opción política. Ahora comenzaba otra etapa.

La sucesión canovista

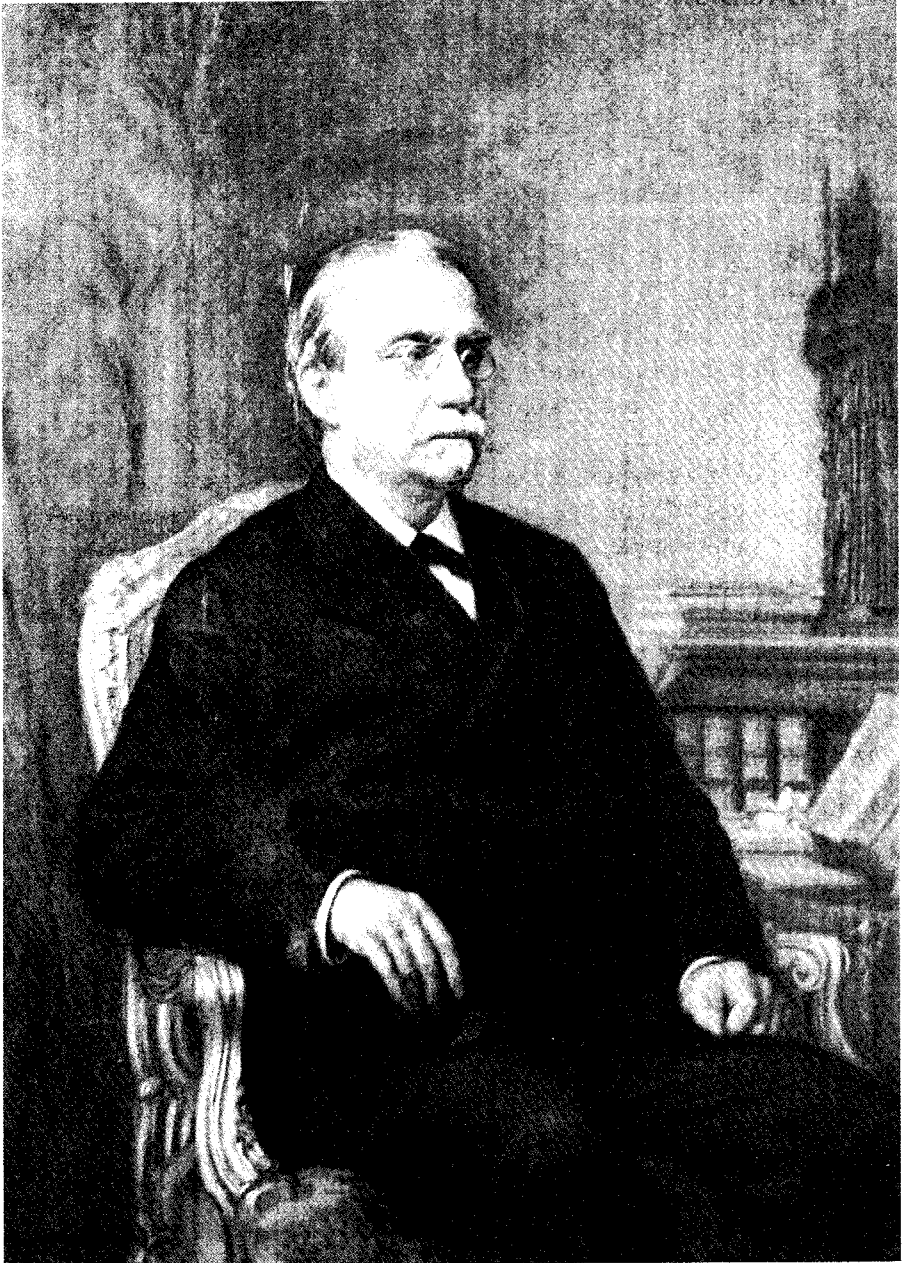
Por su cuenta, el inquieto arzobispo Cascajares seguía con su plan, en el que Polavieja ocupaba un importantísimo papel. En el invierno del 96 al 97, cuando las medidas tomadas por el General comienzan a hacer efecto sobre la insurrección, Cascajares le pronostica, nada menos, que ha de ser *el brazo que sostenga el trono*⁵⁴. En la misma carta le da un consejo que Polavieja intentará respetar con gran tenacidad:

⁵¹ FERNÁNDEZ ALMAGRO: *Op. cit.*, p.356.

⁵² AGI, Sección Diversos, Legado Polavieja, legajo 29. Carta de Polavieja a Silvela de marzo de 1897.

⁵³ Siguiendo la carta anterior sobre las dificultades que augura a su sucesor comenta: *En Junio empieza la época de las lluvias; se inundan los campos; solo se puede ir a duras penas por los caminos, cortados todos por trincheras fortísimas que ya no se podrán envolver como ahora.*

⁵⁴ ANDRÉS GALLEGO: *Op., cit.*, p.95.



Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.

A grandes cosas está usted llamado; pero permítame un consejo de amigo que le quiere bien: no se comprometa con nadie, ni se afilie a ningún partido; usted debe estar sobre todos éstos y conservar íntegros sus prestigios, para ser lo que indico arriba. De mantener el fuego sacro me encargo yo; esté usted tranquilo y seguro sobre este punto.

¿Qué intentaba el prelado? Desde luego no había abandonado la idea de la cuña con el tándem Silvela-Polavieja contra Cánovas, tal y como se demostró a la muerte de éste intentando el desembarco de los anteriores en el partido conservador. Quizás lo que pretendía Cascajares era apartar a Polavieja de otras influencias no controladas por él. Lo cierto es que, como veremos, todo parece indicar que nunca olvidó el consejo del arzobispo y cuando tras el desastre Silvela le tendió la mano desde el partido conservador, le salió con la orla de la independencia política.

Esta etapa del polaviejismo comienza con la llegada triunfante del Marqués de Polavieja al puerto de Barcelona, el 13 de mayo de 1897. Durante el viaje le había sido concedida la condecoración más preciada en tiempo de guerra, la gran cruz de San Fernando.

En la Ciudad Condal recibió Polavieja un homenaje multitudinario que tres días después y con más de sesenta mil personas en la calle se repetiría en Madrid⁵⁵. Si tenemos en cuenta el medio millón de personas que residían entonces en la capital del reino, comprenderemos la extraordinaria manifestación de apoyo al vencedor en Filipinas. Un gesto de la Reina saludando desde el balcón del palacio al antiguo jefe de su Cuarto Militar, poco después de haberla cumplimentado, dio lugar a la famosa *crisis del balcón*. Fernández Almagro se pregunta, si el enfado de Cánovas, que pudo haber tenido sus efectos sobre la estabilidad del gabinete, se debió a la manifestación de afecto por parte de la soberana o a la interpretación de ciertos interesados, que se apresuraron a interpretar el regio gesto como *un acto inconstitucional que ponía en entredicho la autoridad del Gobierno*⁵⁶. Lo cierto es que fue necesario la publicación en *La Época* del manifiesto disgustado de la Reina por las citadas interpretaciones, para que Cánovas quedara satisfecho.

Pero en realidad, esta segunda etapa de consolidación del polaviejismo no comienza con el desembarco del General, sino mucho antes. Precisamente con la operación cuyo final acabamos de ver y que probablemente pretendía la crisis y la ansiada incorporación de Polavieja a la escena política.

⁵⁵ Idem: *Op. cit.*, p.96.

⁵⁶ FERNÁNDEZ ALMAGRO, M.: *Op. cit.*, p.402.

El impresionante recibimiento en Barcelona y Madrid, organizado por periódicos liberales como *El Imparcial* y el *Heraldo de Madrid*, con la participación de canalejistas, liberales, romeristas y silvelistas⁵⁷, puede hacernos dudar sobre el protagonismo único del inquieto arzobispo en el diseño y ejecución de la maniobra.

Ya hemos visto la animada correspondencia de Polavieja con políticos como Silvela y Dato. Otro personaje interesante, de cuyo epistolario podemos deducir elementos interesantes de reflexión, es el periodista Gonzalo de Reparaz.

Reparaz, desde posiciones neocolonialistas —que le habían permitido un estrecho contacto con el grupo africanista de Costa, en los primeros años de la década de los 80— se había especializado en artículos—denuncia que generalmente causaban bastante revuelo, aparte de algún que otro proceso. Seguramente conoció a Polavieja de su época de corresponsal en Cuba y compartía con éste el mismo criterio sobre el futuro autónomo de la isla. En los escritos de Reparaz se aprecia una gran preocupación por el Ejército, en cuanto a *brazo armado de la patria*, de ahí sus ácidos ataques a las deficiencias organizativas y estructurales militares⁵⁸.

Pero a juzgar por su activa participación en la campaña de prensa desatada contra Weyler en el invierno del 97, todo parece indicar que las críticas de Reparaz perseguían unos objetivos que claramente iban más lejos del patriótico interés por la suerte de los soldados españoles en las guerras ultramarinas. Como observa Fernández Almagro, la campaña desatada contra el Capitán General de Cuba por los dos periódicos liberales más influyentes, *El Imparcial* y el *Heraldo de Madrid*, buscaban la cabeza de Cánovas⁵⁹.

Una de las campañas más virulentas se desató a raíz de la publicación en el *Heraldo* del 30 de diciembre del 96, de un artículo de Reparaz, titulado *La Guerra de Cuba* que, aparte del ingreso en prisión del autor, provocó una cadena de sanciones a los diarios solidarizados con aquél⁶⁰. Destacaba la mala dirección de la campaña y sobre todo las deficiencias en los servicios, pintando un dramático cuadro, en el que los soldados pasaban terribles calamidades, con las lógicas consecuencias para la operatividad de las fuerzas españolas.

Con todo, nos parece que este texto no puede considerarse como ejemplo de antimilitarismo, en el sentido que lo hace Núñez Florencio, porque

⁵⁷ Idem: *Op. cit.*, p.401.

⁵⁸ *La Ilustración Española y Americana* de 8 de marzo de 1895; BALFOUR, Sebastian: *El final del Imperio Español, 1898-1923*. Barcelona, 1997, p. 22.

⁵⁹ FERNÁNDEZ ALMAGRO: *Op.cit.*, p.381.

⁶⁰ NÚÑEZ FLORENCIO, R.: *Militarismo y antimilitarismo en España (1886-1906)*, Madrid 1990, p. 229.

en realidad, lo que pretendía Reparaz era desprestigiar a un general (Weyler), para potenciar a otro general (Polavieja). Y sobre esto no hay ninguna duda a la vista de la carta que a través de un intermediario⁶¹ envió Reparaz, con fecha 11 de febrero de 1897, al entonces Gobernador General y Capitán General de Filipinas⁶². Tras acusar a Weyler de crueldad con sus propias tropas⁶³, y de corrupción, comenta que la campaña de *El Imparcial* contra Weyler fue fruto de un acuerdo entre el director Gasset y Cánovas, cuyo objetivo no era otro que facilitar el relevo de aquél en Cuba. Según Reparaz, no fue posible porque *Weyler no se deja relevar*, de modo que esto fue lo que decidió a Cánovas a apoyar sin condiciones al general.

Las increíbles dotes de Reparaz para la intriga se ponen especialmente de manifiesto en su intento de profundizar en las diferencias entre Cánovas y Polavieja. Así en la misma carta hace saber a éste un comentario que pone en boca de Eugenio Antonio Flores, un antiguo amigo del General, redactor de *La Época* y a quien Reparaz acusa de traición⁶⁴. El citado comentario no tiene desperdicio:

Cánovas, en su odio a Polavieja, llegó a decir de él el año pasado, contestando a las alabanzas que de su honradez se hacían, que en esto quizás había también algo que rebajar porque las cuentas de las fortificaciones de la Habana parece que no están muy claras y hay quien piensa que entonces se guardó alguna cantidad.

A pesar de las diferencias entre ambos no parece la difamación el estilo de don Antonio Cánovas.

En cualquier caso, queda claro que Reparaz apoyaba a Polavieja, y es probable que intentase su unión con Canalejas⁶⁵. Su entusiasmo es notorio y reconoce sus movimientos en favor del General.

⁶¹ La carta está dirigida a Eusebio. *Esta carta es para V y para el general*. Sin duda se trata de Eusebio Jiménez Lluemas. Fue un buen geógrafo, miembro destacado de la Sociedad Geográfica de Madrid. Seguramente de ahí le venía su amistad con Reparaz. En Filipinas era en ese momento ayudante de Polavieja.

⁶² AGI, Sección Diversos, Legado Polavieja, legajo 30. Carta dirigida a Eusebio.

⁶³ Idem: Carta dirigida a Eusebio. Por ejemplo, cita el caso de una columna mandada por el propio Weyler: *El general en jefe mandó que a los extenuados, es decir a los moribundos, se les recogiesen las armas y municiones y se les abandonase a su suerte.*

⁶⁴ Idem: Carta dirigida a Eusebio. *Estoy convencido –dice Reparaz– de que representa el triple papel (Flores) de amigo del general (Polavieja), de Martínez Campos y de Cánovas y como hoy por hoy éste es el que más puede dar, a éste sirve mejor. Por él debe saber el gobierno algunas cosas que no debería saber.*

⁶⁵ Comentario en la *Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo-Americana*. T.L. Madrid. 1923. Nuestros reparos a esta cita vienen de que en esta edición de la enciclopedia el propio Reparaz era colaborador de la misma y si no redactó su propia biografía, sin duda la revisó.

Solo de Vdes. puede venir la salvación por que con Vdes están la cabeza y las manos que no veo aquí por ninguna parte. Siempre consideré como uno de los mejores éxitos de mi vida el haberles sabido encontrar, el haberles conocido después de encontrarles... y el haber contribuido y el seguir contribuyendo en la medida de mis fuerzas puestas todas en esta empresa, a que lleguen a donde deben llegar. Lo importante es que lleguen a tiempo. De ahí mi prisa.

Después de esta declaración, ¿podemos pensar que Cascajares y Reparaz estaban en la misma inteligencia? El único nexo de unión que encontramos tiene nombre y apellido: don José Canalejas, no en vano Reparaz utilizaba como tribuna la primera página del canalejista *Heraldo de Madrid*.

En cualquier caso la triunfal llegada de Polavieja no pudo ser aprovechada para desplazar del gobierno a Cánovas. La hora de Polavieja no había llegado.

La segunda oportunidad vino a consecuencia de un trágico suceso, el asesinato de don Antonio Cánovas a manos de un anarquista, el 7 de agosto del 97. De nuevo comienzan los movimientos en torno al General, que esperaba tranquilamente presidiendo la Junta Consultiva de Guerra.

Vuelve Cascajares al centro de la conspiración. A los pocos días del magnicidio que acabó con la vida del Presidente del Consejo, Valentín Gómez, viejo carlista y director del *Movimiento Católico*, se dirigía al arzobispo en estos términos:

Me parece mi querido Sr. Cardenal, que la ocasión no puede ser más oportuna para realizar aquel pensamiento. Desapareció el único obstáculo por un medio aterrador e inesperado.

¿Resistirá aún la Señora? Yo creo que no hay más solución que la que representa el vigor y la energía de la autoridad, la defensa social y una política firme y resuelta en Cuba y Filipinas. ¿Quién la representa? No hay que decirlo. El (Silvela), con Azcárraga, con Polavieja, o con Martínez Campos, o con los tres a la vez, ocupando sus puestos respectivos, es lo que parece indicado⁶⁶.

Tras la muerte de Cánovas, Azcárraga preside un gobierno de transición, a la espera de que el partido conservador quede de una vez organiza-

⁶⁶ ANDRÉS GALLEGOS: *Op.cit.*, p.100.

do. De inmediato se inician las gestiones tendentes al liderazgo de Silvela. Tanto en la solución de la crisis por la que atraviesan los conservadores como en los consejos a la Reina sobre el futuro gobierno que a de enfrentarse al cada vez más complejo problema cubano, llama la atención el protagonismo de tres generales, Azcárraga, Martínez Campos y especialmente Polavieja, que con toda seguridad empieza a medir sus posibilidades.

Es éste quien trasmite a doña María Cristina la opinión de Silvela sobre la conveniencia de entregar el poder a los liberales *tanto porque así lo exige la situación de Cuba, como para que no se disuelvan como así sucedería si continuasen en la oposición*⁶⁷. En la misma carta quedan expuestas sus intenciones a la Regente con toda claridad, al comentarle ciertos rumores en torno a ofrecerle el Ministerio de la Guerra con Sagasta: *lo creo muy contrario a los verdaderos intereses de S.M. El partido liberal morirá a manos de Cuba y Filipinas, y no creo convenga a V.M., que al desprestigio del partido liberal, se sume el mío cuando las circunstancias impondrán que esté intacto para poder servir a V.M. y a la Patria.*

Según el profesor Andrés Gallego, Polavieja planteó la solución liberal a la Reina *porque algunos elementos del Gabinete habían sugerido a María Cristina que determinados generales verían mal el acceso al poder de los sagastinos*⁶⁸. Tanto en la actuación de la Reina como en la de Polavieja, ve el profesor Seco, *la tradición civilista implantada por la Restauración*⁶⁹.

Una de las decisiones más tempranas e importantes del gobierno de Sagasta fue el cese del general Weyler, al mando de la capitanía de Cuba, influido directamente por las presiones norteamericanas. Weyler no cuadraba en la hora de las medidas políticas y la de las militares había pasado.

La vuelta de Weyler a la Península tras su separación del alto mando cubano, el 9 de octubre del 97, supuso un cierto movimiento tendente a ganar los favores del ilustre soldado. En este alarde participaron grupos tan dispares como ultraconservadores, socialistas, romeristas, carlistas y republicanos⁷⁰. Pero Weyler no atendió estas llamadas.

Es difícil definir su personalidad, sobre todo si analizamos su actuación en el conjunto de su larga vida. Quizás la mejor aproximación se la debemos al profesor Fernández Almagro:

⁶⁷ Idem: *Op.cit.*, p.101. Carta de Polavieja a la Reina de 29 de agosto del 97.

⁶⁸ Idem: *Op.cit.*, p.106.

⁶⁹ SECO SERRANO, C.: *Militarismo y Civilismo en la España Contemporánea*. Madrid, 1984, p. 226.

⁷⁰ FERNÁNDEZ ALMAGRO: *Op.cit.*, p.431; SECO SERRANO: *Op.cit.*, p.228. Conversación entre el embajador yanqui Woodford y Moret.

*Liberal de ideas, no hizo política de partido, y aunque el anticlericalismo, que sólo confesaba en la intimidad, podía haberle inclinado a la izquierda, su autoritarismo temperamental, muy conservador, le servía de contrapeso*⁷¹.

Para sustituir a Weyler en Cuba, Sagasta nombró, quizás al único general capaz de plantear las medidas autonómicas planeadas por el Gobierno, al antiguo gobernador de Filipinas, Ramón Blanco.

Los sucesos en Cuba se precipitaban hacia la confrontación con los Estados Unidos. Y a poco más de un mes de la explosión del *Maine* estalló la guerra, mientras los dos generales más competentes del Ejército español, permanecían en Madrid. Los errores y la falta de previsión de los políticos se unieron a la incapacidad profesional de los responsables militares, dando como resultado no solo la pérdida de las últimas posesiones de un vasto imperio, sino un profundo abatimiento nacional, consecuencia de aquélla. Unos y otros fueron culpables, pero lo peor fue el cruce de acusaciones sobre las responsabilidades que, en el caso del Ejército, motivaron la creación de una literatura del desastre centrada en las críticas a los gobernantes civiles que terminó marcando el pensamiento de varias generaciones de oficiales. Sus consecuencias llegaron hasta 1936.

A todo esto, el general Polavieja diseñaba incansable su programa. Sabía que tras la decepción producida tras el desastre se miraría alrededor en busca de una opción nueva. El turnismo estaba *tocado*. Era el momento definitivo, la hora del *General Cristiano*.

El proyecto regeneracionista

Tras la destrucción de la flota, Sagasta no pensaba en otra cosa que no fuese la negociación de paz con los Estados Unidos. Sin embargo, el ejército de tierra en Cuba no se sentía en absoluto derrotado y pronto aparecieron ciertos indicios confirmados por la actitud, en franca oposición a la rendición sin condiciones, del propio general Blanco⁷². El Jefe del Gobierno, temiendo males peores, planteó la crisis, comentando a sus ministros que propondría a la Reina que *llamara a los generales*⁷³. Según Romero Maura no lo hizo, pero muchos veían la única solución a la situación planteada en

⁷¹ FERNÁNDEZ ALMAGRO: *Op.cit.*, p.432.

⁷² ROMERO MAURA, J.: *Op.cit.*, pp.10 y 11.

⁷³ *Ibidem*. El obrerismo barcelonés de 1899 a 1909. Madrid, 1989, p.10.

un general, incluso dentro de la concepción *isabelina* del general autoritario. Las diferencias se centran en la transitoriedad de este mando.

Pero ni Weyler ni Polavieja, los dos generales más tentados, quisieron saber nada de un golpe de estado, pese a las presiones de un ambiente muy adulador.

Polavieja creyó llegado el momento de su desembarco en la vida política nacional, pero lo haría, siguiendo el consejo de su amigo Cascajares, al margen de toda agrupación política. Éstas, por cierto, no parecían tener nada que ofrecer, enfrascadas en sus luchas internas. Pero además Polavieja insiste en que ha de desempeñar su misión por su condición personal, no militar. El plan era sencillo:

*Gobernaría por decreto. Los partidos políticos le prestarían su apoyo por patriotismo. Cuando llegara la hora, él se retiraría, y ellos recogerían su herencia*⁷⁴.

Cuando, en noviembre del 98, Romero Maura deduce estas intenciones del general, ya había indicios de un cierto distanciamiento entre el prelado y Polavieja⁷⁵. De hecho la publicación de la pastoral de 20 de febrero en la que tras denunciar las irregularidades de todo tipo en las tiendas ultramarinas, insiste en la creación de un partido católico *organizado para la lucha política*⁷⁶, parece indicar cierto nerviosismo y un querer anticiparse a la presentación del documento, que ya sabía estaba preparando Polavieja.

Por otra parte, al situarse por encima de los partidos, Polavieja se aleja del programa silvelista en torno a los conservadores.

EL MANIFIESTO DE POLAVIEJA

El programa regeneracionista que Polavieja saca a la luz el primero de septiembre de 1898⁷⁷, a la salida del espantoso verano del 98, en opinión del profesor Pabón *le situó como político, en la vida pública española*⁷⁸.

⁷⁴ *Ibidem.* p.15.

⁷⁵ ANDRÉS GALLEGU: *Op.cit.*, p.121.

⁷⁶ *Ibidem.* p.105.

⁷⁷ VILLAR Y AMIGO: *Op.cit.*, pp.215-223; FERNÁNDEZ ALMAGRO: *Op.cit.*, pp.869-877; ARTOLA, M.: *Partidos y programas políticos, 1808-1936*. Tomo II, pp. 125-130.

⁷⁸ PABÓN, J.: *Cambó, 1876-1918*. Barcelona, 1952, p. 181.



ESTADO MAYOR GENERAL DEL EJÉRCITO

1ª SUBDIVISIÓN.

Don *Camilo Polavieja y del Castillo* ^{El Teniente General} nació en *Madrid*
 provincia de *Madrid* el día *once* de *Julio*
 de mil ochocientos *veinte y ocho* en estado *casado* Es hijo de *D. Camilo*
 y de *D.ª Maria*.

Tiene los méritos, servicios y circunstancias que á continuación se expresan.

2ª SUBDIVISIÓN.

Empleos y grados que ha obtenido.

Antigüedad que le conceden los despachos ó nombramientos

Día	Mes	Año
20	agosto	1858
1º	septiembre	1858
1º	diciembre	1858
8	agosto	1859
14	enero	1860
22	marzo	1860
16	junio	1860
7	septiembre	1860
24	septiembre	1860
24	abril	1870
21	septiembre	1871
20	agosto	1871
21	agosto	1872
8	agosto	1873
20	abril	1874
28	junio	1874
10	abril	1876
17	junio	1878
20	junio	1880

Empleos y grados que ha obtenido.			Tiempo que las ha servido		
			Años	MeSES	Días
Soldado voluntario.				1	11
Cabo 2º por elección.				2	-
Cabo 1º por id.				8	17
Sargento 2º por elección.				7	3
Grado de Sargento 1º por mérito de guerra.					
Capitán 1º por mérito de batalla.			3	3	25
Alférez para el ejército de Cuba.					
Grado de Teniente por mérito de guerra.			6	5	8
Comisario por antigüedad.				3	27
Capitán por mérito de guerra.					
Grado de Comandante por mérito de guerra.			1	2	29
Comandante por mérito de guerra.					
Grado de Teniente Coronel por mérito de guerra.			1	11	18
Teniente Coronel por mérito de guerra.					
Grado de Coronel por id. id.				10	20
Coronel por id. id.			1	7	12
Brigadier por id. id.			2	2	7
Mariscal de campo por id. id.			2		13
Comandante General por id. id.					

Total de servicios firmados: 214

Primera página de la brillante Hoja de Servicios del Ilmo. Sr. Teniente General Polavieja.

Probablemente el redactor final fuese el periodista Santiago Mataix⁷⁹, en plantilla de *El Imparcial* pero, según Andrés Gallego, junto a Polavieja contribuyeron a la redacción: Augusto Suárez de Figueroa, director del *Heraldo de Madrid*, José Canalejas, Rafael Gasset y el inefable Cascajares⁸⁰.

Fernández Almagro entresaca los principales puntos del programa:

- Apelación al sentimiento nacional.
- Sentido de la realidad social.
- Extirpación del caciquismo.
- Descentralización administrativa.
- Reorganización del Ejército y de la Marina.
- Servicio militar obligatorio.
- Creación de una política exterior que acabe con el aislamiento internacional.
- Incorporación de la masa neutra a la vida política.
- Unión del pueblo y de la monarquía⁸¹.

En todo el manifiesto destacaban, por el especial énfasis con el que eran tratados, fundamentalmente dos puntos: la descentralización administrativa con la mirada puesta en Cataluña y las reformas militares, sobre todo por los aspectos conciliatorios que esta última despertaba.

Por lo que respecta al primer punto, como dice el profesor Pabón:

... los iniciadores del polaviejismo en Cataluña tenían una significación preferentemente económico-social⁸². En Barcelona se constituyó la *Junta general de adhesiones al programa del general Polavieja*. Probablemente, tal y como apunta Fernández Almagro, ciertos industriales temieron las consecuencias sobre el comercio y la industria del regionalismo que se formaba en torno a las bases de Manresa⁸³. Sea como fuere, Polavieja tenía un gran interés por los temas regionalistas, sin duda desde sus experiencias en Cuba y Filipinas. Comprendía que una política realista pasaba por una descentralización administrativa en menor o mayor grado, sobre todo tras la aparición de posturas radicales fundamentalmente en Cataluña, coincidiendo con la separación de las provincias ultramarinas.

⁷⁹ FERNÁNDEZ ALMAGRO: *Op.cit.*, p. 578; ROMERO MAURA; *Op.cit.*, p.19; SECO SERRANO: *Op.cit.*, p. 229.

⁸⁰ ANDRÉS GALLEGO: *Op.cit.*, p.107; FERNÁNDEZ ALMAGRO: *Op. cit.*, p. 579. Fernández Almagro intuye también la responsabilidad en el manifiesto de Canalejas y Cascajares.

⁸¹ FERNÁNDEZ ALMAGRO, M.: *Op. cit.*, p.578.

⁸² PAVÓN, J.: *Op.cit.*, p.182.

⁸³ FERNÁNDEZ ALMAGRO, M.: *Op.cit.*, p.580.

Pero esa mentalidad abierta no parece que fuera nada frecuente en la mayoría de sus compañeros de armas. Como veremos, pudo más la oposición a las reformas descentralizadoras, en las que veían posibilidades independentistas relacionadas con las recientes experiencias, que el apoyo a una necesaria reforma castrense que hubiera actuado de forma muy favorable sobre la profesionalización militar, base del regeneracionismo marcial.

El manifiesto de Polavieja, apoyado por una intensa campaña de prensa dirigida por los dos diarios liberales *El Imparcial* y el *Heraldo de Madrid*, seguía cosechando adhesiones. Largas listas de incondicionales y hasta veintidós periódicos de toda España, gremios industriales, cámaras de comercio y otras corporaciones profesionales⁸⁴, se entregaban ilusionadas al proyecto, haciendo subir la cotización del general en círculos políticos. Pronto comenzaron los rumores en torno al acercamiento entre Polavieja y Silvela, bendecidos por el inquieto Cascajares que proseguía en sus intentos. La reacción de Canalejas no se hizo esperar y en un mitín pronunciado en la bella ciudad de Hellín el 7 de noviembre del 98, amenazó con abandonar a Polavieja, en caso de entregarse a Silvela.

El discurso, muy comentado por toda la prensa —dice el profesor Andrés Gallego— precisaba claramente las posturas. Canalejas que parecía admitir hasta entonces la aproximación de Silvela como un elemento renovador más, puesto que nada había dicho contra ella, la rechazaba ahora con un argumento sencillo e irrevocablemente cierto. Sin un contrapeso liberal —y él no bastaba para hacerlo—, la alianza resultaría quisiérase o no, conservadora; máxime si no era Polavieja la figura predominante de la coalición, sino Silvela, y si además, entraban grupos integristas y fuerzas moderadas del catalanismo⁸⁵.

Cascajares perdía un buen aliado y el general tomaba buena nota. Su independencia frente a los partidos políticos era su bien más preciado. Sin contar con la llamada a sus peligrosas relaciones con los integristas⁸⁶.

⁸⁴ ANDRÉS GALLEGO: *Op. cit.*, p. 109.

⁸⁵ Idem: *Op. cit.*, p. 111.

⁸⁶ MONTOLIU, V.: *Mariano Benlliure*, Valencia, 1997, p. 338. Estos le habían hecho entrega, en octubre del 98, de una espada en la que destacaba una espléndida empuñadura, obra de Benlliure. Bajo el manto de la Inmaculada, el general Polavieja abraza la bandera mientras tiende la mano a la patria representada por una mujer desfallecida a sus pies. Son interesantes las leyendas a ambos lados de la hoja. *Venciste por que confiaste más en la cruz que en el filo de tu espada, 1897* y *El Partido Católico Nacional al General Polavieja reparador del ultraje inferido a España en Filipinas, 1898*. Actualmente esta espada se conserva en la Real Armería.

Desde este momento, Silvela, al fin fuerte en el partido conservador, intentará por todos los medios *seducir* a un Polavieja que espera que la Reina le llame a poner en marcha su programa regeneracionista⁸⁷ aunque consciente de que esto sería mucho más fácil si fuese él quien consiguiera atraer a Silvela a su lado⁸⁸.

Silvela cuenta con experiencia política, frente al populismo de Polavieja. La estrategia del viejo maniobrero conservador se pone de manifiesto en la carta al general de 5 de octubre, entregada en mano por Eduardo Dato:

V. solo no podrá hacer nada útil. Se verá V. rodeado de malísimos elementos que sin poderlo impedir V., le desprestigiaran en Madrid y en provincias, y además yo dudo mucho que la corona se decida a entrar en una empresa tan aventurada, y que dejaría su responsabilidad de tal manera al descubierto. Para esa obra no puedo yo poner al servicio de V. al partido conservador— continúa Silvela ofreciéndole unirse al partido conservador— No hace falta para eso que ni ellos (los elementos que siguen a Polavieja) ni V. se declaren conservadores y sometidos a la organización del partido— para terminar emplea el código que sabe ha de conmover al militar en su tema mas apreciado— V. por lo pronto tendría la tarea de reorganizar el Ejército, la más difícil, la más importante, la más gloriosa de todas⁸⁹.

En los primeros días del año 1899, se consigue la unión de ambos líderes⁹⁰, con la intermediación al parecer del general Martínez Campos, Gasset, Eduardo Dato y cómo no, Cascajares⁹¹. En las bases del acuerdo, Polavieja condensó sus reformas con respecto a las fuerzas armadas en los siguientes puntos:

– *Se construirá una nueva escuadra. Se remozarán los arsenales, y se darán los astilleros a la industria particular.*

– *Se destinará una parte importante del presupuesto a material de guerra y obras de defensa.*

⁸⁷ RIQUER I PERMANYER, Borja de.: *Op. cit.* Barcelona, 1990, p.476. En carta de Silvela a Durán i Bas de 24 de septiembre de 1898 le dice que Polavieja insiste en que la opinión detesta los partidos y espera que la Reina le encargue la dictadura sin la cual cree que iremos al carlismo y a la intervención.

⁸⁸ ROMERO MAURA: *Op.cit.*, p.24.

⁸⁹ *Idein: Op.cit.*, p.550.

⁹⁰ RIQUER I PERMANYER, Borja de: *Op. cit.*, p. 490. Carta de Polavieja a Durán i Bas de 11 de enero de 1899: *Hemos llegado a una inteligencia con Polavieja que ha quedado satisfecho de él y está dispuesto a ser ministro de la Guerra con nosotros.*

⁹¹ ANDRÉS GALLEGU: *Op.cit.*, p.123.

– *Pago de sus alcances a los soldados de la Guerra colonial. Esto es lo primero; luego se pagará lo que se adeuda a oficiales y jefes. Por último se atenderá a los generales. Todo ello, conforme a lo que manda la Ordenanza*⁹².

Al poco de anunciarse el acuerdo entre los líderes del partido conservador y del polaviejismo, comenzaban las primeras escisiones en las filas del general, y las primeras críticas al programa que Polavieja aportaba a la unión, concretamente en su aspecto más vulnerable: la descentralización, que asimilaban al peligro regionalista⁹³.

Al fin Sagasta, en minoría, pidió a la Reina la disolución de las Cortes y María Cristina pudo encargarse a Silvela que formase gobierno. El 4 de marzo de 1899 se constituyó el gabinete conservador con Dato en Gobernación, Fernández Villaverde en Hacienda y dos ministros estrella: Polavieja en Guerra y el catalanista moderado Durán i Bas en Justicia.

Pero no estaría mucho tiempo en el Palacio de Buenavista. Una importante desavenencia con el Ministro de Hacienda sobre el presupuesto de su departamento, echó por tierra su carrera.

El profesor Fernández Almagro explica la inclinación de Silvela hacia Villaverde, que hizo saltar del gobierno a Polavieja el 30 de septiembre, en estos términos:

*la incorporación de Polavieja a las responsabilidades del Poder no había bastado para desarmar al catalanismo y las reformas militares que con tan inmejorable voluntad proyectaba el “General cristiano” no le habían granjeado la confianza del Ejército*⁹⁴.

En cuanto al primer punto, es posible que Silvela confiara en la capacidad de Polavieja para encauzar las aspiraciones catalanistas, aunque, a la luz de la correspondencia entre aquél y Durán i Bas, transcrita por Borja de Riquer, sabemos conocía bien las dificultades del tema. Así Durán, en carta de 5 de enero del 99, advierte a Silvela de la división entre los catalanistas: *los mas intransigentes, representados por “La Renaixensa”, combaten a Polavieja*⁹⁵. Y en la contestación de Silvela al jurista catalán, refiriéndose al discurso programático, le dice lo siguiente:

⁹² ROMERO MAURA: *Op.cit.*, p 551.

⁹³ ANDRÉS GALLEGO: *Op. cit.* p. 145. Críticas de Romero Robledo en este sentido.

⁹⁴ FERNÁNDEZ ALMAGRO: *Op.cit.*, p.653.

⁹⁵ DE RIQUER: *Op.cit.*, p.488.

*Tengo noticias que no ha satisfecho igualmente a los amigos que se habían unido al General en Barcelona que desearían más ampliación en lo relativo a la autonomía de Cataluña en la ley provincial; yo no puedo ir más allá porque entiendo en conciencia que se llegaría a soluciones contrarias a la indispensable unidad nacional y que producirían una grave descomposición en el partido conservador*⁹⁶.

No sabemos de los esfuerzos de Polavieja dentro del gabinete por solucionar el tema, suponemos que no muchos por el poco tiempo de permanencia en el cargo y su dedicación a los asuntos de reformas militares, pero lo cierto es que, como dice el profesor Pabón, la consecuencia del abandono de Polavieja trajo el que: *los polaviejistas (catalanes), apartado y perdido el jefe, dejaron el polaviejismo que les enlazaba con la política general y quedaron en catalanistas, organizados luego en una nueva entidad: la Unió Regionalista*⁹⁷.

En cuanto al segundo punto apuntado por Fernández Almagro, sobre las reformas del Ejército, en realidad no se separaba mucho del primero, porque las críticas más importantes por parte de sus compañeros de armas las recibió Polavieja precisamente por sus propuestas descentralizadoras, tal y como apunta el profesor Seco Serrano: *el elemento militar no podía identificarse con los núcleos de opinión catalana que acababan de mostrar sus aristas antiespañolas en los sucesos de julio*⁹⁸.

Como hemos dicho, grande era la sensibilidad militar tras el trágico proceso de separación de las provincias ultramarinas. En estos términos se expresaba el editorialista de *El Ejército Español*, cuando Polavieja ocupaba aún el ministerio:

Apenas la Patria acaba de recibir el golpe mortal que el separatismo le asestara, he aquí que ese temible enemigo empieza de nuevo a dar señales de existencia.

*Primero fue por medio de aquellas manifestaciones regionalistas a las que dio abrigo y calor la célebre carta manifiesto del general Polavieja*⁹⁹.

Pero como hemos dicho en su momento, la prensa periódica militar hay que tomarla con reservas en cuanto a la expresión del pensamiento militar

⁹⁶ Idem: *Op.cit.*, p.490. Carta de Silvela a Durán i Bas de 11 de enero de 1899.

⁹⁷ PABÓN: *Op.cit.*, p.186.

⁹⁸ SECO SERRANO, C.: *Op.cit.*, p.239.

⁹⁹ *El Ejército Español*, 9 de mayo de 1899.

se refiere, porque la manipulación es constante. Así *El Ejército Español*, en estos momentos que nos ocupa, defiende los intereses del general López Domínguez, un gran experto en el *manejo* de las rotativas¹⁰⁰.

La Correspondencia Militar, por el contrario, apoya a Polavieja, dentro de su adscripción al partido conservador.

La disensión entre ambos periódicos se pone de manifiesto a la hora de valorar, quizás el último intento de Polavieja por presionar a Silvela, para que acceda a ponerse de su parte, contra Villaverde, en el tema clave del presupuesto, que habría de financiar las reformas en Guerra. La tarde del 23 de septiembre, cinco días antes de la reunión del Consejo de Ministros, que habría de ser el último de Polavieja, concentráronse en el palacio de Buenavista, sede del ministerio, unos ciento treinta jefes y oficiales de la guarnición de Madrid *para manifestar su apoyo a las posturas de D. Camilo*¹⁰¹.

El Ejército Español, bajo el título *Temores pueriles*, alude a los manifestados ante la citada reunión de mandos por *El País* y *El Globo*. *El acto de anoche* –dice *El Ejército Español*– *fue un simple acto de cortesía que realizaron a instancias o por indicación del capitán general los jefes que mandan algunos cuerpos de ésta guarnición... ¿Cuál es el haber que en su cuenta tiene hoy por hoy, el actual ministro de la Guerra?... ¿Que batalla ha reñido en el Consejo para que sean satisfechos sus sueldos atrasados a los jefes y oficiales repatriados de Ultramar, por ejemplo?*¹⁰²

La Correspondencia Militar, por su parte, titula su editorial *Acto Expresivo*. Tras dejar clara la espontaneidad de la visita de los militares al ministro, desvela las verdaderas intenciones del acto, con una terminología no exenta de sutiles tonos amenazantes:

*El general Polavieja sabe, seguramente a estas horas a qué atenerse respecto a lo que el Ejército piensa y quiere, y no es dudoso suponer que de la visita de anoche, los jefes y oficiales saldrían convencidos de que no será el general Polavieja quien atente locamente contra lo que es tan esencial a la vida y a la respetabilidad de la Patria*¹⁰³.

¹⁰⁰ La campaña de *El Ejército Español* a favor de López Domínguez es descarada. En la crónica de 5 de agosto de 1899 dicen de él que: *tiene prestigios suficientes para esa concentración democrática que propone y será evidentemente la única personalidad que si enarbola bandera contará en breve con importantes fuerzas a su disposición.*

¹⁰¹ ANDRÉS GALLEGO: *Op.cit.*, p.159.

¹⁰² *El Ejército Español* de 25 de septiembre de 1899.

¹⁰³ *La Correspondencia Militar* de 25 de septiembre de 1899.

CONCLUSIONES

En principio se preparó a Polavieja para ser en cierto modo manipulado por el arzobispo Cascajares, en su idea del partido católico, y seguramente por otros grupos de intereses varios: oportunistas como Reparaz¹⁰⁴ o los industriales catalanes, que aún después de salir don Camilo del gobierno pensaban en él como posible cabeza de un golpe de estado¹⁰⁵. Hemos visto los esfuerzos del general por crear algo sólido entorno a sí, por aportar algo fuera de lo que otros tenían pensado para él.

¿Se aprovechó Silvela de Polavieja? Probablemente no. El político conservador debió darse cuenta en seguida de que el General contaba con un fuerte apoyo popular y con el no menos importante de palacio, pero no tenía capacidad de formar una fuerza política que le respaldase. Y en este momento ni la Reina, ni los líderes de los dos grandes partidos estaban dispuestos a un gobierno moderador presidido por el General. Quizás temiendo que se les escapasen de las manos sus bases respectivas, un tanto desorganizadas.

¿Pretendía Polavieja una dictadura? Merece la pena una reflexión sobre este punto. En las últimas páginas hemos visto cómo el General pensaba en el ejercicio consensuado del poder, en unos momentos en los que no le hubiera sido difícil el golpe. Pero su alto sentido patriótico, le hizo alejarse de toda solución que no contase con el beneplácito de la Regente.

De haber aceptado un hipotético encargo de María Cristina, sin duda podríamos hablar del dictador Polavieja, pero una dictadura que es preciso matizar, porque no consideramos justo que caigan sobre él todas las consideraciones negativas que, visto desde la óptica actual, el término encierra. En primer lugar, hay que decir que la solución de la entrega del poder a una persona, por un tiempo determinado, era por aquella época una corriente que circulaba por Europa al tiempo que se agudizaba la crisis del liberalismo. En España tomó la denominación de *tutela política* y fue tratada por Costa, la inspiración de su famoso *cirujano de hierro*, y por Altamira¹⁰⁶.

Por otra parte el talante del General, su estilo moderado en sus relaciones con los políticos, su capacidad de diálogo demostrada en Cuba y Filipi-

¹⁰⁴ Reparaz consiguió una comisión en el extranjero para estudiar reformas administrativas, entre otras cosas, durante el gobierno Silvela-Polavieja.

¹⁰⁵ SECO SERRANO, Carlos: *Op. cit.*, p.232.

¹⁰⁶ VILLACORTA BAÑOS, F.: *Pensamiento social y crisis del sistema canovista 1890-1898*; FUSI Y NIÑO (Edit.): *Visperas del 98*. Madrid 1997, pp. 254-256; COSTA: *Tutela de pueblos en la historia*; ALTAMIRA: *El problema de la dictadura tutelar en la historia*.

nas, incluso las ideas centrales de su manifiesto, le alejan del tipo de español clásico dispuesto a terminar con un sistema democrático.

Tras la contundente catarsis que supusieron para los militares los sucesos del 98, búsqueda de responsabilidades incluida, la única política que podía hacer el primer ministro de la Guerra, del primer gobierno sin responsabilidades directas en el desastre era la ilusionante propuesta de Polavieja que vimos tratada en las bases de acuerdo con Silvela. La profesionalización de unas fuerzas armadas desmotivadas pasaba por unas inversiones adecuadas al tremendo descalabro, sobre todo en la armada. Lo contrario era no solo antimilitar, sino antipatriótico para los militares.

Lo recoge el corresponsal de *La Correspondencia Militar*, de labios de un coronel que acudió a mostrar su apoyo a Polavieja:

Nosotros creemos llegada la hora de que se establezca el debido orden en las conciencias, que cada cual aporte a la obra de la regeneración lo que sea debido y que los sacrificios sean comunes, aun cuando nosotros llevemos la peor parte; pero a lo que no nos resignamos es a ser víctimas, sacrificadas otra vez por los mismos que son los responsables de los desastres pasados¹⁰⁷.

Es un buen ejemplo del pensamiento militar en el momento de la formación de la conciencia intervencionista que habría de caracterizar los primeros años del siglo XX.

¹⁰⁷ *La Correspondencia Militar*, 25 de septiembre de 1899.

DIARIO DE OPERACIONES EN CUBA: POR EL TENIENTE DE INFANTERÍA DON ENRIQUE PIQUERAS CAUSA (1895–1897)

Enrique PÉREZ PIQUERAS
General de Brigada de Infantería

Presentación

DESDE hace muchos años tenía en mi poder el diario de operaciones que mi abuelo materno había escrito pacientemente en los casi dos años que estuvo destinado en el Ejército de Operaciones de la isla de Cuba.

Había llegado a la isla como teniente de Infantería al final del año 1895, después de solicitarlo voluntariamente en instancia al Rey, cuando era alumno de la Escuela Superior de Guerra. Allí permaneció hasta agosto de 1897, en que se reincorporó a la escuela, hasta salir de la misma como capitán del Cuerpo de Estado Mayor.

La minuciosidad del relato diario de las operaciones militares –seguidas de algún breve comentario y de las escasas actividades sociales en los cortos permisos disfrutados en La Habana, que le permitieron conocer a mi futura abuela– nos invita a recordar el sacrificio de aquellos hombres que, con medios, equipos, armas, alimentación y sanidad insuficientes, lucharon por mantener la unidad de la Patria y el honor de nuestras armas, con un mínimo reconocimiento posterior por la sociedad de aquel tiempo.

Todos ellos, y mi abuelo en particular, quedaron profundamente marcados en sus vidas familiares y profesionales por los acontecimientos vividos, que luego se denominaron el *Desastre del 98* de forma, a mi entender, poco afortunada.

De la exposición parcial de lo más significativo de este diario, seguido de algunos comentarios hechos por mí cien años después, destaca la lección moral que nos dieron aquellos oficiales, suboficiales y soldados, y se aprende de los errores cometidos por improvisación, falta de preparación y descoordinación de las unidades que operaban en la isla.

El trabajo realizado tiene tres partes: la primera es un relato cronológico con los acontecimientos generales de la guerra y los particulares vividos por el autor del diario; la segunda –la más extensa– es la transcripción de partes del diario, con comentarios explicativos, y la tercera es la organización del Ejército de Operaciones de Cuba, según la Orden General del Estado Mayor General, de fecha 1 de diciembre de 1895, mencionando solamente en detalle el Primer Cuerpo de Ejército.

RELATO CRONOLÓGICO DE LOS ACONTECIMIENTOS

Año de 1895

Enero: Se inicia la última y definitiva rebelión en Baire, provincia de Santiago, con el grito de independencia que dieron una parte de los cubanos llamados *mambises* por nuestros soldados, por considerarlos españoles insurrectos. Este pueblo está al norte de Sierra Maestra, en el extremo suroccidental de la isla.

Febrero: Comienzan las acciones violentas contra los campesinos y tropas de guarnición del Ejército y Guardia Civil.

Marzo: A solicitud del general Calleja, Capitán General de la isla, desembarca en Cuba la primera expedición de soldados de reemplazo procedentes de la Península.

La insurrección es acaudillada por Máximo Gómez, con el apoyo ideológico de José Martí y el de Antonio Maceo, nombrado lugarteniente de Gómez.

Los Estados Unidos, desde el primer momento, apoyan activamente con armas y dinero a los insurrectos, mientras el Gobierno español trata de obtener el respaldo diplomático de las naciones europeas.

Abril: El general Martínez Campos, vencedor y pacificador de la insurrección anterior, sustituye al general Calleja como Capitán General de Cuba.

El día 19 muere José Martí, en el combate de Dos Ríos, mandando las tropas españolas el teniente coronel Sandoval.

Mayo–noviembre: Hostigamiento continuo de los insurrectos, con pequeños ataques por sorpresa y emboscadas a los convoyes protegidos por tropas españolas, sin llegar a empeñarse en combates decisivos.

El general Martínez Campos trata de organizar sus efectivos con la llegada de nuevos soldados de la Península.

Diciembre: El día 6 desembarca en La Habana el teniente Piqueras y es destinado, inicialmente, al Cuartel General de la 1ª Brigada en Santa Clara, que actúa en acciones de persecución del enemigo entre Cruces, Esperanza y Camajuani, a las órdenes del coronel Horquín.

Año de 1896

Enero-febrero: El general Martínez Campos pide refuerzos con urgencia y ser sustituido en el mando por el teniente general Valeriano Weyler. El presidente del Consejo de Ministros, Cánovas del Castillo, acepta finalmente la propuesta que se le hace. El desánimo de Martínez Campos llegó, entre otras causas, después del combate de Peralejo en el que el general Santocildes resultó muerto en su enfrentamiento con Maceo.

Abril: El teniente Piqueras solicita y consigue ser destinado como oficial de Infantería al Batallón San Fernando, que estaba reemplazando a sus numerosas bajas ocasionadas por enfermedades. Esta unidad, con base en Bahía Honda, operaba en la provincia de Pinar del Río, en el occidente de la isla, formando parte de la brigada que mandaba el general Suárez Inclán.

Junio: Los días 23 y 24 el autor del diario, al mando de su compañía por permiso del capitán, toma parte en las acciones de Zalacaín y Reyes, al oeste de La Habana, en persecución de Antonio Maceo, que se aproximaba peligrosamente con los insurrectos a la capital. Se le propone para una condecoración y meses después se le concede la Cruz del Mérito Militar.

Se incrementan las acciones de las unidades españolas que recuperan la iniciativa persiguiendo y cercando a los insurrectos.

Julio-septiembre: El autor del diario cae enfermo con fiebres palúdicas y es enviado a La Habana para tratamiento médico.

El 26 de septiembre tiene lugar en Cascorro el acto heroico del soldado Eloy Gonzalo. Este popular madrileño murió al año siguiente de paludismo, como tantos otros.

Octubre: Sin haberse repuesto, el teniente Piqueras se incorpora a su destino y recibe el mando de la 1ª compañía. El Batallón San Fernando, con mil trescientos hombres en lista de revista, sólo dispone de trescientos aptos para el combate, a causa del paludismo.

Toda la unidad se traslada a Luyano, en las proximidades de La Habana, para colaborar en la defensa exterior de la capital, hasta la reposición de las bajas.

Noviembre-diciembre: Después de dar de alta en instrucción a los *quintos* venidos de la Península se completa el batallón y, junto a otras unidades, recibe la misión de perseguir a los insurrectos mandados por Maceo al sur de la provincia de La Habana entre los pueblos de San Antonio de Baños, Quivicán y San José de Lajas.

El día 7 de noviembre de 1896 en el combate de Punta Brava muere Maceo, sorprendido por tropas del Batallón San Quintín, mandado por el comandante Cirujeda.

Se ha conseguido reducir la presión enemiga sobre La Habana y se destina al Batallón San Fernando a operar en el extremo oriental de Cuba, entre Manzanillo y Bayamo, zona de sabana y ciénagas al norte de Sierra Maestra.

Los insurrectos mandados por Calixto García cercan las poblaciones e impiden el paso de los convoyes con actuaciones crueles y sangrientas que atemorizan a la población civil.

El Batallón San Fernando embarca en Batabanó y, navegando por el sur de la isla, desembarca en Manzanillo.

Año de 1897

Enero-julio: Transcurren en cometidos de protección de convoyes de carretas de cincuenta a cien habitualmente, tiradas por bueyes, entre las ciudades y pueblos de la zona: Manzanillo, Veguitas, Bueyecito, Santa Rita, Jiguani, Cauto y Guamo, atravesando las zonas pantanosas de los ríos Guajacabo, Bayamo y Cauto, con abundantes crecidas por las continuas lluvias.

Los días 25, 26 y 27 de enero, el teniente Piqueras manda la vanguardia que da protección al convoy que, desde Veguitas, se desplaza a Bayamo. En la sabana de Barrancas el enemigo espera oculto para atacar, pero es detectado por la vanguardia. Despliega el Batallón San Fernando, que constituye el grueso de la fuerza de protección, y desaloja al enemigo de sus posiciones con sólo dieciocho heridos.

El teniente, junto a otros oficiales, es propuesto para una condecoración, y más tarde se le concede otra Cruz del Mérito Militar.

Al llegar la época de las lluvias se generalizan las fiebres palúdicas y el batallón tiene numerosos enfermos: causan baja cuatro capitanes de compañía y fallece, entre otros, el comandante José Cavanna y Sanz, que había sido evacuado a Manzanillo.

El 24 de mayo sale la brigada, al mando del general Tovar, dando protección a un numeroso e importante convoy que se ve obligado a detenerse ante el río Buey por la fuerte crecida debido a las incesantes lluvias.



Teniente de Infantería don Enrique Piqueras Causa.

Se construye una gran balsa, con medios de circunstancias, sobre la que pasan el río inicialmente las guerrillas de los batallones Isabel la Católica y San Fernando y, posteriormente, el resto de las unidades, enfrentándose al enemigo que se retira, permitiendo el paso del convoy.

Agosto: Asesinato terrorista del presidente Cánovas del Castillo. El Ministro de la Guerra ordena al general Weyler que los oficiales alumnos de la Escuela Superior de Guerra regresen a la Península para continuar sus estudios en el curso que se va a iniciar.

El teniente Piqueras sale para Sancti Spiritus y La Habana, donde recibe el pasaporte y embarca en el vapor *Monserrat*. Hace escala en San Juan de Puerto Rico y desembarca finalmente en Santander.

Septiembre: Ya en la Península se le concede el ascenso a capitán por las operaciones del mes de mayo, siendo destinado al Regimiento Granada 34, de guarnición en Sevilla, reincorporándose al curso de la Escuela Superior de Guerra donde finaliza sus estudios de Estado Mayor.

Octubre: Relevo como Capitán General de la isla de Cuba de Weyler, sustituido por el general Blanco, por orden del nuevo presidente del Consejo de Ministros Sagasta.

TRANSCRIPCIÓN DE ALGUNAS PARTES DEL DIARIO CON COMENTARIOS

Organización de las columnas

El autor del diario se incorpora a la media brigada, que manda el coronel Horquín, compuesta de dos batallones, Soria y San Quintín, en Santa Clara.

El día 27 de diciembre de 1895 escribe:

En esta población esperábamos que viniera la media Brigada, pero solo pudimos ver de ella alguna compañía de Soria, cuerpo que tenía allí su representación; las de San Quintín no aparecieron por ninguna parte. Era aquella época la del General Martínez Campos y las columnas, aunque de poca fuerza, estaban formadas por compañías de cuerpos diferentes, con objeto, según decían, de no dejar operar Batallones enteros de gente recién desembarcada, poco acostumbrados a marchas y desconocedores en absoluto de aquella guerra. Quizá mezclar los cuerpos tuviera esas ventajas, pero en cambio seguramente era más difícil el mando y tenía otros muchos inconvenientes.

El comentario del autor es acertado al observar un grave defecto que, posteriormente, se corrigió en parte con la llegada de Weyler y que ocasionó, como veremos después, bajas entre los soldados españoles. Con poca visibilidad la confusión era fácil, y disparaban creyendo que lo hacían sobre el enemigo, cuando realmente era sobre otra unidad española.

Crueldades en los enfrentamientos

Estando el 2 de febrero de 1896 en La Esperanza –pueblo cercano a Santa Clara– para cobrar la paga en la oficina de la representación del San Quintín, el teniente Borges sale con cuarenta soldados para reparar la línea telegráfica y, los insurrectos, con unos ochocientos hombres mandados por los hermanos Núñez, le sorprenden:

Avisaron al jefe (Comandante Salvador) que se oía fuego hacia donde había salido el destacamento. Inmediatamente fuimos a la oficina y enseguida llegó un soldado herido que nos dijo que habían atacado al Teniente Borges y causado muchas bajas.

Al salir el oficial había recogido a casi toda la tropa para su destacamento, no quedando en el pueblo nada más que los pelotones de reclutas, que aquel mismo día habían recibido el armamento, y diez soldados que a toda prisa reunimos (...) Yo me ofrecí a salir (...) y me prestaron el caballo y el revólver; (había llegado en tren por la mañana desde Santa Clara).

Formamos, para salir, los diez soldados y a alguna distancia me seguía uno de los pelotones de “quintos” mandados por un 2º Teniente, al que encargué mucho que nadie hiciera fuego sin yo mandarlo. Con los diez antiguos, me adelanté con gran precaución; eran las dos de la tarde y estaban ardiendo los cañaverales a nuestro frente en una gran extensión. Vinieron hacia nosotros corriendo dos heridos leves con la noticia de que al otro lado de los cañaverales se veía una gran masa de caballos, y de allí partieron tiros que no nos hicieron efecto alguno, pareciendo que se retiraban. Mandé traer una carreta enganchada que habíamos visto a las afueras del pueblo. En el cruce del camino con la vía férrea recogimos al primer soldado muerto, tenía dos balazos y la cabeza separada del cuerpo; seguimos andando por la vía y a la derecha e izquierda de la misma encontramos dieciséis muertos más. El oficial con su asistente estaban a la entrada de una alcantarilla mutilados como todos los que recogimos.

Con la carreta llena de cadáveres cubiertos con una manta volvimos a La Esperanza. A la entrada del pueblo una mujer dijo: ¡bien hecho, era

menester sucediera lo mismo a todos! y un soldado que la oyó la trajo adonde yo estaba; iba casi a rastras detrás de la carreta. Fui delante de la Comandancia Militar a entregar aquel triste convoy.

Además de los fusiles de procedencia norteamericana los insurrectos tenían un arma elemental: el machete llamado *bolo* utilizado para cortar caña de azúcar, que emplearon frecuentemente para rematar a los heridos y cortarles la cabeza después, de un solo tajo.

En busca del enemigo

Los meses de febrero y marzo de 1896 los batallones de Las Navas y Soria operan con base en Cruces, al oeste de Santa Clara, buscando al enemigo por orden del general de la brigada.

El autor del diario escribe:

Decididamente la suerte no nos favorece porque hay enemigo próximo, pero nunca lo encontramos por ninguna parte; no sabemos para cuando esa gente se reserva (...)

Todas las noches nos ordenan la operación para el día siguiente y como se ve, no son coronadas por el éxito. Las confidencias gratuitas parece que dan siempre ese resultado.

Incidente con un periodista local

En ocasiones la sociedad civil de los pequeños pueblos organiza en el casino bailes, a los que asisten jóvenes con familias y oficiales de las distintas unidades.

El 16 de marzo de 1896 en el casino de Cruces se organiza un baile:

El médico provisional de Las Navas (...) quiso bailar con una muchacha hija de los patrones de la pensión donde se aloja el General Pando, pero por tener novio dijo que no podía bailar. El Teniente Coronel de Las Navas, D. Manuel Fuenmayor la llamó cursi y ella y su hermana se echaron a llorar y salieron para su casa a dar parte al General. El novio de una de ellas dijo que protestaba de aquello como redactor del periódico La Lucha y se llevó algunos golpes. El jefe le dijo que ¡me c... en Vd. y en su periódico! Vuelve el General con las dos chicas del brazo y aconseja al

Teniente Coronel que no se meta con las chicas. Cito estos detalles por la mala suerte que después tuvo el Jefe.

El teniente coronel murió pocos días después en un incidente desgraciado, como se verá más tarde.

Graves consecuencias por la falta de coordinación

El 18 de marzo de 1896 sale al amanecer de Santa Clara la columna formada por tres compañías de Las Navas, tres del Soria, dos de Bailén, Escuadrón de Sagunto, y treinta y tres guardias civiles. Cuando estaban comiendo en un alto, en el ingenio de la Rosa, les llega la noticia de haberse detectado el paso del enemigo:

Una numerosa partida de más de dos mil hombres había pasado la tarde anterior; vimos el rastro. Nos habían dicho en Santa Clara que no operaban por allí más columnas que la nuestra (...) todo el campo está allí plantado de caña (...) el camino real del Hatillo con cerca de arbustos que pueden ocultar el paso por el mismo (...)

Colocamos secciones de Infantería ocultas entre la caña con algunos vigilantes al frente, ocultos igualmente.

A las 12 de la mañana sonó una descarga nutridísima a la cual contestaron las fuerzas nuestras ya preparadas; rápidamente fueron las compañías de Soria y Las Navas a colocarse en línea por orden del Jefe, quedando las Compañías de Bailén y la Caballería en reserva en la plazoleta del ingenio.

Nuestros cornetas tocaron la contraseña reglamentaria y no oímos contestación alguna. El Teniente Coronel de Las Navas, gran amigo del Coronel, vino a felicitarlo, diciéndole que tenía mucha suerte pues unos los buscan y no los encuentran y a ti vienen a atacarte.

El Jefe me envió a decir que avanzaran las municiones y el Capitán Cañadas de la Guardia Civil me dijo que era mucho fuego el que sufrimos y que quizá no fuera el enemigo, por lo que volví a la carrera a decir esto a mi Jefe. Por si era así ordenó hacer alto el fuego, diciendo que los contrarios no eran mambises(...)

Fuenmayor, haciendo señas con su sombrero murió atravesado por dos balazos, pues la línea enemiga formada a lo largo del camino del Hatillo, seguía haciendo fuego por descargas. El Capitán Oliver del Soria montó a caballo y fue en línea recta hasta ponerse al habla con los contrarios y

reconocido por el Teniente Letamendía ya herido, empezó este a ordenar alto el fuego, tardando cerca de diez minutos en conseguirlo.

Nuestro contrario había sido la columna del General Godoy, causándonos en un momento tres muertos, entre ellos el Teniente Coronel Fuenmayor, treinta y seis heridos entre los que estaban los Capitanes Batlle, López Garrido y Torres Madrid y el contrario, columna Godoy, tuvo más de noventa bajas.

Se reunieron los dos Jefes en el ingenio La Rosa disculpándose Godoy públicamente.

El coronel Horquín cesó en el mando una semana después, entregándolo al coronel Moncada, según relato posterior del autor del diario.

El 29 de enero de 1897, cuando daban seguridad a un convoy que desde Bayamo se dirigía a Santa Rita, al sureste de la isla, el autor del diario escribe:

A la vista de Santa Rita se oyen dos disparos consecutivos (de un fuerte nuestro), hieren gravemente al Teniente Pons, de la guerrilla del Alcántara ¡Pobrecillo! Llegamos al pueblo a las 12 y 30' después de la lamentable equivocación que deshacemos con toques de corneta. Muere Pons y salimos a las 3 para Jiguani.

Persecución del enemigo en ferrocarril

En Santa Clara se tiene información de que una columna enemiga de mil quinientos hombres ha sido vista el día 23 de marzo de 1896, siguiendo el curso del río Sagua la Chica, en dirección a Sancti Spiritus.

El Coronel solicita permiso por telégrafo para ir por ferrocarril hacia Camajuani y Placetas para poder alcanzar a los mambises, que marchaban en esa dirección (...) Se forman dos trenes en los que embarca la columna; cada tren arrastra 22 vagones (...) la marcha en ferrocarril fue desastrosa; los dos trenes marchaban a la vista uno del otro, y cerca del paradero de Vega Alta, donde hay una gran pendiente, se rompió el enganche de uno de los coches retrocediendo 14 vagones con velocidad grande, chocando con el 2º tren en que íbamos nosotros, no ocurriendo desgracias por casualidad(...) Algún caballo apareció en el techo de un vagón.

Evidentemente, el enemigo no fue alcanzado ese día.

Plan de reconcentraciones

Los planes del general Weyler consistían en dividir la isla en distritos y limpiarlos de enemigos uno tras otro, procurando que las partidas de insurrectos no pudieran unirse. La eliminación de cada una de éstas era misión de las columnas mixtas o brigadas ligeras.

Las concentraciones de población rural se iniciaron en la provincia de Pinar del Río, facilitadas por algunos campesinos que huían por temor a represalias de los insurrectos por *colaboracionistas*.

Máximo Gómez en un manifiesto había anunciado el año anterior que, si era necesario, quemarían las plantaciones y los ingenios y arruinarían la economía de la isla hasta hacerla inhabitable.

Las tropas españolas reunían a los grupos de campesinos, vigilando a éstos, tanto por su seguridad como para que no ayudaran a los rebeldes. Los bohíos e ingenios (fincas rústicas que elaboran azúcar), eran incendiados después de evacuar a sus moradores.

Este procedimiento antiguerrillas fue posteriormente imitado por los británicos en el Transwaal y por los norteamericanos en Filipinas y Vietnam.

En mayo de 1896 el autor del diario está destinado en el Batallón San Fernando, con base en Bahía Honda, entre La Habana y Pinar del Río realizando operaciones de persecución de los insurrectos mandados por Quintín Banderas, que ha logrado instalar campamentos en la cordillera de Guaniguánico.

El 11 de mayo el diario indica lo siguiente:

Sale el Batallón de la costa Oeste pasando por el ingenio destruido de Gerardo. Voy en vanguardia y sostengo tiroteo con un grupo enemigo; recogemos muchas reses (...) y se incendian todos los bohíos habitados o no que estuvieran a 200 metros del camino.

El 14 de mayo:

Sale la Brigada por la costa Oeste a la laguna de Las Flores, cerca de Morrillo y conducimos a Bahía Honda a quinientas personas cumpliendo los bandos de reconcentración y muchas reses.

El 19 de mayo:

Salimos del campamento de La Mulata y por el camino de ayer regresamos a Bahía Honda recogiendo muchísimas reses y escoltando carretas con familias de reconcentrados.

Algunas conductas arbitrarias ilegales

La llegada de Weyler mejoró la moral de las tropas al imponer un plan concreto de operaciones, pero el aislamiento de las unidades no pudo impedir que se dieran algunos casos de corrupción y de abuso de autoridad.

El autor del diario escribe el 24 de mayo de 1896:

Hay un gran disgusto en el Batallón por la conducta del Teniente Coronel (...) Es un Señor, que dice no quiere más que dinero sea cualquiera el procedimiento para conseguirlo. Ha hecho una contrata de hules impermeables para la tropa, que según dicen, es bastante para que fuera a presidio si hubiera justicia (...) Presume de muy bravo y no puede consentir que nadie tenga en su hoja de hechos, más acciones anotadas que él.

Además tiene un carácter atroz. Ayer dio a un soldado una paliza, de resultas de la cual ha muerto hoy en el Hospital.

Todos los oficiales de San Fernando y Baleares muestran su disconformidad con este jefe, que es destinado a otro batallón, sin que fuera corregido disciplinariamente.

Heroísmo de los combatientes

El 20 de mayo de 1896, persiguiendo a Maceo, descubren un campamento enemigo en la Sierra de Guaniguánico, cerca de Tapia:

La entrada era un caminejo muy estrecho y con una pendiente muy pronunciada. Arriba había una gran plazoleta; defienden mucho aquella subida pero la tomamos a la bayoneta. Cogimos casi muerto a un titulado Teniente llamado Rabaza; llevaba en el bolsillo un despacho firmado por Maceo haciéndolo Alférez y otro provisional de Teniente firmado por Díaz; murió como un valiente, rodilla en tierra en la misma entrada, haciendo fuego mientras sus compañeros huían (...)

Durante el fuego vino hacia nosotros un tío medio desnudo, gritando ¡Viva España!; dijo que era catalán y lo tenían prisionero.

Protección de los convoyes

La protección de convoyes fue uno de los cometidos que realizaron las unidades militares desde el principio de la insurrección. La actuación de los *mambises* pretendía impedir el movimiento normal en las comunicaciones por carretera y ferrocarril, además de interrumpir el telégrafo, soporte importantísimo para las transmisiones hace cien años.

Nuestro ejército se encontró sujeto a la obligación ineludible de garantizar estas comunicaciones, lo que le impidió en gran parte la acción directa de persecución, cerco y aniquilamiento de los núcleos de insurrectos, especialmente en la parte oriental de la isla, donde Calixto García actuaba, con gran impunidad, aprovechando las condiciones geográficas y de insalubridad de las zonas de ciénagas.

El mando militar desplazó a estas provincias varias unidades, entre ellas el Batallón San Fernando. Es allí, entre Manzanillo y Bayamo, donde el autor del diario va a tener las experiencias más duras por la dificultad del terreno donde tuvieron que operar las unidades y el hostigamiento constante del enemigo.

A continuación se transcriben partes del diario en relación con dos de estas operaciones, en los meses de enero y mayo de 1897.

Entre los días 24 y 30 de enero, escribe en el diario:

En Veguitas: misa en la plaza. Se incorpora el Coronel del Regimiento D. Luis Moreno Navarro Uría.

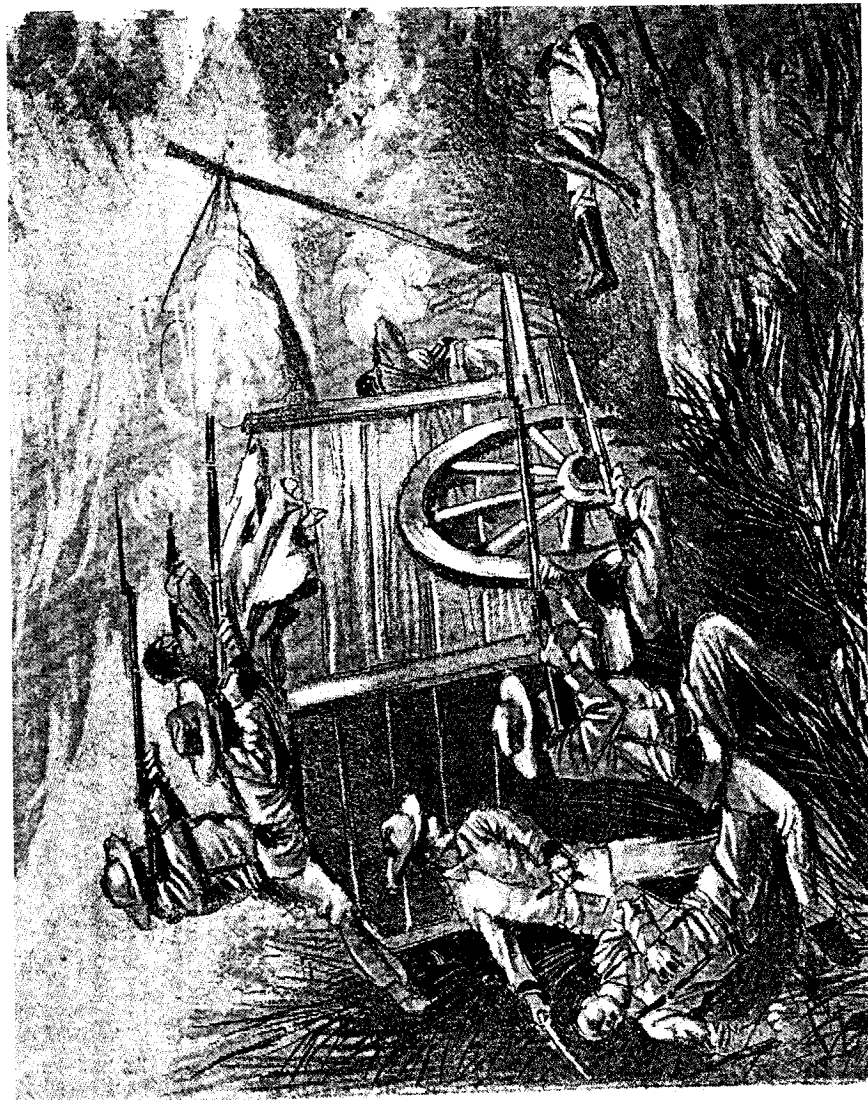
Salimos al amanecer con un convoy de noventa y cuatro carretas para Bayamo, vamos en vanguardia; fuego muy nutrido desde Veguitas hasta el paso del Río Buey (10 de la mañana). Esperamos que pasen las carretas y terminan a las 3 de la tarde, teniendo que acampar allí mismo. Por la noche algunos tiros.

Salimos del campamento al amanecer; vamos en cabeza de las carretas, al llegar a la sabana de Barrancas nos esperaba el enemigo haciéndonos mucho fuego.

Nuestra columna va desplegando a medida que entramos en el llano y después de más de media hora se les desaloja de sus posiciones. La Brigada tiene dieciocho heridos y mi Batallón siete.

En Peralejo nos esperaba otra vez el enemigo y el fuego de nuestra Infantería y Artillería les dispersa a las 2 de la tarde. Acampamos a las 5 de la tarde después de pasar el Río Mabay.

Salimos en vanguardia a las 6 de la mañana (...) Cuando entramos en Bayamo a las 10 de la mañana, fuego otra vez a nuestra retaguardia y nos hacen tres heridos.



Fuerzas de San Marcial, batiéndose detrás de una carreta.

Hemos descargado el convoy, pero las carretas vienen llenas de gente porque muchas familias abandonan el pueblo.

En el mes de mayo las dificultades aumentan por las lluvias tropicales que imposibilitan el paso de los convoyes por las crecidas de los ríos.

Entre los días 20 y 31 de mayo escribe:

Salimos la Brigada a las 6 de la mañana al mando del General Tovar (...) llegamos a Veguitas a las 5 de la tarde, pero las carretas con el Coronel Escario quedan en Sofía. Llueve muchísimo (...) Dan la orden para salir, pero la lluvia hace que el Río Buey no pueda vadearse. Llueve muchísimo (...) asciende el río (...)

El General se impacienta y manda que se haga una balsa (...) la balsa está hecha y mañana empezamos a funcionar (...) Cruzan en la balsa las guerrillas de Isabel la Católica y de mi Batallón; a las 12 acaba de pasar San Fernando (...) acampamos a orillas del monte. A las 7 salimos para el paso del Caimito (...) Al llegar a Barrancas el enemigo nos esperaba por la izquierda y frente. Fuego de mi Batallón que va en vanguardia; herido el Capitán (...) las guerrillas a pie (...) fuego de Artillería; fuego del enemigo a la retaguardia.

La otra Brigada se volvió a Veguitas desde el Camino por no poder cruzar las carretas (...) Salimos de Tuabeque al amanecer (...) paso muy difícil del Río Bayamo. Se presentan dos mujeres a la 5ª Compañía. Vienen del monte, pero como todas dicen, no han visto al enemigo.

Las enfermedades tropicales, nuestro principal enemigo

El equipo inadecuado y el apoyo logístico deficiente les obligaba a vivir en ocasiones a nuestras unidades sobre el propio terreno donde combatían. La sanidad fue incapaz de atender correctamente a las numerosas bajas que producían las enfermedades: fiebres palúdicas, disentería y *vómito negro*, de las que murieron muchos mandos y soldados.

En julio de 1896 el autor del diario cae enfermo de fiebres palúdicas permaneciendo de baja cerca de tres meses.

Tomo purgantes que apenas me hacen efecto (...) y me veo precisado a meterme en la cama con bastante fiebre (...) Tomo Quinina y me siento algo mejor (...) parece que tengo fiebres gástricas palúdicas con diarrea (...) Me alojo en un cuartucho de madera sucio y desmantelado (...) y para acos-

tarme tenía que atravesar mas de 30 metros de cieno negruzco y mal oliente; ése es el campo que me rodea.

Me aconsejan que pase al Hospital o enfermería para poder marchar a La Habana (...) al amanecer (del 20 de julio) estoy en la puerta del Hospital con el médico Ferrer (...) Muy temprano empiezan a salir las carretas con 70 enfermos. A las 7 estábamos en el muelle ¡Que barbaridad!, es la 1 de la tarde y todavía no se ve el barco(...) ¡cómo estarán los pobres enfermos al sol, sin agua y todos con fiebre!. Viene mi ordenanza Ungo y el asistente Larios y me traen una botella de caldo y otra de leche, pero los pobres enfermos me ruegan les dé algo y se las reparto a los más necesitados.

A la 1 y 30 aparece el Tritón y a las 2 estamos a bordo (...) llegamos a La Habana a la 1 de la madrugada.

El tratamiento médico lo tiene que hacer con médicos civiles pues el hospital está reservado para los más graves.

Cuando consigüé mejorar, pasa el mes de septiembre de licencia por enfermo en La Habana, incorporándose al Batallón San Fernando en Bahía Honda, después de un viaje en barco. La enfermedad le permitió conocer a la que sería mi abuela, nacida en Sancti Spiritus, hija del teniente coronel Menéndez, destinado en el Gobierno Militar de La Habana por esa época: había tomado parte en la primera guerra contra la insurrección entre 1868 y 1878.

El 10 de octubre escribe:

Muere del vómito Albarracín, 2º Teniente del Baleares, recién llegado (...) Lluve muchísimo y a eso atribuyen el recrudecimiento del vómito.

El 15 de octubre el diario indica:

Salgo con el Batallón al amanecer llegando a Bramales a las 8 de la mañana (...) De mil trescientos hombres que debía haber en el San Fernando solo somos unos trescientos, por lo que deciden mandarnos a La Habana para reponerlo. El General González Muñoz nos dice que dentro de muy poco volverá a reclamarnos para su División y aunque todos los Cuerpos del Arma sean iguales, él prefiere al San Fernando.

El 8 de noviembre dice el diario:

Todavía tenemos muchos enfermos y los buenos están muy débiles; les damos dos platos en cada comida y vino de quina.

Las durísimas marchas acompañadas de incesantes lluvias contribuyen al debilitamiento general. El 19 de diciembre de 1896 en San José de Lajas (al sureste de La Habana) escribe en el diario:

A las 4 llegamos a San José, tocan parte y previenen que el rancho se coma a las 6 y 30 y una hora después, que estemos preparados para mar-

char, dicen que a La Habana. Salimos a la hora anunciada recorriendo 37 km., hasta Regla, con la fatiga natural después de la jornada del día; en el Cotorro una hora de descanso, después de la cual los soldados no pueden ponerse en pie; llegamos al amanecer.

La mala y escasa alimentación también contribuye negativamente a la salud. Después de pasar la Nochebuena en Cañada Honda, al oeste de Bayamo (norte de Sierra Maestra), operando con el agua hasta la cintura, no tienen qué comer pues *dan un cajón de cajas de cerillas en vez de galletas.*

El 28 de diciembre: *Seguimos el Río Mabay. No tenemos qué comer.*

A veces no tienen agua para beber. En una marcha entre Veguitas y El Guamo, donde los mambises atacan, dice el 18 de enero de 1897:

Salimos a la 1 y 30 de la madrugada (...) llegando a las 4 y descansando hasta las 7 de la mañana (...) todo el camino es un monte muy espeso, sin agua ni aun para la hora de la tajada (30').

La tropa recurre al agua de lluvia, lo que aumenta los riesgos de enfermedad.

Particularmente penosas fueron las operaciones que se desarrollaron en las zonas de ciénagas de los ríos Bayamo, Buey y Mabay en la primavera del año 1897, época de fuertes y continuas lluvias tropicales.

El 16 de mayo anota en el diario:

Nos dan la noticia que nuestro Comandante D. José Cavanna y Sanz enfermo en Manzanillo, ha muerto; lo vi el día 3 y parecía tenía poca cosa, pero con estos Hospitales...

El mes de junio, en días distintos, escribe:

Salimos al amanecer (...) atravesando el camino de la Ciénaga (...) los soldados con fango a media pierna (...) Hay muchísimos mosquitos y se me hinchan las orejas (...) camino infernal y muchas emboscadas enemigas; en una muere el cabo de trompetas del Arlabán (...) llueve muchísimo y sigue creciendo el Río Buey.

Hoy he leído el ascenso del difunto Comandante Cavanna (...) Descanso de 3 horas en Cañada Honda con muchos enfermos y muchísimo calor.

Hoy tenemos muchos enfermos; de los doscientos noventa soldados entre las cuatro Compañías, pasan 23 al Hospital y rebajados de servicio

53, a este paso no volveremos nadie. Hay enfermos varios oficiales, entre ellos el Capitán Porcell.

Los días del mes de julio, son particularmente penosos por las bajas por enfermedades:

Se pone enfermo grave (...) el Jefe de nuestra Compañía y le sustituyo; un Teniente mandando cuatro Compañías (...) se pone un heliograma diciendo que me he hecho cargo de la fuerza, por estar gravemente enfermos los dos Capitanes y tres Subalternos (...) de los 291 soldados tengo 83 en el Hospital y 78 rebajados.

Esta maldita costumbre de la tajada (1/2 libra de carne cruda por plaza), contribuye tanto como el clima, a las enfermedades (...) anoche y antes de anoche se hizo el rancho con agua de charcos y de la misma bebimos. Nos quedamos sin pan y casi sin comida (...) aumenta considerablemente el número de enfermos (...) El 17 de Junio tenían estas cuatro Compañías 451 hombres y hoy (12 de julio) quedamos 100, pero algunos pasarán hoy al Hospital.

Un aguacero de algunas horas ameniza la marcha (...) se hace de noche y presencio escenas aterradoras: racimos de enfermos quejándose y maldiciendo de todo; en mi caballo cargo unos cuantos, pero no puedo recoger a todos (...) ¡si desde España vieran esto! (...) más que operar es matar gente (...) esta es la peor jornada que he hecho.

El 18 de julio, pasando el río Mabay:

Más de 1.000 soldados con fiebres. Vamos en vanguardia; el General nos dice que no quede atrás ningún enfermo, agotando todos los recursos y cuando no sea posible llevarlo, se le quite el armamento y las municiones y se le deje abandonado.

¡Terrible debió resultar para todos! La influencia que tuvo en la moral y combatividad de las unidades, fue muy negativa.

ORGANIZACIÓN DEL EJÉRCITO DE OPERACIONES EN CUBA

Exponemos a continuación un extracto de la Orden General del Ejército de Operaciones del día 1º de diciembre de 1895, en La Habana, cuando era Capitán General de la isla Martínez Campos:



Puente destruido por los insurrectos entre Jabonillas y Maroto.

La llegada de los Sres. Generales con 22 Batallones de la Península, aconseja dar otra organización a este Ejército, y el Excmo. Sr. General en Jefe, se ha servido disponer lo siguiente:

Art. 1º.— El Ejército de la Isla de Cuba se divide en:

Primer Cuerpo de Ejército (Departamento Oriental)
 Segundo Cuerpo de Ejército (Villas y Ciego de Ávila)
 Primera Comandancia General (Camagüey)
 Segunda Comandancia General (Matanzas, La Habana y Pinar del Río)

Art. 4º.— La organización será la siguiente: (se expone solamente la del Primer Cuerpo del Ejército, al mando del general Pando, que cuenta con mayores efectivos)

1ª División

1ª Brigada

Batallones: Antequera, Baleares, San Fernando y Asia.
 Una sección de Artillería de Montaña.

2ª Brigada

Batallones: Cuba, Valladolid y Constitución.
 Una sección de Artillería de Montaña.

3ª Brigada

Batallones: Príncipe, Simancas y Luchana.
 Escuadrones: Guantánamo y Mª Cristina.
 Una sección de Artillería de Montaña.

4ª Brigada

Batallones: Córdoba, Talavera y Guadalajara.

Cuerpos afectos a esta División

Batallón de Guerrillas, Batallones León y Toledo,
 Escuadrón del Rey y 1ª Compañía de Ingenieros.

Cuerpos afectos a cada Brigada

Guerrillas locales y Guardia Civil de la zona.

2ª División

1ª Brigada

Batallones: Colón, Alcántara, Baza y Andalucía.
Una sección de Artillería de Montaña.

2ª Brigada

Batallones: Isabel la Católica, Unión y Vergara.
Una sección de Artillería de Montaña.

Cuerpos afectos a esta División:

Dos compañías de Ingenieros
Escuadrón de Arlabán
Guerrillas de Guisa y Bayamo
La Guardia Civil y las guerrillas locales dependen,
según sus zonas, de las brigadas.

3ª División

1ª Brigada

Regimiento de La Habana.
2º Batallón de Infantería de Marina
Batallón Sicilia

2ª Brigada

Batallones: Aragón y Bailén
3º Batallón de Infantería de Marina

Cuerpos afectos a esta División

Una sección de Artillería de Montaña
Una compañía de Ingenieros
Dos escuadrones de Hernán Cortés
La Guardia Civil y las guerrillas locales dependen,
según sus zonas, de las brigadas.

El Segundo Cuerpo de Ejército tiene una organización similar al Primero, pero con dos divisiones, en lugar de tres, y cada división, con tres brigadas. También las divisiones tienen afectas unidades de Artillería de Montaña, Ingenieros y Caballería, quedando a disposición de las brigadas la

Guardia Civil, los voluntarios movilizados de La Habana y las guerrillas locales. Posteriormente se organizó el Tercer Cuerpo de Ejército, con fuerzas de Matanzas, La Habana y Pinar del Río.

Comentarios a la organización de las unidades

La división mencionada se articulaba para las operaciones en *medias brigadas* que eran agrupaciones tácticas al mando de un coronel y compuestas de uno o dos batallones de Infantería, con soldados llegados de la Península, secciones de Artillería de Montaña y el apoyo de unidades de Ingenieros y Caballería divisionarios, además de los Cuerpos afectos a las brigadas, guerrillas locales y Guardia Civil de la zona.

El general Martínez Campos trató de proteger las grandes ciudades, especialmente La Habana, de la presión constante de los insurrectos, manteniendo el telégrafo, el ferrocarril y las carreteras principales abiertas al tráfico de personas y mercancías, especialmente alimentos y azúcar elaborada en los ingenios.

El general Weyler a su llegada, el 20 de marzo de 1896, devuelve a las brigadas el protagonismo, dividiéndolas en columnas o grupos tácticos.

También tomó importantes decisiones como fueron: no sacar a los guardias civiles de las provincias dependientes de su Tercio; el cese de toda clase de destinos de tropa; nuevas normas para la organización de guerrillas y unidades de voluntarios y para la persecución de partidas de insurrectos locales y, por último, fijó las responsabilidades de los comandantes militares en la defensa de las plazas con voluntarios y guerrillas locales.

Sobre la Caballería dispone que los veintiocho escuadrones procedentes de la Península se integren en siete regimientos de cuatro escuadrones, tomando los nombres de los más antiguos: Rey, Reina, Borbón, Príncipe, Sagunto, Numancia y Villaviciosa con el propósito de enfrentarlos a la caballería enemiga, que era numerosa y se lanzaba frecuentemente a la carga contra las columnas españolas que protegían los convoyes.

Comentarios finales

Pasados cien años de aquella guerra, nos damos cuenta, leyendo este diario transcrito sólo en lo más significativo, de las condiciones en las que nuestro Ejército tuvo que combatir y la imposibilidad de nuestros soldados de hacer más de lo que hicieron.

Cuando unos meses después los Estados Unidos forzaron a España a entrar en guerra, no solo en Cuba sino también en Filipinas, conocían las condiciones en las que estaba nuestro Ejército de Ultramar, sin apoyo logístico y con una sanidad totalmente desbordada por el altísimo número de bajas ocasionadas por enfermedades tropicales.

Algunas de las causas por las que no se podía ganar la guerra fueron: la falta de visión política a corto plazo, al aprobar el Gobierno español en 1893 los llamados *Presupuestos para la Paz*; la infravaloración de las capacidades de los insurrectos y del apoyo norteamericano; las dificultades en las comunicaciones de España con sus territorios de Ultramar y la cesión del gobierno de Sagasta ante las presiones norteamericanas para relevar a Weyler, acusado de violar derechos humanos con su táctica de concentración de la población rural.

Sin embargo, la conducción de las operaciones por el general Weyler y la llegada de nuevos contingentes de tropas en 1896 y 1897 demostraron que tampoco los insurrectos, aun con apoyos del exterior, podían vencer al Ejército español.

El general Weyler era un buen conocedor de Cuba, por haber estado destinado cuando era capitán y comandante, actuando al mando de sus soldados en la llamada *Guerra de los Diez Años* entre 1868 y 1878, resuelta por Martínez Campos en la Paz de Zanjón. Desde su llegada a Cuba a principios de 1896, imprime un cambio cualitativo importante al pasar nuestras tropas a llevar la iniciativa.

Su plan era redesplegar las fuerzas españolas, para impedir el enlace entre los insurrectos del centro de la isla con los que actuaban en las provincias orientales y occidentales, mediante trochas o pistas abiertas en la maleza con fortines y observatorios, de doscientos metros de anchura, llegando a tener, la que se extendía desde Morón, al norte, hasta Júcaró, al sur, cien kilómetros de larga. También se trataba de dificultar el apoyo que obtenían de la población rural, de grado o por fuerza, mediante la *reconcentración* de ésta en zonas vigiladas y controladas por nuestro ejército con apoyo de la Guardia Civil. Se consiguió neutralizar a los insurrectos en las provincias occidentales y centrales donde operaban Maceo y Gómez, pero cuando se combatía en la parte oriental con esperanzas de éxito sobre Calixto García, Weyler fue relevado, cambiando totalmente la política del Gobierno y, por consiguiente, la táctica militar empleada hasta entonces con relativo éxito.

Con todo, lo que más impresiona al leer el diario son las penosísimas condiciones de alimentación y particularmente las sanitarias en las que se encontraron las unidades. Casi todos los soldados sufren males; no hay qui-

nina suficiente ni tónicos. No hubo mejora alguna con el general Weyler y continúan en aumento las bajas por enfermedad, lo que hizo casi inútil la llegada de cuantiosos refuerzos desde la Península.

Al comienzo de 1895 había en la isla dieciséis mil hombres. La llegada de ocho expediciones de soldados desde la Península a lo largo de ese año incrementó la cifra hasta cerca de cien mil, para llegar en 1898 a unos ciento veinte mil soldados. Se ha calculado que causaron baja por enfermedad o muerte treinta mil entre oficiales, suboficiales y soldados en los dos últimos años de la guerra, según estudios de la época.

Los batallones de Infantería llegados de España, que inicialmente contaban con cinco o seis compañías, acaban teniendo cuatro incompletas. Sus efectivos reales para el combate llegan a ser entre un tercio y dos tercios de la fuerza en revista por los numerosos enfermos.

El 25 de julio de 1895 el general Martínez Campos, antes de ser relevado por Weyler, escribe al Presidente del Consejo de Ministros Cánovas del Castillo:

No puedo concluir sin decirle a Vd. que nuestro soldado es un mártir por sus sufrimientos, el más disciplinado del mundo, el más manejable y con buena dirección y buenos jefes, el más valiente, que tanto él como la oficialidad tienen su espíritu levantado.

¡Ah si yo pudiera alimentarlos bien! Pero los convoyes son nuestra muerte y el racionamiento es poco menos que imposible.

BIBLIOGRAFÍA

- ARTOLA, Miguel: *Historia de España*. Madrid, Alianza Editorial, 1991.
Crónica de la guerra de Cuba. Cuadernos publicados en la época. 1897.
- MARTÍNEZ CAMPOS, Carlos: *España bélica. Siglo XIX*. Aguilar, 1961.
- PIQUERAS CAUSA, Enrique: *Diario de Operaciones en Cuba, 1895-97*.
- SÁNCHEZ BARBA Y ALONSO BAQUER: *Historia Social de las Fuerzas Armadas*. Alhambra, 1986.
- PAYNE, Stanley C.: *Los militares y la política en la España Contemporánea*. Ruedo Ibérico, 1967.
- WEYLER, Valeriano: *Mi mando en Cuba*. González Rojas, Editor, 1910.

LA GUERRA HISPANO-NORTEAMERICANA EN FILIPINAS

Andrés MÁ S CHAO
General de División. DEM

YA desde antes de la voladura del *Maine* se encontraba en aguas asiáticas una escuadra norteamericana al mando del comodoro Dewey que, el 25 de febrero de 1898, recibía órdenes de dirigirse a Hong Kong para aprovisionarse de carbón, ante la posibilidad de que estallase un conflicto bélico con España y debiera operar contra Manila. Dicha escuadra estaba compuesta por los cruceros *Olympia*, *Baltimore*, *Boston* y *Raleigh*; los cañoneros *Concord* y *Petrel*; el aviso *MacCulloch* y los mercantes *Zaf-hire* y *Nasham*. La orden de dirigirse a Filipinas sería recibida el 27, saliendo al día siguiente hacia aguas de aquel archipiélago después de recibir a bordo del buque-almirante al cónsul norteamericano en Manila, –salido de la capital el 24– que le proporcionó datos de la escuadra española. Mientras tanto, en Manila continuaban los preparativos de defensa que había iniciado Primo de Rivera, si bien éstos eran más teóricos que reales, debido a la escasez de medios existentes y la falta de previsión sobre lo que se avecinaba¹, reduciéndose prácticamente dichos preparativos a la instalación de

¹ SASTRÓN, Manuel: *La insurrección filipina y la guerra hispanoamericana en el Archipiélago*. Madrid, 1901, p. 378–380. Sólo se tenían otros catorce torpedos para barrear la entrada de Las Bocas y cuando se intentó fondearlos se descubrió que no había espoletas. Para la instalación eléctrica de Subic hubo que comprar el cable que transportaba una buque inglés de la compañía de cable de Hong Kong, pues el existente se había averiado al estar instalado con anterioridad y no haberse cuidado de su mantenimiento.

dos cañones *Ordóñez* en la Punta Sangley y pequeñas mejoras en las baterías y fortificación de Cavite, Manila y Las Bocas. En cuanto a las fuerzas de tierra con que se contaba estaban muy disminuidas después de dos años de guerra y las enfermedades propias del archipiélago, concentrándose la mayor parte de ellas en la capital, donde también llegarían algunas unidades de voluntarios indígenas que se formaron al estallar la guerra, —como el Batallón de Macabeles y el Tercio Anda y Salazar. Igualmente en estas fechas el general Agustí envió a su familia a La Papanga, provincia tradicionalmente fiel a España, a cargo de la familia Blanco que en el anterior conflicto había perdido un hijo en lucha con los insurrectos².

El almirante Montojo, por su parte, ante la evidencia de la absoluta inferioridad en armamento y protección de los buques bajo su mando directo frente a los del enemigo, que hacía inviable un encuentro en mar abierto³, decidió, de acuerdo con el Capitán General, no oponerse en fuerza a la entrada de los americanos en la bahía de Manila y defender la capital⁴; para ello llevó sus buques lejos de la ciudad, situándolos parte en la bahía de

² Los efectivos con que se contaba en el archipiélago eran: Infantería: siete regimientos indígenas a dos batallones (de unos seiscientos hombres) y quince batallones expedicionarios de Cazadores (también a seiscientos hombres); Caballería: dos escuadrones (mixtos); Artillería: un regimiento de Plaza y uno de Montaña; Ingenieros: un batallón de obreros y unidades de Administración Militar y Sanidad. También se contaba con dos batallones de Infantería de Marina, tres tercios (indígenas) y Sección Veterana (europeos) de la Guardia Civil, mas una unidad de Carabineros. La Escuadra la integraban los cruceros *Isla de Cuba* (protegido), *Castilla*, *Reina Cristina*, *Don Antonio Ulloa*, *Don Juan de Austria* y *Velasco* (no protegidos, de segunda clase) y los de tercera *Elcano*, *General Lezo* y *Marqués del Duero* (no protegidos), mas varias cañoneras y transportes.

³ GÓMEZ NÚÑEZ, Severo: *La guerra hispano-norteamericana. Puerto Rico y Filipinas*. Madrid, 1902, p. 128–131. En resumen: *Escuadra española*: diez mil trescientas cuarenta y una toneladas de desplazamiento. Dos cruceros con casco de acero y sesenta y dos mms. de protección, tres con casco de hierro, uno de casco de madera y un cañonero con casco de hierro; un cañón del 16 de avanguardia, dos del 15, veinticuatro del 12 (dos de avanguardia y de bronce), dos de 8'7, cuatro de 7'5, seis del 7'35 de tiro rápido (de 57, 42, y 37 mms.) y diecisiete tubos lanzatorpedos. *Escuadra americana*: diecinueve mil noventa y ocho toneladas de desplazamiento. Cuatro cruceros con casco de acero (dos con protección de más de 100 mms. y dos con 63 y 38 respectivamente) mas dos cañoneros con casco de acero; diez cañones del 20, veintitrés de 15, veinte del 12 de t. r., cincuenta y dos de t. r. (de 57, 47 y 37 mms.) y quince tubos lanzatorpedos.

⁴ SALINAS Y ANGULO, Ignacio: *Defensa del General Jáudenes*. Madrid, 1899, p. 22; TORAL, Juan y José: 1898. *El sitio de Manila. Memorias de un voluntario*. Manila, 1899, p. 32. Esta decisión fue muy controvertida, aunque parece lógica teniendo en cuenta que para la defensa de Las Bocas (entradas en la bahía) se contaba con las baterías de Punta Restinga, Islote del Fraile, Pulo Caballo, Corregidor, Punta Gorda y Punto Sisiman, cada una con una batería de tres cañones (antiguos, de corto alcance y con importantes fallos en su instalación). Además, la falta de torpedos (fueron solicitados muy tarde y cuando estalló la guerra estaban en Singapur donde los ingleses los detuvieron), minas y otros obstáculos no hacían factible intentar detener a una potente escuadra, dada la amplitud de los pasos (cinco kilómetros la Boca Chica —al norte— y catorce la Grande —al sur—, dividida en tres por los islotes, de forma que solo podían hacer fuego dos o tres baterías sobre los buques).

Cañacao y parte en la de Baacor, con una profundidad de ocho metros, para impedir la excesiva aproximación de los americanos y poder combinar sus fuegos con las baterías de Punta Sangley y Ulloa, de forma que, protegiendo Manila con sus fuegos, se evitara al mismo tiempo que fuese bombardeada al producirse el combate entre las escuadras. El día 30 Montojo situó su escuadra en línea de batalla y, sobre la medianoche, el fuego de la batería de Corregidor avisó del paso de la escuadra americana, haciéndolo después algunas otras piezas de Las Bocas, que fueron contestadas por el *Mac Culloch* y el *Boston* sin detener su marcha hacia el interior de la bahía⁵.

A las cuatro horas y cuarenta y cinco minutos de la mañana el *D. Juan de Austria* señalaba la presencia de la escuadra americana, que se situó en línea a unos seis mil metros de la española, y a las cinco la batería de Punta Sangley abría fuego, tras lo que lo hicieron una de las baterías de Manila, (la de La Luneta) y los buques, contestando inmediatamente al fuego los americanos; los cuales, gracias a la mayor rapidez de tiro y alcance de sus piezas, descargaron una lluvia de fuego sobre nuestros buques sin que éstos pudieran responder con eficacia. Pronto el *Reina Maria Cristina*, que enarbolaba la enseña del almirante, estuvo fuera de combate y, muerto su comandante, el capitán de navío Cadarso. Montojo ordenó su hundimiento y abandono, trasladándose al *Isla de Cuba*; después se hundió el *Antonio Ulloa* con la pérdida de su comandante y muchas bajas en su tripulación; el *Castilla* se fue a pique después de ser abandonado, mientras que el *D. Juan de Austria*, el *Isla de Luzón* y el *Marqués del Duero* sufrieron graves averías. A las siete y media la escuadra norteamericana suspendía el fuego por creer Dewey que estaba escaso de munición, pero lo reanudaría a las once y cuarto al comprobar que no era así, terminando con la destrucción de la escuadra prácticamente sin oposición, pues a los pocos momentos de reiniciarse el combate, ante la inutilidad de mantenerse en los buques, el almirante Montojo ordenó su abandono, trasladándose a Cavite. El resultado del combate fue el que cabía esperar dada la diferencia de potencial entre ambas escuadras; las bajas propias fueron setenta y ocho muertos y doscientos cuarenta y cinco heridos, frente a unos pocos heridos norteamericanos (Dewey dio siete en su parte de novedades, pero al menos hubo uno más según el comandante del *Baltimore*)⁶, producidos por la batería de Punta Sangley que

⁵ TORAL: *Op cit.*, p. 62. Al acordarse situar la escuadra española en el arsenal de Subic –que luego no se realizó– se desatendió potenciar estas baterías y sólo a finales de abril se mandaron las fuerzas que debían protegerlas, encontrándolas en tan mal estado que no estaban en condiciones de una mínima eficacia.

⁶ GÓMEZ NÚÑEZ, Severo: *Op. cit.*, pp. 141–143.

desde el comienzo del combate actuó con gran eficacia, alcanzando entre otros al *Baltimore* con su fuego.

Terminado el combate naval, el fuego de la escuadra americana se concentró sobre Cavite⁷, donde se habían refugiado parte de los heridos de los buques españoles, entre ellos el almirante Montojo. Como había pasado con la escuadra, la potencia de fuego americana barrió las antiguas defensas españolas y a poco de sufrir sus efectos apareció sobre el arsenal una bandera blanca, al parecer con objeto de solicitar una tregua para evacuar mujeres y niños. El comodoro Dewey contestó a esta petición, según algunas fuentes españolas, que no teniendo otro objetivo que destruir la escuadra española y apoderarse del arsenal y habiendo conseguido lo primero, renunciaba a lo segundo y a la plaza a cambio de que se quemasen los barcos que quedaban y que las baterías de Las Bocas no hostilizasen a los americanos al salir de la bahía⁸. El mando del arsenal accedió a esta propuesta y dispuso que los buques españoles no hundidos todavía fueran pasto de las llamas, dando asimismo orden a las baterías de Las Bocas y de Punta Sangley que cesaran su fuego, indicándosele a esta última, que aun con una sola pieza en eficacia hacía frente a los poderosos buques americanos, que retirara su personal sobre el arsenal. Por otro lado, Dewey envió un mensaje al Capitán General amenazando con bombardear la ciudad si seguían disparando las baterías de Manila, ante lo que el Capitán General tomó la decisión de ordenar la suspensión del fuego⁹.

Tras cesar el fuego, el mando americano en vez de retirarse intimó al abandono de la plaza de Cavite junto con el del arsenal, amenazando con bombardearla si no se cumplía su exigencia; a ello contestó el general Peña, comandante de la plaza y provincia, que él no se había rendido ni había tenido participación en el acuerdo aceptado por el comandante del arsenal, siendo además un mando independiente de éste; pero Dewey, tras una serie de contactos para aclarar la situación, al día siguiente, cuando ya se había retirado la guarnición del arsenal y la marinería salvada de los buques, persis-

⁷ Idem: *Op. cit.*, p. 153 y ss. La plaza al mando del general García Peña contaba en total con unos setecientos hombres. En el arsenal, un pequeño destacamento de Infantería de Marina (hubo que emplear la mayoría para completar la dotación de los buques) y una compañía incompleta de guardias de arsenales.

⁸ TORAL: *Op. cit.*, p. 50. Es, sin embargo, difícil de creer que el almirante norteamericano diese esta contestación, pues no es lógico que su misión fuera exclusivamente ésta; GÓMEZ NÚÑEZ: *Op. cit.*, p. 164. Señala que Dewey comunicó a su Gobierno que al ver bandera blanca consideró que se rendía la base de Cavite.

⁹ TORAL: *Op. cit.*, p. 140. En su defensa cabe decir que su artillería no tenía la más mínima posibilidad de hacer daños importantes a la escuadra americana, pero ésta sí podía infligir un duro castigo a la ciudad.

tió en su idea de que la rendición comprendía la totalidad de la plaza y el arsenal. Al mismo tiempo los buques americanos se iban aproximando para dominar con sus fuegos el istmo de Dalahicán, único camino de retirada de la fuerza; por lo que, tras recibir autorización de su mando superior, el general Peña se retiró con sus hombres al otro lado del istmo, después de clavar las piezas, inutilizar los explosivos y enterrar lo que no se podía llevar. Simultáneamente, los tagalos entraban en el arsenal y la ciudad saqueando cuanto encontraron, sin que los norteamericanos, con quienes se había pactado la evacuación y se les había comunicado que se dejaban allí los heridos por no poder transportarlos, desembarcaran ninguna fuerza para controlar la situación.

A las nueve de la mañana del 3 de mayo la guarnición de la plaza de Cavite llegaba a San Francisco de Malabón donde quedó acantonada, estableciendo contacto el general Peña con el resto de las tropas dependientes de su mando, aproximadamente unos dos mil hombres de los que unos mil eran europeos, con las que organizó una línea defensiva frente a Cavite y la costa este, basada en los pueblos de Naic, Santa Cruz, Rosario, Noveleta, Cavite Viejo, con dos núcleos más retrasados en San Francisco de Malabón e Imus y una línea de vigilancia desde la playa de Baacor hasta el Zapote. Por su parte, la marinería de la escuadra y las fuerzas del arsenal continuaron su camino hasta Manila, desde donde posteriormente algunas unidades de Infantería de Marina reforzarían las fuerzas del general Peña. Desde el día 3 de mayo hasta finales de dicho mes, la situación permaneció estacionaria, al no tener los americanos fuerzas de desembarco y mantenerse los tagalos en una aparente calma: lo que hubiera permitido al Capitán General tomar alguna determinación con vistas a hacer frente a las posibles eventualidades que podían sobrevenir. De un lado, ante un más que posible renacimiento de la insurrección, debería haber concentrado sus efectivos bien sobre Manila, bien sobre las cabecezas de las comandancias, en vez de mantener una total dispersión de fuerzas que no le permitirían hacer sentir su acción de mando, ni a sus subordinados reaccionar ante cualquier suceso. Por otro lado, si consideraba que los filipinos permanecerían fieles a España y su solo enemigo eran los americanos, podría haberse retirado de Manila, que era indefendible frente a su escuadra y concentrar sus fuerzas en el interior, para desde allí contraatacar cuando aquéllos intentaran dominar la isla. Sin embargo, todo lo que hizo fue mantenerse a la expectativa y, con objeto de aumentar sus efectivos, publicar un decreto el 4 de mayo creando las Milicias Voluntarias Filipinas, cuyos mandos procederían de ellas mismas, teniendo sueldos, distinciones, derechos a recompensas y beneficios similares a los



Mayor general Wesley Merritt,
jefe de la primera expedición de tropas
enviadas a Filipinas.



General Nelson A. Miles,
general en jefe del ejército norteamericano.



Comodoro George Dewey,
almirante de la escuadra norteamericana
en Filipinas.



Mayor general Edw. S. Otis,
jefe de la segunda expedición de tropas
enviadas a Filipinas.

Jefes norteamericanos de la escuadra y de las tropas expedicionarias a Filipinas.

regimientos del ejército del archipiélago¹⁰. Por su parte los navíos norteamericanos, tras decretar el bloqueo de la capital filipina el ya almirante Dewey, se conformaron con navegar a sus anchas por la bahía de Manila, en donde apresaron al práctico del puerto con el buque *Vigía*, que había salido a petición del cónsul inglés y bajo salvaguarda del pabellón británico para conducir a puerto una corbeta inglesa. A partir de esta fecha comenzarían a llegar a Manila buques de guerra de distintas nacionalidades, para preservar los derechos de sus súbditos que pudieran verse afectados por este conflicto; así, el 7 entrarían un acorazado francés y un crucero alemán.

Mientras sucedía esto en Filipinas, Emilio Aguinaldo se había puesto en contacto con los norteamericanos y después de diversas reuniones, el 23 de abril se firmaba un acuerdo en el que se comprometía a ayudar a los americanos en su lucha con España levantando en armas a sus partidarios; en contrapartida Estados Unidos le proporcionaría armas y medios para reactivar la insurrección tagala y una vez alcanzado el éxito se proclamaría la República de Filipinas con un gobierno independiente bajo protectorado americano. Trasladado Aguinaldo y el resto de los firmantes del acuerdo a Hong Kong y ratificado el convenio por Dewey, serían embarcados en el *Mac Culloch* para llevarles a Cavite, donde desembarcaron el 22 de mayo con abundante armamento proporcionado por los americanos. Mientras tanto, en el archipiélago, al numerosísimo voluntariado que se presentaba para apuntarse en las recién creadas milicias filipinas, se le había comenzado a organizar y a dotar de armamento, designando como mandos de la mayoría de ellas a jefes de partida de la insurrección anterior, olvidando prácticamente a aquellos filipinos que se habían mantenido fieles; de manera que este voluntariado se entregaba a quienes en fechas muy recientes habían combatido por la independencia, personas de las que por lo menos debía, en principio, desconfiarse de su fidelidad a la causa española. Según algunos autores, el Capitán General consultó previamente al coronel de Voluntarios Eugenio Blanco, uno de los filipinos más prestigiosos y leales, sobre su proyecto de designar como mandos a los rebeldes más notorios; medida que, con las concesiones de autonomía aprobadas, estaba seguro que se acallarían sus anhelos independentistas. En la misma entrevista, el general Agustín ofreció al coronel Blanco darle el mando de la Comandancia del Centro de Luzón. Éste rechazó el cargo y aconsejó al Capitán General que no se fiara de las manifestaciones de arrepentimiento y colaboración de aquéllos

¹⁰ *Ibidem*, pp. 65-70.

que hasta hacía meses eran sus enemigos, a los que debía, más que entregarles armas, tener vigilados; sin embargo, Augustí no hizo caso de estas advertencias y mantuvo su idea, que posteriormente se demostraría totalmente equivocada.

A partir de la derrota naval de Cavite y abandono de esta plaza, comenzaron a detectarse movimientos de partidas y nuevas agresiones a viajeros y familias aisladas, lo que unido a las noticias de una próxima llegada de Aguinaldo hizo que se considerara probable un renacimiento de la insurrección tagala; por otra parte, la permanencia de la escuadra americana ante Manila, también daba visos de verosimilitud a las noticias de que los Estados Unidos estaban preparando una fuerza de desembarco para ocupar en fuerza la capital del archipiélago. Como contrapartida a estos rumores se podía considerar el buen éxito obtenido por las recién creadas milicias filipinas en todas las provincias de Luzón; gracias a ello, el 22 de mayo se podía contar con unos catorce mil milicianos, que se pusieron a las órdenes de los jefes de comandancias y demarcaciones, duplicando y en muchos casos superando las fuerzas regulares existentes en ellas. Este aumento de efectivos hizo pensar al general Augustí que el conjunto de la isla de Luzón quedaba asegurado ante un intento de insurrección o un desembarco americano; si bien, en el caso de cumplirse los negros pronósticos de Blanco, compartidos por la mayoría de la población europea del archipiélago, si estas milicias y la tropa indígena traicionaban sus banderas, se pondría en un gravísimo compromiso a la tropa peninsular y a la permanencia misma de España en las Filipinas. Asegurado así, según él creía, el conjunto de Luzón, el Capitán General dictaba el día 26 las órdenes convenientes para la defensa de Manila ante un posible ataque por mar o tierra; de acuerdo con ello, distribuyó las fuerzas estacionadas en la ciudad formando una especie de doble sistema defensivo: 1º una serie de líneas exteriores (Muntinlupa–Las Piñas, Muntinlupa–Taguig, Tambobomg–Montalbán–Mariquina y San Juan del Monte–Santamesa) que cubrían los accesos a la ciudad desde las provincias de Cavite y Manila, Laguna de Bay y provincias de Morong y Bulacán; 2º una línea de defensa inmediata de la ciudad, dividida en tres sectores, al mando de los generales Arizmendi –jefe de la Artillería–, Rizzo –jefe de Ingenieros– y Palacios; aparte, existían una serie de columnas volantes, fuerzas de defensa interior de la plaza y reserva para reaccionar ante posibles rupturas del sistema o algaradas interiores (cuadros núms. 1, 2 y 3¹¹).

¹¹ GÓMEZ NÚÑEZ: *Op. cit.*, pp. 202–206 y 174–175.

CUADRO 1
DISTRIBUCIÓN DE LAS FUERZAS DE INFANTERÍA
EN LA PLAZA DE MANILA

Ciudad murada y línea de San Antonio Abad al Malecón sur		
	4 cías. de Cazadores	400 hombres aprox.
	3 cías. de rgts. indígenas	300 " "
Gral. Arizmendi	2 cías. de leales volunt. (e)	200 " "
	Personal diversos cuerpos (e)	600 " "
Línea del Malecón norte a Vitas		
	1 cía. de Carabineros (i)	100 hombres aprox.
Gral. Palacios	Volunt. Papangos (i)	200 " "
	2 cías. de marinería (e)	200 " "
Línea de fortines y blocaos		
	7 cías. de Cazadores	700 hombres aprox.
Gral. Rizzo	2 cías. de rgts. indígenas	200 " "
Línea de Muntinlupa a Las Piñas		
	Tercio de Anda Salazar (i)	650 hombres aprox.
Cor. V. Pintos	3 cías. de Cazadores	280 " "
	Guardia Civil (i)	
Línea de Muntinlupa a Taguig		
	Tercio Bayambang (i)	400 hombres aprox.
Cor. Lasala	1 cía. de Cazadores	100 " "
	Guardia Civil	
Línea de Tambobong, Montalbán, Mariquina		
	Batallón de Guías (m)	300 hombres aprox.
Cor. Carbó	2 cías. de Cazadores	150 " "
	Guardia Civil (i)	30 " "
Línea entre Santa Mesa y San Juan del Monte		
Tte. Cor. Alberdi	1 cía. de Ingenieros (i)	100 hombres aprox.
Zona de San Juan del Monte		
Tte. Cor. Colorado	2 cías. de Cazadores	200 hombres aprox.
Columnas Volantes		
Tte. Cor. Hernández	3 cías. de Cazadores	300 hombres aprox.
	2 cías. de rgto. 73	200 " "
Tte. Cor. Soro	4 cías. de Cazadores	400 " "
	1 cía. rgto. 70	100 " "
Tte. Cor. Iglesias	Batallón Caz. núm. 5	600 " "
Arrabales de Manila		
	3 cías. de Cazadores	300 hombres aprox.
	1 cía. rgto. 70	100 " "
	Voluntarios de S. Miguel(e)	250 " "
Cor. F. Pintos	Guerrilla del Casino (e)	150 " "
	5 cías. de Voluntarios (e)	500 " "
	3 cías. del Bon. Provis. (e)	500 " "

CUADRO 1 (continuación)
DISTRIBUCIÓN DE LAS FUERZAS DE INFANTERÍA
EN LA PLAZA DE MANILA

Guarnición en cuarteles y Reserva		
Rgto. Artillería Mont.(1)(e)	400	hombres aprox.
Rgto. Artillería de Plaza (e)	100	“ “
Rgto. de Lanceros (2) (i)	200	“ “
Escuadrón de Voluntarios(2)(e)		
2 cías. de Cazadores	200	“ “
4 cías. de rgtos. indígenas	400	“ “
1 cía. Bón. de Guías (m)	100	“ “
Batallón de Marinería (3)(e)	600	“ “
Guardia Civil Veterana (e)	750	“ “
Carabineros (e)	100	“ “
Voluntarios Papangos (i)	200	“ “

Notas: (1) Para servicio de las piezas de las posibles columnas de ataque.

(2) Para distribuir entre las columnas de ataque y servir de enlaces.

(3) Formado con personal proveniente de la escuadra.

(i) indígenas. (e) europeos. (m) europeos e indígenas.

CUADRO 2
DISTRIBUCIÓN DE LA ARTILLERÍA

Primer sector	2 cañones de 9 cms. de bronce
	8 cañones Plasencia
	2 obuses
Segundo sector	6 cañones Plasencia
Tercer sector	6 cañones Plasencia
Santa Ana	2 cañones Plasencia
	2 cañones de bronce antiguos
	2 morteros
San Juan del Monte	2 cañones Plasencia
Volte,s (por neces.)	4 cañones de tiro rápido
	4 cañones de 9 cms.
	2 ametralladoras

El mismo día de la llegada de Emilio Aguinaldo a Cavite Nuevo desaparecía de Cavite Viejo su primo Bartolomé Aguinaldo, recientemente nombrado comandante de las milicias de la provincia, mientras Felipe Buenca-mino, jefe del Tercio Anda Salazar, una vez autorizado por Agustín, emprendía la marcha a Cavite para entrevistarse con Aguinaldo y convencerle que depusiera su actitud. Por su parte numerosos cabecillas, ahora comandantes de milicias, manifestaban que la venida de Aguinaldo no variaba nada sus sentimientos de lealtad a España. Pese a estas manifestaciones el general Peña hizo llegar al Capitán General su preocupación por la postura que tomarían las milicias; al tiempo que se veía obligado, dada la

CUADRO 3
FORTINES Y BLOCAOS DE LA LÍNEA PRIMO DE RIVERA

Blocao de Santiago	25 hombres
Fortín del Cementerio de la Loma	40 “
Blocao del camino de Balinsanac	25 “
Blocao de Calucut	25 “
Blocao del Cementerio de Sampoloc	25 “
Blocao de Satol	25 “
Fortín camino de Santa Mesa a S. F ^o	40 “
Blocao de la Cordelería de Valenz.	25 “
Blocao de la posesión de Viademonte	25 “
Blocao del Puente de Pandacán	25 “
Blocao de la Concordia	25 “
Blocao del camino de Singalong	25 “
Fortín del camino de Pineda a Singalong	40 “
Blocao del camino de Maisubig a Singalong	25 “
Fortín de San Antonio Abad	40 “

Nota: Los fortines eran de mampostería, los blocaos de madera protegidos por un parapeto de tierra y entre cada dos posiciones había una distancia de un kilómetro.

escasez de fuerzas regulares con las que contaba, a retirar de Binacayán, Parañaque y de los restantes puntos de la costa de la bahía de Manila, las tropas de Infantería de Marina que estaban a sus órdenes (efectivos entre medio y un batallón), para reforzar su línea frente a Cavite y guarniciones próximas, solicitando al Capitán General un refuerzo de doscientos hombres para volver a guarnecer aquellas posiciones que representaban su enlace con Manila.

Ya a partir del 25 mayo comenzaron en la provincia de Cavite los encuentros entre los destacamentos y patrullas españolas y partidas de insurrectos, siendo los más importantes los ataques llevados a cabo contra Imus y Baacor, defendidos por fuerzas de Infantería de Marina y Guardia Civil que rechazarían a los atacantes; si bien una columna que salió de San Francisco de Malabón en su auxilio, al mando del comandante de Infantería de Marina Pazos, fue sorprendida y tras pasarse al enemigo las fuerzas indígenas que llevaba, así como muerto Pazos, tuvieron que retirarse. Por otra parte el 28 se supo en Manila que Felipe Buencamino se había unido a Aguinaldo, noticia que obligó a enviar desde Manila un destacamento de cincuenta cazadores para reforzar la guarnición del puente sobre el Zapote ante el peligro de que desertaran parte de las fuerzas a sus órdenes, como lo estaban haciendo cada vez en mayor número la tropa indígena y los voluntarios. El 29 puede considerarse que todo el territorio de Cavite se había levantado en armas contra España y después de un sangriento combate entre Baacor y Las Piñas, mantenido por fuerzas de Peña, se perdía el enlace con

este general. Con objeto de recuperarlo, el Capitán General disponía el día 30 la salida de una columna de socorro al mando del teniente coronel Soro; la cual, tras mantener un duro encuentro con el enemigo, no pudo pasar el Zapote, quedando desplegada en la orilla derecha de dicho río. Al día siguiente, los tagalos renovaron su ataque sobre estas fuerzas, estando a punto de romper su línea defensiva, momento en que su jefe solicitó refuerzos para resolver la situación, siendo enviada una nueva columna —la del teniente coronel Hernández— con dos cañones, que consiguió finalmente derrotar a los tagalos, si bien se tuvo que renunciar a enlazar con las fuerzas de Peña. Sólo entonces el general Agustín intentó, sin éxito, hacer llegar a su subordinado la orden de que concentrara sus efectivos y procurara retirarse sobre Manila. Sin embargo, era ya demasiado tarde y las escasas fuerzas europeas —la tropa indígena y los voluntarios se habían unido en su práctica totalidad a los insurrectos—, totalmente diseminadas, sin comunicación entre ellas, sólo podrían mantener sus posiciones, que poco a poco irían cayendo tras resistir dos, tres y hasta siete días el ataque de un enemigo que contaba ya con cañones de campaña, mientras las tropas de Peña sólo contaban con dos en Baacor. El día 2 se rendía San Francisco de Malabón donde se encontraba el general, después que lo hubiera hecho Noveleta; el 6 Puente Banalo, destacamento en el que el teniente Ristori, de Infantería de Marina, hizo una heroica defensa; ese mismo día cayó Baacor, cuya guarnición intentó retirarse por la costa a Manila sin conseguirlo, y el día 7 Imus y Cavite Viejo. A partir de dicho día sólo se mantenían en la provincia los destacamentos de Indag y Naic, ambos de entidad compañía reducida, que consiguieron resistir el primero hasta el 12, día que con tres muertos y quince heridos, al acabársele el agua y no tener medios para obtenerla se rindieron al enemigo, y el segundo hasta el 14, en que ya sin municiones ni víveres tuvieron que capitular¹².

Mientras se perdía la provincia de Cavite, la recién organizada milicia de Pío del Pilar desplegaba en el Zapote después de que desertara de allí la mayor parte del Tercio Anda Salazar que había mandado Buencamino, pero el 2 de junio las columnas de Soro y Hernández, que se mantenían en dicha línea desde los combates del 30 y 31, se retiraron sobre la capital por orden superior, con lo que prácticamente quedaron sólo aquellas milicias para cerrar el paso a Manila de los sublevados de Cavite. El abandono de estas posiciones por dichas tropas motivó que el día 6, después de resistir cuatro días los ataques de los insurrectos, se pasaran al enemigo Pío del Pilar y sus

¹² *Ibidem*, p. 114; TORAL: *Op. cit.*, p. 122.

hombres, obligando al coronel Victoriano Pintos a retirarse con el resto de sus efectivos sobre la capital¹³. Por otra parte también el coronel Lasala, al encontrarse prácticamente cercado en Muntinlupa, se había visto obligado el día 2 a retirarse sobre Taguig y el 6, ante la presión de las masas de tagalos que atacaban sus escasas fuerzas, lo hacía hasta Santa Ana. Con esta retirada toda la provincia de Manila, excepto la capital, quedaba en poder de los hombres de Aguinaldo, manteniendo nuestras fuerzas fuera de ella solamente los pueblos de Colocán, Santa Ana, San Juan del Monte y Santolán, donde se situaba el depósito de aguas que abastecía la ciudad. Debe señalarse, asimismo, que, con fecha 7 de junio, prácticamente todas las milicias creadas por el decreto de 26 de mayo se habían pasado al enemigo siguiendo a sus jefes, haciendo bueno así los presagios de Eugenio Blanco; sólo los fieles macabeles, algunas unidades de papangos y del Tercio de Bayambang, al igual que algunos hombres sueltos permanecían fieles a España. De esta forma las fuerzas de Aguinaldo se vieron incrementadas en catorce mil hombres armados por nuestras propias autoridades.

Al igual que las de Cavite y Manila las provincias de Batangas y La Laguna se levantaron en armas ante el anuncio de la venida de Aguinaldo, quedando los destacamentos de tropa peninsular y voluntarios europeos aislados unos de otros y atacados por masas de indígenas, ahora mejor armados que antes de Biac-na-bató, al haber entregado los americanos a Aguinaldo gran número de fusiles y munición, contando además los desertores (milicianos, soldados y guardias) con el armamento español correspondiente. Ante lo comprometido de la situación el coronel Rodríguez Navas, mando accidental de la comandancia, ordenó la concentración de los destacamentos más pequeños sobre los de cierta importancia, en un intento de que tuvieran al menos todos unos cien hombres efectivos, en las cabeceras de batallón equivalentes a tres compañías y, en Lipa, donde tenía su puesto de mando el coronel, contar con unos quinientos hombres. Pese a estas medidas, la suerte de estos destacamentos fue la misma que los de Cavite, pues aislados, sin noticias del exterior y sin más medios que sus fusiles —cuando los tagalos contaban ahora hasta con artillería— fueron cayendo uno a uno. Solamente la guarnición de Lipa, que desde el 29 de mayo comenzó a ser hostilizada, consiguió mantenerse durante algún tiempo más, debido a sus mayores efectivos. El 6 de junio conseguiría unirse a ellos el destacamento de San Pablo, tras lo que el coronel Navas decidió intentar el rescate del de Calanca, —este

¹³ TORAL: *Op. cit.*, p 98. Afirma que fue precisamente la retirada del coronel Pintos, sin avisar a Del Pilar, lo que obligó a éste a cambiar de bando, al quedarse solos en el Zapote.

puesto se rendiría el 10— para lo que envió una columna de doscientos hombres que fue rechazada por el enemigo. Después de este fracaso el coronel pensó en retirarse sobre el pueblo de Batangas, —cuyo destacamento aún resistía y se mantendría hasta el 9— donde sería más fácil defenderse en espera de socorros o al menos enlazar con Manila dada su situación en la costa. El intento se realizaría el día 7, pero nada más salir del pueblo la columna se encontró unas sólidas defensas enemigas que resistieron los tres asaltos que se realizaron para romperlas, por lo que la columna tuvo que regresar a su base. Desde dicho día hasta el de la rendición, los hombres de Navas tuvieron que rechazar continuos ataques del enemigo y realizar frecuentes salidas para impedir la ocupación de las casas próximas a los edificios en los que se habían hecho fuertes —los más sólidos del pueblo—; pero finalmente el 18 de junio, con el coronel herido grave —hubo que cortarle el brazo izquierdo— y noventa y nueve bajas más, de ellos treinta y tres muertos, se optó por la rendición tras reunirse una junta de mandos, dado que estaban escasos de munición y víveres y que se tenían noticias de la rendición del general Peña y de otros mandos importante¹⁴. En esta comandancia es de destacar también la actuación del comandante Pacheco Yanguas que resistió en Tayabas, aguantando la falta absoluta de víveres, hasta que después de tener veinticuatro muertos —once de ellos de hambre— se vio obligado a rendirse; igualmente el capitán Sequera resistió en Guaquit (La Laguna) con los cuarenta y cinco hombres que componían su destacamento, hasta que herido y con treinta y ocho bajas tuvo que rendirse. Por esta acción se le concedió la Laureada de San Fernando¹⁵.

La Comandancia del Centro de Luzón era al comienzo del conflicto el núcleo militar con más fuerza tras el de Manila, pues, bajo el mando del general Monet, contaba con tres batallones expedicionarios completos¹⁶, mas varias compañías sueltas (todas ellas peninsulares), además de las siguientes fuerzas indígenas: un batallón del Regimiento 73, unidades de Macabebe al mando de Eugenio Blanco, los voluntarios de Ilocos y de Pangasinan, mas las milicias recién creadas mandadas por el antiguo cabecilla Macabulos Solimán; sin embargo, como en las otras provincias, este importante conjunto de efectivos estaba repartido en diversos destacamentos de

¹⁴ NEGREIRA POSETS, Juan y GARRIDO ALVARES, Leandro: *La guerra en Filipinas según el Teniente Verd Sastre*, p. 20–24. Obra inédita siguiendo las memorias del citado oficial. Datos cedidos amablemente al autor.

¹⁵ Hojas de servicio de ambos oficiales.

¹⁶ Los batallones expedicionarios, que llegaron en 1896–1897 con efectivos de más de mil hombres, estaban muy disminuidos al empezar este conflicto, siendo sus efectivos reales aproximados unos seiscientos a setecientos hombres.

diferente importancia, entre los que cabe destacar el de San Fernando donde se encontraba Monet y el de Macabebe, en el que se alojaba la familia del Capitán General bajo la salvaguardia de la familia Blanco y sus fieles voluntarios. A finales de mayo los ascenatos, ataques de pequeñas partidas y tiroteos que se venían produciendo desde primeros de mes, se convirtieron en un movimiento insurreccional generalizado de las provincias de Bulacán, Nueva Écija y La Papanga. Para mantener su línea de comunicación con Manila y castigar a los rebeldes, Monet debió efectuar algunas salidas que consiguieron su objetivo, siendo la más importante la que se llevó a cabo al mando del teniente coronel Dujols contra el pueblo de Ángeles, que fue tomado y destruido, continuando más tarde hacia Apalit y Bacolor, donde noventa macabebes al mando del capitán Méndez Villabrille mantenían la resistencia tras haber perdido la tercera parte de sus fuerzas, consiguiendo, asimismo, romper el cerco y liberar a aquellos valientes. Tras estos hechos la columna Dujols regresó a San Fernando a primeros de junio, donde el general Monet había recibido la orden de Augustí de concentrar sus fuerzas y trasladarse a Manila llevando con él a la familia del Capitán General.

La orden recibida era casi imposible de cumplimentar en aquellas fechas, pues la insurrección había tomado una enorme fuerza y las milicias de Macabulos, junto con numerosos guardias civiles y soldados, se habían pasado ya al enemigo. El día 14 de junio el general Monet, con los setecientos hombres que había conseguido reunir, mas un número importante de familias, personal civil y unos cincuenta heridos, salía de San Fernando de la Papanga en dirección a la estación de ferrocarril de Santo Tomás, adonde consiguieron llegar a la caída de la tarde, prosiguiendo sin detenerse hasta Minolín, barrio de San Francisco, donde llegaron en la madrugada del 15. A las primeras horas de la mañana de dicho día los tagalos atacaron con gran fuerza, consiguiéndose rechazarlos y apoderarse del embarcadero sobre el río, por donde poco después harían su aparición los cañoneros *Leyte*, *Arayat* y *España* que junto con el vapor mercante *Méndez Núñez* les estaban esperando y debían conducir a Macabebe a la columna. Tras un nuevo combate para despejar el terreno de enemigos e incendiar el barrio para proteger el embarque de la columna, a las ocho de la tarde salían las embarcaciones con las fuerzas de Monet río arriba, alcanzando Macabebe en la mañana del 16, uniéndose a los voluntarios que defendían el pueblo¹⁷. Hasta aquí la actuación del general Monet había sido correcta, pero una vez

¹⁷ *Hoja de Servicios del General Monet*. En estas operaciones la columna de Monet tuvo cien heridos.

ARCHIPIÉLAGO
FILIPINO



Plano del archipiélago filipino.

reunido a la familia de Augustí –esposa y tres hijas– parece que consideró que su obligación principal era encargarse personalmente de que llegaran sanas y salvas a Manila, olvidándose de que su primer deber era dirigir y mandar a sus soldados. Lo cierto es que el general, junto con su Estado Mayor, embarcó el 26 en el *Méndez Núñez* junto con algunos civiles, los heridos y la familia de Augustí y enarbolando bandera de la Cruz Roja hicieron rumbo a Manila, donde pudieron llegar el 27 a pesar de la vigilancia de la escuadra americana en la bahía, debido a lo brumoso de la mañana¹⁸.

Antes de marchar, el general Monet dispuso que el cañonero *Leyte*, llevando a remolque unos viejos *cascos*¹⁹ sin timón, velas, ni remos, transportara el resto del personal²⁰, decidiendo el coronel Francés, que había quedado al mando, que en el cañonero embarcaran los jefes y parte de los oficiales, haciéndolo en los *cascos* la tropa y el resto de los oficiales. Al entrar este convoy en la bahía, el mar estaba bastante movido, poniendo en graves dificultades a los *cascos*, por lo que, al llegar a las proximidades de Corregidor, el *Leyte* cortó las amarras del remolque, después de ordenar a aquéllos que echaran unos anclotes para detener su movimiento, continuando el cañonero en solitario en dirección a la ciudad. Sin embargo, tres botes se destacaron en ese momento del *Leyte*, dirigiéndose hacia los indignados tripulantes de los *cascos*, que muy pronto pudieron comprobar que se trataba del teniente coronel Dujols, que no quería abandonar a sus hombres, junto con algunos marineros y un oficial de la Armada encargados de dirigir las maniobras de aquéllos; por su parte el *Leyte* fue avistado muy pronto por un buque americano que se dirigió hacia él, momento en el que el cañonero enarboló bandera blanca²¹. El mar fue empeorando durante todo el día y, al llegar la noche, los abandonados *cascos* que marchaban a la deriva –pese a los anclotes– y que hacían agua por diversas grietas, estaban a punto de hundirse. Ante una situación tan desesperada el teniente coronel y el oficial de la Armada decidieron marchar en busca de auxilio en los botes, con-

¹⁸ SASTRÓN, Manuel: *Op. cit.*, p. 455; TORAL, Juan y José: *Op. cit.*, p. 130. La actuación de Monet es muy obscura. Lo relatado figura en Sastrón, aunque Toral dice en su obra que Monet y la familia de Augustín embarcaron en varias barcas y el *Méndez Núñez* que salió al día siguiente llevaba al resto de civiles y heridos, pudiendo éste pasar gracias a la bandera de la Cruz Roja. Relato que coincide más o menos con el del propio general en su hoja de servicios.

¹⁹ Embarcaciones rudimentarias filipinas.

²⁰ Seiscientos treinta soldados, veintiocho oficiales, diecisiete paisanos y quince frailes.

²¹ TORAL: *Op. cit.*, pp. 133–134. Según este autor el *Leyte* cortó amarras porque el fuerte oleaje hacía presumir que los *cascos* naufragarían si intentaban llegar a Manila, por lo que el comandante del cañonero, previo acuerdo con los jefes embarcados en la columna, decidió rendirse y solicitar ayuda de los norteamericanos, siéndole negada.

siguiendo llegar a Manila al día siguiente; sin embargo, la autoridad de la ciudad consideró que era imposible prestar ningún socorro, ante lo que Dujols solicitó permiso para regresar con sus soldados, siéndole prohibido hacerlo. Por su parte, en los *cascos* la situación continuaba empeorando, por lo que los oficiales consideraron conveniente romper amarras y que cada uno procurara con sus medios llegar a tierra, lo que finalmente conseguirían hacer en territorio enemigo, siendo hechos prisioneros.

Mientras la columna del general Monet sufría las vicisitudes antes narradas, los restantes destacamentos de la Comandancia de Centro y Norte de Luzón seguían la suerte de los del resto de la isla, anegados por la ola ingente de indígenas sublevados o desertores de nuestras filas, ayudados por algunos soldados y clases peninsulares que, viendo la situación extremadamente peligrosa, también se pasaron a las filas enemigas, unas veces desertando y otras colaborando una vez hechos prisioneros. En Tarlac la guarnición resistió diversos ataques hasta que se les unió una columna procedente de Alaminos al mando del comandante González Llanos, formada por tres compañías indígenas, tres de cazadores, una sección de administración militar e impedimenta. Dicha columna había previamente alcanzado Bayambang, donde rompieron el cerco que sufría el comandante Ceballos y sus hombres, uniéndose a ellos; pero, una vez comprobada la falta de condiciones de Bayambang para continuar la resistencia, Ceballos decidió marchar hacia San Fernando con objeto de unirse a Monet, objetivo que no conseguiría, mientras González Llanos seguía para Tarlac. Alcanzado este puesto y unidas sus fuerzas a la guarnición que allí había, se continuó la resistencia hasta que, casi sin municiones ni alimentos y con numerosas bajas, el coronel Francés, mando del conjunto, decidió intentar romper el cerco y abrirse paso hacia Dagupán —lo que no se lograría— viéndose finalmente obligados a rendirse a finales de agosto. En la zona norte de Luzón, cuyos naturales eran tradicionalmente enemigos de los tagalos, la sublevación no prendió con tanta fuerza, aunque poco a poco, ante los éxitos de los insurrectos y la falta de respuesta de las tropas españolas, se fue incrementando el movimiento de rebeldía y, al igual que en el resto de la isla, nuestros destacamentos fueron cayendo uno a uno; así Nueva Écija se rindió después de una enérgica defensa dirigida por el comandante Génova, del 13 Batallón; en Ilocos, su comandante militar, capitán José Herrera, al tener noticias de la sublevación de La Unión, acudió con una pequeña columna batiendo al enemigo y manteniendo esta provincia para España hasta que, invadida por los tagalos y con más de ciento ocho bajas entre muertos y heridos —uno de ellos él mismo— tuvo que rendirse. Por su parte los defensores de Ilagan (capital

de la provincia de Nueva Isabela) la evacuarían el 1 de septiembre marchando a Boyombong (capital de Nueva Vizcaya) donde unidos a sus defensores aguantaron hasta el 11 de septiembre. Con la rendición de Boyombong, toda la isla de Luzón —excepto el puesto de Baler cuya defensa asombrosa duraría hasta un año después—, quedaba en poder de los tagalos.

Como ya se vio, el 7 de junio la capital del archipiélago quedaba aislada del resto de la isla, bloqueada por tierra por los hombres de Aguinaldo y por mar por la escuadra americana. La ciudad disponía, para aguantar el asedio, de una relativa abundancia de víveres, contando las existencias en los almacenes y tiendas particulares, para cuya recogida, distribución entre los defensores de los suministros necesarios y control de precios para su venta en la población, se había organizado una Junta Civil de Defensa; sin embargo, ésta no actuó nunca con la suficiente energía y sólo consiguió almacenar una mínima parte de los abastecimientos existentes, por lo que inmediatamente los precios se dispararon al quedar al arbitrio de los comerciantes. A partir del 8 comenzaron los ataques insurrectos a la línea exterior siendo rechazados fácilmente por las fuerzas que la defendían; por otro lado, ya desde estos primeros días del asedio, comenzaron a detectarse desertiones e intentos de sublevación por parte de las tropas indígenas, como el ocurrido el día 13 a las siete y media de la mañana, cuando un grupo de cuarenta carabineros que se hallaban destacados en la posición de Vitas atacó a sus mandos europeos, que consiguieron rechazarlo a costa de un oficial y dos sargentos heridos y un cabo muerto, huyendo aquéllos a continuación hacia la ciudad, donde consiguieron reducirlos las fuerzas que los perseguían. Igualmente hay que señalar que el día 15, ante la excesiva extensión de la línea de defensa del sector de la izquierda para los efectivos existentes, se llevó a cabo una reducción de la misma, abandonando las fuerzas del teniente coronel Carbó el pueblo de Caloocan y estableciendo sus avanzadas en el puente de Maipejos. En los últimos días de este mes se recibió la noticia que una escuadra española con refuerzos se preparaba en Cádiz para salir en dirección al archipiélago, lo que llenó de esperanza a los sitiados de Manila; sin embargo, como contrapartida, también se supo que habían llegado a Yokohama barcos de transporte americanos, en los que venían las tropas necesarias para iniciar las operaciones en tierra.

El 30 de junio comenzaron a desembarcar en Maytubig (pueblo próximo a Cavite) las primeras tropas norteamericanas al mando del brigadier Thomas M. Anderson y en sucesivas expediciones, entre el 17 y 21 de julio, lo haría la Brigada Greene, haciéndolo el 25 de julio el general Wesley

Merrit, que tomaría el mando de las operaciones²². En un principio las dos brigadas citadas quedaron detrás de las líneas filipinas, dedicándose a hacer instrucción y prepararse para intervenir en el conflicto, por lo que el peso del sitio de Manila continuó siendo llevado por los tagalos, que continuarían con sus ataques diarios a las líneas españolas. Durante los cuatro últimos días de junio estos ataques se centraron sobre el blocao de Santolán, situado fuera de la línea de defensa para proteger los depósitos de agua que suministraban a la ciudad, consiguiendo finalmente el 31 aislarlo de las posiciones situadas a su retaguardia. Para restaurar la situación y reparar si era posible las máquinas —llevaban tres días averiadas— el día 1º de julio se organizó una columna al mando del teniente coronel Colorado, a la que acompañaba personal de Ingenieros al mando del comandante Las Heras. Ésta, apoyada por artillería, consiguió alcanzar Santolán, si bien no pudo reparar las máquinas, por lo que se retiró en unión de la fuerza allí destacada²³. A pesar de este abandono, la ciudad no careció de agua durante el resto del asedio por tener otro depósito dentro de sus líneas y caer abundantes lluvias en todo este tiempo.

En el transcurso de la primera quincena de julio la situación continuó sin grandes alteraciones, salvo la intensificación del fuego artillero sobre nuestras posiciones. Uno de los combates más importantes sería el de la noche del 6 al 7, llevado a cabo para facilitar la huida de cuarenta y nueve hombres de los voluntarios de Papanga —que se encontraban en Tondo— y ciento treinta de la milicia de Montalbán, de la compañía que guarnecía Santa Ana, de la que sólo se mantuvieron fieles su capitán Licerio Jerónimo y unos pocos hombres. Felizmente la reacción de los europeos que había en estas posiciones y en las inmediatas fue muy brillante, consiguiendo rechazar el ataque y hacer numerosas bajas entre los hombres que desertaban. El día 7 se presentaba en la bahía de Manila el mercante español *Compañía de Filipinas*, cuya tripulación tagala se había sublevado cuando se dirigía a Hong Kong, asesinando al capitán y a sus oficiales y enarbolado bandera insurrecta. Con dicho barco y algunos pequeños buques que tenía en su poder, el Presidente Aguinaldo formaría lo que denominó su Marina de Guerra. Su primera misión sería ir contra Ologanpó (Subic), donde creían que se mantenía una guarnición española de la Armada; aunque ésta, considerando que allí no podía

²² GÓMEZ NÚÑEZ: *Op. cit.*, pp. 197–200. Según el autor constituían la *Brigada Anderson*: el Regimiento de Voluntarios de Oregón y los de Infantería 23 y 24, mas unidades de Artillería de California, Ingenieros y Servicios; la *Brigada Greene* se componía del Regimiento 18 de Infantería y los de Voluntarios 1º de California, 1º de Colorado, 1º de Nebraska y 10º de Pensilvania, además del 3º de Artillería, dos batallones de Voluntarios de Artillería de Utah y una compañía de Ingenieros.

²³ *Ibidem*, p. 211. La operación costó tres muertos y quince heridos.

defenderse de las masas de insurrectos que la acosaban, se había retirado a la isla de Malaquit junto con el personal civil y familias de la zona —en total unas seiscientas personas—, los cuales fueron intimidados a la rendición sin condiciones por los buques tagalos. Mientras la pequeña guarnición deliberaba sobre la resolución a adoptar, apareció el buque de guerra alemán *Irene* que, al ver los buques y su bandera, les exigió que se retiraran, so pena de tratarlos como piratas, ya que Alemania no había reconocido aún a la República de Filipinas. Sin medios con que responder a un ataque del buque alemán, los barcos tagalos salieron a toda máquina de la bahía, mientras la tripulación del *Irene* recogía al personal civil de Olongapó que trasladó a Manila. Posteriormente, cuando ya había marchado el alemán, aparecería de nuevo el *Compañía de Filipinas* junto con un barco norteamericano, el cual (sin mediar comunicación) hizo fuego sobre las tropas españolas y a continuación solicitó su rendición; el comandante de la guarnición, al considerar que no tenía medios con los que defenderse, se entregó a los americanos quienes, faltando a lo tratado, los entregaron a los filipinos.

En la segunda quincena de julio arreciaron los tagalos sus ataques, sosteniéndose en todos los sectores duros combates; el 22 se notó por primera vez la presencia de soldados americanos próximos a las posiciones de los insurrectos, aunque no intervinieron directamente en la lucha. Dicho día se produjo un duro combate entre el camino de San Pedro de Macati y el blocao 11, uno de los puntos más débiles de la línea de defensa, consiguiéndose rechazar al cnemigo. También, durante varios días, los tagalos atacaron la zona entre San Antonio Abad y el blocao 14, que se vio gravemente amenazado, debiendo ser auxiliado el día 27 por tropas de reserva de cazadores y los voluntarios que quedaban del Tercio Anda Salazar, mandados todos por el teniente coronel Dujols, que tras muchas horas de combate obligarían al enemigo a retirarse. El día 30 se producía otro fortísimo ataque entre los blocaos 13 y 15, consiguiendo los filipinos emplazar una batería de 8 cms. frente a nuestras posiciones, pero un enérgico contrataque les obligó a retirarla. Finalmente, el 31 se produciría el primer encuentro con tropas americanas, que el 29 habían entrado en línea frente a la zona de San Antonio Abad; la acción se reduciría a un intenso intercambio de fuego que costó a los americanos diez muertos y cuarenta y tres heridos, frente a un muerto y cinco heridos propios²⁴. Por su parte,

²⁴ *Ibidem*, p. 215. De acuerdo con los datos del autor (p. 216) durante todo este mes se consumieron ochocientos cincuenta y ocho mil quinientos veintiséis cartuchos de Mauser, trescientos noventa y dos mil dieciocho de Remington, cuatro mil novecientas cincuenta y ocho granadas, ciento sesenta y ocho botes de metralla y trescientas cuarenta y cinco bombas entre incendiarias y explosivas, lo que da idea de la dureza de los combates.

la moral de la población civil de Manila, sujeta ya a duras restricciones alimentarias y amenazada por el fuego de la artillería enemiga, sufriría un duro golpe en los últimos días de julio tras conocer la derrota de la escuadra de Cervera en aguas de Santiago de Cuba y después el regreso a Cádiz de la escuadra del almirante Cámara, por no haber dado los ingleses autorización para que cruzara el Canal de Suez.

El comienzo del mes de agosto sólo supuso el progresivo agravamiento de la situación: el continuo hostigamiento por el fuego proseguía a todas horas y los intentos de sorprender a los defensores con un ataque que rompiera sus líneas se sucedían continuamente. En los hospitales se encontraban novecientos noventa y ocho enfermos y ciento ochenta y ocho heridos, todos ellos graves, pues los leves y los enfermos con úlceras o inflamaciones en los pies o con fiebre se encontraban en las trincheras. La tropa tenía de ración un día de galleta y otro de arroz y manteca; la harina se reservaba para los heridos; la munición empezaba a escasear y sólo gracias al concurso de las milicias locales y movilizadas que se situaban en segunda línea –en total dos mil ochocientos sesenta y siete hombres–, las tropas podían guarnecer las posiciones de primera línea y puntos principales en un servicio continuo, pues no existía la posibilidad de relevarlas²⁵. Mientras esto sucedía en Manila, y los americanos reforzaban las dos brigadas que habían llegado hasta aquel momento con otra al mando del general Mac Arthur, llegó a la Capitanía General un telegrama oficial del Gobierno español ordenando el inmediato cese del Capitán General y su sustitución con carácter accidental por el segundo cabo, general de división Fermín Jáudenes Álvarez²⁶. Indudablemente, el general relevado había demostrado a lo largo de su período de mando una completa falta de decisión y de iniciativa, que habían aumentado aún más las terribles dificultades que representaba hacer frente a un ataque americano y una sublevación general sin medios para hacerlas frente. Sin embargo, aquella sustitución frente al enemigo, en una ciudad sitiada y casi sin esperanza de recibir refuerzos, no era lo más apropiado para mantener la moral de las tropas y población de élla. En consecuencia, dicha orden puede considerarse un monumental error, tanto más cuando la resistencia de Manila podía ser una baza en las conversaciones que ya se habían iniciado con los americanos y el Gobierno debía sospechar

²⁵ *Ibídem* p. 216–217.

²⁶ *SASTRÓN: Op. cit.*, p. 479. El relevo pudo ser provocado por el telegrama oficial enviado por Agustín a Madrid el 23 de julio en el que, tras enaltecer la resistencia de Manila, exponía la situación como insostenible si no recibía refuerzos; por otra parte, se quejaba de que el Gobierno no le hubiera comunicado las derrotas españolas en Cuba y silenciado el comienzo de negociaciones con los americanos.

que este relevo motivaría que, los ya decaídos animos de tropa y población, se vinieran estrepitosamente abajo, obligando al nuevo mando del archipiélago a una rápida capitulación. En cumplimiento de la orden citada, el general Jáudenes se hacía cargo del mando el día 4, y el 5 publicaba una Orden General en la que intentaba levantar el ánimo de los sitiados, si bien en ella no ocultaba lo grave de la situación. En estas mismas fechas los americanos se concentraban para dar el asalto final a Manila junto a todas las fuerzas de Aguinaldo, que habían terminado prácticamente con las restantes guarniciones españolas de la isla de Luzón; frente a ellas las fuerzas sitiadas en la capital de Filipinas habían disminuido de una forma notable desde el comienzo del asedio (cuadro 4).

CUADRO 4
DISTRIBUCIÓN DE FUERZAS EN MANILA EL 6 DE AGOSTO

ZONA	JEF.	OFIC.	ASIM.	TROPA		
				Euro.	Indíg.	Total
Sector derecho	8	81	2	1499	421	1920
Sector izquierdo	5	72		1008	553	561
Sector centro	6	58	1	831	239	1070
Colum. Santa Ana	1	23		422	163	585
Colum. S.J. del Monte	2	16	1	521	43	564
Colum. Volante Malate	1	12		433	1	434
Arrabales Manila	8	42	7	500	699	1199
Intramuros	21	144	17	1371	1454	2825
Hosp. y otras bajas	4	27	1	1071	208	1279
Dests. plaza y cuer.	11	50	3	726	1169	1895
TOTALES	67	525	32	8382	4950	12332

El día 7 el general Jáudenes recibía, a través del cónsul inglés, una comunicación del mando americano, en el que se le anunciaba que, a partir de las cuarenta y ocho horas siguientes ,comenzaría su ataque en fuerza contra la ciudad, al objeto que tomara las medidas pertinentes para evacuar la población civil y evitar así que sufriera daños en el ataque. A esta comunicación contestó por la misma vía Jáudenes que le era imposible hacerlo, por estar Manila cercada por los insurrectos, lo que le impedía evacuar a dicha población a un lugar seguro. El 9 un nuevo mensaje americano pedía la rendición de la ciudad por razones humanitarias, en vista de lo manifestado por Jáudenes en su comunicación anterior, señalando que su honor militar quedaba salvado por la resistencia realizada hasta la fecha. A esta



Batallón de leales voluntarios de Filipinas.

petición contestó el mando español solicitando un plazo para consultar al Gobierno, negándose a ello Dewey y Merrit en mensaje del día 10. Finalmente, el día 13, sobre las nueve de la mañana, la escuadra americana se puso en movimiento enarbolando bandera de combate y se dirigió pausadamente hacia el fortín de San Antonio Abad, abriendo fuego al llegar a la distancia eficaz de tiro, aunque fuera del alcance de la artillería española. El destructor fuego enemigo se concentró sobre las obras de la primera línea defensiva –sobre la ciudad no se disparó–, que en gran parte quedó destruida, ante lo que las tropas que guarnecían algunos sectores se replegaron sin orden del mando correspondiente. Esta retirada dio lugar a un principio de desorganización que obligó al resto de la primera línea a retirarse hasta la segunda línea de defensa, mientras americanos y tagalos se apoderaban de las posiciones abandonadas sin oposición. La precipitación y falta de enlace con que se produjo el repliegue, dejó una zona de la segunda línea sin ocupar, lo que fue aprovechado por el enemigo para introducirse en ella, aunque gracias a algunos contraataques locales se consiguió recuperar algunos de los puntos perdidos. A pesar de ello quedó en poder del enemigo el espacio suficiente para introducirse por él y aproximarse a la ciudad murada.

A las once y media cesó el fuego y desde el buque almirante se intimó a la rendición sin condiciones, lo que Jáudenes aceptó izando bandera blanca en su puesto de mando. Sin embargo, la rendición no había sido comunicada a las tropas que defendían la ciudad del ataque terrestre, por lo que hubo bastante confusión hasta que se tuvo conocimiento del hecho, dando lugar por otra parte, a que los norteamericanos ocuparan prácticamente la ciudad cuando aún se estaba tratando sobre las condiciones de la capitulación. Firmada ésta a media tarde, las tropas españolas comenzaron a entregar su armamento a las unidades norteamericanas que entraban en la ciudad y que impidieron a los tagalos hacerlo intramuros, mientras que la bandera americana comenzaba a ondear sobre los edificios oficiales²⁷. Los hermanos Toral explican así, en su obra, aquellos momentos en los que se ponía fin a la presencia de España en Filipinas : *Salí del Ayuntamiento y sin saber por qué me dirigí a la Fuerza de Santiago, llegando en el preciso momento en que la bandera española era arriada enarbolándose en su sitio el pabellón estrellado. Yo no puedo explicar lo que sentí; se me doblaron las piernas; una nube de fuego paso por mis ojos; contuve mis lagrimas, reprimí mis sollozos para que no se mezclaran a las carcajadas y hurras de los americanos y huí precipitadamente de aquel sitio maldito. El sacrificio está con-*

²⁷ GÓMEZ NÚÑEZ: *Op. cit.*, p. 233. Las bajas españolas durante el asedio fueron de cuarenta y nueve muertos y trescientos heridos.

sumado; la augusta enseña que clavara en la ciudad de Manila el robusto brazo de Legazpi, ha caído al suelo desde las débiles manos de nuestras autoridades. Ya no contengo mi llanto. ¿Para que?²⁸.

Después de la capitulación, se supo que el día 12 estaba firmado el Protocolo de Washington que sancionaba el armisticio, prólogo de las conversaciones de paz, lo que seguramente explica la negativa norteamericana a que Jáudenes consultara con Madrid, pues de haberlo hecho, se hubiera conocido la noticia oficialmente y Manila no habría podido ser atacada por los norteamericanos, con lo que se hubiera tenido una base firme para la negociación. Posteriormente –el 10 de diciembre– se firmaba el Tratado de París por el que España se veía obligada, además de reconocer la independencia de Cuba, a vender a Estados Unidos Puerto Rico, Filipinas y la isla de Guam (la mayor de las Marianas), manteniendo la posesión del resto de este archipiélago, el de las Marianas y las Palaos, que más tarde serían vendidas a Alemania. Por no haberse detallado claramente los límites también quedaron en poder de España las islas de Sibutú y Cagayán de Joló en el archipiélago filipino, cuya venta a Estados Unidos se llevaría a cabo en 1900.

Tras la capitulación de Manila los norteamericanos tomaron inmediatamente posesión de la ciudad, nombraron al general Anderson para el mando del distrito de Cavite y a Mac Arthur gobernador militar y civil de Manila, dando la orden de que las tropas filipinas evacuaran la ciudad y sus arrabales. Por su parte, las tropas españolas rendidas en Manila sufrieron los rigores de su destino. Sin embargo, mucho más duras serían las condiciones de vida de los prisioneros, en manos de los filipinos, desparramados por toda la isla de Luzón: éstos estuvieron a merced de la bondad o dureza de los jefecillos de partida que se habían apoderado de ellos, agravándose su situación por la pobreza imperante en el país después de dos años de guerra; por el deseo de muchos tagalos de humillar a quienes durante años habían envidiado o bien vengarse de las muertes o prisiones que habían padecido ellos o sus familiares con motivo de la insurrección. Todo ello motivó que la situación de los nueve mil presos españoles fuera en general muy dura, aunque poco a poco el Presidente Aguinaldo y su Gobierno conseguirían ir controlando la situación y suavizando los rigores de la cautividad. Finalmente, se alcanzaría la libertad de los prisioneros que quedaban gracias a los trabajos de una comisión hispano-filipina formada por el ex gobernador civil Antonio del Río, el comandante de Estado Mayor Enrique Toral y el dele-

²⁸ *Ibidem*, pp. 190-191.

gado del gobierno filipino Enrique Marcaida²⁹; aunque, anteriormente, ya la labor del comandante José Génova Iturbe, encargado por el general Ríos —mando español de las fuerzas de Filipinas tras la capitulación— de conseguir el rescate de los prisioneros, había conseguido que algunos de ellos pudieran regresar a España³⁰.

Perdida toda la isla de Luzón, quedaban sin embargo guarniciones españolas en otras islas del archipiélago que los norteamericanos no intentaron ocupar de momento, aunque el movimiento separatista tagalo había ido poco a poco tomando cuerpo en ellas a medida que llegaban noticias de las victorias de los insurrectos en Luzón; de todas, la más importante era la de Mindanao, cuya guarnición se componía de dos brigadas teóricas al norte (Iligan) y sur (Zamboanga) de la isla al mando de un general de división. Aunque en realidad las fuerzas allí destacadas eran en 1898 tres regimientos indígenas, compañías de tiradores *moros*, un escuadrón de Caballería (indígena), un batallón de Cazadores, dos o tres compañías de Infantería de Marina, un batallón de plaza, una batería de montaña de Artillería, la unidad disciplinaria, Ingenieros y Servicios, así como una pequeña fuerza naval. Con parte de estas fuerzas, el general Ríos, Gobernador Militar, había ayudado, en abril de este año, a dominar la rebelión de Cebú, tras cuyo aplastamiento recibió órdenes de hacerse cargo también del gobierno de las Visayas³¹. La guerra con los Estados Unidos reactivó la insurrección en estas islas, por lo que al considerar que el posible ataque norteamericano iría contra Luzón, organizó una columna de setecientos cincuenta indígenas y doscientos cincuenta europeos³², de la que tomó el mando y, embarcándose en los buques que tenía a su disposición, recorrió las Visayas, pacificándolas y haciendo a los insurrectos numerosas bajas. Terminadas estas operaciones el 27 de mayo con la completa sumisión de la isla de Panay, se mantuvo en ella en espera de órdenes, pues había perdido el enlace con Augustí el 22 del mismo mes. El 30 de junio recibía una comunicación del Ministro de la Guerra por la que se le concedían atribuciones de Capitán

²⁹ MARTÍN CEREZO, Saturnino: *La pérdida de Filipinas*. Madrid, Edic. 1992. p. 184.

³⁰ Existen bastantes relatos de las experiencias de los españoles presos por los tagalos como el del teniente Verd Sastre ya citado (ver nota) y la obra de Carlos Rías Bajas: *El desastre español. Memoria de un prisionero*. Barcelona, 1899. En ellas se habla de los sufrimientos que padecieron y de las vicisitudes pasadas hasta que fueron rescatados, unas veces por los norteamericanos al entrar en campamentos filipinos durante la guerra que mantuvieron con éstos y otras por las gestiones de la comisión española.

³¹ En las islas más importantes de las Visayas, así como en las Carolinas, quedaban también pequeñas guarniciones, en general de Infantería de Marina.

³² *Hoja de Servicios del General Ríos*. La fuerza era una compañía de Cazadores, una del 69, otra de Tiradores, una de Artillería, dos de Ingenieros, cincuenta jinetes y dos cañones.

General para Mindanao y las Visayas mientras se mantuviese la incomunicación con Manila; posteriormente se le ampliaron las atribuciones para todo el archipiélago excepto Luzón, isla que se incluiría tras la rendición de la capital. Con las fuerzas a su mando consiguió mantener la enseña española en Mindanao, Concepción, Negros y Cebú, a pesar de los intentos tagalos de desembarcar en ellas para sublevarlas, atendiendo también a evacuar las pocas guarniciones que resistían en el sur de Luzón, así como dispersar con sus pocas cañoneras y un mercante la escuadrilla tagala que se movía por aquellas aguas. Al conocerse la noticia de la cesión de la soberanía española sobre Filipinas a los Estados Unidos tuvo que hacer frente a una sublevación general, incluidas la mayoría de sus fuerzas indígenas, debiendo desarmar a las que no lo hicieron por no fiarse de ellas. Pese a todo, con las tropas españolas que le quedaban se mantuvo en Ilo Ilo (Visayas) hasta que, cumpliendo órdenes del Gobierno, pasó a Zamboanga con todas sus efectivos y medios, ordenando asimismo el abandono de las Visayas, Paragua y el norte de Mindanao, lo que se llevó a cabo sin dejar en ellas ni material utilizable, ni un prisionero. El día 30 de diciembre de 1898 se trasladó a Manila –también por orden del Gobierno– dejando al mando de las fuerzas de Zamboanga al general Montero. Durante su permanencia en la capital del archipiélago conseguiría del Gobierno de la República de Filipinas que el 23 de enero se publicara un decreto ordenando la liberación de los civiles y militares enfermos españoles prisioneros. Asimismo, preocupado por las noticias que le llegaban del maltrato que recibían nuestros mandos y soldados, envió al comandante Génova para que se introdujera en territorio tagalo y procurara su liberación³³. Enterado que el 10 de mayo Zamboanga había sido atacada por sorpresa causando la muerte del general Montero, embarcó para dicho punto con sus ayudantes, sin aceptar la ayuda norteamericana, haciéndose cargo al llegar de la guarnición, con la que atacó y derrotó a los *moros*, obligándoles a someterse nuevamente a su autoridad. Conseguido esto dispuso la entrega de esta parte de Mindanao a los norteamericanos, tras lo que embarcó la fuerza en el vapor *León XIII* y se replegó con ella a Manila, desde donde embarcaba para España el 3 de junio, dejando el mando de las escasas fuerzas españolas, que aún quedaban sin repatriar, al general Jaramillo.

³³ RÍAS BAJAS, Carlos: *Op. cit.* Acusa a lo largo de su obra a este general de favoritismo en sus intentos de rescatar a los prisioneros, olvidándose de los soldados.

Saturmino Martín Cerezo, en la página 233 de su citada obra, dice que este autor es el mismo que dio crédito a las afirmaciones de uno de los desertores de Baler y aseguró en un artículo publicado en *El Nacional* de Madrid, en mayo de 1899, que el teniente Martín Cerezo, jefe de la defensa, había asesinado al Capitán Las Morenas y que por eso no se rendía.

Este artículo, que narra una triste página de la Historia de España, se debería finalizar con el relato de la gesta de Baler, uno de los hechos *donde los españoles dieron cima a una de las hazañas bélicas más asombrosas entre las acometidas por los hombres de cualquier época y país*³⁴; sin embargo, se considera suficientemente conocido y estudiado el sitio de Baler para intentarlo encerrar en unas pocas líneas, por lo que no se incluye aquí. Aquellos cincuenta soldados y sus mandos no podían creer que España hubiera sido derrotada y que Manila había caído en manos de los norteamericanos, cuando ellos no habían recibido ninguna comunicación de abandonar su puesto; así que, refugiados en la iglesia del pueblo, resistieron trescientos treinta y siete días el cerco de los tagalos, casi sin víveres, sin hacer caso a las incitaciones a una rendición honrosa y menos a las noticias de que España había abandonado la lucha. Esta hazaña asombrosa, más que por la violencia del cerco por la presión psicológica de un aislamiento de un año de duración, fue seguramente debida a esa cualidad del español, tantas veces demostrada a lo largo de la Historia, de no rendirse aunque se haya perdido toda esperanza de triunfar. Sencillamente, el teniente Saturnino Martín Cerezo y sus hombres no conocían la palabra rendición y por eso fueron los únicos españoles que no conocieron la derrota del 98 y dieron un digno final a la presencia de España en Ultramar. Este fue el espíritu del soldado español que luchó en Cuba y Filipinas: su pérdida no se les puede achacar, pues combatieron más allá de lo imaginable por su bandera y por mantener aquellas tierras para España, aunque ellos no comprendieran las razones por las que tantos otros jóvenes se libraban de aquella terrible guerra pagando un poco de dinero. Si a pesar de ellos se perdieron, sólo se puede sentir admiración por su valor y pena por el sacrificio inútil que realizaron por su patria.

³⁴ FERNÁNDEZ DE LA REGUERA, Ricardo y MARCH, Susana: "Héroes de Filipinas", en *Episodios Nacionales Contemporáneos*, 2º tomo. Barcelona, 1963, p. 143.

BIBLIOGRAFIA

- Anuarios Militares de 1898 y 1899.
- Colecciones de Diarios y Revistas: *La Ilustración Española y Americana*; *El Noticiero de Manila*; *El Diario de Manila*; *La Correspondencia Militar* (años 1898 y 1899).
- Colección Legislativa de 1898 y 1899.
- ANÓNIMO: *Diario de la Guerra Hispano Americana*. Méjico, 1899.
- ARCHIVO GENERAL MILITAR DE SEGOVIA: Hojas de Servicio de diversos generales y oficiales.
- GÓMEZ NÚÑEZ, Severo: *La guerra hispano norteamericana. Puerto Rico y Filipinas*. Madrid, 1902.
- FERNÁNDEZ DE LA REGUERA, Ricardo y MARCH, Susana: *Héroes de Filipinas*. Madrid, 1963.
- MARTÍN CEREZO, Saturnino: *La pérdida de Filipinas*, Madrid, 1992.
- MARTÍNEZ CAMPOS, Carlos: *España Bélica. Siglo XIX*. Madrid, 1978.
- MÁS CHAO, Andrés: *La pérdida de Filipinas. Historia de una guerra olvidada*. Pendiente de publicación.
- NEGREIRA POSETS, Juan: *La guerra en Filipinas según el Teniente Verd Sastre*. Inédito.
- PRIMO DE RIVERA, Fernando: *Memoria dirigida al Senado sobre su mando en Filipinas*. Madrid, 1898.
- REVERTER DELMÁS, Ernesto: *La insurrección en Filipinas*. Barcelona, 1899.
- RÍAS BAJAS, Carlos: *El desastre español. Memorias de un prisionero*. Barcelona, 1899.
- RIVAS FAVAL, Pedro: *Historia de la Infantería de Marina española*. Tomo II. Madrid, 1985.
- TORAL, Juan y José: *1898. El sitio de Manila. Memorias de un voluntario*. Manila, 1899.
- SALINAS Y ANGULO: *Defensa del General Jáudenes*. Madrid, 1899.
- SASTRÓN, Manuel: *La insurrección en Filipinas y guerra hispanoamericana en el Archipiélago*. Madrid, 1901.

LA CAMPAÑA 1896-1897 EN FILIPINAS Y VISIÓN DESDE EL CAMPO INSURRECTO

Pedro ORTIZ ARMENGOL
Embajador de España

EL año 1896, mes de agosto, es aquel en el que la revolución filipina se puso de manifiesto al transformarse el movimiento ideológico conocido como “La Propaganda” en un alzamiento armado. El término “propaganda” surgió hacia 1888 cuando se formó en España un comité de propaganda alrededor de la revista quincenal titulada *La Solidaridad*, aparecida en Barcelona en febrero de 1889 y pronto trasladada a Madrid, en el mes de noviembre de aquel mismo año, donde continuó hasta 1895. *La Solidaridad* había sido un inteligente órgano de expresión política, hábilmente conducido por José Rizal y por sus colaboradores principales en aquella empresa: Marcelo Hilario del Pilar y Mariano Ponce, entre otros.

El término “La Propaganda” es muy conocido en la Historia de Filipinas y es aceptado generalmente, habiendo resistido, en la americanizada Filipinas del siglo actual, la connotación peyorativa que el término tiene en el lenguaje norteamericano de hoy; y que no aparece, por cierto, en el “Dictionary” de Oxford.

Que la rebelión armada de 1896 sucedía a la agitación política precedente, está bien visible desde 1868, y borraba a la Liga Filipina fundada por Rizal en el año 1892: supuesta asociación cívica, de carácter progresista y pacífico, no legalmente autorizada. El historiador filipino Gregorio F. Zaire señala que en la primera reunión, secreta, de la “Liga”, Rizal no produjo una

aceptación en Andrés Bonifacio, uno de los reunidos más radicales y que, por su parte, Bonifacio no impresionó a Rizal¹.

La masonería española en Filipinas había sido desbordada desde el momento en que los filipinos pudieron crear, clandestinamente, sus propias logias, con evidente apoyo internacional y, en los años finales del siglo, la relación entre ciertas logias y la revolución era muy estrecha. Los “sospechosos” de pertenecer a estas sociedades eran mencionados con el término de “filibusteros”, palabra que, en su origen, indicaba a los corsarios del siglo XVII y que en el siglo XIX se aplicó a los que en Cuba y en Filipinas trabajaron por la emancipación de estas islas.

Andrés Bonifacio había levantado, con propósitos mucho más radicales que Rizal, la asociación o “Katipunan” que congregó a elementos proletarios y campesinos, unidos por un juramento solemne, irrevocable, firmado simbólicamente con la propia sangre y formulado “en el nombre de Dios”, prometiendo sacrificar todo “por la raza tagala”, incluso la vida, la familia y los intereses de cualquier orden.

Andrés Bonifacio había nacido en 1863 en una familia pobre: hubo de ganarse la vida en modestas actividades de artesano y de guarda de almacén —“bodeguero” es el término, al llamarse “bodegas” a los almacenes de cualquier género en la Filipinas española—, pero Bonifacio, un autodidacta que había leído en español historias de la Revolución francesa de Robespierre, al que admiraba, era valiente y capaz, con dotes de organizador y de reclutador de prosélitos, y el “Katipunan” o “Sociedad muy Honorable de Hijos del Pueblo” era una realidad en 1896 cuando envió un mensajero secreto a Rizal para anunciarle que preparaba un levantamiento popular, e invitándole a que se uniera a él. Rizal, que se hallaba en situación de deportado pero en libertad personal —en un lugar de la isla mahometana de Mindanao, en el sur de Filipinas—, rehusó su participación en el proyecto, en nombre de la prudencia, e invocando falta de medios y de preparación en el intento, que debía de prepararse más.

Partió el mensajero decepcionado y Bonifacio se indignó por la actitud de Rizal. Refiere Zaide intentos katipuneros de rescatar a Rizal para obtener su participación y colaboración, que fueron rechazados por éste².

¿Cuál era el motivo principal de esta actitud? ¿La reserva —que ha de ser esencial en un político— de no ponerse nunca en manos de otro? ¿La desconfianza en la exaltación temperamental de Bonifacio, impulsivo y ambi-

¹ ZAIDE, Gregorio F.: *The Philippine Revolution*. Manila 1954. p. 41. “Bonifacio did not impress him”, los demás “with the exception of Bonifacio, warmly received his peaceful views”.

² *Ibidem*, pp. 102-103.

cioso, que parecía un extremista en todos sus actos y que ya se hacía llamar “El Supremo”? ¿La imprecisión de sus programas? Vemos, en una historiografía tan volátil como la de Filipinas, que la “Kartilla” del katipunero es una, que el “Dekálogo” del katipunero es otro, que el juramento del katipunero no es el mismo y que Bonifacio, con evidente “clientismo” político, se rodeaba de sus hermanos para asegurarse el poder, todo lo cual obligaba a extremar la prudencia³.

El cálculo político y militar de Bonifacio no era tan equivocado: la plantilla del ejército español en Filipinas era, en 1896, de diecinueve mil trescientos cuarenta y tres hombres, de los cuales once mil quinientos servían en la Infantería, compuesta por tropas indígenas con mandos españoles; tres mil quinientos noventa y tres guardias civiles, también indígenas, con jefes, oficiales y suboficiales españoles. Completaban estas fuerzas mil seiscientos sesenta y siete artilleros, estos de procedencia española; mil doscientos siete del Cuerpo de Ingenieros y fuerzas menores de Caballería, Sanidad, Administración y otras. En el momento del levantamiento, Manila estaba desguarnecida, por hallarse la mayor parte del Regimiento número 70 –que normalmente guarnecía la capital y las provincias del norte de la gran isla de Luzón–, en las islas del sur, donde la situación de guerra era casi permanente; y, los otros seis regimientos, estaban cubriendo el resto del archipiélago. En Manila figuraban escasamente doscientos artilleros, un corto número de fuerzas de ingenieros y tres compañías solamente del regimiento de guarnición, además de la Guardia Civil⁴.

El mando hubo de reunir, en agosto de 1896, los recursos disponibles para hacer frente a la situación que planteaba el descubrimiento de la conspiración “katipunera”.

Alentada por el *Diario de Manila*, una manifestación de centenares de españoles y de filipinos adictos acudió el día 24 de agosto a la residencia del Capitán General a manifestar su adhesión, marchando más tarde, con el mismo propósito, al Arzobispado. Ello precipitó que el grito de rebelión se diera el día 25, cuando ya se estaban produciendo detenciones de implicados y sospechosos. El lugar elegido fueron los arrabales de Balintawak, Caloocan y Samson, al norte de Manila. Los grupos rebeldes estaban compuestos aproximadamente por un millar de hombres⁵. Los primeros choques

³ ZAIDE, Gregorio T.: *Op. cit.* La “Kartilla”, pp. 82-83 y el “Dekálogo”, p. 94; ACHÚTEGUI Y BERNAD (jesuitas): *Aguinaldo and the Revolution of 1896*. El texto del juramento en página 10.

⁴ *Anuario Militar de España*. Ministerio de la Guerra. Madrid, 1896. Estas cifras para Filipinas incluyen en dicho año a los generales, jefes y oficiales, así como los asimilados (médicos, capellanes, profesores, veterinarios, etc...).

⁵ DEL CASTILLO, J.M.: *El Katipunan y el filibusterismo en Filipinas*. Madrid 1897, p. 103.

bélicos se produjeron en aquellos escenarios el día 26, con una treintena de guardias civiles (filipinos todos ellos). Esta fuerza, del puesto de Tambobong, iba mandada por un teniente, un sargento y un cabo “peninsulares”.

Sastrón señala la matanza, en Caloocan, de dieciséis chinos comerciantes, dueños de tiendas que fueron asaltadas por los amotinados, fenómeno habitual como era hacer víctimas de toda violencia a la rica comunidad china.

Sastrón señala igualmente que la pequeña fuerza que volvió a ocupar Caloocan fue reforzada en el mismo día por una columna de ciento sesenta hombres y sesenta soldados de Caballería, además de ciento siete hombres de la dotación del crucero *Cristina*. Ello hizo que los grupos rebeldes se retiraran hacia el lugar conocido como San Juan del Monte, con la intención de apoderarse del polvorín existente en aquellas inmediaciones⁶.

Al “Grito de Balintawak”, lógicamente ensalzado por la historiografía filipina, siguió el día 30 de agosto otro combate en la zona del polvorín, que no pudo ser ocupado por las improvisadas fuerzas de Bonifacio, ni lograron cortar el suministro de agua a la capital. Estos combates reciben en la historia filipina el nombre de “batalla de Pinaglabanan” —topónimo que indica expresamente “El lugar de la batalla”— y determinan que los hombres de Bonifacio se dispersaron a continuación alejándose de las proximidades de Manila y tratando de extender la sublevación por la provincia, mediante proclamas. Objetivo primordial era obtener armas de fuego en asaltos locales, donde éstas existían, ya fuera de la fuerza pública o de las pocas existentes en manos de autoridades.

El Capitán General Blanco Erenas, un veterano de la guerra carlista, había comunicado a Madrid el día 21 la situación y el Gobierno había dispuesto el envío de tropas: la comunicación telegráfica se efectuaba a través del cable submarino Manila-Hong Kong y Londres-Madrid. Ante la gravedad de la situación —pues se tenían noticias de alzamientos revolucionarios en algunas provincias limítrofes a Manila, especialmente en la de Cavite—, el Capitán General proclamó el estado de guerra en ocho de ellas: Manila, Bulacán, Pampanga, Nueva Écija, Tarlac, La Laguna, Cavite y Batangas, ofreciendo indulto a quienes se presentasen en las cuarenta y ocho horas siguientes a la publicación del bando, excepto dirigentes y reincidentes.

⁶ SASTRÓN, Manuel: *La insurrección en Filipinas y Guerra Hispano-Americana en el Archipiélago*. Madrid 1901, pp.69-70; ZAIDE, Gregorio T.: *Op. cit.*, p. 111. Coinciden en la cifra aproximada las fuentes históricas y filipinas. Este último señala justamente el pobre armamento de los insurrectos: el “bolo” o largo cuchillo que el filipino llevaba colgado de la cintura, clásica arma al tiempo que instrumento para múltiples usos laborales; algunas pistolas y armas largas, y primitivas armas de bambú.

Blanco Erenas dispuso en la misma fecha la formación de un Cuerpo de Voluntarios al que acudieron, para formar parte de él, españoles y adictos: en la Maestranza de Artillería se entregaba a cada voluntario un “remington” y dos paquetes de municiones. La proximidad de las provincias afectadas, y la fácil comunicación con ellas, estaba trayendo noticias alarmantes acerca de asaltos a puestos de la Guardia Civil, a parroquias o conventos, a haciendas; y se contabilizaron pronto unas decenas de muertos violentos principalmente en Noveleta, Imus, San Francisco de Malabón y en la provincia de Cavite, donde el poder de los insurrectos parecía más firme⁷.

Vamos a tratar de seguir el curso de la revolución, acudiendo a textos revolucionarios poco o nada conocidos en España, algunos de ellos publicados por primera vez por los padres jesuitas Pedro S. de Achútegui y Miguel A. Bernad en el libro ya citado, documentos de diferente origen, procedentes de diferentes archivos, algunos de ellos facilitados por los descendientes del general Aguinaldo⁸. Aproximémonos a la figura, tan importante y controvertida, a la cual traté en diferentes ocasiones en Filipinas entre 1951-1954 y por última vez en 1960 cuando se hallaba, próximo a su fallecimiento, en el hospital militar de Manila.

Emilio Aguinaldo y Famy, nacido en 1869 en el pueblo de “Kavite el Viejo” –que da nombre a la pequeña península arenosa que existe en el sur de la gran bahía de Manila donde se asentó el arsenal y puerto de la vieja ciudad española– era de estirpe china y perteneciente al estamento dominante en el pueblo natal donde ocupaban, desde antiguo, cargos en la administración local. Aguinaldo no realizó estudios importantes, después de los elementales, pero se aferró al poder local a los diecisiete años de edad como “cabeza de barangay” en su barrio de Binakayán, lo que le llevó a ser elegido en “Kawit” en 1893 como alcalde; si bien este cargo en los pueblos filipinos no recibía este nombre sino el de “gobernadorcillo” y, desde la reforma de Maura en 1893, el de “capitán municipal”.

El “capitán municipal” Aguinaldo, con decidida vocación política, como hijo de un eterno “gobernadorcillo”, ingresó en la masonería en la noche del mismo día en que juró su cargo oficial, lo que seguramente repe-

⁷ SASTRÓN: *Op. cit.*, pp. 70-72.

⁸ Conocí al padre Achútegui en Manila en 1953 como uno de los religiosos españoles expulsado por entonces de China. Iniciamos una amistad que se mantuvo en los años 80, durante mi estancia en Filipinas, hasta 1987. En cuanto al padre Bernad, filipino, también autor de libros, tuve amistoso trato con él durante la referida estancia. Hace años que no he tenido noticia de ninguno de ellos.



Mapa de Filipinas.

tía situaciones precedentes, y dos meses más tarde ingresó en Manila en el “Katipunan”, en contacto directo con Bonifacio, ante el cual juraría su “pacto de sangre”. Aguinaldo estuvo dispuesto a unirse al “grito” de Bonifacio en la noche del 29 de agosto, acudiendo a Manila, pero la señal convenida no se produjo y el “capitán municipal” permaneció con los suyos en su pueblo natal, esperando la señal de intervenir. Aguinaldo entendió que el bando del 30 de agosto del Capitán General proclamando el estado de guerra en la provincia de Kawit era la ocasión y, dando un paso adelante, el 31 se presentó al gobernador español en la provincia, coronel Fernando Pardo y Terreiro, en el nuevo Cavite levantado junto al Apostadero naval en la península, pidiéndole soldados para defender Kawit frente a los habituales bandidos o “tulisanes”. El propósito era obtener las armas de estos soldados tras reducirlos. El gobernador no le facilitó esa fuerza, por carecer de ella, ya que había enviado toda la que disponía a Manila. Aguinaldo entonces pidió un centenar, al menos, de armas de fuego pero tampoco disponía de ellas el arsenal. Falló la traición preparada por el astuto Aguinaldo, pero regresó de Cavite a “Kawit el Viejo” conociendo la situación de la provincia, y con el bando del Capitán General en el bolsillo, que le dio pretexto para hacer sus futuros movimientos: reunir a los katipuneros, agregar con estos a los “cuadrilleros” o policía auxiliar de Kawit y reducir, todos juntos y por sorpresa, a los tres guardias civiles del pueblo, uno de los cuales resulto herido. (Aguinaldo, cuidador de su nombre, nos dirá que evitó su muerte).

Dueño ya del pueblo, Aguinaldo hizo escribir una proclama larga en lengua tagala, y envió copias a los “capitanes municipales” de catorce pueblos importantes de la provincia, instándoles a sublevarse y unirse a él. Los de Noveleta y San Francisco de Malabón, muy próximos a Kawit, quedaron incorporados inmediatamente en el primero con la muerte del capitán Rebolledo y ocho guardias civiles; en el segundo con la del teniente Nadal, un hermano de éste y la del capitán municipal filipino Viniegra, por intentar oponerse. Otras muertes tuvieron lugar en la provincia que –en general, y para ser el foco más fuerte de resistencia al dominio español– reunió en poco tiempo a veintitantos pueblos bajo el mando teórico de Aguinaldo, que, en su proclama de 31 de agosto, cedía el mando municipal de Kawit a su lugarteniente –y después cuñado– C. Tría Tirona y firmaba como “Teniente Abanderado ng Hukbong Revolucionario” (del Ejército Revolucionario).

El Abanderado, en su breve proclama “respondía” a la declaración de estado de guerra del Capitán General español del día anterior e invitaba a romper *300 años de cadena de esclavitud*; invocaba a Dios, a la Vida, la

Fuerza y la Esperanza⁹. En las memorias de Aguinaldo, la traducción del original texto tagalo al inglés aparece más breve. El movimiento tagalo se dirigió hacia el pueblo de Imus, donde existía una importante hacienda agrícola y ganadera de la Orden de Recoletos, pueblo que ocupó Aguinaldo el 3 de septiembre y donde fueron asesinados todos los frailes, y la Guardia Civil hecha prisionera (Aguinaldo, según sus memorias, lo supo al día siguiente). En Imus los insurrectos se apoderaron de treinta armas de fuego, remingtons y otras. La columna que desde Manila trató de abrirse camino por tierra, hasta Cavite y el Apostadero, halló fuerte resistencia en Bacoor y la línea del río Zapote y se retiró, insuficiente de medios. Los insurrectos consideraron esto una importante victoria: el jefe español perdió su sable toledano, que recogió Aguinaldo como preciado botín hasta el final de la guerra.

Sastrón detalla en su libro las expediciones enviadas urgentemente desde España que comenzaron a salir de los puertos de la Península el 3 de septiembre, alcanzando algo más de veinticinco mil soldados, con sus mandos, en los cuatro primeros meses de la insurrección¹⁰.

No conocemos con certeza si el coronel Fernando Pardo, gobernador de Cavite, sospechó algo del “capitán municipal” Aguinaldo o si le despachó por mera prudencia.

Sí conocemos que no podía pecar de ingenuo pues acababa de recibir órdenes de Manila para detener a determinados sospechosos y ponerlos a disposición del juez.

No estos, pero sí otros trece implicados de Cavite en la conspiración, fueron pasados por las armas el día 12 de septiembre y son conocidos como *los 13 mártires de Cavite*.

Una acción sucesiva fue el contraataque de parte de las fuerzas españolas recién llegadas del sur, a Nasugbú, provincia de Batangas, para tomar posiciones al sur de la zona insurrecta de Cavite; el desembarco se efectuó con éxito y significaba ya que la actitud española no era meramente defensiva. Aguinaldo, dueño de recursos, difundió un segundo *Manifiesto* señalando la justicia de la causa filipina, la existencia ya de un Gobierno revolucionario, la formación de comités municipales que organizan en cada pueblo la administración y la justicia en forma “tres veces mejor” que bajo la tiranía español (!) y denuncia supuestas violencias de la ocupación española de Nasugbú y de Lemery, con la poco acertada e inverosímil acusación

⁹ ACHÚTEGUI-BERNAD: *Op. cit.* pp. 18-21.

¹⁰ SASTRÓN: *Op. cit.*, pp. 79-81.

de que las tropas españolas asaltaron la iglesia donde se habían refugiado mujeres y niños, interrumpieron la misa para matar a todos los que allí trataban de salvarse *salvo algunas mujeres que les agradaban para la satisfacción de sus pasiones*. En este escrito figura un dato de interés: que en poder de las fuerzas de Aguinaldo había treinta prisioneros españoles –curas y militares– *tratados con delicadeza*¹¹.

La política represiva de la insurrección había supuesto la detención de mil trescientos a mil quinientos acusados o sospechosos de colaborar con aquélla, lo que supuso procesos penales, decretos de embargo de bienes y de administración de los mismos y multiplicación de conflictos. El historiador oficioso Zaide señala que, para crearlos, Andrés Bonifacio implicó falsamente en el Katipunan a personas influyentes o adineradas para, en aquel clima de temores y sospechas, provocar su detención y ganar simpatizantes para la revolución¹²: una treta inteligente (“clever ruse”). Cuatro implicados en el ataque al polvorín de San Juan del Monte fueron fusilados públicamente en Manila.

Aguinaldo, con evidente talento organizador, sintiéndose fuerte en su territorio caviteño que desde ahora tendría que defender, destacó en el *Manifiesto* de 31 de octubre la razón de la lucha del pueblo por su libertad e independencia, rechazando la idea de una “ingratitude” por parte de los filipinos, ya que la civilización española *es superficial y engañadora en el fondo, procurando mantener la ignorancia de las masas*. Había de constituir un gobierno de seis miembros, semejante en la forma *al de Estados Unidos de América, basado esencialmente en los principios más estrictos de Libertad, Fraternidad e Igualdad*. Cada municipalidad se organizará debidamente y estará representada ante un Comité Central. Se formará un Congreso de Delegado; se creará un Ejército de treinta mil hombres; se recaudarán contribuciones con ese fin. Firmado por Emilio Aguinaldo “Magdalo”, en Kawit, el 31 de octubre¹³.

Bien o mal era necesario obtener más armas de fuego, movilizar a los hombres entre quince y cincuenta años obligando a todos a ser portadores,

¹¹ El texto que publican los PP. Achútegui y Bernad, reproduce el texto en español publicado por J.M. del Castillo en su libro ya citado, pp. 298-302, con el sello oval “Pangulo Dhang Digma-Magdalo”, que significa “Gobierno de la Guerra”. El nombre de “Magdalo” es el nombre de guerra adoptado por Aguinaldo y recuerda el de María Magdalena, que era la Santa Patrona de Kawit el Viejo.

Cuando en el territorio insurrecto surgieron dos facciones rivales en pugna por el poder, la de Aguinaldo se llamó “Magdalo” y la de su rival Andrés Bonifacio “Magdiwang”, cuya sede era Novaleta, cercana a Cavite. Acerca de Aguinaldo disponemos de la extensa biografía de este título por Alfredo B. Saulo, publicado por Phoenix en Quezon City en 1983.

¹² ZAIDE: *Op. cit.*, p. 97.

¹³ ACHÚTEGUI-BERNAD: *Op. cit.*, pp. 30-37.

al menos, de un arco y flechas, siendo castigados con látigo quienes no lo hicieran. Se estimulaba la desertión de los filipinos en el Ejército o en la Guardia Civil para que lo hicieran con armamento, lo que supondría una recompensa por parte de los insurrectos.

Eran de urgencia las obras de levantar trincheras en los lugares más apropiados, con cualquier material válido o la de nombrar nuevo “Ministro de Guerra” (sic) para sustituir al fallecido, y otorgar grados militares –desde “Teniente General” hasta “Teniente”– a los que se distinguían en combates. Van apareciendo nombres: uno de los más ascendidos sería un hermano de Aguinaldo, Crispulo, que moriría poco después en combate¹⁴.

La lucha no iba a ser corta. El Ejército que el jefe deseaba necesitaba armas y dinero para comprarlas a quienes las ofrecieran, cuando éstos se presentasen. El Ministerio del Tesoro tiene noticias al respecto¹⁵. Urge recaudar.

El territorio insurrecto estaría, desde el mes de diciembre, compartido por dos poderes: el simbólicamente llamado “Magdalo”, con sede en Kawit el Viejo como sabemos, y el llamado “Magdiwang”, cuya capitalidad era el pueblo de Noveleta, tan próximo a aquél. Varios candidatos al mando de “Magdiwang” existían en los cuadros en formación de los insurrectos y justamente, en diciembre del 96, apareció en la rica tierra de Cavite Andrés Bonifacio, que andaba buscando lugar de actuación bajo el nombre de “El Supremo” del Katipunan. No tardaría en aparecer el conflicto con Aguinaldo. Se conocen circulares de éste inquiriendo de los pueblos las listas de los soldados de la revolución, y el número exacto de armas de fuego, municiones, y equipo del que se disponía¹⁶. Éste aumentaba por las desertiones al campo filipino –un peso por fusil–, aunque en realidad se trataba de pocas desertiones individuales y, hasta finales del año 96, el grueso de las tropas españolas estaba constituido y apoyado por la población nativa.

Entre los trabajos del campo insurrecto estaba averiguar cuál era la cosecha de arroz para señalar la contribución para el Ejército¹⁷. “Magdalo” conocía que hacia enero o febrero del año 97, unos veinticinco mil soldados españoles llegados de la Península, reforzarían a los pocos centenares existentes de facto en Manila, al estallar la revolución de agosto. El general Baldomero Aguinaldo ordena la celebración de novenas, que las autoridades municipales y militares deben promover: *debemos entender que nuestros*

¹⁴ También reproducido del libro de J. M. del Castillo “El Katipunan”, ya citado.

¹⁵ ACHÚTEGUI-BERNAD: *Op. cit.*, pp. 72-74.

¹⁶ *Ibidem*, pp. 96-98.

¹⁷ *Ibidem*, pp. 99-101.

*rezos a Dios son la más poderosa arma contra nuestros enemigos. Se espera el ataque español para finales de enero*¹⁸.

En el campo español no fueron meses de espera: Sastrón señala las acciones de contención emprendidas en la Pampanga, en La Laguna, en la isla de Mindoro. El 21 de octubre un real decreto designa al general Camilo Polavieja como Segundo Cabo de la Capitanía; es decir, Segundo Jefe militar del archipiélago, quien partiría hacia él con los generales Zappino, Lachambre, Galbis y Cornet. Llegados el 3 de diciembre, otra real orden felicitaba al general Blanco y “le autorizaba” a regresar a la Península. En la situación militar que se vivía, el general Blanco consideró que no debía hacer uso de esta “autorización” y no dimitió. La Reina Regente halló la fórmula para dar salida a la situación: el día 9 nombró a Blanco Jefe del Cuarto Militar en el Palacio Real de Madrid. El día 13 se efectuó la toma de posesión de Polavieja como Gobernador General y Jefe de Operaciones. En el ánimo de todos estaba un cambio de actitud con respecto a la política en Filipinas: así lo decían claramente las proclamas a los “habitantes” del país y a los soldados del Ejército y de la Armada. Inmediata reorganización de los altos mandos militares¹⁹. Días después, en atención a las circunstancias, se suspenden las elecciones municipales preceptuadas por la Ley Municipal de 1893 para la renovación de un tercio de las corporaciones municipales. De una política de represalias –paralela a la de asaltos a los pueblos por parte de grupos insurrectos y habitual asesinato del párroco o de funcionarios o residentes, generalmente españoles– se produjo el fusilamiento de Rizal el 30 de diciembre de 1896 y el de otros acusados, tanto en Manila como en distintas provincias, donde el espíritu de rebelión y las actividades al servicio del mismo significaban delitos previstos en los códigos entonces vigentes.

Dispuesto ya el Ejército de Operaciones con los veinticinco mil soldados y mandos recibidos entre octubre del 96 y enero del 97, partió Polavieja a operar el 14 de febrero. La ofensiva se inició en Silang, Salitrán, Dasmariñas, para dirigirse por el sur hacia el norte de la zona insurrecta, menos defendida y fortificada²⁰; en el mes de marzo prosiguió el avance con la ocupación de Imus, punto fuerte de la rebelión tagala, donde se recogieron cantidad de remingtons y mausers de los que ya disponían en cantidad las fuerzas rebeldes²¹. Estas operaciones están reflejadas con gran detalle y precisión

¹⁸ *Ibidem*, pp. 102-106 y 116-118.

¹⁹ SASTRÓN: *Op. cit.*, capítulos VII y VIII, pp. 103-151.

²⁰ SASTRÓN: *Op. cit.*, capítulos números IX y X, pp. 151-191. La organización del Ejército de Operaciones en la isla de Luzón, queda expuesta en las páginas 217-220. Fue preparada con fecha 7 de febrero, días antes de iniciarse la contraofensiva.

²¹ SASTRÓN: *Op. cit.*, p. 236.



Andrés Bonifacio.

en el libro del teniente coronel Federico de Monteverde titulado *Campaña de Filipinas. La División Lachambre*²².

La lucha estaba planteada en esta zona entre una fuerza numerosa, de elevado espíritu revolucionario, muy capaz de sacrificio, corta de medios y animada por una moral de victoria y, por otra parte, una tropa española bisoña, mucho mejor armada, dirigida por mandos capaces, pero muy afectada por el desconocimiento del terreno y por la adaptación al clima y a las condiciones de vida.

A los problemas de administración que conllevaba ejercer la autoridad en un territorio de, aproximadamente, algo más de mil kilómetros cuadrados y de más de cuarenta mil habitantes, –autoridad que había de allegar fondos, sostener una guerra, crear algo parecido a un Estado–, se unía el problema político del “Magdalo” y del “Magdiwang”, dos facciones en lucha por el poder. De un lado Aguinaldo y sus hermanos, y algunos nuevos e improvisados “generales”. Del otro los hermanos Álvarez (“Vibora”) que obtendría muy larga vida. Un papel del libro de Achutegui-Bernad ofrece una auténtica lista de katipuneros, sus cargos y sus nombres de guerra, pertenecientes a ambas facciones²³. A “Magdiwang” se incorporaría pronto Andrés Bonifacio, lo que anunciaba una convivencia aún más difícil.

Mantengamos nuestra atención a la recopilación de textos de Achutegui-Bernad para tratar de ver lo que ocurría en el área que mandaba Aguinaldo, que era la que, por su mayor proximidad a Manila, había recibido la ofensiva del general Lachambre y había perdido Silang, Dasmariñas, Salitan y, el 25 de marzo, Imus. Este pueblo fue un golpe duro para la facción, pues “Magdalo” –tres meses antes, el 21 de diciembre del año anterior– había transferido a Imus su sede, abandonando Kawit el Viejo, por considerar mucho más segura la nueva “capital”²⁴. Ello explica la encarnizada defensa de Imus cuando los españoles la atacaron y perdieron en esa acción un jefe, tres oficiales y veintidós soldados, resultando heridos nueve oficiales y ciento diecinueve soldados. El botín conseguido en armamento, munición y pólvora fue considerable dada la importancia que tenía Imus. La próspera hacienda de los frailes recoletos –donde tantos de éstos habían perdido la vida al estallar la revolución– estaba destruida; el azar salvó la vida del teniente de la Guardia Civil en aquella ocasión. El general Lachambre

²² MONTEVERDE: *Campaña de Filipinas. La División Lachambre*. Madrid 1898 p. 473. En la toma de Imus, el relato refiere la muerte en combate de Crispulo Aguinaldo, hermano de “Magdalo”.

²³ ACHÚTEGUI-BERNAD: *Op. cit.*, p. 160.

²⁴ *Ibidem*, p. 175.

dispuso poner en libertad a los noventa y seis prisioneros hechos, como medio eficaz para que sus relatos desmoralizaran al campo insurrecto, lo cual constituyó una acertada medida²⁵. El heliógrafo instalado en la torre de la iglesia de Imus transmitió a Cavite Nuevo –bien comunicado con Manila– la acción bélica del día.

Aguinaldo diría en sus memorias tardías, publicadas en 1964, que Bonifacio, que se hallaba en “Magdiwang”, es decir, en Noveleta, le había rehusado enviar refuerzos para defender Silang a mediados de febrero. Si ello es cierto, puede calcularse el resentimiento de “Magdalo” cuando hubo de abandonar Imus, la recién establecida capital de la resistencia. Entonces, en sus memorias, Aguinaldo, a posteriori, culpará gravemente a Andrés Bonifacio de haber maniobrado para hacerse nombrar “Supremo” en la Convención entre ambas facciones celebrada en Tejeros, precisamente en las vísperas del ataque de los españoles a Imus el día 22 de marzo. La reunión de ambas facciones tenía lugar en Tejeros, un barrio del importante pueblo llamado entonces San Francisco de Malabón, a unos ocho kilómetros en línea recta de Imus, lugar de la batalla donde se encontraba Aguinaldo. Éste acudió inmediatamente confiando la defensa de Imus a su hermano Crispulo que sabemos murió heroicamente en ella²⁶. La facción de “Magdalo” triunfó en la elección, pese a estar aún ausente Aguinaldo y presente Bonifacio, y ello supuso la “destitución” del hasta entonces jefe de la revolución en curso, como “Supremo de Katipunan” que la había iniciado. El conflicto pronto estallaría pues Bonifacio no aceptaba su derrota como “Supremo”.

Un testimonio muy vivo que publican Achútegui-Bernad en dos fragmentos reflejan, con la veracidad de un testigo serio, el ambiente de la retaguardia revolucionaria después de la evacuación de Imus y constituyen algunas de las páginas más importantes de *Aguinaldo and the Revolution of 1886*. El segundo fragmento relata la tortura y muerte de un fraile recoleto, dos agustinos y un lego agustino, los cuatro españoles, a manos de gentes de “Magdiwang” y concretamente de uno de los hermanos del ex “Supremo”. Los asesinatos habían tenido lugar el 28 de febrero, después de los primeros éxitos de la contraofensiva española y temiendo que ésta liberase a aquellos y a otros españoles en manos de los katipuneros²⁷.

²⁵ CASTILLO: *Op. cit.*, p. 161; MONTEVERDE: *Op. cit.*, p. 491. Éste señala que –según declaraciones de los prisioneros– defendían Imus unos quince mil combatientes, muchos de ellos llegados apresuradamente la víspera. Aguinaldo luchó en la defensa de Imus.

²⁶ Tejeros, barrio de San Francisco de Malabón, pueblo este último que cambió su nombre por el de General Trías y que ostenta actualmente.

²⁷ Los fragmentos del manuscrito de Telesforo Canseco ocupan –en su texto original español– las páginas 280-284 y 335-377 de Achútegui-Bernad.

Otras páginas importantes de la recopilación documental de los dos jesuitas son las que se refieren a los primeros intentos de mediación entre los españoles y los katipuneros, debido a iniciativas diversas –la orden jesuita, o un fraile dominico, o un alto funcionario español, en antigua relación éste con amigos filipinos en Madrid– y cuyas conexiones no son suficientemente conocidas. Los documentos existentes al respecto muestran la dificultad de entendimiento cuando, ya en los meses primeros de 1897, se había derramado tanta sangre por ambas partes. Quizá pudiera ser simbólico que uno de dichos intentos, promovido por españoles, se diera a conocer en el frente del río Zapote cuando se acercaron a las líneas filipinas dos monjas, una española y la otra filipina, entregando una carta del Superior de la Orden jesuita, padre Pío Pi, y del fiscal Comenge, dirigida a Aguinaldo, iniciativas contestadas negativamente por éste. Es importante conocer que la gestión del padre Pi estaba inducida por el mando militar tras los primeros resultados militares de la ofensiva de febrero y marzo, deseando explotar los éxitos iniciales.

Ha de decirse que quien reservadamente instaba al jesuita a iniciar la gestión era Nicolás de la Peña, que había actuado, como Auditor General que era en el Ejército, en el proceso de Rizal tres meses antes y había sido precisamente quien entendió que no debía hacerse pública, ni divulgar, la alocución de Rizal del día 15 de diciembre contra *esa sublevación absurda, salvaje, tramada a espaldas mías* por los revolucionarios²⁸, por entender –con poco sentido de la realidad– que esa divulgación suponía, en cierto modo, dar a Rizal una cierta autoridad moral entre los suyos.

Estos intentos españoles de dirigirse al “Sr. D. Emilio Aguinaldo”, sin otra designación, molestaron al rival Bonifacio cuando –a través de los mandos militares de “Magdalo”– tuvo conocimiento de ellos. Aguinaldo diría –en sus tardías memorias de 1964– que el “Supremo” se irritó por el hecho de que los españoles se dirigieran al “capitang Emilio” y no a él²⁹.

La lucha intestina por el poder iba agudizándose entre ambas facciones: el “Magdalo”, fuerte en Kawit y en Imus; el “Magdiwang”, fuerte en Nove-

²⁸ RETANA: *Vida y escritos del Dr. Rizal*. Madrid 1907, pp. 374-375. El auditor De la Peña fue autor también del infausto dictamen que aprobaba la sentencia de muerte contra Rizal. Torpe dictamen que lleva la fecha del 27 de diciembre de 1896, y al que el general Polavieja dio su conformidad al día siguiente. La ejecución tuvo lugar el día 30. ¿Era el auditor la persona más idónea para entrevistarse con Aguinaldo? El auditor hubo de ser, en la penosa situación de agosto de 1898, uno de los firmantes del Acta de Capitulación de Manila del 14 de agosto de 1898.

²⁹ ACHÚTEGUI-BERNAD: *Op. cit.*, p. 314.

leta y en San Francisco de Malabón. Se conocen los nombres de los improvisados y valientes jefes que formaban parte de una y otra partida, cada una de las cuales disponía de su respectivo "Gobierno".

Bonifacio, con sus hermanos y su esposa Esperidona, habían sido acogidos por el "Magdiwang" y militaban en éste, contra el poder que, de hecho, estaba adquiriendo Aguinaldo. En la convención de Tejeros había sido elegido "capitang Aguinaldo" pero el "Supremo" declaró nula la elección. Se decía —el "it was said", o "se dijo" es un término muy presente en la historiografía filipina— que el "Supremo" ambicionaba ser ahora el rey de los tagalos y tramaba acabar con Aguinaldo³⁰.

"Capitang Emilio" se le adelantó. Cuando Bonifacio, el 23 de marzo, día siguiente a la elección perdida, declaró no reconocer el fallo, Aguinaldo convocó una reunión para el día 24, que dijo le confirmó como Presidente de la República, y seguidamente hizo referencias a su programa de gobierno: libertades de pensamiento y de culto, de comercio, y elección de Parlamento.

Disponemos de un libro del historiador filipino Teodoro A. Agoncillo, ensalzando la figura y la obra de Bonifacio, con textos muy iracundos contra sus rivales, que hacían presumir un enfrentamiento muy próximo³¹.

La recopilación de Achútegui-Bernad recoge un relato importante del incidente producido entre ambos jefes: cuando Bonifacio y su hermano Ciriaco retuvieron a un grupo de sesenta soldados del "Magdalo" —portadores de armas largas— con fines dudosos, pero alarmantes, se presentó Aguinaldo en persona en el lugar, con sus hombres más fieles y dispuesto a matar o morir. Aguinaldo recuperó sus sesenta soldados y Bonifacio desapareció pero en incidentes sucesivos entre las dos facciones fue muerto a tiros un hermano de Andrés Bonifacio, el cruel Ciriaco Bonifacio, y herido en el cuello, no de gravedad, el propio "Supremo", que quedó prisionero, con su hermano Procopio. Aguinaldo dispuso un consejo de guerra que el 28 de abril —en Naic, retaguardia del campo insurrecto— y compuesto por fieles de Aguinaldo, condenó a muerte, por traición, a los encausados aunque ponía en manos del "Presidente" la decisión final. Éste, siempre astuto, conmutó la pena por las de exilio a un lugar aislado, bajo guardia armada, y conde-

³⁰ *Ibidem*, p. 327.

³¹ AGONCILLO, T.A.: *The Writings and Trial of Andrés Bonifacio*. Manila 1963. Donde figuran —además de la obra poética en tagalo del "Supremo"— textos de su irritación por su situación política.

nó a diez de sus seguidores a ser subalternos en su cuartel general durante un año³².

¿Salvaron sus vidas Andrés y Procopio Bonifacio? No, pues los dos hermanos fueron retirados de su prisión en Maragondon el día 10 de mayo de 1897 y llevados a un bosque de las inmediaciones del pueblo, donde fueron fusilados. Tratándose de Andrés Bonifacio –fundador del “Katipunan” e iniciador de la revolución–, puede suponerse la cantidad de opiniones existentes acerca de este hecho, acerca de sus posibles inductores, acerca de las respectivas responsabilidades, de los motivos o de la falta de éstos, de los autores materiales, de las consecuencias históricas, del juicio definitivo entre el héroe conocido como “el Gran Plebeyo” y el militar con talento político y organizador, Aguinaldo, que estaba manteniendo una resistencia contra el régimen colonial establecido. En líneas generales puede decirse que hay un sector en favor del “Supremo” y otro en favor del general, aparte una actitud generalizada de conciliar las dos posiciones y no exagerar la existencia del conflicto.

Entrada la primavera prosiguió la ofensiva de la División Lachambre, que fue ocupando el resto de la provincia. A finales del mes de abril cesó en su cargo el general Polavieja y le sustituyó Fernando Primo de Rivera, que ya había ejercido el cargo anteriormente entre 1880-1883. Bajo su mando prosiguió la ocupación de la zona insurrecta pero también existían focos menores en las provincias rebeldes. El recién llegado evaluaba las fuerzas insurrectas *en unos 25.000 hombres y el de armas de fuego portátiles en 1.500, pudiendo afirmar que nunca han tenido más*³³. Quedaban por ocupar núcleos importantes de la provincia de Cavite: Indang, Méndez Núñez, Alfonso, Maragondon y Naic. Aguinaldo había divulgado en marzo la proclama a los soldados filipinos encuadrados en el Ejército español, instándoles a desertar, ofreciendo treinta y cinco pesos a quienes lo hicieran llevando un arma larga; el 9 de mayo –ya durante el mando superior de Primo de Rivera– lanzó otra detallando una escala de recompensas si se tratase de

³² ACHÚTEGUI-BERNAD: *Op. cit.*, p. 355-386. El trabajo de T.A. Agoncillo es más extenso y transcribe el juicio, los testimonios, las sentencias y la conmutación del Presidente. No conocemos otro libro, en tagalo y en inglés, titulado *El proceso de Andrés Bonifacio* Manila 1963, de Virginia Palma-Bonifacio, con prefacio del P. Bernad e introducción del historiador filipino Carlos Quirino. En 1956 Teodoro Agoncillo había publicado su historia de Bonifacio y el Katipunan bajo el título –que a nosotros nos sugiere algo– de *The revolt of the masses* o rebelión de las masas, evidente hipérbole cuando los alzados en 1896 no fueron más de unos veinticinco mil en un país de unos siete u ocho millones de habitantes.

Un escritor filipino actual –Nick Joaquín– con ideas propias y particulares, concluiría en su libro *A question of heroes* que Bonifacio –por ser manileño y no de la región de Cavite– no halló en ésta verdaderos apoyos, y sus partidarios caviteños le traicionaron y le dejaron morir a manos del caviteño Aguinaldo.

³³ PRIMO DE RIVERA, F: *Memoria dirigida al Senado*. Madrid 1898, p. 24.



General Fernando Primo de Rivera.

cabos o sargentos filipinos, tan numerosos en las fuerzas españolas. También se reproducen otras peticiones de ayuda a los soldados, de necesidad de fondos para adquirir armas, se supone que procedentes de negociantes extranjeros y que estaban siendo gestionadas³⁴.

La reocupación de la provincia estaba ultimada el 17 de mayo, cuando Primo de Rivera lo anunció así y concedió indultos a los participantes en la campaña: exceptuados los promotores de la rebelión, los desertores y los oficiales (filipinos) que hubieran cooperado con la rebelión, etc. Pero había ocurrido algo de primera importancia: cuando Aguinaldo hubo perdido el último pueblo que había ocupado ocho meses antes, su conocimiento del terreno le permitió no ser capturado por las tropas españolas y –concentrado en el pueblo de Talisay, al norte del lago Taal, en la contigua provincia de La Laguna–, decidió dispersar sus fuerzas. Recomendó a todos que aprovecharan el indulto que ofrecía el Capitán General, pero que no olvidasen la causa revolucionaria y que él iba a trasladarse a las montañas del centro de la isla.

Reunió a sus más significados partidarios y, divididos en pequeños grupos, se dirigió al norte, atravesó el río Pasig, en las cercanías de Manila, y supo llegar hasta Biaknabató, donde existía un pequeño centro de resistencia en una zona montañosa, acogiendo a la invitación de quienes allí se sostenían. Según conclusiones de Achútegui-Bernad, la marcha de unos pocos centenares de revolucionarios desde las tierras abandonadas hasta Biaknabató se efectuó cautelosamente, desde mediados de mayo hasta comienzos de agosto.

Por su parte los españoles dieron por concluida la campaña de Cavite y la división de Lachambre fue disuelta. El trabajo del teniente coronel Monteverde publica el estadillo de las bajas producidas en ella: quince jefes y oficiales muertos, y ciento sesenta y ocho soldados; cincuenta y seis jefes y oficiales heridos y novecientos diez soldados; un total de ciento ochenta y tres muertos y de novecientos sesenta y seis heridos. De la enumeración de los hechos de armas acaecidos en la campaña se observa que tras los duros combates por las tomas de Silang, Dasmariñas e Imus en territorio de “Magdalo”, que costó mes y medio, el resto, constituido por el territorio de “Magdiwang”, requirió otro mes y medio, pero con lucha menos encarnizada³⁵. La guerra de 1897 no estaba concluida.

Acudamos a la versión que el Capitán General daría al Senado en una *Memoria* sobre la hábil retirada efectuada por Aguinaldo al abandonar

³⁴ ACHÚTEGUI-BERNAD: *Op. cit.*, pp. 407-408.

³⁵ MONTEVERDE: *Op. cit.*, pp. 580-581.

Cavite y trasladarse al centro de Luzón, abriendo un frente al tiempo que se veía obligado a cerrar otro. Diría Primo de Rivera que: *no obstante haber guarnecido el (río) Pasig, ejerciendo en él gran vigilancia, consiguió Aguinaldo burlarla atravesando el río por Pateros, acompañado de cuatro o seis partidarios*. El grueso de sus fuerzas, constituido sin duda por centenares de hombres, quizá unos pocos miles, hubieron de ganar las montañas de Bulacán por diversos caminos, incluidos los de la costa este de la isla de Luzón³⁶. En esta isla aún permanecían focos menores de insurrección y Primo de Rivera conocía las dificultades de someterlos, por la falta de optimismo con que observaba la actitud de los filipinos, que cada vez inspiraban menos confianza, si bien *teníamos en esas provincias hombres del país, prestigiosos, adictos hasta el sacrificio a nuestra causa, conocedores de cosas y personas, que respondían a la tranquilidad de sus comarcas a poco que se les ayudase y era de presumir que al iniciarse cualquier movimiento en ellas sería fácilmente sofocado*³⁷. En el sur del archipiélago, siempre inquieto y rebelde a Manila, la situación estaba contenida.

Aguinaldo se mostraba fuerte en los montes de Puray, Sibul, Boso-boso, Loac, Biaknabató y Araya y allí llevó Primo de Rivera la guerra en la acción de Puray, que las historias filipinas presentan como una gran victoria y la española como una acción necesaria, que costó veintitrés muertos y cincuenta y cuatro heridos, cifra muy inferior a la de las bajas de las fuerzas insurrectas³⁸.

El 3 de julio del 97 la *Gaceta de Manila* publicaba una nueva orden de la Capitanía General puntualizando el alcance de los indultos anteriormente concedidos, interpretados con demasiada amplitud por algunas autoridades locales, de lo que resultaban la persistencia de *unas cuantas partidas, que siempre derrotadas, cometen toda clase de delitos comunes* por lo que se intensificará el control de las poblaciones rurales. A ellos respondieron los insurrectos con el llamado *Manifiesto* firmado con el seudónimo "Macasar", en el mes de julio, que comenzaba indicando que se habían abandonado los pueblos de la provincia de Cavite *porque se consideró conveniente hacerlo* y se ha cambiado de táctica: se emprenderá la extensión de la guerra a otras provincias de Luzón, por el sistema de guerrillas, hostigando a los españoles y evitando choques directos. Otro manifiesto, también en el mes de julio, pero esta vez firmado por el ineludible Agui-

³⁶ PRIMO DE RIVERA, F: *Op. cit.*, p. 55.

³⁷ *Ibidem*, pp. 59-60.

³⁸ *Ibidem*, pp. 67-68.

naldo, llamaba a las armas y a los sacrificios a un pueblo ofendido por el trato que recibía³⁹.

La guerra registra también la lucha por obtener fidelidades y, a título anecdótico –pero con valor representativo– señalamos que un filipino fiel a España llamado José Serapio, “célebre capitán”, que había prestado servicios valiosísimos en la campaña de Bulacán según Primo de Rivera —era objeto de propuestas formales por parte de los insurrectos invocando argumentos religiosos, después patrióticos y finalmente amenazas esperando *la demostración de su verdadera adhesión a nosotros sus paisanos*⁴⁰.

En este terreno de guerra psicológica ha de incluirse otro escrito de Aguinaldo, de 26 de septiembre de 1897, dirigido en español a los soldados españoles, conociendo *el desencanto tan grande que tenéis* y justificado por el mal trato que reciben y abusos, refiriéndose a una desertión ocurrida en el día de la fecha: la del soldado José Aroca Gil⁴¹.

El interés de este documento, que fue publicado ya en España en enero de 1898, reside en que lo firman, en Biaknabató, Aguinaldo y el ex capitán del Batallón de Cazadores número 7, Celso Mayor y Núñez, auténtico español desertor *el que huyendo de infames persecuciones de que ha sido víctima, se ha acogido a nosotros*. No conocemos la aventura personal de este hombre, que está citado ampliamente por el defensor de Baler —el laureado Saturnino Martín Cerezo— en su célebre libro *El sitio de Baler*, por sus actuaciones y acechanzas. Mayor y Núñez era en 1899 coronel de Estado Mayor de Aguinaldo. Junto a él otro capitán desertor, Manuel Sityar, también ascendido a coronel, y también citado como parte del Estado Mayor de Aguinaldo en la sucesiva guerra contra los norteamericanos.

Aguinaldo no podía esperar el ataque; según su nueva táctica anunciada, ordenó el asalto del rico pueblo de Aliaga para apoderarse de los víveres que iba a necesitar, así como de otros lugares, lo que obligaba a una guerra costosa en bajas y recursos. Ante el temor de que la guerra se prolongase hasta la ocupación de Biaknabató, el núcleo de la resistencia: *y ante las excitaciones de Madrid para terminar cuanto antes, detuve la acción militar y, debidamente autorizado, traté con Paterno, representante de Aguinaldo*⁴², diría Primo de Rivera.

³⁹ ACHÚTEGUI-BERNAD: *Op. cit.*, pp. 432-433 y 436-437.

⁴⁰ PRIMO DE RIVERA: *Op. cit.*, p. 68; ACHÚTEGUI-BERNAD: *Op. cit.*, pp. 442-444.

⁴¹ ACHÚTEGUI-BERNAD: *Op. cit.*, pp. 451-452.

⁴² PRIMO DE RIVERA: *Op. cit.*, p. 75.

El mando filipino, que tenía que hacer frente a rumores de actos criminales —asaltos y raptos de mujeres— hubo de hacer frente a esos disidentes cada vez más frecuentes a medida que la supervivencia de Biaknabató se hacía más difícil, al tiempo que se adoptaba —en un esfuerzo loable de ofrecer una estructura política a la revolución— una constitución que estaba inspirada en la redactada por independentistas cubanos en 1895 y conocida como *Constitución de Jimaguayo*⁴³.

Paralelamente la resistencia armada experimentaba una crisis, después de un año justo de desgaste, en el que la revolución había retrocedido en sus conquistas iniciales ocurridas durante los primeros momentos en Cavite y, en menor medida, en otras provincias tagalas e ilocanas.

Hemos de referirnos a continuación a lo que las historias titulan *El pacto de Biaknabató*, acontecimiento que puso fin al levantamiento revolucionario filipino de agosto de 1896.

El capitán general Primo de Rivera comunicaba el 4 de agosto al Jefe del Gobierno, entonces Cánovas del Castillo, lo que sigue, escrito que éste no pudo leer pues sería asesinado por un anarquista italiano, y ello antes de que la carta llegara a España. Por consiguiente habría de leerla el Sr. Sagasta, jefe del Partido Liberal, al ocupar la Jefatura del Gobierno.

Decía al Señor Presidente del Consejo de Ministros, fecha 4 de agosto de 1897⁴⁴: *Se me ha presentado D. Pedro A. Paterno, persona que goza de grandes simpatías e influencia en el país filipino, que ha sido considerado como sospechoso por los españoles y amenazado y perseguido por el fraile. Es hombre de alguna instrucción, bien educado, mestizo, de palabra persuasiva, historiador de su país, abogado y escritor. Hace alarde de españolismo, creo que nada ha intentado contra España durante los sucesos de estos últimos meses; pero es liberal del país, aspira a la asimilación con la madre patria, representación en Cortes, etc.*

Me parece que ambiciona notoriedad y honores, y le creo capaz de servirnos si ve esperanzas de realizar sus deseos; se ha presentado sólo, pero debo creer que trae representación de otras personas, por más que nada haya dicho. Su amor a España y a este país, según dice, le obliga a presentarse a mí para ver el medio de llegar a la paz tan necesaria, y evitar los inmensos perjuicios y los torrentes de sangre que está costando la guerra;

⁴³ ACHÚTEGUI-BERNAD: *Op. cit.*, pp. 456-462. Firman ese texto el 1 de noviembre de 1897, cuarenta y ocho jefes —militares y políticos— de la revolución, la plana mayor de la resistencia al régimen español y la punta de lanza de la nacionalidad filipina, que pugnaba por sobrevivir.

⁴⁴ PRIMO DE RIVERA: *Op. cit.*, pp. 122-124.

que está dispuesto a ver a Aguinaldo, Llanera y los demás jefes de la insurrección, para reducirlos; que persuadido de que lograría convencerlos, deseaba saber si yo le facilitaría su gestión y medios para alcanzar lo que tanto interesaba. Todo lo que no sea comprometer el nombre de España, le dije, al tratar con insurrectos, será aceptado por mí, pero no he de comisionar a persona alguna para que hable con los jefes de la insurrección; así que nada podía yo hacer en la gestión que se proponía; que no me hallaba dispuesto a iniciativas en asunto de esta índole, y que, persuadido de la generosidad de España, podría perdonar a los que la ofenden, y aún facilitarles medios para que puedan vivir y ocultar sus faltas.

Colocada la cuestión en ese terreno, fue más explícito; dijo que, desde luego él marchaba a ver a Aguinaldo y demás compañeros; que tenía la seguridad de atraerlos con el perdón y salvoconductos para ir a los puertos de Japón o China, facilitándoles dinero para poder vivir en esos países; que se necesitaba también alguno para reducir a los de segunda línea, y que no dudaba que en breve podría darme cuenta satisfactoria del resultado de sus trabajos; calculó en 500.000 pesos el dinero necesario, y pidió conmiseración para los desertores.

Cómo cuanto pide con relación a perdón, está comprendido en los bandos del indulto, no he tenido inconveniente en decirle que los perdonaría, si bien tendrían los soldados desertores que hay en el campo incorrecto, que extinguir sus servicios en un cuerpo de disciplina; y en cuanto a dinero, nada en concreto le he dicho, porque se trata de cantidad de consideración y me parece prudente consultar con el Gobierno, cómo lo haré por el cable, antes de que ésta llegue a sus manos, si da resultado lo que ese señor se propone. Yo por mí aceptaría esto como la mejor solución que puede presentarse: nada tan económico en oro y sangre. La guerra ha tomado carácter distinto del que tenía al principio; las partidas ya no esperan en poblaciones donde era fácil batirlas; tienen unas 1.500 armas, y para cada una de ellas seis u ocho hombres, así que jamás se les cogen; todo su afán consiste en armas, y por grande que sea la vigilancia en las costas irán en aumento.

La guerra de montaña aquí es más fatigosa que en parte alguna; el peninsular se extenua rápidamente con la fatiga y no es para mí dudoso que la guerra pueda prolongarse indefinidamente si el cansancio de los pueblos y las exacciones que sufren no les obligan a dar noticias.

Mi impresión, con respecto a todo lo que antecede, es que este hombre obra de buena fe, pero creo que no tiene fuerzas para alcanzar lo que se propone. Le he facilitado un pase para circular por varias pro-

vincias: veremos resultados; sea el que fuere nada perdemos, porque en nada varío ni modifíco la política de la guerra, ni la suspendo un solo momento.

Este texto no tiene desperdicio; refleja la verdad, matizada, en cuanto a la personalidad de Pedro A. Paterno, filipino de familia china, muy rica, procedente de Molo, isla de Panay. Los Paterno, inteligentes y ambiciosos, se trasladaron a Madrid, donde vivían lujosamente —en la calle del Saúco (ahora Prim) esquina a la de Barquillo— en la que habían hecho un museo filipino pues Pedro Alejandro se consideraba un antropólogo y un historiador. Este Paterno, con su dinero, decía había publicado en Madrid unas cuantas obras “científicas” sobre la religión de los antiguos habitantes de las islas, sus filósofos, la astronomía, la ornitología y la botánica de su país. Sí publicó una novela de costumbres filipinas “Ninay”, de indudable interés por la condición del autor, además de poesías líricas y dramáticas y otras varias; también preparó un libro sobre su viaje alrededor del mundo. De todo ello el serio bibliófilo español Retana —que conoció al personaje— hizo una detallada relación de su monumental obra *Aparato Bibliográfico de la Historia General de Filipinas* donde dice que, entre 1894 y 1897 este Paterno *se agitó mucho en Madrid, distinguiéndose principalmente por sus agasajos a los periodistas*. Leyó en el Ateneo algunas de sus poesías, no exentas de inspiración. Su compatriota Trinidad Pardo de Tavera —una de las figuras principales de la cultura filipina, y muy estimado por Rizal— escribiría que la lista de obras que Paterno señalaba como propias constituye *una indigna falsedad que no puede tener excusa* y que, por ello, era Paterno un *vulgar impostor*. Paterno recibía en sus fiestas caseras a cuanto personaje se dejaba invitar por él, como en el caso de quien había sido Capitán General en Filipinas, Primo de Rivera, que hacía una política de atracción con los filipinos que se decían adictos a España.

Paterno había vivido en Madrid considerándose —y no le faltaban motivos— como el filipino principal de aquella comunidad; en ese papel quedó enfrentado con Rizal durante los dos años y medio que el doctor viviera en Madrid. Rizal anota en su diario privado de aquellos años varias críticas a la persona y a las actitudes de Paterno, pero, a pesar de ello, en 1887 lo cita elogiosamente en su novela *Noli me tangere*. Paterno, con sus medios e influencias en Madrid, abrió aquí el Círculo Hispano-Filipino en ese mismo año, domiciliado en la calle de Relatores de Madrid, que al ser dominado por la masonería y el “filibusterismo” fue abandonado por el fundador, que regresó a Manila en 1895 dispuesto a jugar un papel principal en la política de entendimiento con España, desde el sector conservador. En este sentido,

su sonada gestión para lograr la aceptación por parte de Aguinaldo del pacto de acuerdo con España⁴⁵.

Primo de Rivera confiaba mucho en los resultados de esa operación, pues las bajas en el Ejército suponían –por operaciones de guerra o por enfermedades– unas diez mil al año. Los jefes de partidas se podrían “comprar” con una cantidad del orden de un millón setecientos mil pesos, que en parte servirían para acallar protestas entre los suyos. Los jefes tagalos en su mayoría quedarían desperdigados y se podrían levantar los sentimientos anti-tagalos de los otros pueblos filipinos, donde están latentes. Si no se acepta el plan de paz comprada, urge el envío de unos ocho mil hombres, que son las bajas por combates y enfermedades.

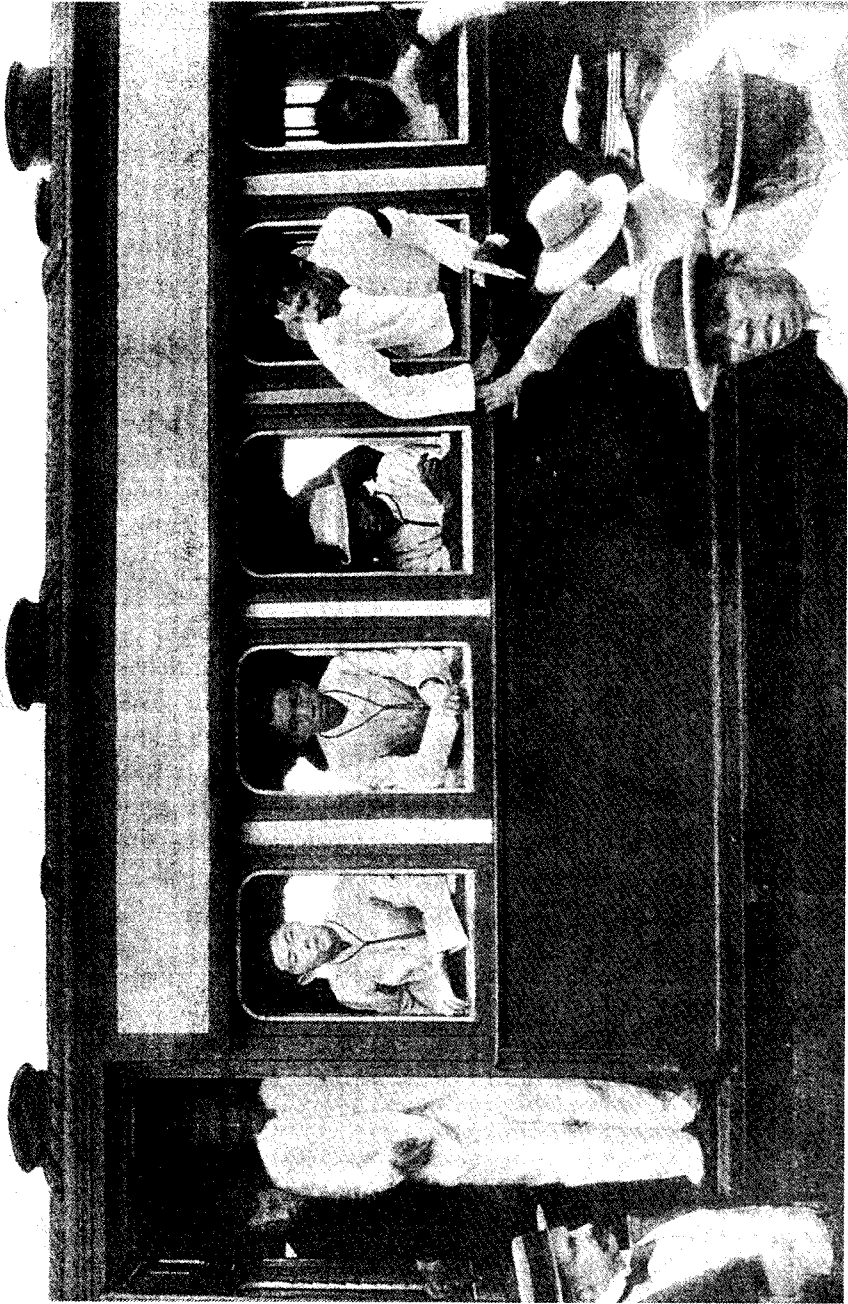
El Gobierno de Sagasta se interesó, por supuesto, en el plan propuesto y pidió detalles sobre los plazos de pagos. Primo de Rivera ratificó: quinientos mil pesos al entregarse Aguinaldo con todas sus fuerzas operativas y armamento; quinientos mil pesos cuatro meses después, si ha cesado toda resistencia, y quinientos mil pesos dos meses después para asegurar la paz.

Paterno, que había llegado hasta el cuartel general de Aguinaldo con un salvoconducto o pase expedido por Primo de Rivera para llegar hasta las líneas filipinas, fue recibido con reserva y cautela y regresó el día 13 con una respuesta escrita de Aguinaldo: tres millones de pesos y aceptación a las históricas demandas revolucionarias; expulsión de las órdenes religiosas; representación de Filipinas en las Cortes; igualdad ante la justicia; promoción de filipinos en la Administración; libertades de asociación y de imprenta; intervención en las contribuciones y patrimonio de la Iglesia, etc.

No podía hacer nada el Capitán General sino trasladar estas peticiones a Madrid y *ofrecer mis buenos servicios cerca del Gobierno*. En un viaje de inspección por la Pampanga, Primo de Rivera recibió a unos delegados lle-

⁴⁵ La parte más endeble de la personalidad de Paterno era su delirio aristocrático. Se inventó un título nobiliario tagalo, “Maguino”, que utilizaba, con un blasón, y que deseaba se equiparase a un título ducal español. Sus “trabajos” históricos son delirios nacionalistas de poca consistencia. Retana lo trata con bastante benevolencia porque Paterno defendió, sucesivamente, la reforma municipal española de 1893: el establecimiento –¡tan tardío!– de una fórmula autonómica; el uso de la prudencia en el turbado año 1898, y dirigió una revista cultural hispano-filipina. Por su gestión de paz figuró como presidente en el Congreso de Malolos que pretendía levantar un Estado frente a la invasión norteamericana en 1899. Fundó *La República Filipina* a los pocos días de la ocupación de Manila por los EE.UU., pero, ante la perspectiva del caos político, pronto aceptó la ocupación norteamericana, que era garantía de orden y de prosperidad económica. Por la rapidez de estas mutaciones –que no hacían más que repetir la de los muchos filipinos de tendencia conservadora– se formularon sátiras contra Paterno. Falleció con la imagen de un gran intelectual y patriota en 1911.

Hemos leído duras inectivas de un comisionado español acerca de los prisioneros españoles en manos de Aguinaldo, atacando la actitud de Paterno después de 1898: apliquemos el beneficio de la duda a esos ataques.



Sumisión de los principales jefes de la insurrección.

gados de Biaknabató, con un papel con unas bases de discusión firmadas por Aguinaldo y por Mariano Llanera⁴⁶, uno de los “henerales” de la revolución, que se había distinguido en la provincia de Nueva Écija. Primo de Rivera consideró aceptables aquellas bases y pidió tiempo para contestar. Entendía, según informó al Senado, que esta actitud nueva de los filipinos se debía a que estos conocían que ya estaban entrando en fujgo veintiún mil voluntarios de leales filipinos, deseosos de combatir a unos insurrectos que estaban debilitados después de la pérdida de la provincia de Cavite.

Por éste o por otro motivo, la realidad histórica es que Aguinaldo y los suyos estaban ahora dispuestos a una transacción y la habilidad negociadora del chino hizo que nombraran a Paterno por escrito, *árbitro*, con poderes amplísimos. Sin duda el negociador habría tratado de convencer a los insurrectos de que los españoles terminarían por hacer grandes concesiones. Problemas no iban a faltar: ¿de cuántas armas largas disponían e iban a entregar? ¿solamente quinientas ochenta y siete? Solamente las aportadas por los desertores debían ser casi el doble.

Paterno estaba efectuando una gran gestión, arriesgada incluso para su persona, pero tuvo la suerte de coincidir con las muestras de cansancio de la revolución, que necesitaba una tregua para reponer fuerzas. Paterno publicó años después un libro en el que precisaba su gestión: el 9 de agosto —¡el mismo día de su llegada hasta Aguinaldo!— estaba nombrado árbitro por éste “para firmar la paz” y para recibir *la suma total de los fondos y recursos que el Gobierno español nos conceda*, que serán del orden de tres millones de pesos. En tres años se garantizaba la paz *durante los cuales esperamos se implanten las deseadas reformas políticas, eclesiásticas, civiles, administrativas y económicas*; es decir, las históricas demandas de la revolución. Parece razonable creer en un acuerdo previo entre Aguinaldo y Paterno, dada la rápida aquiescencia de Aguinaldo.

Aguinaldo, con el segundo jefe de Biaknabató, y con Llanera —es decir, dos autoridades locales que ya sustituirán al equipo caviteño de antaño— someterían aquel acuerdo a la Asamblea de la República. Suspenderá todo movimiento de “avance filipino” en cuanto se inicie el proceso del pacto.

Como gesto amistoso Aguinaldo liberó el 11 de agosto a los prisioneros de un reciente encuentro en Puray. ¿Cuántos fueron? En otro papel hay referencias a catorce prisioneros españoles, entre los cuales se encontraba un fraile franciscano, el padre Cándido Gómez Carreño, apresado en Baler

⁴⁶ PRIMO DE RIVERA: *Op. cit.*, pp. 128-132.

meses antes, y que ahora regresaría a su parroquia, donde viviría aún la aventura de “los últimos de Filipinas” relatada en el libro de Martín Cerezo *El sitio de Baler*⁴⁷.

Por nuestra parte hemos de suponer que la naturaleza volátil de la verdad, en el historiador Paterno, seguramente exageró este convencimiento suyo de que Primo de Rivera, un simple general prestigioso, se inclinase tanto a esperar reformas básicas en Filipinas que estaban muy lejos de ser aceptadas por la —equivocada, eso sí— opinión pública española.

La misma opinión pública española, en Manila misma, mostraba profundas reservas a la gestión de paz iniciada por el Capitán General. Basta decir como dato significativo, que el libro clásico de Manuel Sastrón, obra de un funcionario cualificado y ejemplar, al historiar la insurrección trata con repulsa esa “paz que no era paz”, pues creía que la revolución filipina se hallaba agónica; que la paz era “una truhanería de algunos indígenas” y “un grave error de los Gobiernos de la metrópoli”; que era una “magnanimidad” española y un daño mayor en la historia⁴⁸...

Acordada la entrega de las armas no más tarde del 12 de diciembre, ese día se presentó la comisión del campo enemigo para rendirse sin pretensiones de reformas. Los hermanos Aguinaldo, Llanera y Gobierno de la titulada república, con sus partidarios y armas, sólo piden perdón para sus vidas y recursos para emigrar, según telegrama de ese mismo día del Capitán General al Gobierno. Ello interrumpía la preparada ofensiva final para ocupar Biaknabató, a la que —según Sastrón— hubo de renunciar Primo de Rivera vertiendo “candentes lágrimas”, pues la tesis de Sastrón —ciertamente controvertible— fue que el pacto fue impuesto por el Gobierno español al General.

¿Existen conclusiones definitivas sobre esa política? En la realidad ocurrió que se precisaron las fechas para que Aguinaldo ordenara a los suyos el fin de las hostilidades. Un teniente coronel español —Miguel Primo de Rivera, sobrino del Capitán General— y dos generales españoles, Tejeiro y Monet, acudieron a Biaknabató a preparar la recepción del armamento que

⁴⁷ MARTÍN CEREZO: *El sitio de Baler*. Guadalajara 1904. Para un estudio del mismo, y de sus personajes, mi trabajo “La defensa de la posición de Baler. 1898-1899” en la *Revista de Historia Militar*. Madrid. Año XXXIV, número 68. 1990, pp. 83-178. El franciscano Gómez Carreño, un toledano de Madridejos, uno de los peones de la defensa, fallecería víctima del beriberi, en el reduto de Baler el 25 de septiembre del año 98 y está enterrado en Madrid en el mausoleo a los héroes de Cuba y Filipinas.

⁴⁸ SASTRÓN, Manuel: *Op. cit.*, Madrid 1901, p. 311 y ss. El estimable Sr. Sastrón no comprendió —ni siquiera después de producirse los hechos— que el expansionismo americano tenía ya decidida la guerra con España, y que esto suponía decisiones sobre el porvenir de Filipinas en las que cualquier otra consideración resultaría irrelevante.

entregaban los insurrectos. Efectuado esto, entrega española a Aguinaldo por intermedio de Paterno, de seiscientos mil pesos. En el puertecillo de Sual zarpa el vapor *Uranus* llevando a Aguinaldo y veintisiete acompañantes, compañeros en la insurrección, rumbo a Hong-Kong; les acompañaba el teniente coronel Primo de Rivera. Los filipinos recibirían posteriormente, a percibir en Hong-Kong, otros dos cheques de doscientos mil pesos cada uno pero estos cheques no fueron entregados porque Aguinaldo incumplía su compromiso de distribuir la primera entrega entre los damnificados por la guerra lo que jamás hizo Aguinaldo, y en esto hay unanimidad completa.

No la hay respecto de la primera entrega de seiscientos mil pesos, que el Capitán General asegura se efectuó y que de ello tiene recibos, a disposición de los senadores españoles que deseen examinarlos. De estos seiscientos mil pesos, se destinaban cuatrocientos mil a Aguinaldo y doscientos mil a distribuir entre los cabecillas que hicieron la revolución⁴⁹. Por su parte Aguinaldo, en sus tardías memorias, reconoce haber recibido solamente cuatrocientos mil pesos y acusa a los españoles de incumplimiento del resto. Procedería, pues, hallar y publicar los recibos a que se refieren las entregas efectuadas⁵⁰.

La historiografía filipina, tan volátil, lo soluciona todo, como de costumbre, acusando de incumplimiento a los españoles, y embarulla las cifras señalando la promesa española de un millón setecientos mil pesos. No hay que añadir que el “incumplimiento”, según las historias filipinas⁵¹, llegó hasta el no expulsar a todos los frailes españoles de Filipinas; pretensión que, como tema de discusión, nunca se planteó, por desorbitado y no imaginable.

El supuesto incumplimiento español sirve de base para justificar el evidente incumplimiento de Aguinaldo: que no efectuó la distribución pactada y que guardó lo recibido para comprar nuevas armas, lo que, como patriota filipino, le honra. Otro asunto, y en él no hemos de entrar, son las reclamaciones y acusaciones que de algunos de sus partidarios recibiera Aguinaldo en Hong-Kong.

Aguinaldo se había despedido de sus paisanos con este documento, de fecha 25 de diciembre de 1897, al abandonar la Presidencia:

Abandono las armas, porque continuando la guerra os traería, en vez de felicidad, la perturbación y malestar, que no es el fin que se persigue por la insurrección; abandono las armas, porque así uno miras a las altas del

⁴⁹ PRIMO DE RIVERA: *Op. cit.*, pp. 138-141.

⁵⁰ ACHÚTEGUI-BERNAD: *Op. cit.*, p. 535. Reproduce fragmentos de memorias de Aguinaldo.

⁵¹ ZAIDE: *Op. cit.*, p. 164. Para este historiador oficioso se pagaron cuatrocientos mil y doscientos mil pesos, y no se entregaron los restantes un millón cien mil pesos.

*noble gobernante excelentísimo señor don Fernando Primo de Rivera, Marqués de Estella, quien henchido de amor a nuestro querido país, inició una era de paz desde que empuñó las riendas del gobierno de este suelo español; abandono las armas, oyendo los patrióticos consejos del árbitro, el maguinoo Pedro A. Paterno, amantísimo del bienestar de la patria común*⁵².

La revolución no había vencido pero tampoco había sido vencida sino, todo lo más, retrasada por algún tiempo. Volvió a aparecer cuatro meses más tarde, en abril de 1898 cuando los Estados Unidos declararon la guerra a España y desembarcaron en Cavite a Aguinaldo, dándole armas que pronto se volvieron contra los norteamericanos en una guerra muchísimo más devastadora para Filipinas que el año y medio de la guerra revolucionaria contra España en 1896-97.

En cualquier otro caso, aún sin intervención norteamericana, Filipinas no hubiera tardado en lograr su independencia, que era justa y merecida, y el régimen español, anacrónico a finales del siglo XIX, no habría sobrevivido a las primeras décadas del siglo XX, cuando España se había despegado ya de las potencias colonizadoras europeas y no podía medirse con la media docena de ellas (El Japón naciente ¿no hubiera intentado hacer o decir algo en Filipinas?).

Primo de Rivera en 1898 pidió el relevo y esperó la llegada de su sucesor, el teniente general Basilio Agustín, que desembarcó el día 9 de abril de 1898, pocos días antes de que los Estados Unidos declarasen la guerra que deseaban.

⁵² ACHÚTEGUI-BERNAD: *Op. cit.*, p. 549. (El texto en español aparece defectuoso en su último párrafo. Lo retocamos sirviéndonos para ello del texto en inglés que aparece en la p. 550).

El segundo y breve párrafo es muy confuso por empleo de la lengua española. Sirviéndonos de la traducción al inglés creemos poder hacer legible ese párrafo de esta manera: *Por propio acuerdo me marcho; y lo hago renunciando a la propia inmunidad personal que poseo por ley y promesa de los españoles. Pero la pasión violenta que es el odio, o cualquier otro apasionamiento, pueden hacer posible se levante una mano suicida que produzca víctimas, creando nuevas perturbaciones y trastorno en la marcha de la vida de nuestro país. ¡Viva España! ¡Viva Filipinas! Emilio Aguinaldo.*

EL EJÉRCITO ESPAÑOL EN CUBA

Eladio BALDOVÍN RUIZ
Coronel de Caballería, D.E.M.

HASTA LA GUERRA DE LOS DIEZ AÑOS

EL origen del ejército en Cuba se remonta al año 1515, con la llegada a la isla de “hombres de armas” formando pequeñas unidades sueltas. Después de la conquista de La Florida se amplió y dotó de guarnición el primitivo fortín de la Fuerza y ante la amenaza del pirata Drake llegó a reforzarse de tal forma que, cuando se presentó frente a La Habana con dieciséis barcos, desistió del ataque.

Felipe II para la defensa de la capital ordenó la construcción de los castillos del Morro y de la Punta y con la llegada de los Borbones se organizaron las fuerzas de La Habana en un batallón de Infantería, una compañía de caballos ligeros y otra para el servicio de Artillería; que, además, cubrían un destacamento fijo en Santiago de Cuba y otros eventuales. La defensa de las posesiones de Ultramar estaba basada en guarniciones de tropas veteranas en las principales plazas y el refuerzo con otros cuerpos en tiempo de guerra; también existía una milicia colonial, mal armada y preparada. Siguiendo esta norma, la isla de Cuba fue reforzada en varias ocasiones y devueltas las tropas a su destino una vez que había pasado la alarma.

En 1753 se creó el Regimiento Fijo de La Habana con dos mil plazas, en su mayor parte reclutadas en Canarias; Caballería formó cuatro compañías y Artillería una. Pocos años después, cuando se temía un conflicto con Inglaterra, llegaron a la Gran Antilla los primeros cuerpos expedicionarios y el 6 de junio de 1762 se presentó en La Habana una potente flota inglesa con más de doscientos barcos y una fuerza invasora de dieciséis mil hom-

bres que, al día siguiente, inició un ataque que duró dos meses y terminó con la capitulación de la plaza.

Antes de acordarse la paz, el conde de Riela llegó a la conclusión que era necesaria la participación en bloque de la población y propuso la creación de una milicia disciplinada en Cuba, dotada de organización permanente, uniforme, equipo e instrucción. El proyecto mereció la aprobación regia y después de recuperar la isla se organizó a base de batallones de infantes y regimientos de jinetes. Unidades que no eran para sustituir al ejército regular, sino para reforzarlo cuando fuera necesario.

De aquellos tiempos arranca la organización de las defensas de los puertos de Cuba, con la construcción en La Habana de la fortaleza de la Cabaña, el castillo del Príncipe y baterías que completaban la defensa de la boca del canal de entrada, con lo que resultaba una de las plazas más fuertes del mundo. También se trabajó en Matanzas y Santiago de Cuba, actividad que duró hasta la mitad del siglo XIX. En el ejército regular, el Regimiento Fijo tenía que ser reforzado con otro de la Península cada cinco años, se creó el de Caballería Dragones de América y dos compañías de Artillería. Aunque para evitar el gasto de transporte cada lustro, se organizó el Regimiento de Cuba, con hombres reclutados en Canarias, que junto con el Fijo eran las unidades de guarnición cuando estallaron las guerras con Francia y Gran Bretaña en la década de los noventa.

Al iniciarse el siglo XIX había en Cuba dos regimientos y un batallón de Infantería, un escuadrón, dos compañías de Artillería y un destacamento de Minadores. Durante la guerra de la Independencia contra Napoleón, el Gobernador levantó compañías a pie y montadas y puso en armas las milicias; en 1816, con los dominios del Continente sublevados, llegaron unidades desde la Península y en 1823, en previsión de un ataque desde los territorios que terminaban de emanciparse, desembarcaron dos batallones: dos mil soldados capitulados y novecientos canarios.

Después de la reorganización de 1826 Cuba disponía de once mil quinientos veintiséis soldados y en 1829 las aspiraciones de Fernando VII de recuperar el Virreinato de Méjico llevaron a organizar una expedición de poca entidad, que volvió después de sufrir considerables pérdidas debidas a una epidemia y pocas a las balas. En 1832 la guarnición se componía de ocho regimientos de línea, cinco ligeros, una unidad llamada brigada y cuatro compañías de Infantería, un regimiento de Lanceros y cinco compañías de Artillería a pie, una montada y otra de montaña.

Este ejército, pagado con el presupuesto de la isla, había crecido en poco tiempo arrastrando graves vicios, que fueron combatidos por los capitanes generales con tal éxito que en 1850 se disponía de dinero para orga-

nizar nuevas unidades. Llegando a 1855 con trece regimientos y seis batallones, dos regimientos de Lanceros, otro de Artillería, un batallón de Ingenieros, una Unidad de la Guardia Civil y quedó organizada la milicia de color y los cuerpos de voluntarios.

En estas fechas se alcanzó el punto culminante de la defensa de Cuba y a partir de ese momento las obras se pararon y la guarnición disminuyó. Los presupuestos de la isla atendían en el capítulo Guerra al personal, subsistencias y utensilios, vestuario, equipo y remonta, transportes, marchas y movimientos, justicia militar, material de Artillería e Ingenieros, hospitales y clases pasivas. En total Guerra y Marina en 1839 se llevaban el 80% del presupuesto y éste tenía un superávit de más de millón y medio de pesos; en 1852, año de la creación del Ministerio de Ultramar, ambos conceptos importaban el 70% y el superávit era de poco menos del millón, pero en 1860 el déficit total del presupuesto era cerca de dos millones y medio. La necesidad de economías fue una de las causas de la decadencia, pero la principal fue la falta de un plan fijo y que los gobiernos olvidaron sus obligaciones militares en Ultramar.

En poco tiempo el ejército de Cuba vio disminuidos sus efectivos en ocho batallones, pero intervino fuera de la isla enviando varios cuerpos con motivo de la anexión y campaña de Santo Domingo y formando parte con tropas francesas e inglesas en la Expedición a Méjico que, gracias al buen criterio del general Prim, regresaron cuando los franceses quisieron imponer el imperio de Maximiliano.

En 1868, cuando estalló la insurrección, el ejército permanente de Cuba estaba formado por el Capitán General, jefe superior e inspector nato; un mariscal de campo Segundo Cabo y general en jefe; dos mariscales subinspectores de Artillería e Ingenieros; una sección de Estado Mayor al mando de un brigadier y otros once brigadieres en diferentes destinos. Las unidades con su cobertura teórica, no real, eran: Infantería, ocho regimientos a dos batallones y cuatro batallones de Cazadores, con ocho mil trescientos cincuenta hombres; Caballería, dos regimientos con mil ochenta y cuatro hombres y novecientos caballos; Artillería, un regimiento a pie con dos batallones, otro de montaña con seis baterías, una montada y una compañía de obreros, con mil quinientos sesenta y tres hombres; Ingenieros, un batallón con quinientos ochenta y cinco hombres; Guardia Civil con un tercio de ochocientos veintiocho hombres y doscientos tres caballos y la Brigada Sanitaria con trescientos veintidós hombres para los hospitales. Las milicias estaban constituidas por cuatro mil dieciséis hombres y dos mil trescientos cuarenta caballos y los voluntarios sumaban diez mil trescientos veintitrés en toda la isla.

El incremento del ejército regular en Cuba durante la primera mitad del siglo obligó a reglamentar su reemplazo, con la rara unanimidad que debían

ser peninsulares los que defendieran la soberanía española. Así, desde 1828 se realizaba mediante el alistamiento de paisanos en los depósitos que los Cuerpos tenían en la Península y desde 1852 en las cajas de quintos, ingresando los voluntarios en regimientos de la costa para recibir la instrucción premilitar. Más tarde se admitieron soldados veteranos y reenganchados.

En 1854 los paisanos y licenciados recibían gratificaciones de veinte y quince duros por ocho o seis años y se hicieron extensivos los premios pecuniarios de la tropa, por aplicación de la ley que regulaba la redención a metálico. Un año más tarde se estableció el orden de preferencia para Infantería y Caballería: Paisanos y licenciados, quintos, residentes en Cuba, soldados veteranos voluntarios, prófugos y desertores de primera vez y, si fuera necesario, por alistamientos extraordinarios. Las bajas de Artillería se cubrían con los regimientos de la Península y las de los demás Cuerpos e Institutos con reclutas y soldados de Infantería. Cuando no hubiera voluntarios, el sorteo del número necesario en las unidades debían celebrarse con la máxima excrupulosidad y comprender la totalidad de los soldados del batallón. A los que les correspondía podían elegir entre rebaja del tiempo de servicio o premios pecuniarios y se admitía el cambio de número entre los interesados.

Inicialmente, como se cubrían fácilmente las bajas, las autoridades militares eran exigentes con las condiciones de alistamiento; después fueron facilitando el ingreso y mejorando las condiciones económicas, sin que hasta la guerra de 1868 se presentara ningún problema. Los licenciados al volver a la Península con buen aspecto y con el dinero que recibían al desembarcar, cantidad correspondiente a la economía hecha en sus haberes durante seis años, eran la mejor propaganda.

El pase de sargentos inicialmente era recíproco, tantos regresaban tantos iban. Desde 1860 su reemplazo se daba dos terceras partes a los ejércitos de Ultramar y los restantes a la Península y eran preferidos los que solicitaban el pase en su empleo a los que lo pedían con ascenso. En Infantería y Caballería cuando cumplían las condiciones conservaban el ascenso a su regreso, lo mismo que las recompensas y ventajas obtenidas.

Desde 1854 y 1859, en las Armas generales y en Ultramar se daban al ascenso la mitad de las vacantes de jefes y subtenientes y las dos terceras partes de capitán y teniente, que se cubrían por antigüedad; las restantes correspondían al turno de la Península y se proveían por ascenso, en ausencia de aspirantes a pasar sin él. Cuando no había voluntarios se designaba al primero de la segunda mitad de la escala del empleo inferior. Para conservar el empleo debían permanecer el plazo reglamentario y lo perdían si regresaban antes.

El reglamento de 1867 adjudicaba las vacantes de Cuba entre su ejército y el de la Península por mitades; las de alférez de la misma forma entre sargentos primeros y cadetes de ambos procedencias. El pase seguía voluntario en el empleo, con ascenso o sorteo entre los segundos tercios de la escala del empleo inferior.

En los Cuerpos facultativos de Estado Mayor, Artillería e Ingenieros, por unificación de normas en 1858, las vacantes en Ultramar se proveían en la clase inferior de la Península, ascendiendo a los voluntarios más antiguos o por sorteo. Nombrados, recibían el ascenso correspondiente del ejército de Cuba y cuando regresaban, después de cumplir los plazos, eran destinados con arreglo al empleo que les correspondía en la escala general, sin perjuicio de recibir el sueldo del empleo superior que había servido en la isla, considerando a éste de Infantería, Caballería o del Ejército. Las vacantes de subalterno de Artillería las cubrían hasta 1866 los oficiales de la escala práctica procedentes de sargento o, al extinguirse esta clase, tenientes y alféreces de las Armas Generales, según fueran plaza a pie o montada.

LA GUERRA DE LOS DIEZ AÑOS

Desde el Grito de Yara, el 10 de octubre de 1868, la guerra a lo largo de diez años tuvo sus altibajos, tanto para la causa española como para los insurrectos. Al iniciarse la insurrección el capitán general Lersundi envió a las poblaciones amenazadas las pocas tropas que podía disponer, al mismo tiempo que iniciaba las gestiones para que depusiesen las armas los levantados y ofrecer el perdón a todo el que se presentase. Nombró al Segundo Cabo, conde de Balmaseda, jefe de operaciones, que llevaba de jefe de Estado Mayor al coronel Weyler y, con una columna después de una penosa marcha recuperó la ciudad de Bayamo, tomada por los insurrectos, y salvó a otras en peligro.

Designado primera autoridad el general Domingo Dulce, el gobierno de la revolución de septiembre creyó que con medidas de benevolencia lograría la paz, prometió futuras reformas y concedió amnistía por delitos políticos. Pero la insurrección no decaía, favorecida por las contemplaciones y la falta de energía se extendía por las provincias de Oriente, Puerto Príncipe y Las Villas. El Capitán General tuvo que echar marcha atrás en las conciliadoras medidas y ni aún así logró tranquilizar a las unidades de voluntarios, que eran las únicas que defendían La Habana, que los expulsaron de la isla, siendo uno de los sucesos más vergonzosos de la guerra.

En las primeras operaciones no existió unidad de acción, principalmente por la falta de enlace entre los mandos de todos los niveles; además como

se desconocía el terreno y la situación de los insurrectos las unidades andaban a ciegas. Por no estar organizados los servicios de víveres y municiones, las columnas podían llevar como máximo seis u ocho raciones y como no había donde dejar los enfermos y heridos, las operaciones se reducían a ir de un pueblo a otro o recorrer el campo y regresar al punto de partida.

Nombrado el conde de Balmaseda Capitán General, que tenía de jefe de Estado Mayor al brigadier Martínez Campos, reactivó las operaciones y en cada departamento estableció cierto número de centros militares. Dividió el territorio en sectores con una dimensiones que permitiesen a las tropas recorrerlos en diez o doce días y destinó de uno a tres batallones, uno o dos escuadrones e igual número de piezas a cada uno, según su importancia. En el centro estableció un fuerte capaz de ser defendido por una pequeña guarnición, con depósito de municiones, raciones y una enfermería. La falta de tropas y medios impidió que se alcanzasen los resultados previstos y aunque se lograron algunos éxitos, el Capitán General presentó su dimisión.

Durante la República, como la insurrección conocía que España no podía enviar refuerzos, aprovechó el tiempo para organizarse y reunir fuerzas. Entre 1873 y 1874 alcanzó la importancia que no había tenido nunca. Ya no era posible seguir con el territorio dividido en zonas y recorrido por pequeñas columnas, para responder a la fuerza del adversario eran necesarias columnas de dos o tres mil hombres instruidos, que actuasen en combinación con otras.

Los insurrectos estaban decididos a cruzar la trocha y llevar la guerra a la rica provincia de Las Villas, entonces pacificada. En enero de 1875 lo realizó Máximo Gómez con una considerable fuerza, con propósitos bien definidos: *El remedio simple, fácil, económico y decisivo es quemar la colmena, entregar a las llamas todos los ingenios azucareros de Las Villas y Occidente y reducir a escombros y cenizas el comedero de nuestros enemigos*. La acción sorprendió a los españoles con la trocha poco guarnecida y la provincia con escasas tropas.

El Capitán General dispuso que fuerzas de los departamentos Central y Oriental se concentrasen en Las Villas, pero por falta de comunicaciones se efectuó con mucho retraso. A medida que llegaban trataban de evitar que el enemigo entrase en las jurisdicciones de Colón y Cárdenas y se extendiesen por los valiosos ingenios de esa parte de la isla. Afortunadamente para las armas españolas el provincialismo de los insurrectos y las rivalidades entre ellos frenó su actividad.

Desde la República pasaron por el mando superior de Cuba, sucesivamente, los generales Pieltain, Jovellar, Gutiérrez de la Concha, el conde de Balmaseda y otra vez Jovellar, quien presentó su dimisión con motivo de la

toma de la localidad de Victoria de Tunas por las fuerzas insurrectas. El Gobierno consideró que era necesario separar el mando único que ejercían los capitanes generales, porque no era posible estar a un tiempo en campaña y al frente del gobierno general de la isla. Confirmó al general Jovellar como jefe superior de la administración civil y militar y nombró al general Martínez Campos como general en jefe, sin más subordinación que la autoridad suprema del Gobierno.

Según informes de Martínez Campos, el ejército estaba reducido a una defensiva absoluta y el enemigo imperaba en todos los lados. Situación que no sólo era debida a los insurrectos, porque el abandono de todos los servicios, la desorganización de los transportes y la incuria en todos los ramos de la administración militar habían colocado a las unidades en el estado más lamentable. Se debía la paga a oficiales y tropa desde abril, lo que contribuía al mal ambiente que reinaba.

Organizó sus fuerzas en ocho comandancias, de las que cuatro correspondían a Las Villas, donde se propuso terminar con la insurrección antes de adoptar un plan general que llevase a la total pacificación de la isla. Buscaba salvar los importantes intereses que aún quedaban en los campos e impedir que los insurrectos avanzasen por las jurisdicciones vecinas. Con casi todos los refuerzos que llegaron de la Península ocupó militarmente el departamento y, desde noviembre de 1876 a fines de mayo siguiente, ahogó la insurrección.

Dividió el territorio que aún estaba dominado por los rebeldes en cuatro comandancias generales y en dos el que terminaba de pacificar. Las primeras organizadas en polígonos irregulares a los que llamó "Zonas Militares", que fueron tantas como batallones pudo colocar, después de guarnecer las ciudades. La Caballería y las guerrillas también las distribuyó por las zonas, la Artillería la empleó en custodiar los pueblos y fortalezas y los Ingenieros se ocuparon inicialmente en trabajos de fortificación o acuartelamiento y después en operaciones. Las fuerzas de cada dos zonas formaban una media brigada y las de cuatro una; éstas, en número variable, se agrupaban en divisiones, según el territorio que ocupaba cada comandancia.

Una vez ocupado el terreno y organizada la información y el espionaje, ordenó empezar las operaciones activas. Dispuso que no se fusilase a los insurrectos y que fueran tratados con miramiento ellos y sus familiares; como en el campo no tenían tregua ni descanso, estaban hambrientos y eran recibidos con consideración, muchos se presentaron a indulto. A lo que se sumaba, para favorecer la causa española, los enfrentamientos internos y rivalidades que padecían las fracciones rebeldes.

El ejército en Cuba sufrió graves inconvenientes para adaptarse al sistema de lucha de los insurrectos, al terreno y clima. Se enfrentaba a reglamentos y a jefes veteranos que, con muchos años de servicio, gozaban de gran influencia y se oponían a reformas que les separase de sus ideas y prácticas en otros tiempos y campos que no eran los de Cuba; incluso había quienes defendían que nada de lo que estaba escrito era de aplicación a esa guerra.

Otras singularidades se observaron durante la contienda, como fueron las condiciones de los oficiales de menor rango, la falta de unidades de Caballería y las trochas. En relación a la primera, después de varios años de campaña, no sólo en Cuba, también en la Península, las clases de tropa por su valor y constancia habían ascendido desde cabo a capitán; pero ello no era suficiente para estar en una guerra colonial al frente de una compañía, escuadrón o sección y salir a operar como jefe único.

Los insurrectos contaban con muchos y buenos jinetes, que manejaban diestramente el machete y el arma de fuego tanto a pie como a caballo. Su infantería también aprovechaba el abundante ganado del país e iban muchos montados para marchar, dejándolo oculto para atacar. En cambio el ejército de operaciones no podía cubrir las mínimas necesidades de los servicios peculiares de Caballería, por eso normalmente no formaba parte de las columnas. Las pocas unidades se dedicaban casi exclusivamente a acompañar convoyes, proteger líneas de ferrocarril o dar seguridad en la trocha y cuando acompañaban a las columnas constituían parte de la reserva. Al iniciar las operaciones dejaron las lanzas, porque en la manigua no eran nada más que un estorbo, los bosques imposibilitaban su empleo y en el combate restaban libertad de movimientos; el sable y la tercerola fueron armas más adecuadas, incluso se ensayó el machete del país. Todavía en 1873 se pretendió dotar de lanza a la mitad de las unidades.

Para compensar esta falta, en las columnas, algunos jefes de batallón empezaron a elegir un oficial y veinte o treinta soldados que con caballos y monturas que cogían al enemigo o en las fincas, organizaban una fuerza montada, que después fue aumentando. Primero recibió el nombre de contraguerrilla y después el de guerrilla, podía combatir a pie o a caballo para sorprender al enemigo, explorar, cubrir flancos o despliegues, combatir pequeñas partidas, etc. ¡Se habían inventado los Dragones! Esta caballería, quizás la más irregular que haya existido, dio buen resultado porque todos sus hombres eran seleccionados, pero cometió el error de no cuidar los caballos y como los insurrectos hacían lo mismo en 1872 llegó a escasear el ganado.

Dado el resultado de las guerrillas de batallón, el Capitán General resolvió aumentarlas organizando otras llamadas volantes y locales. Las primeras eran escuadrones de cien caballos y ciento treinta hombres, de los cua-



Grupo de insurrectos en La Manigua.

les la tercera parte soldados españoles y el resto del país; estaban mandadas indistintamente por oficiales de Infantería o Caballería y algunas se reunieron para formar batallones. Las locales se formaron con paisanos en pueblos o centros militares.

Las trochas tienen su origen en la provincia de Las Villas, donde la insurrección no logró arraigar sólidamente porque allí se enviaron considerables refuerzos llegados de la Península. Las partidas rebeldes para huir de la persecución se pasaban al departamento Central, donde por falta de fuerzas españolas podían organizarse y descansar, para regresar después.

Para evitar esta actuación del enemigo, la autoridad militar de las Villas se propuso vigilar los confines de esta comarca e incrementó las fuerzas de las poblaciones de Morón y Ciego de Ávila. Para establecer comunicación entre ellas se construyeron en el intermedio algunos fuertes, guarnecidos por pequeños destacamentos; haciendo lo mismo entre Ciego y el puerto de Júcaro, pues por él se suministraban, sirviendo de apoyo a los convoyes.

Estando Morón muy inmediato a la costa norte y Júcaro en la sur, la línea que pasaba por estos pueblos dividía la isla en dos partes, con una longitud de 17 leguas cubanas, y favorecía establecer una línea defensiva continua para evitar que los insurrectos del Camagüey pasasen a Las Villas. El terreno no presentaba grandes dificultades y había bosques con madera abundante, así que se decidió situar obras de fortificación cerrada a cierta distancia unas de otras, unidas por una estacada de madera; construyendo a retaguardia una línea férrea y a vanguardia cierto número de fuertes que sirviesen de apoyo cada uno a una guerrilla montada, las que extendiéndose por grupos entre ellos, explorasen y avisasen a la línea principal la presencia del enemigo.

Aunque una línea de tanta longitud era de dudoso resultado, si se hubiera construido bien y defendido convenientemente es probable que, dada su situación, el resultado hubiera sido satisfactorio. Pero lo que se hizo fue salir del paso y consecuencia de la precipitación fue el mal resultado. Las obras se hicieron en poco tiempo, pero duraron menos y las enfermedades causaron estragos. Nunca estuvo concluida la estacada, pues siendo de madera mala, se pudría por una parte antes de haberse terminado por la otra, sucediendo lo mismo con los fuertes que estaban construidos de la misma manera.

EVOLUCIÓN DEL EJÉRCITO DE OPERACIONES

Cuando se inició la guerra, Cuba estaba indefensa. Las economías y principalmente el abandono había dejado a las unidades en cuadro, al licenciar o rebajar un elevado número de soldados para recortar los gastos del

presupuesto. Se calculaba que solamente eran combatientes de seis a ocho mil hombres y muchos de los que estaban en filas ocupaban puestos y destinos ajenos al servicio, situación favorecida por la larga paz.

Las unidades, que llevaban años haciendo una tranquila vida de guarnición, se encontraron que carecían de toda clase de medios, armamento para toda la plantilla, municiones, raciones, uniformes y material de campamento, y, lo más grave, no existía organización de los servicios de campaña, transporte, sanitario y subsistencias. Las tropas que no salían de sus cuarteles, pues existía la creencia que los soldados europeos no podían soportar el calor y la lluvia, no estaban aclimatadas y desconocían el terreno donde tenían que moverse. Como llevaban varios años sin efectuar ningún relevo, los mandos, aunque residentes, hacía tiempo que en la isla recorrían poco más que las calles de sus ciudades.

Las unidades de milicias y voluntarios eran sólo de representación. Únicamente estaban nombrados los principales mandos, que eran las personas más destacadas de cada población y no existía otra organización estable; pues se había abandonado durante los años de paz.

Para reforzar tan reducidas fuerzas el Capitán General organizó varios batallones de movilizados e incluso unidades de voluntarios de color (libertos). En la Península, el Gobierno invitó a las unidades de Infantería a pasar a Cuba y en enero de 1869 embarcaron cuatro batallones, a los que siguieron el mismo año dos más, otros cuatro de Infantería de Marina, catorce formados con voluntarios de clase de paisanos o licenciados y reemplazos para sustituir las bajas y crear nuevas unidades.

Este considerable incremento del ejército de Cuba, se vio notablemente frenado los años siguientes. Así, en 1870 sólo se envió un batallón y en 1871 fueron por primera vez fuerzas considerables por sorteo, con el embarque de cuatro batallones de Cazadores. En 1872 se organizaron en la Península dos batallones provisionales y en los dos años siguientes uno. En julio de 1874 se produjo la unificación del ejército permanente y el expedicionario en Cuba, quedando una sola escala para los ascensos y ventajas, pudiendo los oficiales y clases del segundo al pasar al permanente verificarlo con el empleo superior, siempre que no hubieran obtenido esa ventaja por méritos o propuesta reglamentaria, recibiendo entonces el grado superior. También se procedió al cambio de nombres y numeración de las unidades.

Las fuerzas en Cuba eran totalmente insuficientes porque, si bien había aumentado el número de unidades, con los reemplazos que llegaban no se cubrían las bajas. Como informaba el general Riquelme, jefe de las operaciones, los batallones después de deducidos los hospitalizados, destacamentos, músicos, destinos, bajas por enfermedad, etc. quedaban reducidos

a doscientos hombres. Calculaba que las bajas anuales por todos los conceptos eran como mínimo del 20% y éstas no se podían deducir nada más que de las columnas. Además encontraban graves dificultades para abastecerse y en la asistencia sanitaria, por falta de medios en campamentos y hospitales, las epidemias causaban estragos.

El ejército de la isla necesitaba refuerzos, pero poca ayuda podía prestarle una España en plena agitación, carcomida por sus contiendas internas, que consumía todos los recursos y soldados que hacían falta para defender la Gran Antilla. Sólo un incidente internacional con los Estados Unidos, por el apresamiento de un barco filibustero, tuvo la gracia de llamar la atención del Gobierno y con toda urgencia y a alto precio compró en Alemania seis cañones Krupp y pocas municiones para la defensa de La Habana, de los que tres se montaron y los otros quedaron sobre polines porque pasó el peligro.

Después de la Restauración, a primeros de 1875, el Gobierno prometió enviar a Cuba medios económicos y militares a medida que la guerra carlista lo fuera permitiendo. Dispuso que la décima parte del reemplazo de ese año fuera a Cuba por sorteo, lo que le permitió reforzar la isla cubriendo numerosas bajas y embarcar cinco batallones provisionales. Por fin se destinó un regimiento de Caballería a una guerra en la que el enemigo y el terreno hacían imprescindible el empleo de esta Arma.

Terminada la Campaña del Norte en la Península, el Gobierno pudo reunir los elementos necesarios y, dispuesto a terminar la guerra, en junio de 1876, procedió a organizar veinte batallones y tres regimientos de Cazadores de Caballería.

Para dominar la insurrección, España, durante diez años, aunque de forma muy irregular, envió a Cuba un total de doscientos diez mil cuatrocientos dieciséis hombres, de los cuales cincuenta y seis mil setecientos fueron formando unidades y ciento cincuenta y tres mil setecientos dieciséis reemplazos para cubrir bajas o crear nuevos cuerpos en la isla. El ejército de operaciones cuando llegó a contar con más fuerzas fue en enero de 1877, que, de un total de noventa y cinco mil ciento trece, tenía disponibles setenta mil trescientos cuarenta y seis hombres.

Durante toda la guerra, según los datos de la época, hubo un total de cincuenta y siete mil cuatrocientos noventa y cinco muertos; de los cuales cincuenta y cuatro mil veintiséis fueron por enfermedad y tres mil cuatrocientos sesenta y nueve en acción de guerra. Fueron bajas definitivas por inútil o enfermo doce mil siete y se contabilizaron tres mil quinientos noventa y seis desertiones.

Los sucesivos gobiernos trataron de mantener la recluta voluntaria para reforzar el ejército de Cuba, aunque como el sistema no cubrió las necesidades hubo de recurrir a sorteos. A medida que pasaba el tiempo se reba-

jaban las condiciones exigidas a los voluntarios y se recurría a incrementar los premios y gratificaciones. En 1876, para organizar los veinte batallones, se ofreció a los soldados voluntarios mil reales al admitirlos y otros mil cada año que sirviesen en Ultramar. Había premios para las clases y mandos que se distinguían en su labor de recluta e incluso estaban autorizadas empresas particulares y ayuntamientos para presentar tantos sustitutos como reclutas faltaban en el cupo de determinadas provincias. A los prisioneros carlistas se les ofrecía ingresar voluntarios y fueron forzosos todos los que por edad les hubiera correspondido servir en Ultramar.

Como el problema era enviar el número ordenado, muchos soldados demasiado jóvenes enfermaban y se inutilizaban con facilidad; muchos eran sustitutos entre los que no abundaba lo bueno, pero la mayoría no traían ninguna instrucción y en Cuba no se les impartía tampoco. Además de no haber tiempo suficiente, existía la creencia que bastaba con lo que les enseñaban los veteranos. Cuando tenían hombres y caballos estaban convencidos de que disponían de Caballería; no eran jinetes, pero en campaña aprenderían a serlo y con perseguir a caballo al enemigo era suficiente para que éste huyese.

PERÍODO ENTRE-GUERRAS

Antes de firmar la paz, en junio de 1878, el Capitán General, con autorización del Gobierno, procedió a reorganizar y reducir sus fuerzas, suprimiendo veinte batallones regulares y cinco movilizados, quedando todas las unidades integradas en seis comandancias generales, con mayor concentración de fuerzas en Oriente. Poco después, antes de estallar la llamada guerra Chiquita, volvió a proponer otra considerable reducción de las unidades de Infantería y Caballería y la disolución de las guerrillas, que fue aprobada ya iniciada la rebelión.

La prisa de la primera autoridad de Cuba en solicitar y del Gobierno por aprobar la disolución de unidades, milicias y voluntarios no tenía más razón que tratar de reducir el enorme déficit que el presupuesto de la isla había acumulado durante los diez años de guerra. Por ello, otra nueva reducción volvió a sufrir el ejército en 1881, para dejarlo *en armonía a las necesidades del servicio y con las economías que exige el presupuesto*.

Después de la natural desmovilización al terminar la guerra, una vieja y perniciosa costumbre dio entrada en los cuadros permanentes del Ejército a los jefes y oficiales de la milicias disciplinadas que se encontraban movilizados, siempre que reunieran tan someras condiciones, que sólo quedaron fuera los analfabetos, agravando el problema del exceso de mandos.

Se volvió a cubrir las bajas de Ultramar con voluntarios procedentes de paisano, cumplidos del ejército o pertenecientes a la reserva y reclutas. Si el alistamiento voluntario no era suficiente se procedía al sorteo. Todos a los cuatro años recibían la licencia absoluta y a los que correspondía por sorteo, podían librarse mediante la redención a metálico o la sustitución personal. En caso de guerra, si fuera necesario, se realizaría un sorteo con el personal de los cuerpos activos e incluso se enviarían éstos al completo.

En 1884 y 1885, otra vez por economía, el Gobierno autorizó al Capitán General a reorganizar sus fuerzas. El resultado fue un recorte de unidades en todas las Armas, se rebajó el haber mensual de los voluntarios y quedaron suprimidas las unidades de milicias blancas y de color, quedando su organización a criterio de la primera autoridad. El estado de defensa de Cuba estaba alcanzando sus cotas más bajas, porque a las reducciones y disoluciones se sumaba la carencia de todos los recursos necesarios; todavía estaban sin montar los cañones comprados hacía diez años y otros recibidos por aquellos tiempos.

Las economías habían obligado a rebajar a cuatro las compañías de los batallones y a disminuir forzosamente una parte de su fuerza, dando el espectáculo de poner a soldados en las puertas del cuartel para que buscasen trabajo para poder vivir, con la sola obligación de comunicar su residencia. Por falta de presupuesto no podían estar en filas, pero tampoco se los devolvía a la Península. Sin dinero para mantener a los soldados, ¿cómo podía haber para comprar armamento y construir fortificaciones?

Solamente otra amenaza exterior, cuando estalló el conflicto de las Carolinas con Alemania, llamó la atención del Gobierno y dio las órdenes y recursos necesarios para instalar en la batería de Santa Clara los tres cañones Krupp. Se abrió una suscripción nacional para obtener fondos y al cabo de unos meses estaban montadas las piezas. En 1885 quedaron los seis cañones en condiciones de defender la plaza de La Habana, porque eran los únicos que tenían, pues los demás eran piezas de museo. Pasado el peligro todo quedó en suspenso, tanto las fortificaciones como el artillado y los créditos fueron desapareciendo.

En tiempo del general Salamanca como primera autoridad de Cuba, una comisión de Estado Mayor, Artillería, Ingenieros y Marina recorrió el litoral haciendo un estudio de la defensa de los puertos principales, para que todos los trabajos que debían realizarse respondieran a un plan general, teniendo en cuenta todas las necesidades y recursos; al mismo tiempo, llegado el momento, pudieran emprenderse simultáneamente en varios puntos.

Para evitar la situación anómala de recibir más tropas que las que correspondían a la cantidad presupuestada, propuso la creación de una brigada expedicionaria situada en Canarias; donde a la vez que se instruíra se

aclimataba, para disponer de ella en cualquier momento y en condiciones de entrar en campaña a los diez días de solicitarla. A las unidades de la isla, que estaban inactivas de guarnición en las localidades más importantes, les ordenó el traslado sin emplear ferrocarril ni barco, sino en marchas ordinarias, sin prisa pero cruzando los campos, para que los soldados se acostumbraran a la manigua y el sol. El general consideraba que las unidades debían huir de la vida cómoda de las ciudades y que, además de los ejercicios de instrucción, necesitaban movilidad y sobre todo que los guajiros se acostumbraran a la presencia de las fuerzas.

Durante su mandato se esforzó en luchar contra el endémico bandolerismo, misión que correspondía a la Guardia Civil. El Instituto en Cuba no tenía del de la Península nada más que los mandos y el reglamento; no estaba formado por veteranos de acreditados servicios, sino por quintos escogidos entre los que llegaban, para inmediatamente prestar servicio por parejas en terreno que desconocían, armados con fusiles Remington y mal municionados. Por eso no eran tan eficaces ni lograban imponer el respeto que tenían en la Península. Para mejorar el servicio, unió todos los puestos con la red telefónica y logró que los propietarios de las fincas compraran nuevo armamento para renovar el viejo que disponían.

En 1889, el Ministerio de la Guerra dispuso provisionalmente que fueran destinados a Ultramar los jefes y oficiales que lo solicitaran en sus propios empleos. Aunque en junio del mismo año publicó la normativa definitiva, en la que se volvía al tradicional pase con ascenso, voluntario o por sorteo; pero triunfaron los criterios de los Cuerpos de escala cerrada y al regresar continuaban ocupando sus puestos en la escala de su clase como si hubieran permanecido en la Península, perdiendo el empleo superior condicional que se les otorgó. Si durante su permanencia en Cuba se les otorgaba algún empleo por méritos de guerra, se entendía sobre el que disfrutaban en la Península.

Nombrado Capitán General y Gobernador el general Polavieja, pretendió que el Gobierno conociese en toda su verdad la situación política, económica y social. Después de abortar una nueva intentona separatista, profetizó reiteradamente la pérdida de la isla: *Si hemos de ser siempre los mismos, mal desenlace veo en la cuestión de Cuba. Cuba se perderá para la civilización y de ella saldremos de muy mala manera.*

Sin aumentar los presupuestos de Guerra, estudió la forma de disponer de un mayor número de soldados para poder constituir una reserva que entonces no existía; pero donde destacó su acción fue en la lucha contra el bandolerismo. Asumió personalmente el mando y organizó bajo su dirección un centro encargado exclusivamente de su persecución; con ello trata-

ba de evitar las nefastas competencias y rivalidades entre las autoridades civiles y militares, entre la Guardia Civil y el Ejército. Como la Benemérita era insuficiente, dedicó unidades de Infantería y Caballería y en poco tiempo el panorama cambió radicalmente. Las dos zafras de este tiempo fueron las mayores que había conocido Cuba.

El ministro de Ultramar Romero Robledo asumió con tanto interés la política de ahorro del Gobierno, que en diciembre de 1891, para economizar, implantó unas reformas que cambiaban el régimen administrativo de la isla; pero que también aprovechó para reducir la autoridad del Capitán General como Gobernador General, restándole atribuciones en beneficio de los gobernadores civiles en un momento crítico, lo que fue motivo de la dimisión del general Polavieja.

Continuaron las medidas económicas hasta llegar a nivelar el presupuesto, a costa, entre otras medidas, de una nueva reducción de la guarnición. El presupuesto de 1892-93 alcanzó la cifra de cuatro millones de pesos, veinte millones de pesetas de ahorro respecto al anterior. Los gastos representaban la menor cifra de todos los años precedentes, incluido el 1867-68, antes de iniciarse la guerra de los Diez Años.

Mientras tanto la situación de Cuba se iba agravando. El creciente malestar debido a la subida de las tasas e impuestos, la corrupción administrativa, las discordias entre los partidos políticos legales, no hacía nada más que crear el ambiente propicio para el desarrollo del separatismo, que no había dejado de laborar desde la paz del Zanjón. Sus actividades se aceleraban en toda la isla y su manifestación en las distintas provincias demostraba la existencia de una conspiración general y coordinada. El levantamiento de Holguín rápidamente sofocado, los constantes incidentes, los depósitos de armas descubiertos, el pujante bandolerismo, las reuniones y asambleas —algunas públicas y manifiestas—, los artículos de la prensa simpatizante, los apoyos que recibían en los Estados Unidos y las continuas confidencias, eran advertencias que las autoridades tenían que haber tomado en serio. Cada día saltaba un asunto que daba motivo de alarma.

En el Gobierno, desde finales de 1892, el ministro de Ultramar Antonio Maura, con el firme propósito de terminar con el problema cubano, decidió poner en marcha las reformas político-administrativas pendientes prometidas en la paz de Zanjón, y presentó en las Cortes un proyecto de autonomía. Reformas que fueron largamente discutidas y debatidas, porque todos los partidos estaban conformes con dar una solución, pero combatientes en cuanto al cómo y al cuándo.

En agosto de 1893 el Gobierno nombró al general Calleja primera autoridad de Cuba, para que implantase las reformas cuando fueran aprobadas

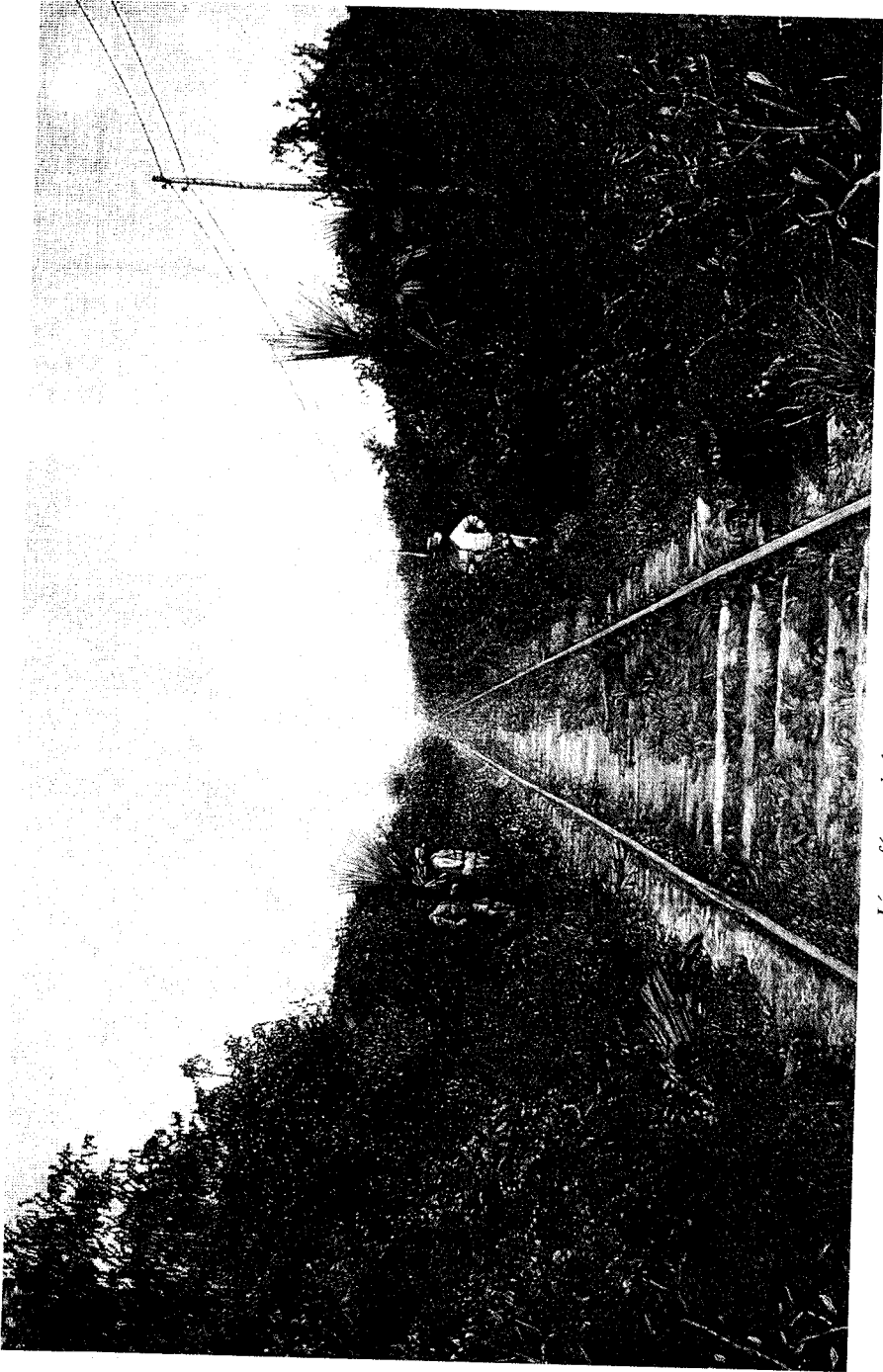
por las Cortes y tratara de poner paz en los alterados ánimos de la población. A su llegada encontró una agitación política superior a la que esperaba y un ejército manifiestamente insuficiente, sin fuerzas auxiliares de milicias y voluntarios. Los ocho millones del presupuesto correspondientes al ramo de Guerra no llegaban para el gasto de personal de la fuerza indispensable para la defensa de la isla: mucho menos para dotar los parques, almacenes, factorías y hospitales; tener en buen estado el artillado y defensa de las plazas; proteger los caminos, vías férreas y trochas. En 1894, por primera vez desde la anterior guerra, se reforzó la guarnición ¡con un batallón de Cazadores!, pero en enero de 1895 se licenciaron los soldados cumplidos, quedando los cuerpos muy reducidos.

EL LEVANTAMIENTO DE BAIRE

Con el llamado "Grito de Baire", el 24 de febrero de 1895, se inició la definitiva guerra separatista en Cuba. El levantamiento, aunque quiso ser general en toda la isla, sólo tuvo éxito en Oriente. El mismo día las autoridades españolas lo sofocaron en Occidente y, con la detención de sus principales jefes, los insurrectos fueron fácilmente desorganizados por las fuerzas encargadas de perseguirles, haciendo a muchos prisioneros y otros se acogieron al bando del Capitán General, que les concedía la libertad si deponían las armas.

Otra vez volvió a repetirse la historia, Cuba estaba indefensa. El ejército permanente contaba con siete regimientos de Infantería y un batallón de Cazadores, dos regimientos de Caballería, un batallón de Artillería con una batería de montaña, un batallón de Ingenieros y tres tercios de la Guardia Civil. Todas las unidades con las plantillas muy reducidas por falta de reemplazos y por cubrir muchos destinos burocráticos y otros ajenos al servicio, sin contar la numerosa tropa que ocupaba permanentemente los hospitales y enfermerías. Con los servicios de campaña sin organizar y las unidades dotadas con el fusil Remington, modelo 1871.

El capitán general Calleja, que todavía esperaba la llegada de las anunciadas reformas, con una buena intención que nadie dudaba, se quería mantener neutral en la política del país e incomprensiblemente también lo era con los separatistas. Pero sus contemplaciones no sirvieron para contener la nueva sublevación, al contrario, permitió que se diesen las condiciones adecuadas, sin tener nada organizado, para combatirla. Incluso recibió la segunda quincena de marzo la primera expedición de tropas de la Península sin haberlas solicitado, compuesta por siete batallones y reemplazos.



Línea férrea de la trocha de Júcaro a Morón.

El levantamiento no preocupó al Gobernador. Con la ausencia de los principales jefes, y con el centro y las provincias occidentales tranquilas, lo consideró como uno de tantos intentos que frecuentemente se daban. Al conocer la noticia ordenó al general de la provincia de Oriente que saliera en persecución de los rebeldes, mandó suspender las garantías constitucionales y dio la noticia al Gobierno restándole importancia. Sus gestiones se encaminaron a intentar pactar un alto el fuego con los sublevados y que todos se acogieran al indulto, sin el menor resultado.

Sólo una reacción militar rápida y enérgica hubiera podido tener alguna posibilidad de éxito en los momentos iniciales contra las desorganizadas partidas. Pero el general Calleja en lugar de concentrar sus escasos medios, los dedicó a la protección de la propiedad y a la persecución de los insurrectos como si fueran los bandoleros de siempre.

Al formar Gobierno el partido conservador, a poco más de un mes de iniciarse el levantamiento, Cánovas decidió el relevo del general Calleja y designó para sustituirle al general Martínez Campos, que desembarcó en Santiago de Cuba el 17 de abril y llegó a La Habana el 24. Su plan inicial consistía en la declaración del estado de sitio en la provincia Oriental; prometer y conceder el perdón a cuantos se acogieran a indulto, que no fueran jefes de partida; designar tres bases de operaciones –los distritos de Santiago, Bayamo y Holguín– y distribuir entre ellas las fuerzas que disponía. Ordenó a los mandos que impusiesen a sus fuerzas la mayor movilidad y coordinasen las marchas para no dar descanso al enemigo, dejando en las grandes poblaciones a los voluntarios de guarnición, e inmediatamente manifestó: *Quiero que la guerra se haga como se debe hacer, sin causar la menor molestia al ciudadano pacífico. La guerra ha de ser por nuestra parte humana.*

Por aquellos días, casi simultáneamente con el Capitán General, llegaron a la isla los hermanos Maceo, José Martí y Máximo Gómez, y la insurrección entró en un nuevo período de actividad. Muchos indiferentes hasta el momento acudieron a unirse a ellos o manifestaron abiertamente su apoyo. Martí quedó nombrado jefe supremo de la revolución en el exterior y en los asuntos no militares, Gómez comandante en jefe y Antonio Maceo jefe militar de Oriente.

El día 11 de mayo marchó el Capitán General a Oriente para asumir el mando del ejército. Como ya había recibido la segunda expedición de refuerzos y estaba llegando la tercera, con un total de unos nueve mil hombres, y tenía a su disposición los cuatro batallones de Puerto Rico, consideró que no necesitaba más tropas y estaba decidido a iniciar las operaciones aunque había empezado la temporada de las lluvias. Ordenó la fortificación

de algunos poblados, la construcción de fuertes en otros y destinó destacamentos de guarnición, lo mismo que a fincas, para proteger a sus habitantes y asegurar los cultivos. Dispuso la creación de depósitos de víveres en los tres distritos y señaló castigos para los que maltratasen heridos o prisioneros, aconsejando prudencia y el buen trato con los vecinos.

Sería imposible enumerar y relatar todos los encuentros y combates que se riñeron entre las tropas españolas y los insurrectos, que además no aportarían nada interesante, porque ninguno fue decisivo y normalmente ambos combatientes se atribuían el éxito. Su poca entidad resulta manifiesta con sólo dar las bajas reconocidas.

El 21 de mayo, cuando estaban en las orillas del río Cauto los jefes insurrectos con numerosas fuerzas salieron al encuentro de una columna española y entablaron combate en Dos Ríos, donde resultó muerto José Martí. Después de este hecho, la insurrección no sólo no desapareció, como creían los optimistas, sino que no modificó esencialmente ningún plan previsto.

A petición de Martínez Campos, dada la necesidad de fuerzas de Caballería para combatir a los insurrectos durante la primera quincena de junio, llegaron a la isla diez escuadrones, donde recibieron armamento y ganado, y un batallón de Infantería de Marina, con un total de tres mil hombres.

Máximo Gómez, eludiendo las columnas españolas, penetró en la provincia de Puerto Príncipe, y allí se unió a otras partidas bien armadas gracias al contrabando llegado por mar, levantando la comarca. El general Martínez Campos, que creía imposible que esto pudiera suceder, presentó su dimisión, que no fue aceptada. Para evitar que las partidas invadiesen Las Villas ordenó guarnecer la antigua trocha, que estaba totalmente abandonada; declaró el estado de sitio en Puerto Príncipe y organizó un cuarto distrito con dos centros de operaciones, con una brigada en cada uno. Solicitó seis batallones de refuerzo y el Gobierno le envió diez, que llegaron a finales de junio, con nueve mil soldados.

La insurrección iba creciendo, pero el general español más que hacer la guerra se esforzaba en buscar la paz y no quiso desplegar rigor alguno, precisamente cuando sus enemigos llevaban el incendio y la devastación por donde pasaban. Ordenó que los prisioneros fueran sometidos a consejo de guerra y los que voluntariamente se presentasen podían volver a sus hogares con sólo dar cuenta a las autoridades. Esta disposición permitió que entraran y salieran del campo de la insurrección cuantos quisieron: descansaban, se proveían de lo que necesitaban y volvían.

Para compensar su fracaso, Martínez Campos asumió otra vez el mando directo de las operaciones: conducta que no reportó ningún beneficio, pero

que por poco le cuesta la vida en el combate de Peralejo, el 13 de julio, donde murió el brigadier Santocildes. Pequeños chispazos llegaron a perturbar la paz en las provincias de La Habana y Pinar del Río, lo que no había sucedido ni en plena guerra de los Diez Años. Había indicios de que si los insurrectos llegaban allí, encontrarían importantes apoyos.

Los desembarcos de armas, municiones y refuerzos continuaban sin poder impedirlos. La marina se reforzó, pero el principal obstáculo era la paz teórica que había en Cuba, que no permitía detener ni visitar los barcos extranjeros. El contrabando podía realizarse impunemente, salvo que fuesen sorprendidos *in fraganti*.

Durante el mes de agosto pequeñas partidas atacaban fincas y destruían vías férreas en Las Villas, donde el Capitán General, con las fuerzas que ya estaban y parte de las llegadas, organizó el quinto distrito dividido en seis zonas con un total de dieciocho batallones, doce escuadrones y una compañía de Ingenieros. Para atender a la defensa de la propiedad y ferrocarriles, a cada batallón le asignó un territorio fijo. En el combate de Sao del Indio, el 31 de agosto, los insurrectos utilizaron por primera vez dinamita y puede considerarse uno de los más sangrientos de toda la guerra.

Después del combate de Peralejo y de la aparición de partidas en Las Villas, el Gobierno ordenó el refuerzo de veinte batallones, ocho escuadrones, un batallón de Artillería, dos baterías de montaña y un batallón de Ingenieros, que con los recmplazos sumaban un total de veintinueve mil hombres. Unidades que, como el Capitán General había solicitado, llegaron a la isla durante el mes de agosto para facilitar la aclimatación. También para atender los muchos enfermos se organizaron siete hospitales y cuatro clínicas en toda la isla con mil setecientas cincuenta camas.

LA INVASIÓN DE OCCIDENTE

El 22 de octubre los insurrectos iniciaron la invasión de las provincias occidentales. Según sus diarios de operaciones, salió la fuerza de Mangas de Baragua al mando de Antonio Maceo y por el camino se le fueron incorporando otras partidas. Mientras tanto, el día 28 Martínez Campos informaba que a consecuencia de las copiosas lluvias se veía obligado a suspender las operaciones en el departamento Oriental. Lluvias que no impidieron a los insurrectos dejar las montañas y entrar en la llanura de Camagüey, donde recibieron nuevos refuerzos, siguieron avanzando con rapidez ocultando sus movimientos, con sólo pequeños encuentros con las fuerzas espa-

ñolas. Por su parte Gómez, desde Puerto Príncipe, paso la trocha de Júcaro a Morón el 3 de noviembre y aunque salió una columna en su persecución, se perdió en la manigua.

El paso de la trocha lo tenían fácil los insurrectos porque estaba olvidada y con una guarnición totalmente insuficiente; en cambio, todos los ingenios disponían de pequeñas guarniciones de soldados y voluntarios. Martínez Campos, que quería asegurar la zafra y limpiar de insurrectos la provincia, concentró considerables fuerzas y asumió el mando pero, como se había perdido el rastro de Gómez, las columnas españolas operaban en diferentes direcciones para obligarle a presentar combate, sin conseguirlo.

Las fuerzas de Antonio Maceo alcanzaron y pasaron la trocha el 29 de noviembre; después se reunió con Gómez y para tener el menor desgaste posible y engañar a los españoles dividieron la columna. Mientras una parte avanzaba por el sur creando la mayor confusión posible, la otra progresaba por el centro, para reunirse ambos grupos en la provincia de Matanzas.

Las fuerzas insurrectas trataban de evitar una acción de importancia por medio de un movimiento muy rápido, no obstante, atacaron un convoy español y tuvieron algún encuentro de los que trataban de evitar. En los Altos de Manacal, el 10 de diciembre, libraron un reñido combate y se retiraron perseguidas por tropas españolas en dirección al oeste. Como necesitaban municiones atacaron en Maltipempo, y con el botín capturado lograron aliviar su situación.

Gracias a la llegada de la nueva expedición –durante la mitad de octubre y todo noviembre– con veintidós batallones y reemplazos, acompañados de suficientes mandos superiores, el general Martínez Campos reorganizó sus fuerzas a primeros de diciembre en dos Cuerpos de Ejército, el primero en Oriente y el segundo en Las Villas; la primera comandancia en el Camagüey y la segunda en Matanzas, La Habana y Pinar del Río. Ordenó a la brigada de Matanzas cortar la entrada de los insurrectos y adelantó columnas que se habían quedado a retaguardia del enemigo.

Durante la segunda mitad de diciembre las numerosas fuerzas de los insurrectos entraron en las provincias occidentales después de pequeños encuentros con los españoles, gracias al apoyo de los campesinos y a destacamentos montados que se alejaban para incendiar campos y de esta forma hacer incierta su posición. Martínez Campos, que esperaba el fin de la estación de las lluvias y tenía paralizadas a sus tropas, consideró que podía ejecutar una maniobra para obligar a que se replegase el enemigo en dirección a la trocha de Júcaro a Morón, donde acumuló medios para poder coger entre dos fuegos a su grueso. En Coliseo, provincia de Matanzas, encontró a los insurrectos y lo que pudo ser una acción decisiva, se limitó a una esca-

ramuza entre cañaverales e incendios. Una fuerza española de dos mil quinientos hombres atacó a un enemigo superior que se replegó en dirección sudeste. Varias columnas los persiguieron sin éxito.

El Capitán General volvió a la ciudad de Matanzas, por si era atacada, pues esperaba que la invasión continuaría en dirección norte y concentró fuerzas en esa zona de la provincia. Por su parte, Máximo Gómez, para evitar un encuentro decisivo, ejecutó una contramarcha primero hacia el sur y después al este para entrar en Las Villas y regresar a Matanzas el primero de enero de 1896, arrasando campos y destruyendo molinos. Martínez Campos informó que el enemigo se había replegado al este, donde envió tropas.

El peligro que acechaba a Matanzas e incluso a la propia capital llevaron a proclamar el estado de sitio en las dos provincias. Por fin ordenó la recogida de caballos del campo para evitar fueran utilizados por los insurrectos. Estos, cuando entraron en la provincia de La Habana, con la destrucción de las mejores fincas reclutaron a muchos campesinos y al ocupar las poblaciones, algunas después de ruda defensa y otras sin lucha, recogieron armas y municiones, especialmente de los voluntarios. Cortaron el ferrocarril y la línea de telégrafo, dejando incomunicada la capital con Cienfuegos y Santiago de Cuba, que lo estaban con los cables submarinos, sin haber tenido ningún encuentro con las fuerzas españolas.

El general Martínez Campos acumuló fuerzas de otras provincias, reforzó las defensas y estableció un sistema de alarma en La Habana; atendió las demandas de protección de fincas; ordenó ocupar la trocha de Mariel, por ser el punto más estrecho de la isla, y envió ocho columnas a combatir a los insurrectos. Tenía en su contra que seguía ignorando la situación de los principales núcleos del enemigo, porque como siempre multitud de partidas atacaban e incendiaban en diferentes puntos.

El ejército de operaciones al finalizar el año 1895 había alcanzado los ciento trece mil quinientos hombres y todavía estaba llegando la octava expedición, compuesta por diez escuadrones, una compañía de Telégrafos y reemplazos con unos nueve mil soldados. Durante este primer año de guerra oficialmente hubo tres mil trescientos noventa y cuatro muertos entre mandos y tropa, de los cuales cuatrocientos cinco con motivo de combate y el resto por enfermedad; pero las bajas totales llegaron al veinte por cien. En Holguín, en un solo batallón, murieron a causa del vómito un jefe, seis oficiales y cien soldados y en plena época de lluvias otro batallón peninsular tuvo doscientas bajas por enfermedad y tres en combate.

Para terminar la invasión de Occidente, el siete de enero, Maceo, al mando de parte de la fuerza penetró en la provincia de Pinar del Río, mientras Gómez mantenía la capital en tensión para evitar que quedase encerrado.

Pasó la trocha el ocho y siguió evitando el encuentro con las tropas que le perseguían, tomó algunas poblaciones que estaban sin guarnición y sólo sostuvo un combate. El día 22 llegó a Mantua, extremo más occidental de Cuba.

Enterado Martínez Campos que, tanto en la Península como en Cuba, el malestar contra su proceder era creciente, después de reunirse con los representantes de los partidos políticos, informó al Gobierno de que la mayoría estaban en contra suyo y terminaba con "el Gobierno resolverá". Resolvió que debía entregar el mando y nombró para sustituirle al general Valeriano Weyler.

El general Segundo Cabo asumió el mando accidental y el día 30 salió de La Habana en busca de Máximo Gómez con dos columnas que marchaban en íntimo enlace con siete escuadrones, al mando de un coronel, en vanguardia. En el ingenio de San Antonio encontraron las avanzadas insurrectas y se dio el primer combate de importancia en la provincia de La Habana desde que la invadieron.

La explicación del desarrollo de la insurrección durante el primer año de guerra y el éxito de la invasión de Occidente hay que buscarla en los propósitos de los mandos de ambos contendientes.

LOS INSURRECTOS

El generalísimo Máximo Gómez había definido claramente los objetivos para no repetir los mismos errores que en la guerra de los Diez Años; que, según su criterio, se reducían al haber limitado la lucha a las provincias orientales y el no haber causado suficiente daño a la economía de la isla, privando a España de los recursos que necesitaba para defender su soberanía.

La nueva guerra debía ganarse haciendo económicamente imposible que España prosiguiese la lucha y sólo una campaña de tierra quemada era el camino de la victoria. Estaba decidido a que la guerra llegase a todos los rincones de Cuba y destruir todas las fuentes de riqueza. Ello produciría la ruina momentánea del país, pero era el precio que tenía que pagar por su independencia. A primeros de junio de 1895, en una circular dirigida a los hacendados y dueños de fincas ganaderas, consideraba que, cualquier explotación de recursos servía de ayuda al enemigo, y prohibía terminantemente el comercio con las poblaciones ocupadas por los españoles; todas las fincas azucareras debían paralizar su labor y las que intentasen realizar la zafra serían incendiadas.

Como en toda la isla se hicieron preparativos para la zafra, sin atender las proclamas de los insurrectos, en noviembre del mismo año volvió a anunciar que serían destruidos los ingenios, incendiadas sus cañas y depen-

dencias y destruidas las vías férreas. Todo el que trabajase sería considerado traidor y pasado por las armas. Aunque para evitar la total destrucción de la economía autorizó a los plantadores que lo solicitaban a realizar los trabajos necesarios para la conservación de las propiedades, como medio de acelerar la producción una vez terminada la guerra. Otros jefes de la insurrección opinaban que debía permitirse la producción a cambio de pagar una contribución, para obtener recursos, evitar la mala propaganda en el exterior y que los muchos propietarios extranjeros se pasasen al enemigo. La prohibición sólo debía aplicarse a los que desobedecían las consignas revolucionarias y quemados los molinos y campos de los que mostrasen simpatía a España o se fortificasen para su defensa.

Como los insurrectos eran buenos guerrilleros, muchos con experiencia de guerra, entre ellos los principales jefes, estaban convencidos que ni sabían ni podían vencer a los españoles por medio de una guerra clásica. Tenían que permanecer siempre en movimiento y ejecutar múltiples acciones simultáneas, para forzar a los españoles a permanecer a la defensiva y obligarles a dispersar sus fuerzas. Solamente se enfrentaban en combate abierto cuando era inevitable, estaban en condiciones muy ventajosas o necesitaban capturar armas y abastecimientos. Por eso los combates adversos no les producían abatimiento ni desmoralización. Como por su forma de luchar no estaban obligados a grandes resistencias y sus bajas eran pocas, las consecuencias de un combate desfavorable se limitaba a una marcha o a una dispersión más o menos completa.

No podían ocupar ciudades o posiciones fijas, donde las fuerzas españolas podían concentrar sus superiores medios; era mucho más rentable forzar la salida de su guarnición para sorprenderla, obtener armamento y quemar después la población. No buscaban grandes concentraciones y acciones decisivas, sólo realizaron una campaña en toda la guerra, la invasión de Occidente, para alcanzar su otro objetivo de extenderla a todos los rincones de la isla; pero sí consiguieron coordinar sus dispersas fuerzas cuando atacaban en un punto, en otros llamaban la atención y sus partidas amenazadas eran ayudadas a escapar por otras.

La especialidad de la guerra que hacían los insurrectos sólo era posible gracias al pleno conocimiento que tenían de todas las actividades de sus adversarios. Los habitantes del campo, voluntariamente o por miedo, informaban de todo movimiento de las tropas españolas; cuando pasaba una columna, el jefe insurrecto conocía por varios conductos de su dirección, entidad y armamento, lo que permitía si conseguía reunir fuerzas considerablemente superiores, elegir el punto de la emboscada y atacar o simplemente causar el mayor número de bajas y replegarse. El ataque a los con-

voyes de abastecimiento era una de las acciones más rentables porque, como conocían cuándo y por dónde iban a salir, preparaban la emboscada sin que la fuerza de escolta pudiera hacer una defensa activa, al tener que proteger la impedimenta.

Los insurrectos quisieron dar a su ejército un carácter regular. Con el nombre de "Ejército Libertador" y ordenanzas militares, formaron cinco cuerpos de ejército con divisiones y brigadas, que correspondían a las regiones en que operaban. Organización que respondía más que a la realidad a la ilusión de formar unidades con irregulares partidas y jerarquizar los mandos. Las fuerzas cubanas no operaban con las grandes unidades en el campo, buscaban la máxima flexibilidad y preferían concentrar grandes medios en unidades constituidas en poco tiempo, pero la mayoría de las veces actuaban aisladamente unidades menores. El ejército insurrecto estaba organizado para responder a la necesidad de una rápida dispersión y una pronta reunión; por ello la relación entre la caballería e infantería era de tres a cinco.

Tuvieron especial cuidado en organizar el apoyo a los combatientes. En cada provincia o municipio nombraron un prefecto o subprefecto que entre otros cometidos tenía el de obtener, voluntariamente o por la fuerza, de los habitantes de la zona los productos necesarios para sostener las partidas. También establecieron campamentos semipermanentes en zonas que dominaban, escondidos en valles poco cruzados por caminos, donde cultivaban y tenían hospitales. Uno de los productos de mayor importancia fue la sal y para resolverlo establecieron salinas en puntos de la costa poco accesibles. El armamento, municiones y explosivos los recibían principalmente en barcos filibusteros y lo completaban con el capturado a las tropas españolas, principalmente a los voluntarios.

Como los naturales de la isla estaban más o menos inmunizados contra las enfermedades, según cifras cubanas tres mil cuatrocientos treinta y siete insurrectos murieron de enfermedad, número inferior a los cinco mil ciento ochenta que lo hicieron a consecuencia de los combates. Datos que se contraponen con las bajas españolas por los mismos motivos. Cuando le preguntaban a Máximo Gómez quienes eran sus mejores generales, respondía que "junio, julio y agosto", que eran los meses en que las epidemias estaban en alza.

EL GENERAL MARTÍNEZ CAMPOS

El general Martínez Campos buscó al mismo tiempo dos propósitos opuestos y naturalmente no tuvo éxito en ninguno. Trató simultáneamente la zafra y la guerra. Aunque llegó a disponer de numerosas tropas, no eran



La guerra en Cuba. Un tren militar conduciendo tropas.

suficientes para establecer destacamentos de seguridad y perseguir a los insurrectos. Confiaba en que los éxitos locales de sus fuerzas terminarían desmoralizando a los insurrectos y por eso no se decidía a emplear los refuerzos que fue recibiendo durante su mando en operaciones de gran alcance. Además, no perdía la esperanza de que la moderación y el diálogo darían buenos resultados. Incluso llegó a ordenar que no se utilizase la artillería por temor a que una bomba incendiase los campos de caña e imponer a los soldados la condición de ayudar a recoger la cosecha.

Este proceder del Capitán General de Cuba estaba en contradicción con los propósitos del Gobierno. Cánovas afirmaba: *la actual campaña ha de concluir a la fuerza y por la fuerza. El general Campos lo sabe y no piensa en otra política. Comprometidos como se hallan los intereses y el honor de la nación, lo importante es dejarlo a salvo, confundiendo al enemigo, no pactando con él, y para confundirlo se acumularán en Cuba todos los elementos necesarios, sin pensar en otra cosa que en vencer por medio de las armas, consiguiéndolo en el plazo más breve posible.*

Los planes de operaciones ejecutados por Martínez Campos se pueden resumir en “soldados en muchas partes y en ninguna los necesarios”. Diseminando las tropas por toda la extensión de Cuba en destacamentos y columnas pequeñas, las tropas españolas estaban en inferioridad en toda la isla. Era evidente que los pequeños núcleos poco podían hacer y prueba de ello es el relato de la mayoría de los combates que se sucedieron, en los que el enemigo es superior y fueron sorpresas o emboscadas para las columnas españolas.

Siempre se presentaba el mismo esquema. Las tropas españolas en su marcha ignoraban la situación del enemigo y su dirección de avance; por el contrario, los insurrectos conocían en todo momento la de las tropas españolas y los movimientos que realizaban. En estas circunstancias las columnas no tenían otra solución que buscar el contacto con los rebeldes, que se daba cuando y en donde éstos querían. En estas acciones, que eran de poca importancia y de ello da idea las bajas reconocidas por los bandos —dos muertos y ocho heridos o siete muertos y doce heridos—, después de varias horas de fuego, varias cargas a caballo y asaltos a la bayoneta, lo importante era mantener el contacto con los insurrectos, pero siempre se perdía cuando se disparaban los últimos tiros. Para terminar, las columnas españolas tenían que regresar a sus bases después de grandes fatigas y mal alimentadas, transportando a los heridos y enfermos, atravesando terrenos llenos de reses vacunas que eran respetadas por orden superior, ganado que los insurrectos aprovechaban e impedían que sirviera para el consumo de las poblaciones.

Las columnas de operaciones eran de muy heterogénea composición, tanto en sus elementos personales como su armamento. Sus jefes ejercían sobre ella normalmente un mando accidental, se cambiaban con frecuencia y no tenían a sus órdenes fuerzas de sus propios cuerpos. Había batallones que tenían sus compañías e incluso fracciones menores distribuidos en varias columnas que operaban distantes entre sí. Los escuadrones estaban repartidos por secciones y pocas veces operaban reunidos. Resultaban poco resolutivas para una campaña que exigía gran movilidad, extensión y constancia en las operaciones. Su acción tenía muy reducidos límites y muchas, pues operaban sin enlace ni apoyos inmediatos, podían ser objeto de impunes ataques de los rebeldes. Como no se establecieron en puntos apropiados centros de aprovisionamiento, las columnas tenían que regresar a sus cabeceras después de la segunda o tercera jornada por no tener donde reponer las provisiones y municiones ni donde dejar a los enfermos y heridos.

Las poblaciones, las propiedades, los ferrocarriles, etc. necesitaban muchos efectivos para su seguridad y para garantizar la zafra. Como la insurrección dominaba el campo, sólo a fuerza de destacamentos, uno en cada finca, podía dar alguna garantía. Pero como era imposible que cada guarnición aislada tuviera la fuerza necesaria para resistir el ataque por sorpresa de una numerosa partida, resultaba que los pequeños destacamentos atraían más que ahuyentaban a los insurrectos. Aparte de consumir muchas tropas, obligaban al resto a ocuparse de su abastecimiento por medio de convoyes, operaciones peligrosas.

A estos destacamentos, en el mejor de los casos con un oficial y veinte soldados o un sargento con diez y algunos voluntarios, que dieron ejemplo del cumplimiento del deber rechazando a enemigos muy superiores, se les exigió un comportamiento heroico. Martínez Campos ordenó que no se aceptase rendición alguna en la que no se hubiera hecho mérito para obtener la cruz de San Fernando y si algún comandante tratara de rendirse, el que le siguiese, sargento o cabo, debía impedirlo y tomar el mando, en caso contrario sería juzgado con la misma severidad que al jefe.

En octubre, Martínez Campos, en unas declaraciones a la prensa, expuso su plan de operaciones, manifestando que de momento el mal estado de los caminos no permitía una campaña activa, pero en noviembre la iniciaría y sería tan agresiva como pudiese. El general se proponía dividir las tropas en pequeños destacamentos, cuyo número variaría según las circunstancias; porque si enviaba una columna de cinco mil hombres no encontraría jamás al enemigo, porque los insurrectos se disolverían en la manigua. Las columnas se organizarían según el terreno y el enemigo en cada provincia. En

Santa Clara, de doscientos a trescientos hombres, y si el enemigo atacaba en número muy superior, podría hacer daño pero no tardaría en recibir auxilio de otro destacamento. En Remedios y Sancti Spiritus las columnas serían mayores, de seiscientos a setecientos hombres, porque los insurrectos eran más numerosos o mejor armados, y en Santiago de Cuba de mil a mil trescientos.

Pero las operaciones de la guerra no estaban presididas por un plan general bien definido, ni siquiera planes fijos y fundados para cada una de las regiones de la isla, que por sus desiguales condiciones y circunstancias exigían modos distintos de hacer la guerra. Puede que la falta de un plan lo compensase el general Martínez Campos ejerciendo el mando, centralizando en su persona todas las decisiones.

Al mando de los Cuerpos de Ejército y Comandancia General estaba un general que ejercía jurisdicción no sólo sobre la gran unidad, sino sobre el territorio que ella comprendía. Solución adecuada a la extensión del territorio, pero que no fue aplicada en su plenitud por recelo a que las iniciativas del general en jefe se desvirtuasen. Quedaron limitadas de tal modo las atribuciones de estos mandos y coartada su libertad de acción, que lejos de facilitar el éxito de las operaciones, se crearon obstáculos y dificultades que entorpecieron la acción de las Armas.

Cuando los mandos subordinados tenían que tomar una decisión urgente, no podían ejecutarla inmediatamente si se separaba de las prescripciones del Capitán General, pues tenía que consultarla previamente, perdiendo la oportunidad de su aplicación; eso en el caso que el general en jefe prestase su consentimiento, pues normalmente se resistía a modificar el concepto general de sus planes. Cuando se decidieron a actuar, dando luego cuenta, llegaron a ser desautorizados con más o menos cortesía.

Estos mandos carecían de facultades orgánicas y no podían reorganizar sus fuerzas según las necesidades de la guerra en sus respectivas regiones y llegaron a carecer de atribuciones para constituir o suprimir destacamentos, organizar columnas, establecer defensas, etc. Las órdenes del mando superior de trasladar columnas o fracciones de una región a otra, era la causa de que ninguna tuviera una organización fija. En ocasiones, alguna llegó a disponer solamente con tres o cuatro columnas heterogéneas o contaba con fuerzas que no dejaban de pertenecer a otro Cuerpo de Ejército, originándose lamentables confusiones por las órdenes que recibían por distintos conductos.

Sólo por el error del plan y la exagerada centralización de las iniciativas para el mando y dirección, que tanta debilidad proporcionó a las fuerzas españolas, se comprende que los insurrectos, partiendo del extremo

oriental de la isla, recorrieran mil kilómetros sin que ningún núcleo importante de tropas españolas pudiera presentarles combate decisivo, llegando al extremo occidental sembrando la destrucción y levantando la parte del país a donde la guerra anterior no había llegado en diez años.

A medida que la insurrección avanzaba, aumentaba sus fuerzas, dejando todo el territorio sembrado de partidas que amenazaban con la destrucción de toda riqueza. Las tropas españolas tenían que reaccionar no sólo para oponerse al paso de las fuerzas invasoras, sino también para combatir a las partidas locales que se multiplicaban sin cesar. El resultado fue, que, mientras los insurrectos incrementaban sus fuerzas, los españoles se desvanecían.

SEGUNDO AÑO DE GUERRA. EL GENERAL WEYLER

No tuvo el Gobierno ningún problema para sustituir al general Martínez Campos, con sólo escuchar la opinión pública ya tenía sustituto. Todos estaban de acuerdo, el teniente general Valeriano Weyler, entonces Capitán General de Cataluña. Nombrado el 19 de enero de 1896, manifestó que no estaba conforme con la política de Martínez Campos y, aunque no representaba el exterminio, contestaría a la guerra con la guerra, tendría toda clase de consideraciones con los leales y a los insurrectos les aplicaría rigurosamente la ley.

Llegó a La Habana el 10 de febrero y encontró una situación muy grave, con partidas insurrectas en toda la isla; Maceo y Máximo Gómez a corta distancia de la capital, donde dominaba el miedo y estaban tomadas todas las medidas contra un ataque. En la ciudad no entraban artículos del campo sin pagar una contribución a los insurrectos y al día siguiente de su llegada no permitieron el suministro de leche.

Conocedor de Cuba, sabía que como no podía alcanzar la superioridad en toda la isla, debía lograrla en cada provincia sucesivamente y esta consideración era la base del plan de campaña: vencer la rebelión de Occidente a Oriente. Antes de iniciar nuevas operaciones se propuso dividir la isla en tres grandes territorios, aislados entre sí por medio de las dos trochas situadas en las zonas más estrechas, la de Júcaro a Morón, deficientemente guardada en aquellos momentos, y la Mariel a Majana, que una vez terminada y defendida, permitiría encerrar y batir a Maceo en Pinar del Río. Pacificada la provincia más occidental, continuaría las operaciones en las centrales para acorralar a los insurrectos contra la trocha de Oriente, para terminar con la misma operación a la inversa desde Santiago de Cuba hacia el oeste.

En un plazo mínimo de dos años esperaba no dejar en el campo nada más que las pequeñas partidas de bandoleros, como mal endémico de Cuba.

Primero se dedicó a redespregar las unidades, que estaban muy dispersas y más dispuestas para proteger las propiedades que para batir a los enemigos. Tenía que guarnecer las ciudades más importantes, para evitar que su toma por los insurrectos les proporcionase propaganda y abastecimientos; las dos trochas para conseguir incomunicar las tres regiones y dedicar el resto de las fuerzas a las operaciones activas. Dejaba la defensa de las fincas a unidades de voluntarios.

Organizó el ejército de la isla en tres Cuerpos de Ejército. El primero, en el departamento Oriental, Santiago de Cuba, al mando del general Bargués; el segundo, en Las Villas y Camagüey (Puerto Príncipe) a las órdenes del general Pando, y el tercero en las provincias de Matanzas, La Habana y Pinar del Río al mando del marqués de Ahumada. Posteriormente, cuando regresaron a la Península los generales Pando y Bargués, sólo quedó el tercer Cuerpo de Ejército y divisiones que dependían directamente del Capitán General. Todas ellas con brigadas, a su vez fraccionadas en columnas, formadas por unidades completas al mando de los propios generales, coroneles o tenientes coroneles.

Cambió el equipo de la caballería que una orden administrativa había dejado desmontada. Cuando desembarcaron los escuadrones recibieron la orden de entregar los equipos que traían para entregarles otros de nueva y defectuosa fabricación. Pronto se dejaron sentir los efectos y los caballos inutilizados dejaban a los jinetes a pie o prestando servicio y exponiendo su vida sobre un animal herido y enfermo; tal fue el desastre, que llegó a dudarse del Arma sin conocer los motivos. Reunió los escuadrones en regimientos y los empleó en las misiones que les eran propias, especialmente en el servicio de exploración. Incrementó las unidades de voluntarios, reorganizó las guerrillas, redujo el número de convoyes y solicitó nuevos refuerzos a la Península.

Para impedir que las ricas fincas de Occidente se convirtieran en fuentes de recursos de los insurrectos, anunció que desde agosto se proponía prohibir la próxima zafra y para evitar el paro en las vegas cortó la exportación de tabaco en rama, que después era elaborado en los Estados Unidos produciendo beneficios a las fábricas de los separatistas allí instaladas. Pero la medida que más rechazo encontró y que más argumentos dio a sus enemigos fue la concentración de los habitantes en zonas que interesaban a las operaciones.

Todos los habitantes de los campos o fuera de la línea de fortificación de los poblados debían reconcentrarse en el plazo de ocho días en los pueblos ocupados por tropas españolas, siendo considerado rebelde y juzgado como tal, el que se encontrase en despoblado. Quedaba prohibida la salida de

viveres de los poblados, la conducción de uno a otro sin permiso y los dueños de reses debían conducirlos a los pueblos. Estas medidas fueron aplicadas en las provincias afectadas por las operaciones y con ellas Weyler podía alcanzar varios objetivos, como privar a los insurrectos de medios de subsistencia y de información, limitar su propaganda y proselitismo e incluso afectar a su moral, por no tener contacto con sus familiares. Todos los insurrectos que se presentasen quedaban a disposición del Gobernador General para fijarles el punto donde debían residir, sirviéndoles de recomendación que facilitasen información aprovechable, el entregar armas y hacerlo en forma colectiva.

Antonio Maceo y Máximo Gómez se reunieron y acordaron evitar combates con las fuerzas que contra ellos se estaban organizando, replegándose en dirección a Matanzas. Al anuncio del general Weyler, a finales de febrero, de que la provincia de Pinar del Río pronto estaría pacificada, los insurrectos acordaron que Maceo continuaría su campaña en el oeste y Gómez en el centro. Siguiendo con su táctica huidiza, sin que las columnas españolas conocieran su situación exacta, ordenaron acelerar el ritmo de destrucción, cuando el primero pocos días antes había escrito una carta al Capitán General achacándole toda clase de atrocidades, para que tuviera una conducta humanitaria.

Por segunda vez y sin combatir, una gruesa partida al mando de Maceo entró en Pinar del Río. Aunque Weyler hubiera querido evitar este regreso, el hecho le permitía aplicar el plan que se había trazado al llegar a la isla. Situó en la trocha cuantas fuerzas le fue posible para constituir una verdadera línea militar y encerrar a Maceo sin que pudiera retroceder. Su defensa llegó a contar con doce mil hombres y veintiséis cañones.

Aislado Maceo, seguía eludiendo todo encuentro decisivo y mediante marchas y contramarchas trataba de ganar tiempo y sembrar la alarma en lugares alejados entre sí. Aunque recibió considerables ayudas por expediciones filibusteras procedentes de los Estados Unidos, como no llegaban los refuerzos del otro lado de la trocha, decidió atrincherarse en el territorio más accidentado del interior de la provincia.

En esta situación, después de continuos contactos, el general Weyler ordenó a finales de abril la ejecución de una acción combinada de seis columnas, para cerrar al grueso insurrecto en su campamento de Cacara-jicara. Preparada con detalle la operación, se realizó el día 30 y terminó con la toma del reducto, pero el retraso de una columna permitió la fuga de Maceo. Días después el general en jefe dirigió personalmente otra operación, que aunque batió al enemigo no se consiguieron resultados decisivos.

Mientras tanto, Máximo Gómez, que trataba de aproximarse a la trocha, tuvo varios encuentros en Sancti Spiritus que frustraron sus propósitos. La

consecuencia de esta evolución fueron las presentaciones de insurrectos, que motivaron los bandos de abril y mayo, concediendo el perdón a los cabecillas que se presentasen con sus fuerzas y armas y a los combatientes que quisiesen pasar a las filas españolas. Terminaba Weyler el segundo bando: *Estoy decidido a desplegar tanta energía y rigor con los enemigos, como generosidad con los arrepentidos.*

Sobrevenidas las lluvias en junio, hubieron de reducirse las operaciones, pero columnas móviles aseguraron la iniciativa en Pinar del Río. Después de sucesivos combates, otra operación combinada se efectuó el 22 de octubre contra el reducto rebelde. No le quedaba otro escape a Maceo que las montañas de El Rubí o forzar la trocha: hecho que intentó con muchos efectivos y un cañón, sin éxito.

La situación favorable en las provincias occidentales y la llegada de otra expedición, permitió al general Weyler atacar las posiciones de Maceo en Lomas de Rubí, tomando el reducto y persiguiendo a sus defensores, pero Maceo volvió a escapar. Las columnas se dedicaron a buscar y batir los núcleos insurrectos dispersados y para evitar que pudieran cruzar la trocha se situaron tropas a ambos lados.

En Oriente, Calixto García, nombrado jefe de la región, y Máximo Gómez, trataban de llamar la atención atacando varias poblaciones, entre ellas Casco-ro, y tomando Guáimaro. Pero como la situación de Maceo era cada vez más insostenible, la noche de 4 de diciembre, con un pequeño grupo, salvó la trocha por mar en el puerto de Mariel, resultando muerto el día 7 junto con su ayudante, el hijo de Gómez, en un encuentro con una columna española.

Desde el inicio de la guerra en marzo de 1895 hasta primeros de enero de 1897 llegaron a la isla cuarenta generales, seiscientos cincuenta y un jefes, seis mil ciento siete oficiales y ciento setenta y seis mil sesenta y seis de tropa. De los cuales ciento treinta y nueve mil setenta y uno formaban parte de unidades expedicionarias y el resto eran reemplazos y recluta voluntaria. Es significativo que del total, ciento sesenta y tres mil setecientos setenta y un soldados pertenecían a Infantería, incluidos cuatro batallones de Infantería de Marina, y el resto, doce mil trescientos treinta y cinco, a las otras Armas.

Durante ese mismo período se recibieron ciento dieciocho mil quinientos setenta fusiles Mauser, modelo 1893 y diez mil seiscientos dos carabinas de 7 mm. con cuarenta y seis millones quinientos cuarenta y cuatro mil setecientos cincuenta cartuchos, mil ciento setenta y seis fusiles Mauser de 7,65 y siete millones cuatrocientos cuarenta y un mil doscientos setenta y tres cartuchos; sesenta y nueve mil seiscientos treinta y nueve fusiles Remington reformado, mod. 1871-89 y trece millones setecientos veinticinco mil quinientos veinte cartuchos; dieciocho mil trescientos fusiles

Remington, mod. 1871 y ocho millones trescientos cuarenta y cuatro mil novecientos noventa y ocho cartuchos.

La muerte de Maceo cambió el panorama de la guerra. Ni Weyler tenía que supeditar sus planes a perseguirle en Pinar del Río, ni Máximo Gómez tenía urgencia para acudir en su auxilio y pudo dedicarse a preparar una segunda invasión de Occidente, al mismo tiempo que buscaba avivar la guerra en las provincias centrales, donde no había alcanzado el grado de los extremos de la isla.

El general Weyler, que tuvo conocimiento de los propósitos del jefe insurrecto, salió de La Habana el 19 de enero de 1897 para oponerse a su avance y liquidar la rebelión hasta la trocha. Su plan establecía sucesivas bases de operaciones, como los ríos Hanábana y Palma, que separaban Matanzas y Las Villas; los ríos Jatibónico Norte y Sur y la trocha Júcaro a Morón que cerrada totalmente, debía impedir que fuera rebasada por Gómez para hacerse fuerte en Oriente o recibir refuerzos.

Avanzó rápidamente, procurando no dejar a su retaguardia grupos numerosos de enemigos, y alcanzó la segunda línea, desde la cual inició el ataque contra Gómez. El 26 de febrero informó de la pacificación de las tres provincias de Pinar del Río, La Habana y Matanzas y esperaba que hacia la primera quincena de marzo estuviesen Las Villas. La noticia más significativa era que la molienda se estaba realizando sin dificultades.

Para terminar con las partidas, el territorio debía ser ocupado por columnas de batallón. Las situadas hacia la costa debían tender a empujar a los insurrectos hacia el interior de la isla y siempre en dirección al oeste. En mayo quedó terminada por completo la trocha, construidas todas las torres o fuertes cada kilómetro y un blocao intermedio, un cuartel para las compañías y batallones que cubrían trayectos previamente marcados y en Ciego de Ávila —centro de la línea—, seis piezas de montaña en plataformas para ser conducidas rápidamente al punto atacado. Por el lado oriental, en el campo inmediato estaba colocado alambre de púas en seis metros. Como opinaba el generalísimo insurrecto: *En la trocha no se mueven, pero la han puesto que no pasan ni los ratones.*

Sistema defensivo que colocaba a Calixto García y Máximo Gómez al este y al oeste de la trocha incomunicados entre sí, en la misma situación que antes estaba Maceo. Gómez, en el territorio de Sancti Spiritus, procedía con su característica cautela para esquivar las columnas españolas, no encontrando el momento de iniciar su proyectada segunda invasión. Las partidas en las provincias occidentales no le despejaban el camino y Calixto García no podía prestarle ayuda. Éste recibió un alijo más importante que los anteriores, en las proximidades de Holguín, compuesto por mil cuatrocientos ochenta rifles, un cañón de 12 cm., otro de dinamita, una ametralladora, dos millones quinientos mil cartuchos, tres mil proyectiles para el cañón



Capitán General Valeriano Weyler.

y tres mil para el de dinamita, quince mil de ametralladora, tres toneladas de explosivos y ciento cuarenta cajas de medicamentos. Este contrabando favoreció la lucha en Oriente, que no había decaído desde el principio, mientras cedía en el resto de la isla donde prosperaba una sensación de victoria española.

Ocupado todo el territorio, desde el este a la trocha de Júcaro, por las fuerzas que el general Weyler había distribuido con criterio flexible, la insurrección estaba dominada en Pinar del Río, donde Rius Ribera, sucesor de Maceo, había caído prisionero y una nueva línea militar de Jaimiquí a Sitio Nuevo tendía a impedir el aprovisionamiento de las últimas partidas. Lo mismo sucedía en las demás provincias occidentales. El Capitán General informaba al Gobierno, que conferenciaba diariamente con La Habana, desde Las Villas y los trenes circulaban con la misma regularidad que en paz, llegando a sus últimas estaciones sin interrupción de ninguna clase. Todo el tabaco sembrado en el otoño anterior pudo ser recibido y la molienda se efectuaba con normalidad. Ya en abril le decía al Ministro de la Guerra: *Visto estado campaña no necesito refuerzos, incluso de recluta voluntaria. Caso de hacerme falta los pediré con suficiente antelación.* Seguía confiado en dar fin a la guerra antes de cumplir el plazo de dos años que se había fijado.

Según datos oficiales, durante la campaña del primer semestre de 1897 se habían producido trece mil cuatrocientas ochenta y nueve bajas definitivas; de las cuales siete mil ciento cuatro por pasar a la Península, mil setecientas por inutilidad y tres mil seiscientas ochenta y cinco por defunción. En los hospitales y enfermerías había una media mensual de veintún mil enfermos.

El general Weyler consideró que había llegado el momento de iniciar las operaciones en la provincia de Oriente y sólo tenía que esperar a que pasase la temporada de lluvias, con su secuela de enfermedades. Para dedicarse por entero a la campaña delegó sus funciones en el ejército del resto de la isla en sus respectivos mandos y el 3 de julio concedió un amplio perdón a los colaboradores e insurrectos que se presentasen con armas o sin ellas, con derecho a socorro, vivienda y trabajo.

Al Capitán General le inquietaban los Estados Unidos, hasta el punto de prever la guerra y por eso quería asegurar el dominio de Oriente, ya que Santiago de Cuba y Manzanillo serían, a su juicio, objetivo principal de los norteamericanos. Las instrucciones dadas para la defensa de destacamentos y zonas de cultivo, se habían inspirado en un posible bloqueo de la escuadra yanqui. Decía: *Estoy convencido de que mientras más próxima esté la terminación de la guerra, más dificultades han de poner los Estados Unidos para evitarlo.*

El 7 de agosto Weyler salió para Oriente, para tantear el momento de iniciar la campaña y, al día siguiente, fue asesinado Cánovas. El nuevo

Gobierno puente, presidido por el general Azcárraga, le ratificó su confianza y aunque conocía lo precario de su situación, continuó con los preparativos de las operaciones.

Mientras tanto, Máximo Gómez trataba, sin conseguirlo, de romper el cerco y Calixto García, viendo que no podía ayudarle, realizó una operación de propaganda y asedió la plaza de Victoria de las Tunas, que se defendió durante quince días de un enemigo muy superior, sin llegar ningún refuerzo. Después de su toma, la incendiaron y abandonaron, pero sirvió de pretexto a los enemigos de Weyler del exterior y del interior.

Era normal que los insurrectos y sus aliados norteamericanos atacasen al general español, porque en él encontraban a su peor y más efectivo enemigo; pero resulta incomprensible que sectores españoles, muchos de los que antes le habían aclamado, cuando su proceder estaba próximo a alcanzar el éxito, le atacaban acusándole de cruel e implacable. Nadie ponía reparos de consideración a sus directrices o tácticas, se limitaban a reprobar procedimientos que había contribuido al buen camino de las operaciones. Cánovas pedía a Weyler la tensión ya existente, con la complicidad de los partidos y políticos de la oposición en la Península.

La prensa peninsular aprovechó la ocasión para sacar a relucir la inmoralidad administrativa y solicitar el cese de Weyler: grave problema tan endémico como la fiebre amarilla. Se publicaron noticias de fortunas improvisadas, que no tenían ninguna justificación; de soldados que padecían miserias y estaban mal alimentados; de falta de raciones y medios sanitarios; soldados que cobraban más en unos cuerpos que otros y el Estado pagaba a todos por igual.

No se podía acusar al ejército de la isla de inmoral, pero sí a algunos de sus miembros. La mala organización de la Administración; la necesidad de crear factorías para abastecer a las unidades, a cuyo frente no siempre estaba la persona más adecuada; las compras directas y al contado en los comercios de los pueblos; la escasez de recursos; el retraso en las pagas de más de seis meses; la emisión de papel moneda para no pagar en oro a los funcionarios nada más que el veinte por ciento, billetes de peso que sólo los aceptaba el comercio por cuarenta centavos, etc. Eran muchas las causas que favorecían los negocios ilícitos.

Weyler no negó que existieran abusos, pero trataba de evitarlos. Le sorprendía que los denunciantes no hubieran acudido a él, para proceder severamente como lo había hecho cuantas veces tuvo conocimiento, porque acostumbraba a oír hasta los soldados. Nombró una comisión para recibir las quejas, pero los tribunales de honor formados para estos casos no fueron eficaces, porque se limitaron a separar de filas a los indignos, pero éstos continuaban con el dinero adquirido ilegalmente.

EL REFUERZO DESDE LA PENÍNSULA

Durante el mandato del general Weyler el ejército en Cuba alcanzó su máximo volumen y es digno de resaltar el esfuerzo realizado por toda la nación para defender su soberanía en la Gran Antilla, lo que constituye el acontecimiento más sobresaliente de toda la guerra.

Resuelto el Gobierno desde el primer momento a reforzar el deficiente ejército en Cuba, el 1 de marzo ordenó a los capitanes generales que organizaran un batallón en pie de guerra con la denominación de Peninsular, número (el de la región), que inmediatamente embarcaron para la isla. Simultáneamente, por si era preciso enviar nuevos refuerzos, dispuso que los regimientos y medias brigadas de Cazadores debían estar preparados para formar con toda su fuerza un solo batallón dispuesto para embarcar y que tuvieran designados un determinado número de soldados para concentrarlos en los puertos.

Desde el primer momento se agravó el problema de la falta de oficiales subalternos, especialmente en Infantería. La necesidad de nuevas expediciones y cubrir las vacantes en la Península decidió al ministro a utilizar los servicios de los segundos tenientes de la escala de reserva. Los que no habían cumplido cuarenta y cinco años y tenían buena concepción podían ser destinados a los cuerpos activos de la Península y los que contaban con dos años de efectividad podían solicitar prestar servicio en el empleo de primer teniente en Ultramar, a falta de aspirantes de la escala activa.

Un artículo del periódico madrileño *El Resumen* provocó un grave incidente. Publicaba que los oficiales subalternos, al contrario que en los empleos superiores, no se presentaban voluntarios para servir en Cuba; acusación injusta, como aclaró otro diario, porque además de su escaso número, si iban voluntarios en estos empleos, las normas vigentes no les proporcionaban las ventajas que otorgaban a los destinados por sorteo. Indignados los oficiales, asaltaron la redacción del periódico.

Hecho que fue el inicio de la crisis política del gabinete de Sagasta y la formación de nuevo Gobierno presidido por Cánovas del Castillo, que estaba decidido a dar un brusco cambio al conflicto cubano. Nombró Ministro de la Guerra al general Azcárraga y como primera medida envió seis mil ochenta soldados de infantería de los preparados por los batallones, pero, fundamentalmente, para atender a las necesidades económicas que imponía la guerra. Concedió un crédito extraordinario para las secciones de Guerra y Marina del presupuesto de Cuba, por la cantidad que ascendiesen las obligaciones por servicios de carácter imprevisto, originadas por las alteraciones de orden público.

El nuevo Ministro de la Guerra, que ya se había distinguido en el mismo cargo por su labor de organización, asumió el trabajo que le correspondía y se dedicó a la preparación de tropas, armamento y material destinado a Cuba. Un conjunto de disposiciones y medidas establecieron orden y concierto en una empresa harto difícil para una nación agotada por un siglo de luchas internas y que poco antes, en 1893, con motivo de los sucesos de Melilla, mostró tan graves deficiencias. Más de tres meses se tardó en poner en las puertas de su casa a veinte mil reservistas llamados, que después recorrieron la Península sin objeto alguno, para encontrarse al llegar a sus destinos sin vestuario, equipo y armamento.

No era nada nuevo un ejército expedicionario a través del mar y España lo había hecho durante el siglo en varias ocasiones, pero en esta guerra merece especial atención porque rebasaba los límites imaginables. La preparación y transporte a través del Atlántico de un numeroso contingente, cumpliendo con toda exactitud los planes preparados, son dignos de toda clase de elogios y los mayores méritos correspondieron al general Azcárraga.

Hasta el momento, siguiendo el proceder mayoritario en la guerra de los Diez Años, el refuerzo se había organizado a base de nuevas unidades expedicionarias y reemplazos. La tropa estaba formada por voluntarios civiles o veteranos y soldados sorteados entre todas las unidades de una región, las clases procedían de varios cuerpos y los oficiales los nombraba el Ministerio. No podía haber más variedad. El general Azcárraga decidió cambiar el sistema y enviar fuerzas encuadradas e instruidas en los cuerpos activos.

El ejército activo de la Península, islas adyacentes y posesiones del Norte de África llevaba veinte años, desde que terminó la guerra carlista, sufriendo innumerables reformas, que en pocas ocasiones respondían a necesidades y eran el resultado de estudiados planes. Desde que el general López Domínguez formuló sus famosas reformas en las que todo lo sacrificaba a los recortes en el presupuesto, consiguió un ejército perfectamente organizado para la paz; en él había falta total de recursos bélicos y no se trataban de adelantos de la época, sino de los simples elementos imprescindibles.

En 1895 estaba formado por ochenta y dos mil hombres, organizados en sesenta y dos regimientos y veintitrés batallones de Infantería; veintiocho regimientos de Caballería; dieciocho regimientos y diez batallones de Artillería; cinco regimientos y dos batallones de Ingenieros; una brigada de tropas de Administración y otra de Sanidad, y numerosas unidades menores, Centros y Servicios. Esta organización sobre el papel se traducía en que todas las unidades estaban en cuadro: batallones de Infantería de trescientos doce hombres, regimientos de Caballería de trescientos noventa y ocho, de Artillería de trescientos doce y de Zapadores de trescientos ochenta y

siete. Plantillas de paz que no estaban cubiertas, a las que había de descontar un sin fin de destinos, algunos imprescindibles en la vida de guarnición, como bandas de cornetas y tambores, asistentes, escribientes, cocineros, carteros, lavadero, zapatero, sastre, etc.

En estas circunstancias, el Ministro de la Guerra procedió mediante previos planes de refuerzo, concentración, embarque y transporte a organizar las unidades que por sorteo les correspondía ir a Cuba. La orden de cada unidad expedicionaria comprendía: formación dentro de cada regimiento o media brigada, quienes marchaban y los que se quedaban, la procedencia del refuerzo necesario con todo detalle, uniformidad, armamento y material que llevaban o recibían, fecha y puerto de embarque y recursos económicos que se le adelantaban.

Los regimientos de Caballería designados por sorteo procedieron a organizar un escuadrón suelto y para que conservasen la tradición y el espíritu de sus cuerpos en cuya representación marchaban, tomaron su nombre. Debían remitir a su plana mayor copia de los diarios de operaciones y relación de altas y bajas. Los batallones expedicionarios se denominaron "Primero del regimiento..." y llevaron la bandera de esa unidad. Se les consideró destacados y por tanto conservaron todas las relaciones de historial y detalle.

Fue necesario llamar a filas a los que disfrutaban licencia ilimitada, los excedentes de cupo y los que estaban en situación de reserva; proceder a alistamientos extraordinarios voluntarios; al indulto de prófugos y desertores y al adelanto del llamamiento de quintas. Incluso se volvió a autorizar a empresas y a particulares para que presentasen voluntarios con destino a Ultramar. Todo ello en el marco de una ley de reclutamiento que permitía la redención a metálico y la sustitución.

Primero embarcaron para Cuba los soldados en filas, que aunque habían recibido instrucción en sus unidades, no era la precisa para aquella guerra. Después fueron mozos de diecinueve años salidos del campo, fábrica o taller que se convertían en soldados con sólo vestirlos de uniforme o, peor, voluntarios de los que muchos no reunían las condiciones físicas y morales de un combatiente. A todos se les ponía en las manos un arma y pocos disponían del tiempo necesario para aprender su manejo como mandaban las Ordenanzas. En Cuba, frente al enemigo, aprendían en el combate.

Como cada vez era más acentuada la falta de oficiales subalternos, el ministro ordenó organizar cursos abreviados en las academias militares para acelerar el término de la carrera; pero como no era suficiente, la ley de presupuestos de 1895 le autorizó a conceder el empleo de segundo teniente de la Escala de Reserva en todas las Armas y Cuerpos a los sargentos que estuviesen en su tercer reenganche y solicitasen servir en Ultramar. Ascendidos

los oficiales subalternos veteranos, sólo quedaron en estos empleos niños y cuarentones.

Se procedió a la compra de nuevos fusiles Mauser para Cuba y para sustituir en la Península los que se habían enviado. Aun así, la expedición de veinte batallones que embarcó en octubre y noviembre de 1895 tuvo que ser dotada de fusiles Remington reformados, pero las cartucheras eran las adecuadas para el Mauser, modelo español o argentino, previniendo un futuro cambio. Cuando el Capitán General de Cuba solicitó el envío de correajes hubo que reunirlos a prorrato entre todas las unidades de una región militar. Las compras en el extranjero comprendieron armamento, productos sanitarios e incluso raciones.

Por si fueran pocos los escollos a salvar para reforzar el ejército de la Gran Antilla, el 30 de agosto estalló la rebelión en Filipinas de los tagalos y mestizos de Luzón, la más civilizada de las etnias del archipiélago, que hasta entonces había sido el sostén de la soberanía española que, como no podía ser menos, cogió por sorpresa a las autoridades isleñas y al Gobierno.

CAMBIO DE POLÍTICA DE GUERRA. LAS REFORMAS

El dos de octubre de 1897 Sagasta se encargó de formar nuevo Gabinete, con Moret, Ministro de Ultramar y el general Correa, de Guerra. El Presidente había manifestado días antes: *Cumpliré mi programa, estableceré la autonomía en Cuba y destituiré a Weyler* y en el primer Consejo de Ministros confirmó la política a seguir: *Es un hecho evidente que el Ejército ha conseguido ya en el territorio cubano no sólo cuanto puede exigir el honor de las armas, sino todo lo que racionalmente cabe esperar del empleo de la fuerza en contienda de índole semejante. La pacificación ha de venir ahora por la acción política.* El general Weyler fue relevado el 9 y entregó el mando el 31 siguiente.

El general Blanco, nuevo Capitán General, debía llevar tranquilidad y esperanza en la proclamación de la inmediata autonomía. Su designación, sin duda, se debía a su carácter y fama opuestos a su predecesor, como demostró en su mando en Filipinas. Con una rapidez desconocida en la vida política española, Sagasta publicó el 25 de noviembre los decretos de las reformas y concedió una amplia amnistía a los presos políticos de Cuba y Puerto Rico. El año 1898 se inauguró con el juramento del Gobierno autónomo y Máximo Gómez contestó con la pena de muerte para todo oficial de su ejército que se acogiese a la amnistía y a todo emisario que tratase de la autonomía.

La autonomía la recibieron con agrado amplios sectores de la isla, aunque sólo fuera por representar una esperanza de paz; pero la tranquilidad no interesaba a los insurrectos y a los norteamericanos, tenían que demostrar su fracaso y a ello contribuyó un periódico proseparatista que provocó los ánimos de oficiales y otros españolistas que reaccionaron el día 12 asaltando la redacción, provocando la explosión de los intransigentes de todas las tendencias. Había que difundir el fracaso de la autonomía para justificar una intervención.

Una de las primeras medidas del general Blanco fue modificar la reconcentración, pero no abolió el sistema totalmente. Permitió que los propietarios que podían valerse con sus medios volvieran a sus tierras y los obreros agrícolas trabajasen siempre que residiesen en la finca o pasasen la noche en lugar fortificado, llevando siempre la documentación personal. Anunció un plan de ayuda para los que habían abandonado sus tierras y el Gobierno prometió fondos. Se recibió auxilio de los Estados Unidos, que les sirvió de propaganda.

El nuevo Capitán General hubiera seguido los planes de Weyler, pacificando primero la provincia de Santiago de Cuba para seguir en Camagüey. Esperaba alcanzar el objetivo antes de las lluvias de 1898, pero recibió instrucciones del Gobierno de renunciar de momento a toda ofensiva y limitarse a batir las partidas que operaban o pudieran surgir en las provincias ya pacificadas. En febrero ordenó una operación para reducir a Máximo Gómez que estaba en las proximidades de Sancti Spiritus y durante ese mes y el siguiente hubo combates de cierta importancia.

Desde el comienzo de la guerra hasta principios de 1898, según la compañía Transatlántica habían llegado a Cuba ciento ochenta y cinco mil doscientos setenta y siete soldados, de los que según algunos cálculos quedaban unos ciento quince mil. De éstos, veintiséis mil enfermos y treinta y seis mil destacados, quedaban para operaciones cincuenta y tres mil. La diferencia eran las bajas, que incluían los regresados a la Península. Desde el 20 de febrero al 10 de marzo fueron reforzados con diez mil soldados del cupo de Ultramar del último reemplazo.

A petición de la Santa Sede, el Gobierno ordenó el 9 de abril al general en jefe en Cuba, que concediese inmediatamente una tregua por el tiempo que estimase prudencial. Calixto García contestó a la publicación de la tregua unilateral española, con una circular del día 19, haciendo saber que los insurrectos no la aceptaban y ordenaba tirotear los pueblos como antes, atacando toda columna que salga procurando hacerles el mayor daño posible, y todos los que salieran con objeto de conferenciar bajo bases que no fueran la independencia absoluta, serían juzgados con todo rigor.

Las intromisiones de todo tipo de los Estados Unidos en relación a Cuba iban en aumento y crecía la tensión en sus relaciones con España. El 24 de

enero notificaron que, como prueba de amistad, el crucero Maine visitaría La Habana, mientras concentraban sus fuerzas navales a menos de cuatro horas de navegación de la isla. El 15 de febrero por la noche se produjo la explosión del barco, los acontecimientos se precipitaron y después de un intercambio de notas entre Washington y Madrid, el 21 de abril quedó declarado el estado de guerra entre España y los Estados Unidos.

El general Blanco iniciaba una proclama con: *Llegó, por fin, el ansiado momento de medir nuestras armas con los Estados Unidos y vengar tantas ofensas como de ellos tenemos recibidas en lo que va de siglo*, y se dirigió por carta a Máximo Gómez para decirle que el problema cubano había cambiado, que españoles y cubanos se encontraban frente a un extranjero y había llegado el momento de olvidar las pasadas diferencias. Naturalmente el jefe insurrecto rechazó todo trato.

LA GUERRA CON LOS ESTADOS UNIDOS

El Ministro de la Guerra, general Correa, el 6 de abril, hizo unas sorprendentes declaraciones: *No soy de los que alardean, pero solo de los que cree que, de los dos males, éste es el mejor. El peor sería el conflicto que surgiría en España si nuestro honor y nuestros derechos fueran atropellados. Lo que se debe evitar a todo trance es que nos cojan un barco y se dé motivo a que un telégrafo anuncie que se ha izado la bandera americana en uno de nuestros acorazados. Antes volarle. ¡Ojalá que no tuviéramos un solo barco! Esta sería mi mayor felicitación. Entonces podríamos decir a los Estados Unidos desde Cuba y desde la Península. ¡Aquí estamos! Vengan ustedes cuando quieran.*

Pese a tan irreflexivos comentarios, se llegó a la guerra con los Estados Unidos sin elementos de ninguna clase, agotados los escasos que disponía España, y mal empezó la guerra porque el principio de “voluntad de vencer” difícilmente lo podían tener quienes de antemano conocían que la victoria era imposible. Las condiciones de la guerra no podían ser más desfavorables para los españoles, tenían que combatir lejos de la metrópoli sin poder mantener expeditas las comunicaciones. Sus adversarios, por el contrario, estaban próximos a Cuba, con todos sus inmensos recursos en disposición de concentrarlos y emplearlos en corto plazo, podían enviar todas las tropas que necesitasen y dotarlas de medios y armamento que les proporcionaba sus potentes medios industriales. Si la guerra se prolongaba el tiempo incrementaría el desequilibrio.

La gran desproporción de las flotas de ambos contendientes permitió a los americanos el bloqueo, no completo pero sí efectivo, de las costas de



General Máximo Gómez.

Cuba. Lo establecieron al norte de Mariel a Cárdenas y al sur en Cienfuegos, con ello tenían prácticamente incomunicada con el exterior la porción más rica y poblada del territorio y la parte más importante de las fuerzas que lo guarnecían.

Dominadas las comunicaciones marítimas por el enemigo, la extensión de la isla, la falta de comunicaciones de la capital con la mayoría del territorio y la actividad de los insurrectos restaron a las tropas españolas la poca capacidad de maniobra que les permitían sus deficiencias. Los norteamericanos podían concentrar sus fuerzas sucesivamente contra las distintas formaciones españolas, resultando superiores no obstante de la inferioridad aparente de su ejército.

A nuevo enemigo y clase de guerra, nuevos planes de operaciones. Existía la posibilidad de concentrar las fuerzas sobre cuatro o cinco puntos principales (La Habana, Matanzas, Cárdenas, Cienfuegos y Santiago de Cuba) o el de continuar en el orden disperso que llevaba en sí la campaña separatista. El ejército de la isla cuando estalló la guerra estaba formado por el primer Cuerpo de Ejército con cuatro divisiones, en Pinar del Río, La Habana, Matanzas y Cárdenas; el segundo, con las divisiones de Santa Clara y Sancti Spiritus; la división independiente de la trocha; el tercer cuerpo, con divisiones en Puerto Príncipe y Holguín, y el cuarto con dos divisiones, en Santiago de Cuba y Manzanillo.

Era un difícil dilema, porque sin la menor duda las subsistencias eran una cuestión decisiva. El concentrar las fuerzas para ser superiores al enemigo y defender con éxito los territorios más importantes, facilitaba al enemigo el bloqueo y crearía el terrible problema de falta de abastecimientos. Dejando las tropas diseminadas por todo el país se favorecía la acción del enemigo.

Fuera la decisión correcta una u otra, lo cierto es que no se aprovechó el tiempo anterior a la ruptura de las hostilidades ni al inicio de las operaciones. En Cuba no había suficientes fuerzas para defender simultáneamente la isla entera, pero sí para sostener los puntos más importantes, dejando el honor de las armas en buen lugar.

La ciudad, no plaza, de Santiago de Cuba, era uno de esos puntos vitales y tenía que defenderse por ser el punto de amarre del cable inglés por las Bermudas, único para mantener las comunicaciones con la Península y Puerto Rico, y debió dotarse de los elementos necesarios, reuniendo las fuerzas que se hallaban desperdigadas en el departamento Oriental. Pero el 19 de mayo, con la llegada de la escuadra del almirante Cervera, se la convirtió en objetivo de los ataques enemigos. Por causa de la guerra los americanos disponían de mayores ventajas y los españoles estaban en inferiori-

dad de condiciones y ello sin la menor intervención de los primeros. Santiago de Cuba, situada en la provincia que más fuerza tenía la insurrección, bloqueada por tierra, desprovista de comunicaciones con el interior de la isla y con defensas totalmente anticuadas, no era el lugar idóneo para hacerla la clave de la guerra.

Santiago no era una plaza de guerra. Por parte del mar sólo tenía el castillo del Morro, que únicamente servía de blanco al enemigo, y a la entrada del puerto había dieciocho piezas de artillería, de ellas ocho de retrocarga y todas de escasa eficacia y alcance, y seis ametralladoras o cañones Nordenfelt para defender los torpedos que eran pocos y defectuosos. Por tierra sólo había alambradas y zanjas para contener los golpes de mano de los insurrectos. Se abrieron trincheras y se construyeron unos fuertes de madera, sin más resistencia que para fusilería, apoyados por veintiún cañones de bronce de avancarga, algunos totalmente inútiles. La guarnición después de reunir los destacamentos y refuerzos alcanzaron la cifra de seis mil quinientos hombres, diezmados por las enfermedades, sin medicinas ni víveres para resistir un largo asedio. Debió la escuadra buscar protección en La Habana, donde se disponía de las mejores defensas, más unidades y posibilidades de refuerzo, se podía evitar mejor los desembarcos y preservarse contra los bombardeos.

Bloqueada la ciudad de Santiago por la escuadra americana y por los insurrectos, su rendición representaba una base de operaciones, el apresamiento de los barcos refugiados en su bahía y un triunfo propagandístico. El general americano Nelson A. Miles eligió para desembarcar a Baiquirí situado a veinte millas al este de la ciudad, fuera del alcance de su defensa, y el 10 de junio lo hicieron unos seiscientos soldados que se atrincheraron en la costa sin que fueran molestados; después lo hicieron quince mil sin más problemas que las limitaciones del puerto.

El gobernador de Santiago, general Linares, al mando de una columna tuvo el primer encuentro con el enemigo cortando su primer intento de avance, pero se replegó sobre las posiciones que se interponían entre el enemigo y la plaza, El Caney y Loma de San Juan. La guarnición había sido reforzada con quinientos hombres desembarcados de la escuadra.

El primero de julio a las seis de la mañana iniciaron los americanos el ataque a El Caney, una aldea defendida por quinientos veinte hombres mandados por el general Vara de Rey, que resistió hasta las siete de la tarde que se retiraron los ochenta supervivientes. La misma suerte siguió Loma de San Juan, defendida por doscientos cincuenta soldados a las órdenes del general Linares. Intentó recuperar la posición una compañía de Marina pero no pudo con la superioridad enemiga. Vara de Rey resultó muerto y Linares herido, haciéndose cargo de la defensa el general Toral.

Al día siguiente continuó el ataque de los americanos ayudados por las partidas de Calixto García, pero habían tenido mil seiscientas bajas y su situación pudiera haber sido comprometida si llegaban refuerzos españoles. Pero desgraciadamente ese mismo día entró la columna del general Escario después de una penosa marcha, con escasos víveres y municiones, que poco refuerzo representaba.

La falta de avituallamientos y principalmente de carbón habían imposibilitado la salida de la escuadra antes de la llegada de la flora americana el 29 de mayo y a partir de ese día su destrucción era segura si intentaba forzar el bloqueo. Aunque en reuniones del almirante con sus mandos subordinados acordaron no salir, el general Blanco, que era partidario de que abandonase Santiago, el 20 de junio comunicaba al Ministro de la Guerra, la conveniencia de unificar la acción militar y por tanto que quedasen bajo su mando las fuerzas de mar y tierra. Recibió contestación afirmativa.

El día 25 Cervera informa al Capitán General que la salida implicaba la pérdida de la escuadra, quien le contestó que en caso de creerse próxima la caída de Santiago la escuadra debía salir y el 1 de junio, a la vista del ataque enemigo, le ordena y le reitera la salida urgente. Al mismo tiempo ordena al general Toral concentrar las fuerzas y prolongar la defensa para evitar que el enemigo se apoderase de la boca del puerto antes de salir la escuadra.

A las nueve y media del día 3 salieron los barcos con las luces apagadas a todo vapor y a las dos de la tarde el último, el *Cristóbal Colón*, embarrancaba a sesenta millas al oeste de Santiago y arriba el pabellón.

La destrucción de la escuadra arrastraba la pérdida de la plaza, cuya rendición iba a lograrse con el bloqueo sin necesidad de nuevos ataques. El general Blanco desde La Habana dirigió una alocución afirmando que el ejército moriría por la honra de España y por la integridad del suelo patrio. Quería que Toral prosiguiese la resistencia o intentara romper el cerco en combinación con las fuerzas de Guantánamo y Holguín. ¿Desconocía la situación de Oriente?

La población civil evacuó Santiago durante los días 5 y 6, acampando en El Caney, donde no disponían de ninguna instalación ni recursos. La plaza fue bombardeada desde tierra y mar, con los escasos víveres agotados, y sin esperanza de recibir refuerzos, después de rechazar varias intimidaciones. Toral informó al Capitán General, quien respondió que la capitulación debía ser conocida por el Gobierno.

El día 15, Madrid autorizaba al general Toral para aceptar las proposiciones que se le hicieran y, al día siguiente, se firmó la capitulación, que

incomprensiblemente incluía todas las fuerzas y material de guerra de la división del territorio, es decir, guarniciones que no habían tomado parte en los combates. Son dignos de conocerse los documentos siguientes:

Reconociéndose la Caballerosidad, valor y gallardía de los generales Linares y Toral y de las tropas de España que tomaron parte en las acciones que recientemente se han librado en las cercanías de Santiago de Cuba, como se ha demostrado en dichas batallas, nosotros los abajo firmantes, oficiales de ejército de los Estados Unidos, que tuvieron el honor de tomar parte en las acciones mencionadas y que ahora constituimos una comisión, tratando con igual comisión de oficiales del ejército español para la capitulación de Santiago de Cuba, unánimemente nos asociamos en solicitar a la autoridad competente que conceda a los bravos y caballeros soldados, el privilegio de volver a su patria llevando las armas que tan valerosamente han defendido. Firmado: Wheeler, mayor general, Lawton, mayor general.

Orden General de 17 de julio. La Habana. *Después de tres meses de heroica resistencia y de sangrientos combates, escasa de municiones, casi exhausta de víveres, la guarnición de Santiago de Cuba ha capitulado con el enemigo bajo condiciones las más honrosas y con todos los honores de guerra, en el día de ayer, cuando ya, a juicio de los valerosos generales que estaban a su frente, no podía extremarse más la defensa, a pesar del considerable refuerzo, que a costa de reñidas y sensibles pérdidas recibiera de Manzanillo, que si bien la colocó en situación de esforzar más la resistencia, le impuso un mayor consumo de sus mermadas subsistencias, aumentando su angustiosa situación... Carece de importancia estratégica y en nada o poco puede influir en sucesivas operaciones... El ejército está intacto, deseando medir sus armas con el invasor.*

La postración del espíritu público obligó al Gobierno a precipitar los preliminares de paz, cuando la guerra terrestre no había hecho más que empezar y el enemigo se preocupaba ante la perspectiva de los sacrificios que había de ocasionarle.

El primero de enero de 1899 en La Habana a las doce del mediodía se arrió la bandera española del castillo del Morro con honores militares y una salva de veintiún cañonazos hecha por los norteamericanos. Con ese acto terminó la soberanía española en Cuba e inmediatamente se izó la enseña de los Estados Unidos en las fortalezas y edificios públicos y el general Castellanos entregó el mando de la plaza al americano Wade.

Las cuentas liquidadoras del Ministerio de Ultramar desde el 4 de marzo hasta el 31 de diciembre de 1898 fueron:

Gastado en Cuba y Puerto Rico	1.952.708.413,85
Gastado en Filipinas	129.566.072,75
TOTAL	2.082.274.486,60
Deuda por obligaciones personales de Guerra, Marina, Guardia Civil, Orden Público, Clases Pasivas y otros	242.891.291
Por material de Guerra, Marina y varios.....	31.066.680
TOTAL	273.957.971
Por servicios de transporte y repatriación de tropas y empleados. Unos	34.000.000

Triste y penosa fue la repatriación del ejército y muchos son los lamentables relatos de los que regresaron. Barado proporciona uno:

Por fin, salí del hospital y aunque no del todo sano, pues me aquejaba una dolencia en el brazo, y hallándome poco menos que inútil para ganarme el sustento, me consideré muy dichoso. Iba pésimamente vestido y llevaba por toda garantía en el bolsillo un papel que valía por licencia y otro papelote mal llamado abonaré. Así fui despedido del ejército de la Isla; este es el saldo de cuentas que conmigo hizo la patria.

Cuando llegué a España, los espectáculos que hube de presenciar no fueron más halagüeños. Desembarcáronme casi a brazo, preso de indignas fiebres y lleváronme al hospital militar de Cádiz, en cuyas galerías bajas se aglomeraban centenares de infelices escuálidos como yo, de lángida mirada, tez amarillenta, pulso vacilante y agitada respiración. Todos ellos vestían un pobre pantalón de lienzo y una blusa de la misma tela, y sin embargo, tiritando de frío y exánimes por la debilidad, esperaban el momento en que se les diera el alta para marchar a sus casas, como hice yo a la mía. Sólo un corto socorro, sin ropas adecuadas a la estación, sin medios para alimentarme, cual conviene a un enfermo.

EJÉRCITO DE CUBA 1877-78

INFANTERÍA

EJÉRCITO PERMANENTE

- Regimiento de Alfonso XIII núm. 62 (3 batallones)
- Regimiento de María Cristina núm. 63 (3 batallones)
- Regimiento de Simancas núm. 64 (2 batallones)
- Regimiento de Cuba núm. 65 (2 batallones)
- Regimiento de Habana núm. 66 (2 batallones)
- Regimiento de Tarragona núm. 67 (2 batallones)
- Regimiento de Isabel la Católica núm. 75
- Batallón de Cazadores de Cádiz núm. 22
- Brigada Disciplinaria
- Cuerpo Militar de Orden Público

ORGANIZADOS EN LA ISLA PARA LA CAMPAÑA

- Batallón provisional de La Habana (Habana núm. 1)
- Batallón provisional de Cuba (Habana núm. 2)

EJÉRCITO EXPEDICIONARIO DE PUERTO RICO

- Batallón de Cazadores de Valladolid núm. 21
- Batallón de Cazadores de Colón núm. 23
- Batallón provisional de Puerto Rico núm. 1
- Batallón provisional de Puerto Rico núm. 2
- Batallón provisional de Puerto Rico núm. 5

EJÉRCITO EXPEDICIONARIO DE LA PENÍNSULA

- Batallón de Bailén peninsular núm. 1
- Batallón de la Unión peninsular núm. 2
- Batallón de Alcántara peninsular núm. 3
- Batallón de Talavera peninsular núm. 4
- Batallón de Chiclana peninsular núm. 5
- Batallón de Baza peninsular núm. 6
- Batallón de San Quintín peninsular núm. 7
- Batallón de Vergara peninsular núm. 8
- Batallón de Antequera peninsular núm. 9
- Primer Batallón del Regimiento del Rey núm. 1
- Primer Batallón del Regimiento de la Reina núm. 2
- Primer Batallón del Regimiento del Príncipe núm. 3

- Primer Batallón del Regimiento de la Princesa núm. 4
- Primer Batallón del Regimiento del Infante núm. 5
- Primer Batallón del Regimiento de Saboya núm. 6
- Primer Batallón del Regimiento de Sicilia núm. 7
- Primer Batallón del Regimiento de Zamora núm. 8
- Primer Batallón del Regimiento de Soria núm. 9
- Primer Batallón del Regimiento de Córdoba núm. 10
- Primer Batallón del Regimiento de San Fernando núm. 11
- Primer Batallón del Regimiento de Zaragoza núm. 12
- Primer Batallón del Regimiento de Mallorca núm. 13
- Primer Batallón del Regimiento de América núm. 14
- Primer Batallón del Regimiento de Extremadura núm. 15
- Primer Batallón del Regimiento de Castilla núm. 16
- Primer Batallón del Regimiento de Borbón núm. 17
- Primer Batallón del Regimiento de Almansa núm. 18
- Primer Batallón del Regimiento de Galicia núm. 19
- Primer Batallón del Regimiento de Guadalajara núm. 20
- Primer Batallón del Regimiento de Aragón núm. 21
- Primer Batallón del Regimiento de Gerona núm. 22
- Primer Batallón del Regimiento de Valencia núm. 23
- Primer Batallón del Regimiento de Bailén núm. 24
- Primer Batallón del Regimiento de Navarra núm. 25
- Primer Batallón del Regimiento de Albuera núm. 26
- Primer Batallón del Regimiento de Cuenca núm. 27
- Primer Batallón del Regimiento de Luchana núm. 28
- Primer Batallón del Regimiento de Constitución núm. 29
- Primer Batallón del Regimiento de la Lealtad núm. 30
- Primer Batallón del Regimiento de Asturias núm. 31
- Primer Batallón del Regimiento de Isabel II núm. 32
- Primer Batallón del Regimiento de Sevilla núm. 33
- Primer Batallón del Regimiento de Granada núm. 34
- Primer Batallón del Regimiento de Toledo núm. 35
- Primer Batallón del Regimiento de Burgos núm. 36
- Primer Batallón del Regimiento de Murcia núm. 37
- Primer Batallón del Regimiento de León núm. 38
- Primer Batallón del Regimiento de Cantabria núm. 39
- Primer Batallón del Regimiento de Covadonga núm. 40
- Primer Batallón del Regimiento de Baleares núm. 41
- Primer Batallón del Regimiento de Canarias núm. 42
- Primer Batallón del Regimiento de Garellano núm. 43

Primer Batallón del Regimiento de San Marcial núm. 44
 Primer Batallón del Regimiento de Tetuán núm. 45
 Primer Batallón del Regimiento de España núm. 46
 Primer Batallón del Regimiento de San Quintín núm. 47
 Primer Batallón del Regimiento de Pavía núm. 48
 Primer Batallón del Regimiento de Otumba núm. 49
 Primer Batallón del Regimiento de Wad-Ras núm. 50
 Primer Batallón del Regimiento de Vizcaya núm. 51
 Primer Batallón del Regimiento de Andalucía núm. 52
 Primer Batallón del Regimiento de Guipúzcoa núm. 53
 Primer Batallón del Regimiento de Luzón núm. 54
 Primer Batallón del Regimiento de Asia núm. 55
 Primer Batallón del Regimiento de Álava núm. 56
 Batallón del Principado de Asturias
 Batallón de Voluntarios de Madrid
 Batallón de Cazadores de Cataluña núm. 1
 Batallón de Cazadores de Barcelona núm. 3
 Batallón de Cazadores de Barbastro núm. 4
 Batallón de Cazadores de Tarifa núm. 5
 Batallón de Cazadores de Arapiles núm. 9
 Batallón de Cazadores de Navas núm. 10
 Batallón de Cazadores de Llerena núm. 11
 Batallón de Cazadores de Mérida núm. 13
 Batallón de Cazadores de Reus núm. 16
 Batallón de Cazadores de Puerto Rico núm. 19
 Batallón provisional de Baleares
 Batallón provisional de Canarias

CABALLERÍA

EJÉRCITO PERMANENTE

Regimiento de Hernán Cortés núm. 29
 Regimiento de Pizarro núm. 30

EJÉRCITO EXPEDICIONARIO

Regimiento de Caballería del Rey
 Regimiento de Caballería de la Reina
 Regimiento de Caballería del Príncipe
 Regimiento de Caballería de Borbón

Regimiento de Caballería de Villaviciosa
 Regimiento de Caballería de Sagunto
 Regimiento de Caballería de Numancia
 Regimiento de Caballería de Alfonso XIII

ARTILLERÍA

EJÉRCITO PERMANENTE

Batallón de plaza núm. 10

EJÉRCITO EXPEDICIONARIO

Batallón de Artillería de plaza núm. 11
 Brigada mixta de Artillería
 Regimiento de Montaña núm. 4
 Regimiento de Montaña núm. 5

INGENIEROS

EJÉRCITO PERMANENTE

Batallón de Telégrafos
 Batallón de Ferrocarriles

EJÉRCITO EXPEDICIONARIO

Primer Batallón del 3^{er} Regimiento de Zapadores-Minadores
 Primer Batallón del 4^o Regimiento de Zapadores-Minadores

SANIDAD

Segunda brigada, con 18 compañías distribuidas por el territorio

ADMINISTRACIÓN MILITAR

Plana mayor y 17 compañías desplegadas de transporte a lomo
 Primera compañía de arrastre
 Segunda compañía de arrastre

GUARDIA CIVIL

- 17 Tercio con 4 Comandancias
- 18 Tercio con 5 Comandancias
- 19 Tercio con 3 Comandancias

GUERRILLAS Y VOLUNTARIOS

- Primer Tercio de guerrillas
- Segundo Tercio de guerrillas
- Tercer Tercio de guerrillas
- Cuarto Tercio de guerrillas
- Quinto Tercio de guerrillas
- Sexto Tercio de guerrillas
- Séptimo Tercio de guerrillas
- Octavo Tercio de guerrillas
- Tercio, escuadras y guerrillas de Guantánamo
- Batallón voluntarios movilizados de Pando
- Batallón voluntarios movilizados de Matanzas
- Tercio de voluntarios y bomberos movilizados núm. 1
- Tercio de voluntarios y bomberos movilizados núm. 2
- Batallón voluntarios movilizados de La Habana

BIBLIOGRAFIA

Anuarios militares

BARADO, FRANCISCO: *Nuestros soldados*. 1909.

BAUTISTA CASAS, JUAN: *La guerra separatista de Cuba*. 1896.

Colecciones legislativas

DEPÓSITO DE LA GUERRA: *Memoria sobre la organización militar 1871-1890*.

DROCIR DE OSORIO, CASTO: *Cuba española*. 1890.

EFEELE: *El desastre nacional y los vicios de nuestras instituciones militares*. 1901.

- FERNÁNDEZ ALMAGRO, Melchor: *Historia política de la España Contemporánea*. 1956.
- FORMER, Philip S.: *La guerra hispano-cubana-americana*. 1975.
- GALLEGO, Tesifonte: *La insurrección cubana*. 1897.
- ISERN, Damián: *Del desastre nacional y sus causas*. 1899.
- MAURA Y GAMAZO, Gabriel: *Historia crítica del reinado de Don Alfonso XIII durante su minoría*. 1925.
- ORTEGA RUBIO, Juan: *Historia de la regencia de María Cristina Hansburgo-Lorena*. 1905.
- PI Y MARGALL, Francisco: *Historia de España en el siglo XIX*. 1890.
- POLAVIEJA, Marqués de: *Un político en Cuba*. 1898.
- REVERTER DELMÁS, Emilio: *Cuba española*. 1898.
- WEYLER, Valeriano: *Mi mando en Cuba*. 1910.

ARTÍCULOS

- CASTELLANOS, Adolfo J.: “La guerra de Cuba”, “Guerrillas” y “La guerra en Cuba” en *Revista Técnica de Infantería y Caballería*. 1895-1896.
- GARCÍA CABREJAS, Remigio: “Recluta para Ultramar” en *Revista Militar Española*. 1887.
- MADARIAGA, Federico: “La expedición militar a Cuba” en *Revista Técnica de Infantería y Caballería*. 1895-1896.
- MOYA, Francisco J. de: “Consideraciones militares sobre la campaña de Cuba” en *Memorial de Artillería*. 1890.
- NAVARRO, Modesto: “La guerra en Cuba” en *Revista Técnica de Infantería y Caballería*. 1895.
- PEZUELA, Jacobo de la: “Ejército y Fuerzas Armadas en Ultramar” en *Asamblea del Ejército y la Armada*. 1862.
- SANCHIZ, Joaquín: “El Ejército de la Isla de Cuba” en *Asamblea del Ejército y la Armada*. 1857.
- 1.053: “Sobre la guerra de Cuba., La trocha”, “Amigos y enemigos del soldado en Cuba” en *Revista Técnica de Infantería y Caballería*. 1896-1897.
- “Crónica General” en *Revista Científica Militar*. 1895-1898.
- “Estadísticas” en *Revista Técnica de Infantería y Caballería*. 1895-1898.

OBRAS DISPONIBLES



Revista de Historia Militar

Números 50 a 83 (ambos inclusive).

Números extraordinarios dedicados a «Villamartín», «III Centenario del Marqués de Santa Cruz de Marcenado» y «V Centenario de Hernán Cortés».

Índice general de la Revista de Historia Militar (1982). Comprende los números 1 al 52.

África

Dos expediciones españolas contra Argel (1541-1775). (Agotado.)

Historia de las Campañas de Marruecos:

Tomo I: (Campañas anteriores a 1900). (Agotado.)

Tomo II: (1900-1918). (Agotado.)

Tomo III: (1919-1923). 724 páginas. (Agotado.)

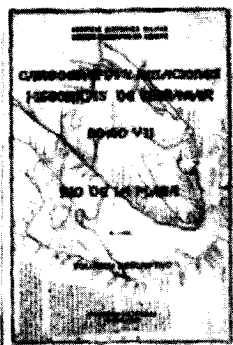
Tomo IV: (1923-1927). 270 páginas. (Agotado.)

Historia del Ejército Español

Tomo I: *Los orígenes (desde los tiempos primitivos hasta la invasión musulmana)*, con 30 láminas, 448 páginas, 2ª edición (1983).

Tomo II: *Los Ejércitos de la Reconquista*, con 32 láminas, 235 páginas (1984).





Ultramar

Cartografía y Relaciones Históricas

Tomo I: *América en general* (dos volúmenes).

Tomo II: *EE.UU. y Canadá*. Reeditado en 1989 (dos volúmenes).

Tomo III: *Méjico*. Reeditado en 1990 (dos volúmenes).

Tomo IV: *América Central*. Reeditado en 1990 (dos volúmenes).

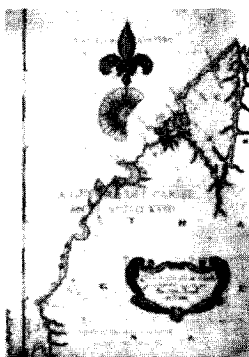
Tomo V: *Colombia, Panamá y Venezuela* (dos volúmenes).

Tomo VI: *Venezuela*. Editado en 1990 (dos volúmenes).

Tomo VII: *El Río de la Plata*. Editado en 1992 (dos volúmenes).

Tomo VIII: *El Perú*. Editado en 1996 (dos volúmenes).

Tomo X: *Filipinas*. Editado en 1996 (dos volúmenes).

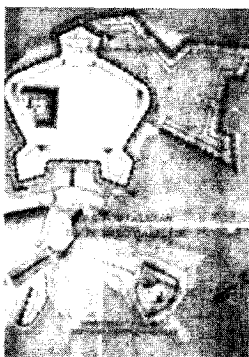


Historia

Coronel Juan Guillermo de Marquiegui: Un personaje americano al servicio de España (1777-1840). 245 páginas, 8 láminas en color y 12 en negro (Madrid, 1982).

La guerra del Caribe. Reedicción en 1990. Aportación del Servicio Histórico Militar a la conmemoración del V Centenario.

La conquista de México: Facsímil de la obra de Antonio Solís y Ribadeneyra. Edición de 1704 en Bruselas. (Agotado.)



Fortalezas

El Real Felipe del Callao. Primer Castillo de la Mar del Sur. 96 páginas, 27 láminas en color y 39 en negro (1983).

El Castillo de San Lorenzo el Real de Chagre. Edición en colaboración: Ministerio de Defensa, Servicio Histórico Militar y M.O.P.U.

Las fortalezas de Puerto Cabello. Aportación del Servicio Histórico Militar a la conmemoración del V Centenario. 366 páginas en papel couché y 137 láminas (1988).

Historiales de los Cuerpos y del Ejército en general

Tomo I: *Emblemática general del Ejército. Historiales de los Regimientos de Infantería núms. 1 al 11.* (Agotado.)

Tomo II: *Regimientos de Infantería núms. 12 al 30.* (Agotado.)

Tomo III: *Regimientos de Infantería núms. 31 al 40.* (Agotado.)

Tomo IV: *Regimientos de Infantería núms. 41 a 54.* 403 páginas, 17 láminas a color (1973).

Tomo V: *Regimientos de Infantería núms. 55 al 60.* 35 láminas en color y 14 en negro (1981).

Tomo VI: *Regimiento de Infantería Alcázar de Toledo núm. 61 y Regimiento de Infantería Lealtad núm. 30,* con 288 páginas, 20 láminas a cuatro colores y 5 en negro (1984).

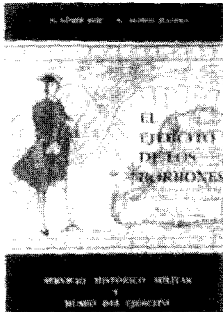
Tomo VII: *Regimiento de Cazadores de Montaña «Arapiles» núm. 62,* con 189 páginas, 19 láminas a color y 9 en negro (1986). (Agotado.)

Tomo VIII: *Regimiento de Cazadores de Montaña «Barcelona» núm. 63 y Batallones Cataluña, Barcelona, Chiclana y Badajoz,* con 347 páginas, 31 láminas en color y 5 en negro (1988).

Tomo IX: *Regimientos América y Constitución y Batallón Estella,* con 350 páginas, 42 láminas a color y 9 en negro (1992).

Tomo X: *Rgto. Inf. Cazadores de Montaña Sicilia núm. 67 (Bons. de Inf. Colón y Legazpi).*

Regimiento de Caballería Dragones de Santiago núm. 1, con 18 páginas (1965). (Agotado.)



Regimiento Mixto de Artillería núm. 2, con 15 páginas (1965). (Agotado.)

Regimiento de Zapadores núm. 1 para Cuerpo de Ejército, con 25 páginas (1965). (Agotado.)

El Ejército de los Borbones. Tomo I. Reinados de Felipe V y Luis I (1700-1746), con 300 páginas en negro y 134 en color, en papel estucado (1990). (Agotado.)

El Ejército de los Borbones. Tomo II. Reinados de Fernando VI y Carlos III (1746-1788), con 606 páginas, 72 láminas en color (1991).

El Ejército de los Borbones. Tomo III. Las tropas de Ultramar (siglo XVIII) (dos volúmenes), con 1.058 páginas y 143 láminas a color.



El Ejército de los Borbones. Tomo IV. Reinado de Carlos IV (1788-1808), con 663 páginas y 143 láminas a color.

Historial del Regimiento Lanceros del Rey. Facsímil con 121 páginas en papel couché mate a cinco colores (1989). (Agotado.)

Organización de la Artillería española en el siglo XVIII, 376 páginas (1982). (Agotado.)

Las Campañas de la Caballería española en el siglo XIX. Tomos I y II, con 960 páginas, 48 gráficos y 16 láminas en color (1985).

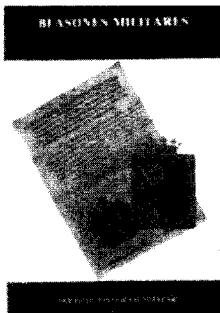
Bases documentales del carlismo y guerras carlistas de los siglos XIX y XX. Tomos I y II, con 480 páginas, 11 láminas en negro y 9 en color (1985).

Evolución de las Divisas en las Armas del Ejército español (1987). Con prólogo, tres anexos y un apéndice con las modificaciones posteriores a 1982. Trata de los distintos empleos, grados y jerarquías, con minuciosas ilustraciones en color. (Agotado.)

Historia de tres Laureadas: «El Regimiento de Artillería n.º 46», con 918 páginas, 10 láminas en color y 23 en negro (1984).

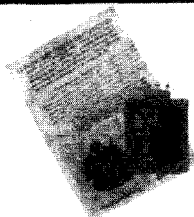


Heráldica



Tomo I: *Tratado de Heráldica Militar*. Libros 1.º y 2.º, en un solo ejemplar, con 288 páginas sobre papel ahuesado, con 68 láminas en ocho colores y 50 en negro (escudos de armas, esmaltes heráldicos, coronas, cascos, etc.).

Tomo II: *Tratado de Heráldica Militar*. Libro 3.º, Diferentes métodos de blasonar y lemas heráldicos. Libro 4.º, Terminología armera y el arnés, con 389 páginas sobre papel ahuesado, con 8 láminas en ocho colores y 1 en negro (1984).



Blasones Militares. Edición restringida, 440 páginas, tamaño folio, en papel couché, ciento cincuenta documentos (pasaportes, licencias, nombramientos, etc.) con el sello de las autoridades militares que los expedieron; ciento veinticuatro escudos de armas, en color, de ilustres personalidades militares de los tres últimos siglos; catorce retratos y reseñas de otros tantos virreyes del Perú (1987).

Galería Militar Contemporánea

Tomo I: *La Real y Militar Orden de San Fernando (Primera parte)*, 2ª edición (1984), con 435 páginas.

Tomo II: *Medalla Militar. Primera parte: Generales y Coroneles* (1970), con 622 páginas. (Agotado.)

Tomo III: *Medalla Militar. Segunda parte: Tenientes Coroneles y Comandantes* (1973), con 497 páginas.

Tomo IV: *Medalla Militar. Tercera parte: Oficiales* (1974), con 498 páginas. (Agotado.)

Tomo V: *Medalla Militar. Cuarta parte: Suboficiales, tropa y condecoraciones colectivas*. (Agotado.)

Tomo VI: *La Real y Militar Orden de San Fernando (Segunda parte)* (1980), con 354 páginas. (Agotado.)

Tomo VII: *Medalla militar. Quinta parte. Condecoraciones en las Campañas de África de 1893 a 1935* (1980), con 335 páginas. (Agotado.)

Otras obras

Carlos III. Tropas de Casa Real. Reales Cédulas. Edición restringida. Servicio Histórico Militar. (1988), 350 páginas, tamaño folio, en papel verjurado, 24 láminas en papel couché y color, 12 de ellas dobles.



Índice bibliográfico de la Colección Documental del Fraile, con 449 páginas (1983).

Catálogo de los fondos cartográficos del Servicio Histórico Militar. Dos volúmenes (1981).

Cerramientos y Trazas de Montea. Edición en colaboración: Servicio Histórico Militar y CEHOPU.

La guerra de minas en España, 134 páginas (1948).



Carpetas de láminas:

Ejército Austro-húngaro. Carpeta de Armas y carpeta de Servicios. 4 láminas cada una.

Caballería europea. 4 láminas.

Milicia Nacional local voluntaria de Madrid. Dos carpetas de 6 láminas.

Ejército alemán, siglo XIX. 6 láminas.

Carlos III. Tropas de Casa Real. 6 láminas.

Ejército francés (siglos XVIII y XIX). 6 láminas.

Carlos III. Estados Militares de España. 6 láminas.

Primer Regimiento de la Guardia Real de Infantería. Vestuario 1700-1816. 6 láminas.

Tropas de Ultramar. 6 láminas.

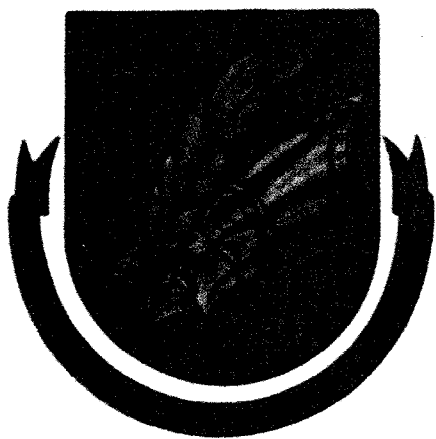
El Ejército de los Estados Unidos (siglo XVIII). 6 láminas.

Comitiva Regia del Matrimonio de Alfonso XII y la Archiduquesa María Cristina. 14 láminas.

El Ejército de Fernando VII. 8 láminas.

OBSERVACIONES

Todas estas obras pueden adquirirse, personalmente, en este Servicio Histórico Militar y en el Centro de Publicaciones del Ministerio de Defensa (calle Juan Ignacio Luca de Tena, 30, 28027 Madrid) o por teléfono al (91) 320 25 00 (ext. 4202).



In Memoriam	9
Artículos:	
José Rizal: Padre de la nación filipina, por Francisco Marín Calahorra, Coronel de Caballería	13
Eloy Gonzalo y Cascorro, por Gabriel Rodríguez Pérez, Coronel de Infantería	43
Antecedentes filipinos del 96-98, por Leandro Tormo Sanz, Investigador del CSIC	67
La guerra hispano-cubana-norteamericana: los combates terrestres en el escenario oriental, por Guillermo G. Calleja Leal, Doctor en Geografía e Historia	91
Polavieja: un general para una crisis. El polaviejismo en torno a 1898, por Pablo González-Pola de la Granja, Comandante de Sanidad (Vet.)	161
Diario de Operaciones en Cuba: Por el Teniente de Infantería don Enrique Piqueras Causa (1895-1897), por Enrique Pérez Piqueras, General de Brigada de Infantería	201
La guerra hispano-norteamericana en Filipinas, por Andrés Más Chao, General de División	227
La campaña 1896-1897 en Filipinas y visión desde el campo insurrecto, por Pedro Ortiz Armengol, Embajador de España	257
El Ejército español en Cuba, por Eladio Baldovín Ruiz, Coronel de Caballería	287